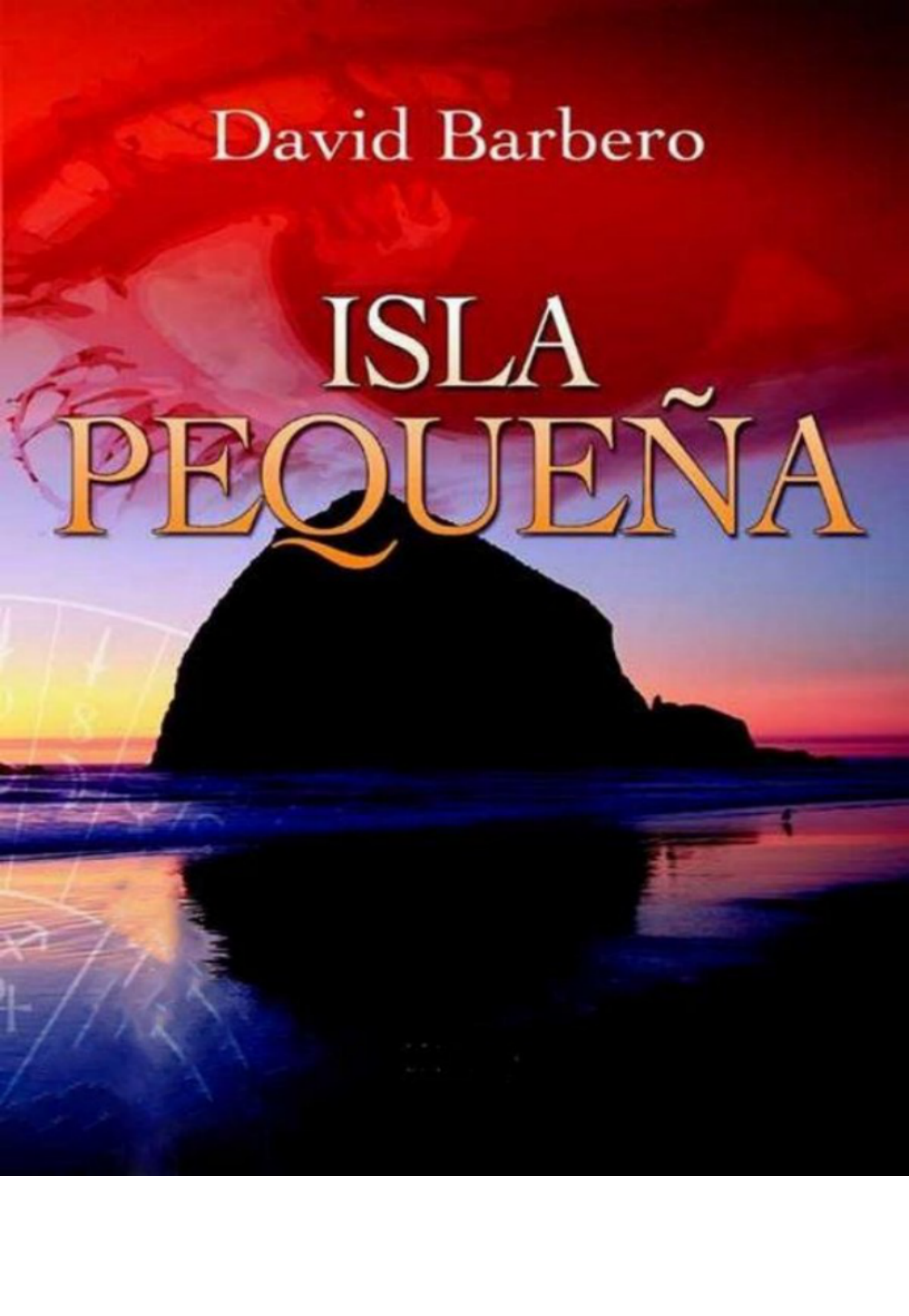

David Barbero
ISLA
PEQUEÑA

Isla
Pequeña

DAVID BARBERO

David Barbero

© Copyright 2014

Todos los derechos reservados

Uno: Paraíso

1.1

—Mamá, mídame a los ojos. – dijo Merceditas, la joven discapacitada - Me quiedo casad con Kike. No digas no. Me has educado pada sed chica nodmal. He trabajado. Mucho, mucho, mucho. Hablo como chica nodmal. Soy chica nodmal. Chicas nodmales de mi edad se pueden casad.

—Eso es imposible. – respondió la voluminosa doña Mercedes - Kike es un chico de la ciudad y tú eres del puerto.

—Hablo como chica nodmal. –interrumpió Merceditas con vehemencia- Soy chica nodmal. He cumplido veintiún años. ¡No digas no!

—Merceditas, tú eres una chica normal. Pero esta sociedad no es normal. En Isla Pequeña, hay dos comunidades están enfrentadas violentamente, el puerto y la ciudad.

—Las chicas nodmales se casan con los chicos que quieden. – la joven cada vez estaba más nerviosa – Yo quiedo a Kike. ¡No digas no!

—En Isla pequeña, hay atentados. Ponen bombas. A ti, te alcanzó una. Tú estás en un lado y él pertenece al otro.

—¡Mamá, eso tontedías! –gritó Merceditas – Yo chica nodmal. No nodmales creen tontedías. ¡No digas no!

—Merceditas, yo no digo no.- sentenció la madre, con decisión, tras limpiarse las lágrimas que le recorrían ya las mejillas – Te casarás con Kike. ¡Yo te lo prometo! Lo conseguiremos.

1.2

Luis Callejuela, el secretario de la comisaría central, dejó sonar tres veces el teléfono antes de cogerlo, siguiendo su habitual medida de seguridad. Escuchó en silencio. Después, dijo simplemente: ’Dígame’. A su interlocutor, que conocía esa costumbre, le sirvió para tener garantía de que no se había equivocado y podía hablar con confianza.

—Soy el viejo. Tengo interés en estar informado sobre el desarrollo de la reunión que va a tener lugar esta tarde a las cinco en el salón de actos de la parroquia del buen pastor. Tengo un interés especial en saber lo que se dice sobre la Hermandad de Abraham.

—¿Qué hermandad? – preguntó el secretario de al comisaría con extrañeza.

—Hermandad de Abraham. No lo tomes a broma. Es una iniciativa del Padre Anselmo para salvar a la ciudad. Tiene una conexión importante.

—Podían haber buscado otro nombre.

—Es el nombre exacto. Cuando tengas la información, me la pasas.

1.3

—A ver si eliminamos de Isla Pequeña toda esta violencia de mierda. ¡Por mi hija Merceditas! Para que pueda vivir en libertad, la pobre, a pesar de su discapacidad. Esta isla debe volver a ser el paraíso terrestre para el que fue creada, aunque los violentos se empeñen en destruirlo.

Doña Mercedes, la experta en el Tarot tradicional de las islas, antes de asistir a la reunión de 'La hermandad de Abraham', quiso echar las cartas. Deseaba conocer si esa nueva iniciativa lograría terminar con las diversas violencias que, desde hacía años, estaba destruyendo la convivencia entre los habitantes de Isla pequeña. Decidió transformar el rito para adaptarlo a su objetivo. Haría una alusión directa a las madres al formar el cuarto punto de la cruz con los arcanos mayores del Tarot.

—¡Gran jefe, te lo pido por mi hija! – pidió doña Mercedes mirando al cielo - Se merece vivir en libertad y felicidad, después de la pesadísima cruz que nos has dado a ella y a mí.

La echadora de cartas bajó a la trastienda de su librería exotérica. Se puso, con dificultades a causa de su gran obesidad, una túnica larga hasta los pies de color rojo. Llenó una copa pequeña de anís. La tomó haciendo un gesto litúrgico. Apagó la luz eléctrica y encendió una vela. Se sentó junto a la mesa en la que ya estaba el mazo con las cartas del Tarot. Cerró los ojos y se concentró. Cogió el mazo de los arcanos mayores. Los barajó siete veces de izquierda a derecha y otras siete de derecha a izquierda. Colocó, de nuevo, el mazo frente a ella y volvió a concentrarse.

—En el nombre del Padre.

Tomó las tres cartas superiores del mazo. Las colocó en la parte más lejana de la mesa. Sólo descubrió la tercera. Apareció invertida.

—Mal empezamos.

Era el arcano número ocho. La justicia. Doña Mercedes pensó que no era bueno enfrentarse a los jueces implacables. Teniéndolos en contra por haber aparecido invertida la carta, en nada podía ayudar a cambiar la situación.

—En el nombre del Hijo.

Tomó las tres cartas siguientes del mazo. Las colocó a su izquierda en la parte media de la mesa. Descubrió la tercera. Era el número dos. La papisa. La echadora sonrió levemente. Pensó que la dualidad y el misterio podían modificar el perverso desorden establecido.

—En el nombre del Espíritu.

Con el mismo ritual, tomó otras tres cartas y las colocó a su derecha frente a las anteriores. Descubrió la tercera. También salió invertida. Era el arcano número veinte, El juicio. Doña Mercedes arrugó su ceño. El binario cósmico aportaba otro signo de incógnita al pronóstico.

—En el nombre de la Madre.

La voluminosa echadora de cartas se concentró durante más tiempo. El conjunto de los arcanos que habían salido estaba tan abierto que todo dependía del último signo. Tomó lastres cartas con más cuidado. Las colocó con más lentitud, junto a ella, para completar los puntos de la cruz de modo simétrico. Descubrió el número doce. El ahorcado. Cerró instintivamente los ojos y los puños. Después, revolvió las cartas con rapidez, se levantó y miró al cielo.

—¡Gran jefe, cabronazo! ¿Cuándo va a salir el deseado arcano número 14? Mi hija no se merece tan mal destino. ¡Ya está bien! Permite que tenga un futuro feliz. ¡Permite que se pueda casar, como ella desea! Si no lo haces voluntariamente, tendré que hacerte trampas para obligarte.

1.4

El padre Anselmo se sentó en medio de las dos damas que le acompañaban en la presidencia de la reunión en el salón de actos de la parroquia del Buen Pastor, situada en el centro de la ciudad. El sacerdote, vestido con todos los distintivos que destacaban su posición ortodoxa y estricta, esperó sólo dos minutos sobre la hora prevista para empezar. Se levantó, mostrando a los asistentes el libro religioso que sostenía en las manos.

—Deseo comenzar este acto de constitución de la Hermandad de Abraham, leyendo unos versículos del libro sagrado del Génesis, en él se van a basar los principios de nuestra actividad.

El texto que leyó era el siguiente: ‘Yahvé llamó a Abraham y le dijo: Esta es mi alianza contigo. Desde ahora no te llamarás Abraham. Tu nombre será Abraham, pues te he convertido en padre mi pueblo. Te haré fecundo y reyes saldrán de tu descendencia. Establezco contigo mi alianza y la mantendré con tu descendencia,

de generación en generación. Yo seré tu dios y el de tu posteridad. A cambio, tu y tu posteridad guardaréis mi alianza, porque vosotros sois el pueblo elegido por mí'.

—Vosotras, madres de esta ciudad de Isla Pequeña, sois ahora el pueblo que Yahvé eligió. Vosotras sois las descendientes de Abraham. En consecuencia, vosotras debéis guardar su alianza. Esta alianza, aquí y ahora, se debe guardar defendiendo los valores sagrados de la religión en contra de los enemigos de dios y de su pueblo elegido. En este momento, el enemigo está encarnado en los violentos del puerto que, a través de sus acciones, desean destruir el orden establecido y quieren imponer la barbarie en nuestra ciudad y en nuestra isla.

El Padre Anselmo hablaba en un tono solemne y enardecido ante el silencio sepulcral de todos los asistentes a la reunión, en su gran mayoría mujeres. Su intervención duró algunos minutos más. Al término, anunció que sus dos compañeras en la mesa presidencial, que habían sido elegidas para presentar esa Hermandad de Abraham, también les iban a dirigir la palabra.

1.5

Pocos minutos después del comienzo de esa reunión, la policía de la ciudad de Isla Pequeña había logrado desactivar un artefacto explosivo en una de las calles principales. Estaba escondido en una mochila que había sido abandonada en las proximidades de un colegio de enseñanza media.

El departamento de comunicación pública de la Primera autoridad de Isla Pequeña dio a conocer inmediatamente, a través de las emisoras de radio, un comunicado advirtiendo a la población de los riesgos que podían correr en esa primera jornada de lucha de las tres que había declarado el grupo terrorista autollamado 'Ejército de Liberación de Isla Pequeña'.

1.6

—Para las que no me conocéis, me voy a presentar. Mi nombre es Teresa Aquende. Tengo un hijo. Se llama igual que mi marido, Antonio Manzanal. Bueno. Le llamamos Toni.

La conferenciante, situada a la derecha del Padre Anselmo, puso especial énfasis en la falta de la preposición 'de' en ambos apellidos. En Isla Pequeña, eran muy importantes esas preposiciones. Los apellidos que tenían la preposición 'de' procedían de la población originaria del puerto. Los otros correspondían a los habitantes de la ciudad. En los nombres propios, existía una diferencia similar. Los originarios del puerto usaban apelativos procedentes de la Biblia.

—He nacido en la ciudad y en ella he vivido toda la vida. Mi

deseo, hoy aquí, es haceros la propuesta de que forméis parte de esta Hermandad de Abraham que os ha propuesto el Padre Anselmo, de quien todas conocéis su gran entrega y su gran espíritu religioso. Debemos conseguir que desaparezcan los violentos del puerto contra la ciudad.

Teresa carraspeó con un sonido agudo y nervioso. Se quitó las gafas, antes de girar el micrófono para cedérselo a su compañera, que estaba sentada al otro lado del Padre Anselmo.

1.7

—Mamá, debemos id. Si no nos pepadamos, no vamos a llegad a casa de Kike a la hoda de pedid la mano. – dijo Merceditas a su madre.

—¡No tengas prisa! Todavía queda mucho tiempo. Vamos a llegar perfectamente.

—Si no nos pepadamos bien, no lo vamos a conseguid.

—¡Ya nos prepararemos! Hay tiempo.

1.8

Kike, enfermo también con un Síndrome indefinido de Discapacidad Congénita, salió de su habitación con temor. Trató de no hacer ruido al cerrar la puerta. Caminó con cuidado hasta el salón, donde sus padres estaban viendo un programa de televisión. Carraspeó para que le hicieran caso.

—Esta noche viene Meceditas. – dijo el joven con gran nerviosismo.

—¿Para qué va a venir esta noche Merceditas? Sabes que no queremos aquí a esa chica. –contestó su padre, en un tono de reproche. - Vive en el puerto y su padre murió en un enfrentamiento con la policía.

—Tae a su made. Vienen a pedid casad.

—¡Eso es ridículo! Tú no te puedes casar con ella ni con nadie del puerto. Vuelve a tu habitación y no digas más tonterías.

Kike, mientras volvía hacia su habitación, se puso a llorar con sonoros sollozos. Le había estallado la tensión acumulada en la, para él complicada, operación de anunciar a sus padres la llegada de la que, con las luces de su discapacidad, consideraba su novia.

1.9

—¡Mamá! – volvió a insistir Merceditas tirando de la manga a su madre.

—¡Es que no me vas a dejar terminar!

—Si los pades de Kike no aceptan, me tido al mad pod las docas.

—¡No digas más tonterías! – respondió la madre - ¿Cómo te vas a tirar al mar por las roca?

—Lo digo de vedad. Kike, para mí, es todo.

—Eso ya me lo has dicho muchas veces.

—¿Tú qué vas a haced, si me dechazan?

—Si te rechazan, les sacaré las tripas y se las echaré a los tiburones.

—¡Hablo en sedio, mamá!

—Yo también hablo en serio. Si alguien te hace algún daño, te prometo que les sacaré las tripas de verdad.

1.10

Kike volvió a salir de su habitación. Esta vez no se preocupó de no hacer ruido. Tampoco cerró la puerta. Fue corriendo hasta el salón y se plantó delante de sus padres, que continuaban viendo el mismo programa en la televisión.

—¡Quiedo a Meceditas! –dijo el joven gritando de rabia con gran nerviosismo – Quiedo que lo sepáis. Me quiedo casad.

—¡Vete ahora mismo a tu habitación! - dijo el padre con un gesto autoritario – Como te vuelva a oír esa tontería, te vas a acordar.

—Santiago, no le grites así al niño. – intervino la esposa.

—¡No le llames niño! Tiene ya veintiún años. ¿Cómo se va a casar con una chica de puerto, además, igual que él? ¿Eh? Dímelo.

—Yo no digo nada. – terminó la madre.

Para ese momento, Kike había regresado ya a su habitación y había cerrado la puerta con rabia.

1.11

—Yo también quiero daros las buenas tardes y presentarme. Me llamo Eugenia de los Ángeles Pérez - Reinosa. – comenzó la otra interviniente en la presentación de la 'Hermandad de Abraham' - Me presento sólo como madre. Tengo un hijo y una hija. El hijo es el mayor. Se llama Juan Luis Díaz - Montenegro. Mi hija, que está sentada por ahí, se llama María Luisa. No he nacido en esta isla. Mi familia procede de Isla Grande del Norte. Vivo aquí desde que me casé y considero que ésta es mi ciudad y mi tierra.

Su carraspeo fue más fino y elegante. Había hablado de un modo más pausado y con un tono más culto que Teresa Aquende. Giró el micrófono para colocarlo más próximo a su boca.

—Quiero también animaros a formar parte activa de esta hermandad que ha propuesto el Padre Anselmo para lograr eliminar los males de la violencia y el terrorismo que nos han traído una falta absoluta de paz y libertad para los que vivimos ene la ciudad. Como complemento al nombre oficial de 'Hermandad de Abraham' también podremos llamarnos 'Las madres del 23', porque hoy es día 23 de agosto y porque ese es el número de este local, en la calle

treinta y dos, que nos ha prestado la parroquia realizar esta reunión. Como madres, exigimos que terminen inmediatamente los atentados y los asesinatos que comete el mal llamado Ejército de Liberación de Isla Pequeña, porque no nos libera de nada sino todo lo contrario.

—De momento, - volvió tomar la palabra el Padre Anselmo - son estas dos las madres que os proponen formar parte de esta hermandad. Pero todos deseamos que sea una organización muy numerosa. Queremos que se oiga la voz de todas las madres de la capital de Isla Pequeña, clamando por la paz. Si alguna de las presentes desea hacer alguna pregunta, trataremos de contestaros.

El Padre Anselmo dirigió su mirada al público. Teresa y Eugenia de los Ángeles separaron el micrófono y se recostaron sobre los respaldos de sus sillas. En el fondo de la sala, una de las asistentes levantó la mano. Se puso de pie. Por su manera de vestir, se podía deducir que no pertenecía a ninguna familia rica.

—Me llamo Rafaela. Soy la madre de Pedro Ángel López, el Director General de la Policía. Estoy muy orgullosa de mi hijo y de que haya llegado hasta ese puesto. Además, estoy orgullosa del trabajo que está realizando para terminar con la violencia y el terrorismo en esta isla. Creo que esta hermandad o asociación de madres debería apoyar su labor para que esa violencia termine cuanto antes. Deseo decir también que me opongo a que estén presentes personas que viven en el puerto y apoyan a los que comenten los actos terroristas. Nunca perteneceré a una hermandad o a una asociación a la que pertenezcan familiares de los violentos.

Desde la mesa que presidía la reunión, no hubo ninguna reacción. El Padre Anselmo preguntó si alguien más deseaba intervenir. Esperó a ver si alguien levantaba la mano para indicar su deseo de hablar. Nadie lo hizo.

—Os puedo decir, -reaccionó el sacerdote ante la falta de preguntas - que me alegro de que reservéis vuestras preguntas y vuestras propuestas para la reunión del próximo día cinco a la que os convocamos con el fin de constituir definitivamente nuestra hermandad. Dentro de dos semanas. Sólo las madres, como representantes del pueblo elegido por dios ya en la figura de Abraham, podéis conseguir que la violencia entre el puerto y la ciudad termine en Isla Pequeña. Muchas gracias. Hasta el día cinco.

1.12

‘Toni, amor, q haces sin mí? Sin ti, yo estoy perdida. Eres mi vida. Qdamos tarde salgas clase? Podemos dar vuelta mi coche. Contesta. M.L.’

María Luisa, hija de Eugenia de Los Angeles y novia de Toni, el hijo Teresa, las dos mujeres que acababan de intervenir, aprovechó el descanso para enviar un mensaje de amor a través del teléfono móvil. Había acudido a la reunión vestida con un elegante, y a la vez sencillo, vestido rojo de manga corta. Hacía juego con el color de los zapatos. A veces, pensaba que podía resultar pesada, pero deseaba manifestar a su novio constantemente su inmenso afecto.

1.13

□¡Amá, vámonos! –volvió a insistir Merceditas.

□Ten paciencia. Hay tiempo suficiente. – contestó su madre.

□Amá, tienes dad clases Kike. Habla peod. Mucho. Mucho.

□Le daré clases contigo. Pero ahora vamos a estar atentas a lo que pasa aquí.

1.14

La mayoría de las mujeres asistentes a la reunión del salón parroquial se quedaron en sus asientos en silencio, como si no les hubiera dado tiempo para reflexionar sobre la propuesta. O quizá como si tuvieran miedo a manifestarse públicamente. Poco a poco, comenzaron a recoger sus bolsos, ordenar sus abrigos y preparar la salida. Ana de Casavieja, en cambio, recogió su chaqueta con gesto de estar muy enfadada. Hizo un comentario breve al oído de su madre y caminó hacia la mesa utilizada por las ponentes. Era una chica joven, dinámica, bajita, no muy agraciada y despreocupada de su aspecto exterior.

□Habéis hecho una propuesta totalmente equivocada y fascista. Está elaborada por los opresores. Lo que hay que hacer es unirse todos los habitantes de Isla Pequeña para lograr la independencia del puerto y echar a los invasores. Oprimen a los pobladores oriundos e impiden que consigamos nuestros derechos. Esa es la única lucha auténtica y eficaz.

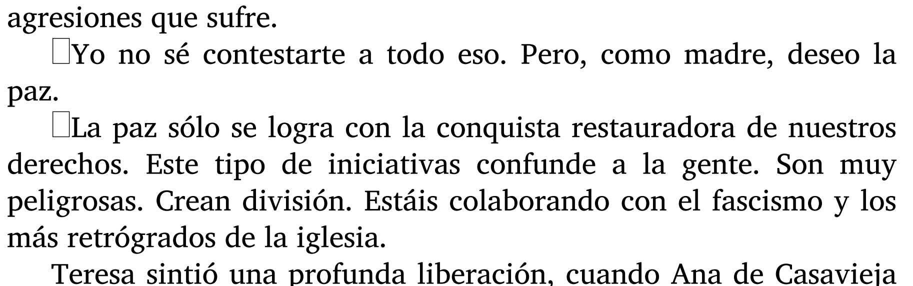
La apasionada joven sólo pudo dirigirse a Teresa Aquende. El Padre Anselmo se había separado de la mesa. Eugenia de los Ángeles también se había apartado para comprobar si tenía registrada alguna llamada en su móvil.

□Nosotras, como madres, sólo deseamos que desaparezca la violencia para dejar a nuestros hijos y nuestras hijas una isla en paz.

□¡Sólo os referís a una violencia!

Nos referimos a la violencia que.... - Teresa notó dificultades para mantener aquella conversación provocada por la joven - Nos referimos a la violencia que mata a las personas.

□La auténtica violencia, la violencia originaria es la de los invasores. La ejercen contra los originarios de esta isla. La lucha


popular es la única defensa que tiene el pueblo para oponerse de las agresiones que sufre.

□Yo no sé contestarte a todo eso. Pero, como madre, deseo la paz.

□La paz sólo se logra con la conquista restauradora de nuestros derechos. Este tipo de iniciativas confunde a la gente. Son muy peligrosas. Crean división. Estáis colaborando con el fascismo y los más retrógrados de la iglesia.

Teresa sintió una profunda liberación, cuando Ana de Casavieja se separó de la mesa. Intentó calmarse con un cigarrillo, pero no le dio tiempo a encontrar el paquete.

□Otra cosa quiero decir. – volvió a insistir la joven abogada - El enfrentamiento no es entre el puerto y la ciudad. El enfrentamiento es entre los autóctonos y los invasores.

1.15

□¿José Luis?... - dijo Eugenia de los Ángeles tras marcar el número de teléfono del despacho de su marido José Luis Díaz – Montenegro. - Ya hemos hecho la presentación…. Sí. Todo ha ido bien. Bueno. Ha ido bien, según tus deseos. Yo sigo pensado como antes… Desde luego.

El padre Anselmo ha hecho un panegírico del pueblo elegido por dios…. Sí. Ha destacado el nombre de Abraham… Te lo he explicado muchas veces. A mi, me parece mal porque ahora no nos conviene ni llamar la atención ni buscar enfrentamientos. Cuanto más clama haya, mejor para nosotros…. Ya lo hablaremos. Cuando vayamos a salir, te llamo.

1.16

Una de las primeras mujeres en abandonar la sala fue una bella y muy elegante dama, vestida de negro con un gran pañuelo rojo, que se había sentado casi en la última fila. Era una mujer en el comienzo de la mediana edad. Tenía el pelo rubio muy bien peinado y recogido en un moño. Vestía con gran distinción y sus gestos eran especialmente cuidados. Durante todo el acto, tuvo puestas unas gafas negras y grandes que trataban de ocultar su personalidad. Podía apreciarse que se trataba de una mujer con extraordinario atractivo físico. No solamente eran armoniosos los rasgos de su cara que permitían ver las gafas. Era alta. Tenía formas corporales muy bien constituidas. Sus piernas estaban formadas siguiendo un estilo escultural clásico.

Recogió su bolso también negro, se puso los guantes y salió con paso firme. No dirigió su mirada a ningún lado ni se detuvo hasta que cruzó la puerta para abandonar el local. Desde allí, siguió

caminando con la misma rapidez y la misma firmeza.

1.17

Doña Mercedes, la corpulenta echadora de cartas, se incorporó del asiento con muchas dificultades. Dijo a su hija que no se moviera y se dirigió al padre Anselmo, que en aquel momento se encontraba solo.

□No estoy de acuerdo en el mensaje de confrontación que propone.

□¿Cómo dices, hija? – respondió el sacerdote.

□Digo que no estoy de acuerdo con la confrontación que propone entre los del puerto y los de la ciudad. Para conseguir la paz, lo que hay que hacer es unirnos y reconciliarnos todos.

□Hija, no es este momento para discutir. Debemos todos estar unidos contra la violencia y renunciar a nuestras diferencias para formar parte de ese pueblo elegido por dios.

□Yo no me siento elegida por nadie. Quiero terminar con toda esta violencia que no nos deja vivir.

□Lo que debes hacer, hija,…

□¡Deje de llamarme hija, por favor!

□Lo siento. – dijo el Padre Anselmo separándose de su interlocutora - No estoy dispuesto a mantener esta discusión en público. Si quieres que hablemos, visítame en la residencia sacerdotal.

1.18

□¿Qué te ha dicho esa?

Teresa, que estaba encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa, se sobresaltó ante la pregunta. Levantó la mirada con desconfianza. Se tranquilizó al ver que era María Luisa, la novia de su hijo.

□¡Ah! Eres tú.

□¿Sabes quién es ésa que te ha hablado? – insinuó la joven.

□No tengo ni idea. Me ha metido miedo.

□Es Ana de Casavieja. La hermana del jefe del Ejército de Liberación. Es abogada y dicen que mueve muchos hilos en la banda terrorista. Es de las más duras.

□Voy a tirar el cigarrillo. Me está temblando la mano.

□He mandando un mensaje a Toni. He quedado con él, cuando termine las clases de la tarde. Espero que me conteste.

En ese momento, se les acercó el padre Anselmo. A pesar de estar acostumbrado a intervenir y mandar en los acontecimientos, se le notaba nervioso. Se acercó a ellas como refugiándose de posibles interpelaciones o críticas.

□Teresa, lo habéis hecho muy bien. ¡Enhorabuena! Espero mañana tu visita en la casa parroquial a la hora que habíamos establecido. Tú, María Luisa, felicita a tu madre. No sé si me voy a poder despedir de ella personalmente. Está constantemente hablando por el teléfono móvil. Dile que ya la llamaré.

Sin esperar respuesta, el sacerdote se separó de ellas. Con paso decidido, aunque arrastrando ya los pies, se dirigió hacia la puerta del local sin dirigir la mirada a ninguna otra de las asistentes.

1.19

□Mamá – volvió a gritar Merceditas – Si tú no vas, me madcho sola.

□Hija, ten un poco de paciencia. – contestó doña Mercedes – Nos va a dar tiempo a todo.

Dos: Muerte

2.1

A la misma hora en que había terminado el acto para constituir la Hermandad de Abraham, en el otro lado de la isla, a unos doscientos metros de la entrada de la sede del gobierno, tuvo lugar un nuevo atentado. Con un mando a distancia, se provocó la explosión del artefacto colocado en un coche, justo en el momento que pasaba Pedro Ángel López, Director General de la Policía de Isla Pequeña, en el taxi de su padre.

Todas las tardes, Pedro López, el padre, llevaba a su hijo desde la academia de policía hasta su despacho en la sede del gobierno. El Director General ya le había sugerido, en varias ocasiones, que no debía molestarse en hacer ese servicio. Incluso le había indicado que cualquier coche de la policía estaba mejor equipado que el taxi y tenía más garantías de seguridad. Sin embargo, el taxista estaba tan orgulloso de que un descendiente suyo hubiera llegado a ocupar ese cargo que se empeñaba en seguir realizando el trayecto.

La onda expansiva de la explosión afectó directamente al Director General. Su cuerpo quedó partido y muy deformado. Su muerte fue instantánea. El padre también fue alcanzado. Sangraba abundantemente de los brazos y de la cabeza. Pero las heridas principales le afectaban a las piernas. Tenía ambas separadas del cuerpo, cuando le recogieron para trasladarlo al hospital.

La explosión también alcanzó a dos niños de corta edad, que habían salido de clase de música y regresaban a sus casas. Asimismo se habían visto afectadas directamente dos jóvenes discapacitadas que se hallaban cerca de su escuela especial.

2.2

–Juanlu, soy mamá.... – dijo Eugenia de los Ángeles por su teléfono móvil –Acabamos de terminar la presentación... ¿Cómo que qué presentación? La de la Hermandad de Abraham que promueve tu padre y el padre Anselmo… Yo tampoco estoy de acuerdo. ¿Alguna novedad?... ¿Ningún cambio en absoluto?... ¿Vas a salir esta noche?... Es mejor que no salgas tan tarde por la noche. ¿El guardaespaldas está contigo?... Ya sé que es molesto. Pero, en cualquier momento, los terroristas pueden actuar contra ti. Que esté toda la noche en la puerta. Para eso le pagamos... ¿Cómo han ido las clases?... Tienes que ir a clase. Después, se te acumula todo... ¿Has vuelto a esos sitios con esas chicas deficientes?... Ya sabes tú a

qué sitios y a qué chicas me refiero... No me digas otra vez que no puedes superarlo. ¡Eso es una perversión! En esta vida, se puede superar todo... ¿Necesitas algo más?... Si hay alguna novedad, me llamas inmediatamente. Adiós, cariño. Duerme bien.

Eugenia de los Angeles no podía disimular que su hijo Juan Luis era su preferido. La sólo aparente severidad con que le trataba por teléfono era una manifestación más de su debilidad emocional hacia él.

2.3

—¿Puede salir un momento?

Un policía uniformado había entrado corriendo en el salón parroquial donde se había realizado la propuesta para formar la hermandad de Abraham. Todavía con la respiración entrecortada, buscó el rostro de Rafaela, la madre del Director General de Policía que acababa de ser asesinado y cuyas noticias no había trascendido todavía.

—¿Ha pasado algo? - preguntó la madre con gran sobresalto llevándose instintivamente las manos a la cabeza.

El policía la protegió con sus brazos e intentó sacarla de la sala sin provocar ninguna conmoción. Los dos salieron tan rápidos, que prácticamente nadie se enteró de que algo grave había sucedido.

2.4

Teresa y su futura nuera se sorprendieron de la enorme obesidad de la mujer que se les acercó. Caminaba con grandes dificultades apoyándose en los respaldos de las sillas. Cuando llegó hasta ellas, les sonrió abiertamente.

—¡Qué bien lo habéis montado! - dijo mientras se apoyaba en la mesa – Aunque no estoy de acuerdo, reconozco que habéis estudiado los números hasta el más mínimo detalle.

—No sé a qué se refiere, señora. - replicó Teresa.

—No me llames señora. Soy Mercedes. Echo el Tarot tradicional de las islas.

—Encantada.

—¿Por qué habéis elegido el número cinco?

—¿Para la próxima reunión?

—Para todo. Hoy es día 23. Dos y tres, cinco. La próxima reunión para fundar el colectivo será el día cinco de mayo, que es el mes número cinco. Este local está en el número 23 de la calle treinta y dos. Los dígitos de las dos cifras suman cinco. Además os reunís a las cinco de la tarde. Estáis rodeadas del número cinco. No me digas que no lo habéis hecho intencionadamente.

—Ha sido una sugerencia del padre Anselmo.

No te excuses. Es perfecto. Los curas saben mucho de números. El número cinco es muy bueno. Pero no estoy de acuerdo con la iniciativa. Ya se lo he dicho al padre Anselmo. Se trata de conseguir la paz. - aseguró Teresa.

La paz no se puede conseguir por el enfrentamiento. Está todo organizado desde la ciudad. Deberíais buscar participantes del puerto.

El padre Anselmo insiste en la idea del pueblo elegido.

Igual tenemos que dejar al dichoso Padre Anselmo. Yo lo hago por mi hija. Nació con un problema mental y hace dos años, un día que la dejé ir sola a un recado, la alcanzó una bomba al quedarse parada.

2.5

¿Señora Eugenia?

Sí. Dime. - contestó después de haber comprobado que la llamada procedía de Mariano González, responsable de la organización contratada para la seguridad privada de su familia.

Ha habido un atentado junto a la sede del gobierno. Han asesinado al Director General de la Policía. Su padre ha quedado gravemente herido. Le están interviniendo. Dicen que perderá las dos piernas. Parece que hay otros cuatro heridos muy graves.

¿Quiénes son las otras víctimas?

No lo sé. Creo que dos escolares y dos chicas deficientes.

¿Han muerto?

No se sabe todavía. Pero parece que no.

En cuanto sepas algo más, me llamas. Gracias, Mariano. ¿Está todo preparado para el martes?

Todo está a punto, señora.

2.6

Mamá, me voy – gritó Merceditas a su madre en tono de exigencia, mientras se dirigía ya hacia la puerta, enrabietada como una auténtica niña, a pesar de los veintiún años que ya había cumplido – Llegademos tadde a casa de los pades de Kike. No vamos a poded pedid la mano.

2.7

¿Secretario de la comisaría?

Dime, - dijo Luis Callejuela al reconocer la voz del confidente que había enviado al salón parroquial para que le informara de lo sucedido.

Le paso el informe confidencial sobre la reunión de mujeres. Han intervenido el cura y las dos que estaban previstas. Sólo ha habido una pregunta. Han presentado una propuesta para formar

una hermandad de mujeres. Han hecho una convocatoria para el próximo día nueve. Han asistido treinta y siete mujeres y cinco hombres, incluyéndome a mí. Estaba la madre del Director de la Policía que ha sido asesinado… Sí. Estaba la abogada. Al terminar la exposición se ha acercado para hablar con las conferenciantes. Ha hablado sólo con Teresa Aquende. ¿Alguna cosa más?

—¿El cura ha hablado de Abraham?

—Sí. Le han puesto ese nombre a la hermandad.

—¿Han aludido al atentado?

—Creo que no lo sabían.

—Está bien. Adiós.

—¿Cuándo paso a cobrar?

—No tengas prisa. Ya te llamaré yo.

2.8

—Dime. ¿Qué quieres con tanta prisa? – dijo Eugenia al comprobar un nueva llamada de su marido.

—¿Cuándo vas a venir? - contestó José Luis Díaz - Montenegro.

—Estamos a punto de salir. ¿Te has enterado del atentado?

—Sí. Ya hemos terminado ya el balance de actividades. Estoy esperando a que vengas a recogerme.

—No te muevas del despacho. Llego en poco tiempo. ¿Has tomado la pastilla?

—Ahora la iba a tomar. Faltan cinco minutos.

—Si no la tomas en su momento, te pones cardiaco toda la noche.

—¿Ha estado, en esa reunión, alguno de los que me secuestraron?

—Ya lo comentaremos en la cena. Toma la pastilla. Llego enseguida.

Eugenia de los Ángeles movió la cabeza como signo de resignación tras interrumpir la conversación con su marido. Se concentró de nuevo en su móvil y recuperó otra de las llamadas registradas.

2.9

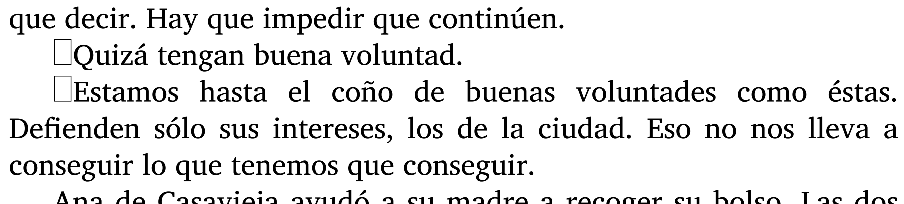
—¡Vamos! Esto apesta a opresores y vendidos. – dijo secamente Ana de Casavieja a su madre.

—Me gustaría ir a decirles algo. – respondió Sara.

—Son unas gilipollas reaccionarias de la ciudad.

—Soy madre de un hijo que está en la cárcel sólo por luchar en favor de su patria y de su pueblo. Sé muy bien lo que se siente y lo que hay que hacer.

—No te pongas sentimental. Ya les he dicho yo lo que les tenía



que decir. Hay que impedir que continúen.

—Quizá tengan buena voluntad.

—Estamos hasta el coño de buenas voluntades como éstas. Defienden sólo sus intereses, los de la ciudad. Eso no nos lleva a conseguir lo que tenemos que conseguir.

Ana de Casavieja ayudó a su madre a recoger su bolso. Las dos se encaminaron hacia la puerta de salida. A Sara de Tierrasaltas, le hubiera gustado comentar a las dos proponentes la lucha que había hecho y hacía su hijo, Samuel de Casavieja. Dirigía la organización que luchaba por recuperar los derechos de Isla Pequeña, con grave riesgo para su vida. Como pago, había perdido su libertad en la cárcel desde hacía ya seis años. También les habría comentado la pérdida de su marido, llamado asimismo Samuel, hacía ya doce años, en un tiroteo, cuando le iban a detener miembros de la policía.

—Fue un asesinato en toda regla. - habría puntualizado su hija - Le mataron a quema ropa. Mi padre no llegó a sacar el arma.

Sara se resignó, una vez más, a guardar el dolor en su corazón. Siguió a su hija hasta la puerta. Se limitó a lanzar una mirada, a la vez de reto y de comprensión, antes de salir.

2.10

—María Luisa, tenemos que irnos. Tu padre nos está esperando.

Eugenia de los Angeles manifestaba, en todos sus gestos, la costumbre de dar órdenes. Siempre había dominado a su familia y había orientado sus decisiones incluso en lo referido a los diferentes negocios que poseían. Pertenecía a una ilustre familia de Isla Grande del Norte con mucha antigüedad aristocrática pero con poco dinero. Ella tomó la iniciativa en las relaciones que terminaron en la boda con José Luis Díaz - Montenegro, hombre mucho mayor que ella, pero heredero de una gran fortuna familiar. Su papel preponderante en la familia se convirtió en un control absoluto a raíz del prolongado secuestro que sufrió su marido, hacía ahora ocho años, por los terroristas del Ejército de Liberación. Personalmente, aunque sin aparecer en público, dirigió las negociaciones del rescate para lograr su liberación.

Desde ese momento, ha establecido un detalladísimo sistema de control para garantizar, en todo instante, la seguridad de los miembros más íntimos de la familia. Su principal obsesión es saber siempre lo que hacen su marido, sus hijos, sus padres y sus hermanos. Controla todos sus movimientos hasta el más mínimo de los detalles. En su vida personal, también ha establecido un severo control para que nadie conozca sus relaciones íntimas.

—Teresa, todavía no podemos sacar ninguna conclusión sobre esta propuesta. Importan mucho las reacciones de los medios de comunicación. Del ‘Diario de la Isla’ ya me encargo yo. ¡Vamos, María Luisa! Deja ya de enviar mensajes. Estás todo el día igual.

Eugenia de los Angeles se despidió de su compañera de propuesta con un beso protocolario. La despedida de su hija hacia Teresa fue mucho más cariñosa como demostración del afecto y la complicidad que había entre ellas.

2.11

‘Ha caído Director General Policía’.

Ese era el escueto mensaje que recibió, en su teléfono móvil, la abogada Ana de Casavieja, cuando acompañaba a su madre a casa. Ni contestó ni se lo comentó a su madre. Volvió a guardar el aparato y siguieron caminando.

2.12

Al quedarse sola, tras la afectuosa despedida de la que probablemente será su futura nuera, Teresa se quedó pensativa. Estaba todavía conmocionada por las violentas palabras que le había dirigido la abogada legal del Ejército de Liberación.

—¿Quién me habrá mandado meterme a mí en este lío de la Hermandad?

En realidad, no lo tenía muy claro. La noche anterior, entre los nervios para preparar la breve presentación de la propuesta, había intentado contestarse, en privado, esa misma pregunta. Como causa inmediata, no encontraba más que la insistencia de su consejero espiritual y confesor, el padre Anselmo Blázquez.

—¡Lo haré por mi hijo! Por él y por su novia María Luisa. Para que mis nietos puedan vivir sin el miedo de salir de casa por temor a un atentado. Sólo por ellos merece la pena pasar este calvario.

2.13

—¿Se puede poner el director del periódico?

—¿De parte de quién?

—Soy Eugenia de los Ángeles Pérez - Reinosa.

Entre los diversos negocios que tenía la familia Díaz - Montenegro, figuraba una estimable participación en el accionariado del ‘Diario de la Isla’. No proporcionaba grandes dividendos, pero daba un notable poder intangible. Por esa razón, Eugenia había pedido a su marido que delegara en ella las reuniones del Consejo de Administración del periódico.

—Dígame, doña Eugenia de los Angeles. ¿Se ha enterado ya del nuevo atentado?

—Sí. Ya me he enterado. ¡Asesinos cobardes! Te llamo por otra

cosa. He visto que has mandado un fotógrafo al acto de presentación de la ‘Hermandad de Abraham’.

—Pensábamos dar una noticia amplia en las páginas de sociedad a dos columnas con una foto. Su marido ha llamado interesado en que lo destaquemos.

—Bueno. Tampoco le dediques demasiado espacio. Y menos con lo de los atentados. Todavía no sabemos cómo va a terminar. Con el asesinato del Jefe de policía ¿qué vais a hacer?

—Hay un comunicado muy duro del gobierno. Prepararemos un editorial en esa misma línea.

—Hay que pedir al gobierno medidas de dureza que garanticen la seguridad de todos los ciudadanos. Usad un tono contundente.

2.14

—Merceditas, ven aquí y siéntate. – ordenó doña Mercedes después de que llegaran a su casa.

La joven discapacitada, que ya había comenzado a prepararse, no quiso obedecer inicialmente. Alegaba que no era momento de hablar ni podían perder el tiempo. Su madre tuvo que insistir. Merceditas obedeció a regañadientes.

—Ver. ¿Quiedes ahoda?

—Vamos a hablar muy en serio. ¿Estás absolutamente segura de que estás enamorada de Kike y te quieres casar con él?

—Sabes sí. Dicho muchas veces.

—¿Estás completamente segura? Vamos a dar un paso muy importante diciéndoselo a sus padres. Después, no hay marcha atrás.

—Completa, completa, completa. Quiedo casad Kike ya. Chica nodmal.

—¡Sabes que nosotras somos del puerto y él es de la ciudad!

—¡Eso, bobada, mamá! Chica nodmal.

2.15

A primeras horas de la noche de esa primera jornada de lucha declarada por el Ejército de Liberación de Isla Pequeña, hizo explosión una nueva bomba. El artefacto había sido colocado en la entrada central de la sede de los juzgados. Era un edificio monumental situado en una plaza muy céntrica de la ciudad.

Es esa hora, las oficinas y despachos judiciales estaban cerrados. Era por la mañana cuando el paso por esa puerta resultaba muy abundante, ya que, en ese edificio, se concentraban todos los trámites relacionados con los procesos legales. Además de los graves desperfectos ocasionados en el edificio, tres personas fueron alcanzadas por la onda expansiva. La más afectada fue una joven

que pasaba por allí haciendo ‘footing’. También un matrimonio de mediana
edad resultó alcanzado aunque sus heridas fueron de menos consideración.

Las principales calles de la ciudad se vieron afectadas por al interrupción del tráfico con el fin de permitir que las ambulancias acudieran con rapidez hasta el lugar del siniestro. Las sirenas de las ambulancias provocaron una nuevo sobresalto en la población, que a estaba muy afectada por los otros dos atentados que habían tenido lugar en esa jornada de lucha.

2.16

Estaba Teresa a punto de abandonar el salón parroquial, después de haber recogido su bolso y haberse colocado el abrigo. Quedaba solamente la señora de la limpieza esperando para apagar la luz. En ese momento, entró su marido, Antonio Manzanal, el propietario del restaurante de arroz más conocido de la ciudad. Llegó con su habitual sensación de tener prisa y llegar siempre tarde.

—No he podido venir antes. ¿Qué tal ha ido?

—He estado muy nerviosa.

—Ya sabes lo del nuevo atentado. ¿No?

—¿Qué atentado? - preguntó Teresa con gran sorpresa.

—Ha habido varios. En uno, se han cargado al Director General de Policía. Ese chico joven que había entrado hace poco. Ahora, mientras venía, he oído que ha explosionado otra bomba.

—¡Esto no tiene solución!

—Por eso, vuestra hermandad es más útil que nunca.

—Eso no se arregla ni con nuestra hermandad ni sin ella, por mucho que se empeñe el padre Anselmo.

—Hay que implicar a la Primera autoridad y a todo el gobierno de la Isla en esto de la hermandad. Tiene que subvencionaros. Además tenemos que meter al restaurante.

—No es momento de pensar en hacer negocio también con esto.

—No es hacer negocio. Es apoyar. Por ejemplo, si se implica el gobierno, puede haber una cena multitudinaria con cinco platos de arroz diferentes. Al fin y al cabo, el arroz es el plato típico de esta ciudad.

—No comiences a hacer castillos en el aire.

—Tengo ya el menú preparado. Escucha. Primero, una ensalada fría de arroz con tomate, pimiento rojo de lata, champiñones frescos y atún en aceite. Tiene que estar bien adornado de perejil. Después, una ensalada caliente. Con verduras. Sobre todo judías verdes y guisantes.

□Bueno, ya…

□Espera que termine. Un plato de arroz con pescado, otro de arroz con carne, y, para postre, un sorbete de arroz con pistacho y avellanas.

□Habrá que poner también anchoas. Si el arroz es lo típico de la ciudad, las anchoas son lo típico del puerto.

□No vas a comparar los platos que hacemos con el arroz a las anchoas. Pero, si hay que colaborar, se colabora. Hacemos una cena multitudinaria con diversos platos de arroz y anchoas. Nosotros podemos cocinar las anchoas mejor que los del puerto, aunque ellos quieran llevarse la fama.

□Olvídate de eso ahora tras esos atentados.

□Bueno. Son unos atentados más. Estamos acostumbrados a vivir con ellos. Lo he oído por la radio. Hacen el número cuatrocientos y pico de los atentados que han tendido lugar en esa isla.

2.17

Antes de llamar al timbre, doña Mercedes dio los últimos retoques al vestido que se había puesto su hija para causar buena impresión a los padres de Kike. Tuvieron que llamar dos veces. Merceditas se impacientó. Apareció en la puerta la madre de Kike.

□Buenas noches.

□Hola. Buenas noches.- contestó doña Mercedes con amabilidad- Esta es mi hija Merceditas.

□Venimos a ved a Kike. –dijo la joven agarrándose a su madre como si estuviera asustada.

□¡Santiago! – gritó la madre de Kike.

Apareció un señor ya mayor. Tampoco se había preparado para recibirlas. Se manifestó con la misma frialdad, o incluso más, que su esposa.

□¡Buenas noches! Soy Santiago Grijalba, el padre de Enrique.

□No sé si su hijo les ha dicho que íbamos a venir. Nos ha invitado a cenar para...

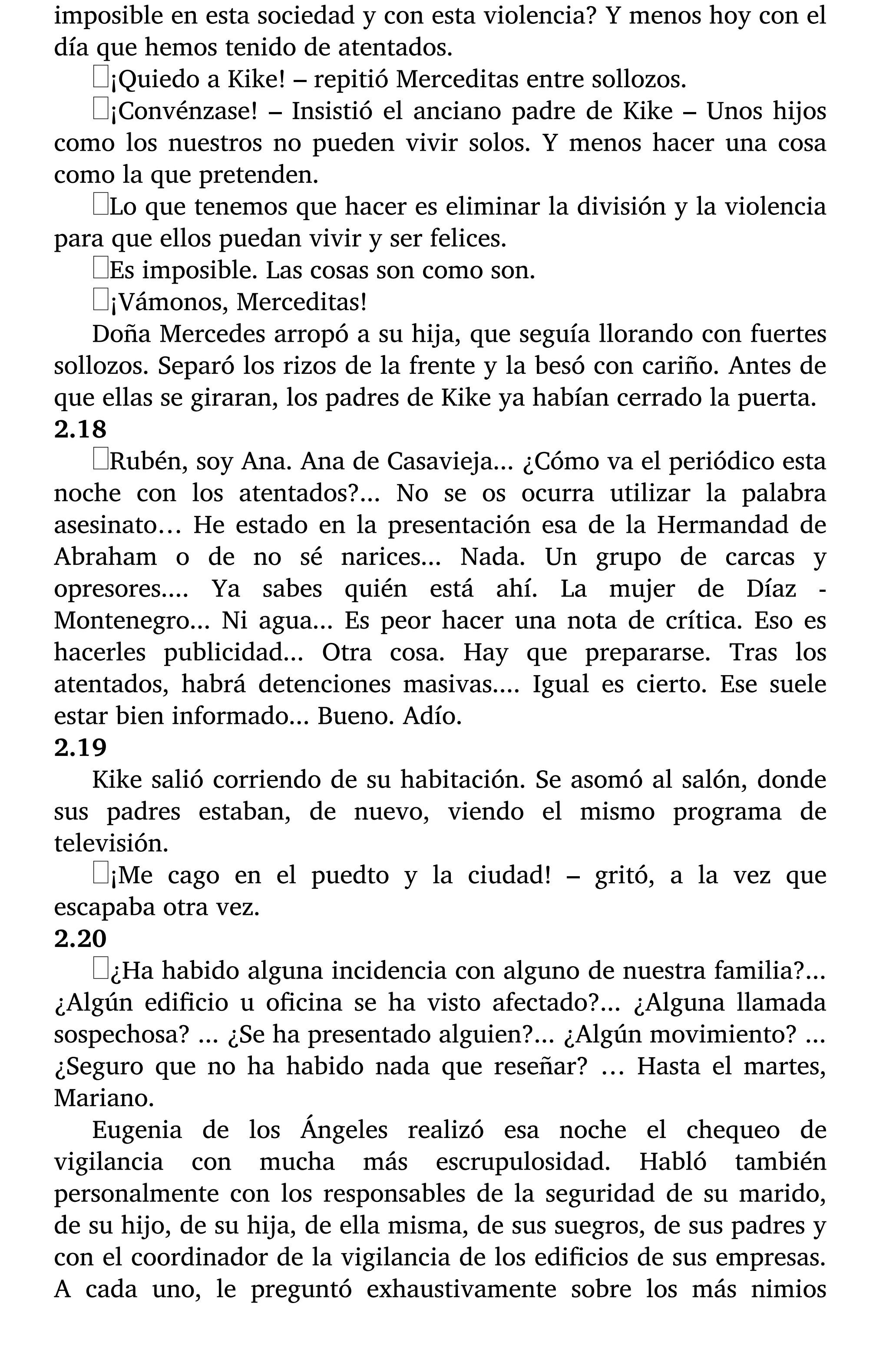
□Lo que quieren hacer es una locura. No se puede tomar en serio…

□¡Mamá, quiedo ved a Kike!

□¡Enrique está ya en su habitación! – exclamó, con gran sequedad, el padre.

□¿Ni siquiera podemos pasar para hablarlo? –solicitó doña Mercedes, mientras tomaba del brazo a su hija que estaba cada vez más asustada.

□¡No hay nada que hablar! Todo esto es absurdo. Uds. son del



puerto y nosotros de la ciudad. ¿No comprende Vd. que es imposible en esta sociedad y con esta violencia? Y menos hoy con el día que hemos tenido de atentados.

—¡Quiedo a Kike! – repitió Merceditas entre sollozos.

—¡Convénzase! – Insistió el anciano padre de Kike – Unos hijos como los nuestros no pueden vivir solos. Y menos hacer una cosa como la que pretenden.

—Lo que tenemos que hacer es eliminar la división y la violencia para que ellos puedan vivir y ser felices.

—Es imposible. Las cosas son como son.

—¡Vámonos, Merceditas!

Doña Mercedes arropó a su hija, que seguía llorando con fuertes sollozos. Separó los rizos de la frente y la besó con cariño. Antes de que ellas se giraran, los padres de Kike ya habían cerrado la puerta.

2.18

—Rubén, soy Ana. Ana de Casavieja... ¿Cómo va el periódico esta noche con los atentados?... No se os ocurra utilizar la palabra asesinato… He estado en la presentación esa de la Hermandad de Abraham o de no sé narices... Nada. Un grupo de carcas y opresores.... Ya sabes quién está ahí. La mujer de Díaz - Montenegro... Ni agua... Es peor hacer una nota de crítica. Eso es hacerles publicidad... Otra cosa. Hay que prepararse. Tras los atentados, habrá detenciones masivas.... Igual es cierto. Ese suele estar bien informado... Bueno. Adío.

2.19

Kike salió corriendo de su habitación. Se asomó al salón, donde sus padres estaban, de nuevo, viendo el mismo programa de televisión.

—¡Me cago en el puedto y la ciudad! – gritó, a la vez que escapaba otra vez.

2.20

—¿Ha habido alguna incidencia con alguno de nuestra familia?... ¿Algún edificio u oficina se ha visto afectado?... ¿Alguna llamada sospechosa? ... ¿Se ha presentado alguien?... ¿Algún movimiento? ... ¿Seguro que no ha habido nada que reseñar? … Hasta el martes, Mariano.

Eugenia de los Ángeles realizó esa noche el chequeo de vigilancia con mucha más escrupulosidad. Habló también personalmente con los responsables de la seguridad de su marido, de su hijo, de su hija, de ella misma, de sus suegros, de sus padres y con el coordinador de la vigilancia de los edificios de sus empresas. A cada uno, le preguntó exhaustivamente sobre los más nimios

detalles con el fin de encontrar cualquier indicio de sospecha.

2.21

¿Pod qué no me quieden a mí? – dijo Merceditas llorando desesperadamente - ¿Pod qué los pades de Kike no me quieden?

A ti, sí que te quieren. Lo que pasa es…

¡Mientes! – gritó la joven. – No me quieden. Me dechazan. ¿Qué he hecho? Soy chica nodmal. He trabajado. Mucho. Mucho. Mucho. ¿Pod qué no me quieden?

Merceditas, yo te prometo firmemente que cambiaré toda esta mierda de la división y la violencia para que tú seas feliz. ¡Te lo prometo! ¡Lograré la paz para ti!

Pometiste eso el otro día. – dijo Merceditas, mientras comenzaba a correr - No más creo nadie.

¡Merceditas! – gritó la madre desesperadamente - ¿Adonde vas? ¡Ven aquí!

Tres: Detención

3.1

—Cuatro y nueve, trece. Trece y uno, catorce. Uno y cuatro, cinco. Suman cinco. No sé si se puede seguir creyendo que el cinco es un número de la suerte. – dijo doña Mercedes cuando leyó que número exacto de atentados que habían tendido lugar en Isla Pequeña era de cuatrocientos noventa y uno.

La voluminosa echadora de cartas acababa de abrir su librería exotérica, en las cercanías del puerto, después de haber acompañado hasta la escuela espacial a su hija Merceditas, quien, desde el incidente con los padres de Kike, se mostraba mucho más irritable.

3.2

—¿Rafaela? Llamo de la comisaría central. Soy el secret...

—Ya te he reconocido. Te iba a llamar yo, otra vez, para preguntar si ya habéis detenido a alguien por el asesinato de mi hijo.

—Esta vez me he adelantado yo.

—Es una vergüenza. Más de un mes, sin ninguna noticia y sin ninguna detención. ¡No hacéis nada! Así que ellos se envalentonan todavía más.

—Esté atenta a las noticias de esta noche. Bueno. Ya, a las de mañana. Esta noche va a haber detenciones.

—¡Por fin! ¿A quién van a detener?

—No lo sé. Lo llevan los de antiterrorismo. Sólo me he enterado de que esta noche va a caer, por lo menos, el primero.

—Que lo pague con la misma moneda. Exijo que pague la muerte de mi hijo y la invalidez de mi marido.

—¿Cómo está don Pedro?

—¿Cómo va a estar? A ver si estas detenciones le animan un poco. En cuanto sepas algo más, me llamas.

—Esté atenta a las noticias.

3.3

Exma. Primera Autoridad de Isla Pequeña del Sur. Me dirijo a Vd. como ciudadana y como votante, con el fin de exigirle que arregle ya, de una vez por todas, el problema de la violencia. Como muchos otros ciudadanos, no estoy dispuesta a seguir aceptando sus excusas para no conseguir la paz. Al haberse presentado voluntariamente como candidato para ocupar ese cargo, tiene la

obligación de solucionar esta situación que nos impide desarrollar nuestra vida con la libertad y la seguridad a las que tenemos derecho. Si Vd. y el gobierno que preside no saben o no pueden solucionar este problema, que es el más grave que tenemos en Isla Pequeña, sea lo suficientemente noble para abandonar su cargo y dejar que otra persona lo intente. Se lo exijo en nombre de mi hija, que, a causa de una discapacidad congénita, se ve más directamente vulnerable a las acciones violentas y está impedida para ejercer sus derechos personales y sociales. María de las Mercedes de Puentenuevo.

3.4

La noche del lunes treinta de septiembre, Teresa Aquende se acostó temprano. Su marido, Antonio, había regresado del trabajo en el Gran Restaurante del Arroz. Pero se acostó más tarde, para ver, entre cabezadas, un concurso de televisión. Pocos minutos antes de las tres de la madrugada, les despertó un fuerte ruido en la puerta exterior del edificio número 60 de la calle séptima, donde se hallaba su vivienda. Cuatro policías, fuertemente armados, habían forzado la entrada destrozando la cerradura.

3.5

Sra. Doña María de las Mercedes de Puentenuevo. La Primera Autoridad de Isla Pequeña del Sur me encarga decirle, en contestación a su carta, que él es el más preocupado por la situación de violencia. Puede estar segura de que este gobierno y la Primera autoridad que lo preside están poniendo las medidas necesarias para conseguir la paz, por lo que debe mantener la esperanza en una próxima solución de este problema. Le saluda atentamente, en nombre de la Primera Autoridad de Isla pequeña del Sur, su secretario particular. (Firma ilegible).

—¡Y una mierda! – exclamó doña Mercedes tras leer la carta oficial que le fue entregada por un funcionario público.

3.6

—¿A qué hijo de puta van a detener?

Pedro López se revolvió en la cama, al oír el sonido del teléfono, a pesar de que tenía el cuerpo todavía dolorido. La carencia de sus piernas y los vendajes le impedían incorporarse. Por lo poco que había oído de la conversación de su mujer, dedujo que se trataba de una detención relacionada con el atentado contra su hijo, que le había dejado a él inmovilizado. Estuvo ansioso hasta que su esposa regresó al dormitorio.

—¡Rehostias! Dime a quién van a detener.

—No me lo han dicho. Hay que estar atentos a las noticias.

—Todos son unos hijos de puta. Acércame la silla.

Rafaela intentó convencer a su marido para que siguiera en la cama. A esas horas de la noche, no podía hacer nada. Además, no estaba todavía preparado para hacer movimientos violentos. No hubo manera de convencerle. Tuvo que acercarle la silla y vestirle.

3.7

Tras abrir de una patada la puerta de la vivienda de Teresa y Antonio, los cuatro policías uniformados se quedaron estáticos, escondidos, con sus armas preparadas. Uno de ellos no pudo contener la tos. Recibió una severa mirada del jefe. Esperaron. Estaban todavía asegurando sus posiciones, cuando apareció Teresa. Llegaba poniéndose la bata sobre el camisón, a medio calzar las zapatillas de casa y muy asustada.

—¡Alto. Manos arriba!

Teresa cumplió la orden tan precipitadamente y con tanto nerviosismo que la bata le quedó colgando de un solo brazo. Los policías movieron el cargador de las armas confundiendo el tropiezo con un movimiento intencionado. El ruido de los gatillos la paralizó. Se adelantó el policía que había quedado en la parte izquierda de la puerta.

—¿Dónde está Antonio Manzanal?

—¿Mi marido?

—¡Su hijo!

—No sé si habrá venido. Esta noche ha tenido una fiesta.

—¿Cuál es su habitación?

—La segunda puerta.

El jefe del grupo policial apartó a Teresa sin contemplaciones. Dos policías avanzaron en esa dirección protegiendo sus espaldas en sendos lados del pasillo. Otro golpe de tos volvió a romper la gran tensión del ambiente.

—Mantenga las manos arriba.

—¿Qué buscan?

—¡Silencio!

Los dos policías que se habían quedado en el salón volvieron a sujetar los gatillos. Toni, el hijo, medio vestido, cayó al suelo, en el salón, empujado desde el pasillo. En la caída, su cabeza chocó contra una mesilla de madera. Se llevó la mano al lugar del golpe. Apenas se atrevió a girar la cabeza para ver a los policías que le apuntaban. Teresa hizo un ademán para acercarse a su hijo.

—¡No se mueva!

—¡Es una equivocación! - dijo ella - Mi hijo no ha hecho nada.

Somos de la ciudad de toda la vida. Somos una familia de...

Para ese momento, ya había aparecido en la puerta del pasillo, el marido. Le había dado tiempo a ponerse la bata e incluso a atusarse el poco pelo que le quedaba. No le dio tiempo a preguntar "¿qué pasa?".

—¡Levante las manos! - gritó el jefe del comando policial.

—Nos van a destruir la vida con esta equivocación- dijo Teresa.

—Me han encargado detener a Antonio Manzanal. Me han dado esta dirección. ¡No me he equivocado!

El jefe del grupo policial empujó con el arma a Teresa y la tiró sobre uno de los sillones de la sala. El marido permaneció asustado con los brazos en alto sin atreverse a ayudarla. Tuvo necesidad de tragar saliva, pero se le atragantó. El policía que mandaba el grupo ya no prestaba ninguna atención a los padres.

—¡Vámonos! Tú, cúbrenos.

Antes de que comenzara la salida, Teresa intentó acercarse a su hijo. El policía de la tos se lo impidió de nuevo de un culatazo sin mirarla siquiera a la cara.

3.8

Cuando doña Mercedes abrió la persiana metálica de su librería exotérica, con gran esfuerzo a causa de su gordura, encontró tirado en el suelo un sobre grande. Lo llevó hasta el mostrador. Con letras mayúsculas uniformes había escrito: ‘A LA BRUJA ENGAÑATONTOS’.

Abrió el sobre con bastante nerviosismo. Dentro, había un folio sin doblar. En él, estaba grabado un macho cabrío, tachado con un aspa de trazado grueso de color rojo. En la parte inferior, había una inscripción en letra pequeña. La echadora de cartas tuvo que ponerse las gafas para leerlo. ‘También tu sangre será derramada, si continúas por ese camino’.

—¡Yo no tengo la culpa de que te haya salido el diablo!

El grito de doña Mercedes, tras reponerse, iba dirigido, en la distancia, a un conocido empresario de Isla Pequeña que había acudido pocos días antes a consultar su futuro en el Tarot. Le había salido, en todos los intentos, el arcano número quince conocido como el diablo. Ese mal augurio coincidía con la catastrófica situación de sus finanzas como consecuencia de una grave quiebra.

La echadora de cartas recordaba perfectamente el gran enfado que manifestó dicho empresario al conocer el pronóstico del Tarot. Por esa razón, le atribuyó la autoría de ese anónimo como muestra de su venganza. No era infrecuente que quienes recibían mal augurio en las cartas, pagaban su enfado con la mensajera

exotérica.

3.9

Ana de Casavieja, la abogada, dejaba todas las noches su móvil conectado encima de la mesilla de noche. Los que tenían que saberlo, conocían que ella estaba dispuesta en todo momento. Había puesto una sintonía que la despertaba pero no la sobresaltaba.

—¡Sí!

—Hay redada. Pasa el aviso.

—De acuerdo.

Se levantó con diligencia y puso en marcha la misión recibida. Hubo un tiempo en que tenía pregrabados en su aparato los números más urgentes. En una reunión de coordinación, se determinó, con buen criterio, que esa práctica era muy peligrosa. En caso de detención, se proporcionaba mucha información a la policía. Había que fiarse de la memoria. Ana no tenía ningún problema en ese sentido.

—Hay redada. Pasa el aviso.

La abogada realizó con rapidez las cinco llamadas que tenía encomendadas. Ellos seguirían pasando el aviso. Ya no volvió a la cama. Se preparó un desayuno adelantado e intentó escuchar, en su potente y moderno aparato de radio, las intercomunicaciones de la policía.

3.10

—¿Se puede poner el señor Aguirre? – pidió doña Mercedes sin manifestar ningún enfado en el tono de su voz.

—¿De parte de quién?

—De parte de doña Mercedes de Puentenuevo.

—Un momento, por favor.

La echadora de cartas había tenido un especial cuidado en destacar su tratamiento de 'doña' para impresionar a la secretaria. Lo había pronunciado con tranquilidad para no dar ninguna pista sobre su auténtica intención.

—¿Es Vd. doña Mercedes la echadora de cartas del Tarot?

—La misma que viste y calza.

—Le ruego que me disculpe por mi enfado del otro día.

—¿Por el anónimo también debo disculparle?

—¿El anónimo? No sé a qué se refiere. Iba a llamarla para decirle que, a pesar de salirme el diablo, he tenido un golpe de suerte. He recibido un pedido oficial que soluciona la situación de mi empresa.

Doña Mercedes ya no se atrevió a atribuirle el anónimo recibido. Evidentemente, no procedía de ese empresario enfadado. Tuvo la picardía de felicitarle efusivamente por su buena suerte e ironizó

sobre el carácter ambivalente del diablo. Cuando colgó el teléfono, trató de eliminar su preocupación. El anónimo procedería de otro cliente que podría estar ya arrepentido tras un nuevo cambio de la suerte.

3.11

El dispositivo de comunicación de Eugenia de los Angeles era muy sofisticado y eficaz. Combinaba distintos tipos de luces con sonidos que si no se conocían, podían pasar desapercibido. Esa sofisticación permitía que sólo ella se enterara, por la noche, de las llamadas. Su marido, gracias a los somníferos, seguía durmiendo.

—¿Señora Eugenia de los Angeles?

—Dime, Mariano.

—Está teniendo lugar una detención en el número 60 de la calle séptima.

—Me suena esa dirección.

—Es la señora que ha presentado con Vd. la hermandad esa del padre Anselmo. Parece que se trata de su hijo.

—¡Eso es imposible! Es una familia de la ciudad de toda la vida. No tienen ninguna relación con los del puerto.

—No tenemos absoluta seguridad. Pero todo indica eso.

—¿En relación con las drogas, con los terroristas o por delincuencia común?

—No tenemos más datos, señora.

—En cuanto sepas algo, me llamas de nuevo.

3.12

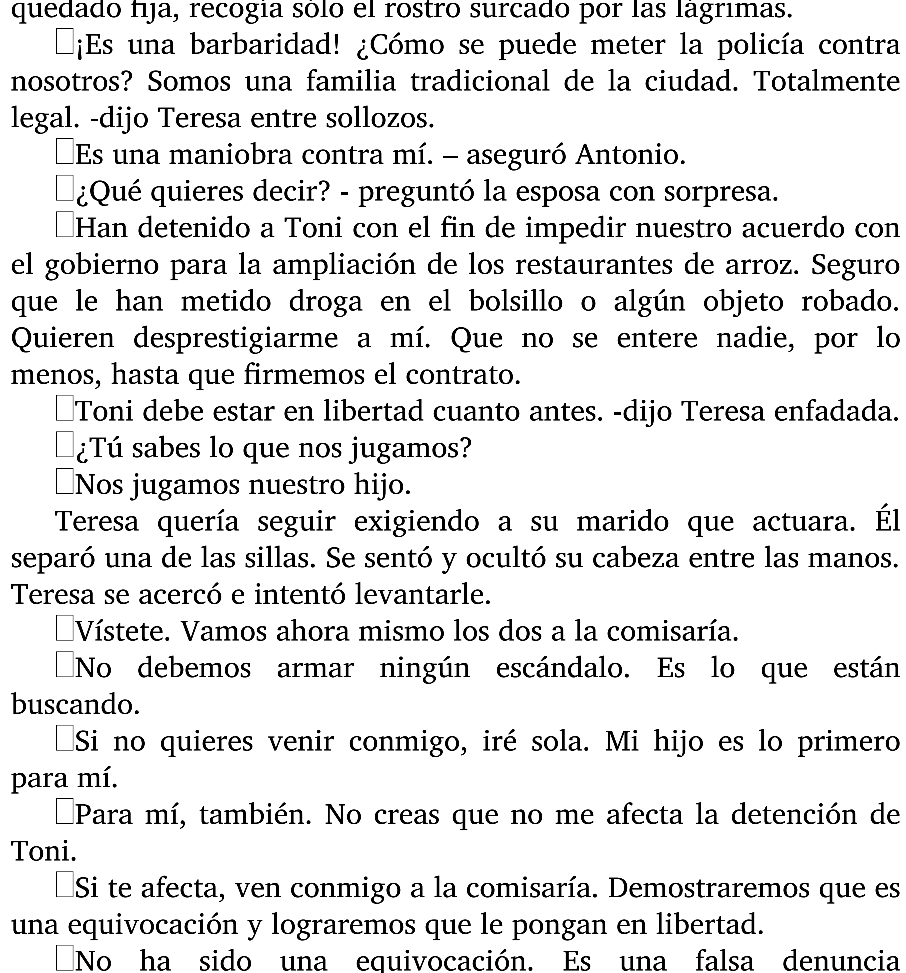
Doña Mercedes, como todas las mañanas, realizó otra prospección sobre lo que deparaba el destino para esa jornada. Efectuó una tirada de tres arcanos mayores siguiendo la norma de 'El tarot de los bohemios'. Tras concentrarse y mezclarlos tres veces, levantó el que había quedado en la parte superior. Era el número 8, la justicia. Apareció invertida, pero la echadora era consciente de que en este método de consulta importaba más el número que la posición. Colocó la figura con la cabeza hacia arriba. Volvió a mezclar las cartas. Levantó la que había quedado arriba y la colocó junto a la primera. El número 10, la rueda de la fortuna. Para terminar del aplicar el método, sumó mentalmente. Ocho y diez, dieciocho. Buscó el arcano número 18. La luna. Era uno de los más odiados por doña Mercedes a pesar de no ser de los anunciadores de malos pronósticos. Pero estaba al lado, de su carta preferida, la que consideraba como la manifestación de todas las esperanzas y parabienes. La estrella, el número 17.

—Estrellita, hace miles de años que no vienes a esta mesa. – miró

hacia arriba – Gran jefe, exijo su presencia. Mi hija Merceditas la está esperando con urgencia.

3.13

Cuando quedaron solos los dos esposos, Teresa se dejó caer sobre el sillón. Entre muchos nervios, comenzó a llorar con grandes sollozos. A su mente, llegó el recuerdo de su hijo, cuando era niño, llorando mientras caminaba hacia sus brazos, pidiendo ayuda. Esa escena había sucedido unos diez años antes. Tuvo lugar un día en que su padre le había reñido con severidad. La imagen, que se había quedado fija, recogía sólo el rostro surcado por las lágrimas.



—¡Es una barbaridad! ¿Cómo se puede meter la policía contra nosotros? Somos una familia tradicional de la ciudad. Totalmente legal. -dijo Teresa entre sollozos.

—Es una maniobra contra mí. – aseguró Antonio.

—¿Qué quieres decir? - preguntó la esposa con sorpresa.

—Han detenido a Toni con el fin de impedir nuestro acuerdo con el gobierno para la ampliación de los restaurantes de arroz. Seguro que le han metido droga en el bolsillo o algún objeto robado. Quieren desprestigiarme a mí. Que no se entere nadie, por lo menos, hasta que firmemos el contrato.

—Toni debe estar en libertad cuanto antes. -dijo Teresa enfadada.

—¿Tú sabes lo que nos jugamos?

—Nos jugamos nuestro hijo.

Teresa quería seguir exigiendo a su marido que actuara. Él separó una de las sillas. Se sentó y ocultó su cabeza entre las manos. Teresa se acercó e intentó levantarle.

—Vístete. Vamos ahora mismo los dos a la comisaría.

—No debemos armar ningún escándalo. Es lo que están buscando.

—Si no quieres venir conmigo, iré sola. Mi hijo es lo primero para mí.

—Para mí, también. No creas que no me afecta la detención de Toni.

—Si te afecta, ven conmigo a la comisaría. Demostraremos que es una equivocación y lograremos que le pongan en libertad.

—No ha sido una equivocación. Es una falsa denuncia perfectamente estudiada para hacer daño a nuestro restaurante.

—¡A eso llamo yo una equivocación! Toni no ha hecho nada. Por lo tanto, no tiene que estar detenido ni un minuto más.

3.14

Doña Mercedes llevaba casi hora y media apostada frente a la casa de los padres de Kike, tras caminar desde el puerto. Se había

colocado a una cierta distancia para no ser reconocida. Era consciente de que su voluminosa figura la podía delatar con facilidad. Estaba esperando a que la madre del joven pretendido por su hija saliera sola a realizar algún recado. Deseaba hablar con ella sin la presencia de su marido. Estaba segura de que, entre madres, sería más fácil entenderse.

En cuanto la vio salir del portal, intentó levantarse precipitadamente del banco donde se había sentado. Le costó lograrlo. Después, tuvo que acelerar su paso para no perderla de vista cuando se desvió en la primera esquina. Había entrado en una tienda pequeña. Esperó a que saliera.

—¡Señora!

—¡Hola!

—Supongo que me reconoce. Soy la madre de Merceditas.

—No tengo nada que decir. Mi marido se lo ha dicho ya todo.

—Sólo quiero hablar con Vd.

—Ahora no me puedo entretener. Mi marido me está esperando.

—Es sólo un momento.

—No puede ser. Mi marido notaría mi retraso.

Con cara de asustada, la madre de Kike aceleró el paso. Sus años tampoco la permitían ya caminar deprisa. Doña Mercedes no insistió. Se ratificó en que tanto ella como su marido eran demasiado ancianos para tener un hijo de solo veintiún años.

—¡Además, Kike no se les parece en nada!

Mientras caminaba hacia su casa con la sensación de haber fracasado en su intento de convencer a la madre de Kike, pensó que lo del parecido era muy relativo. Un niño o una niña con ese síndrome difícilmente se puede parecer a alguien que no lo tenga, aunque sean sus padres.

—Lo de la edad tampoco es indicio de nada. Dicen que la avanzada edad de la madre al quedar embarazada puede ser una de las causas de estos síndromes.

3.15

Pedro López estaba inquieto, desde que volvió a casa tras el atentado en que murió su hijo. Se movía en su silla de ruedas girando el dial de la radio para poder escuchar nuevas noticias sobre la detención.

—¡Rafaela!

—¿Qué quieres ahora?

—Prepárate y vamos.

—No sabes dónde es la detención.

—No importa. ¡Lo buscaremos!

—Ahora, por la noche, no vamos a encontrar nada.

—Tenemos que aplaudir a la policía.

—Tampoco sabemos de qué le acusan. Vete a saber si han descubierto al auténtico asesino de Pedrito.

—Todos son unos hijos de puta. Ellos nos han destruido. Que lo paguen ahora.

—Iremos al mediodía. Así coincidimos con la manifestación que siempre organizan.

—¡Cabrones! Hijos de puta.

3.16

—Merceditas, no debes estar preocupada. Lograremos convencer a los padres de Kike.

—Lo vamos a arreglad nosotros.

—¿Quiénes lo vais a arreglar?

—Kike y yo.

—¿Cómo?

—No lo voy a decid. Vosotos no habéis sabido adeglad. Nosotos lo hademos a nuesta maneda. – afirmó Merceditas, mientras salía.

—¡No hagáis ninguna locura!

3.17

Ana, la abogada, se prometió comprar cuanto antes un aparato de radio más potente y moderno. Cada vez era más difícil captar las comunicaciones internas de la policía. Terminó apagándolo sin haber podido enterarse de los datos que deseaba. Aprovechó para hacer una nueva llamada.

—Soy Ana de Casavieja. A las doce, tenemos una concentración en protesta por una nueva detención. ¿Sabes dónde están las pancartas?

—En el mesón de tu hermano.

—Lleva la grande. Muévelo todo. En la última, hubo poca gente. Mueve a los estudiantes.

—Cada vez ponen más pegas para manifestarse.

—Yo voy a andar justa de tiempo. Tengo que ir, antes, a la comisaría. Hasta luego.

—Espera. No me has dicho donde ha sido la detención.

—Todavía no lo sé. Me parece que es una detención extraña. Tenedlo todo preparado para ir a donde os diga.

3.18

—Tenía miedo de que no viniedas.

Merceditas, que había superado las dificultades para llegar desde el puerto hasta la ciudad, corrió para encontrar a Kike. En cuanto lo vio, lo abrazó con entusiasmo. Le acarició las mejillas y lo besó en

los labios con un poco de picardía y bastante vergüenza.

Dije que vendía, y vengo. – contestó Kike - Kike cumple.

Tu pade se opone a todo.

No he dicho nada. Made, tampoco lo sabe.

Cuando estemos con don Anselmo, me de…

¿Con quién vamos a estad?

Vamos a estad con el cuda. Se llama don Anselmo. – Merceditas hablaba muy despacio cuando estaba con Kike para que lo comprendiera mejor – Me dejas hablad a mí. Cuando nos haya casado, no podán oponedse los pades.

¿Qué hademos cuando estemos casados?

Cuando estemos casados, hademos lo que hacen todos los casados. Me he infodmado.

Un poblema, ¿Dónde vamos a vivid?

Hasta que tengamos piso, vividemos con mi made. Pronto, idemos a vivid solos. No digas nada. Explicadé todo al cuda.

3.19

En cuanto se quedó solo, Antonio se preparó para ir a su restaurante. A esas horas, estaría sólo la señora de la limpieza. Ella seguro que no se había enterado. Sólo escuchaba canciones en la radio, mientras trabajaba. Como su esposa, también buscó la manera de no ser reconocido durante el camino. Hasta la calle quince esquina con la treinta y dos, donde se encontraba el restaurante, no había excesiva distancia.

Supuso que la noticia no podía aparecer en el periódico de esa misma mañana. Por si acaso, compró ‘Patria’ y ‘Diario de la isla’. No miró ni los titulares principales. Los dobló y los metió debajo del brazo. Cuando llegó al restaurante, la señora de la limpieza estaba fregando la cocina.

¡Qué susto me ha dado, señor Antonio! -dijo la limpiadora bajando el volumen de su aparato portátil de radio. - ¿Ha pasado algo?

No ha pasado nada. No se preocupe por mí. Voy a tomar un café en la sala, mientras leo los periódicos.

Una cosa, don Antonio. Ayer fue el cumpleaños de mi marido y puse la receta que me dio de arroz con gambas, rape y mejillones pero no me salió tan bien como a Vd.

¿Echó la cebolla picada y la hoja de laurel?

Lo hice todo como lo ponía en la receta.

Los platos no salen siempre bien a la primera.

Tendré que repetir. ¿Le molesta el volumen de la radio? Soy un poco sorda.

Póngala como quiera.

3.20

¡Buenos días! – dijo la recién llegada a la librería exotérica.

Cuando doña Mercedes se giró desde la estantería, se sorprendió de ver junto al mostrador a la bella y atractiva dama rubia que había asistido a la presentación de la Hermandad de Abraham. Seguía vistiendo de negro con el pañuelo rojo. También llevaba puestas las gafas oscuras para ocultar parte de su rostro.

¡Muy buenos días! – contestó la echadora de cartas con mucha amabilidad - ¿Qué desea?

¿Es Vd. doña Mercedes?

Así me llamo.

Deseo conseguir un libro exotérico titulado 'Las mil caras de Satán'.

¿Escrito por Maite Valverde?

Efectivamente. – ratificó la dama atractiva – Veo que está muy informada.

Es mi obligación. No tengo ese libro en este momento. Se lo puedo pedir. Antes de una semana, ya habrá llegado.

Pídamelo, por favor.

¿Me puede decir cuál es su nombre?

No se preocupe. Vendré a recogerlo dentro de una semana.

Si me da su nombre y su teléfono, la puedo avisar en cuanto llegue.

Prefiero venir.

La dama atractiva vestida de negro y rojo manifestó nerviosismo ante la insistencia de la echadora de cartas por conocer su nombre. Se ajustó bien las gafas oscuras y salió con celeridad de la librería exotérica.

3.21

Merceditas y Kike tuvieron que esperar mucho tiempo en la sala de visitas de la residencia sacerdotal. Aumentaron sus nervios. El chico preguntó a su compañera, en varias ocasiones, si no era mejor marcharse. La joven insistió en que era muy importante la propuesta que le iban a hacer al sacerdote.

A ver qué quieren estos mozos. – dijo el padre Anselmo, al entrar, en un intento torpe de congraciarse con los jóvenes discapacitados- ¿Os envía tu madre?

Venimos pod cuenta nuesta. – contestó Merceditas tomando la iniciativa– Quedemos haced propuesta.

¿De qué propuesta se trata?

¡Nos quedemos casad! Los pades se oponen. Bueno. Se oponen

los pades de Kike. Mi made no se opone.

□A ver. A ver. A ver. ¿Has dicho que queréis casaros?

□Somos mayodes de edad. Hemos espedado los dos a cumplid veintiún años.

□El matrimonio es una cosa muy seria. Además, vosotros no podéis…

□Podemos como todos los demás. Somos mayodes de edad. Tenemos los mismos dedechos.

□Escúchame, jovencita descarada. Vosotros dos tenéis que aceptar que sois… Tenéis que aceptar que sois diferentes.

□No somos difedentes. Todos somos difedentes. Tú edes diferente de los demás.

□Vosotros no sólo sois diferentes. En primer lugar, tú eres del puerto. Además, sois … Sois disminuidos. Retrasados mentales.

□¡Esas palabas ofenden!

□Meceditas, vámonos. – dijo Kike tirando a su compañera de la manga.

□¿Qué ha dicho? – preguntó el sacerdote – No sabe hablar. No podéis casaros.

□Kike está nedvioso pod Vd. Los chicos nodmales se casan sin poblemas.

□La realidad hay que aceptarla, jovencitos. No debéis ofenderos porque os diga que sois…

□Bueno. ¿Nos casa o no?

□Yo no puedo casaros. Y menos sin la autorización de vuestros padres.

□Mi made lo autodiza.

□Vosotros no tenéis las luces necesarias para recibir el sacramento del matrimonio. Además, tendríais muchos problemas por ser de distintas comunidades.

□Los cudas no insultan. Vamos, Kike.

Merceditas tomó de la mano a su compañero y se dirigieron a la puerta con gran decisión. Antes de salir, se volvieron hacia el sacerdote. La joven le hizo un gesto despectivo.

□¡Métete el matimonio pod tu culo!

3.22

□¿Ana, tienes el teléfono del nuevo detenido? -preguntó la madre de la abogada, cuando ésta se disponía a salir de casa.

□¿Para qué lo quieres?

□Quiero llamar a su madre por si necesita algo. En esos momentos, se pasa muy mal.

□No tengo ni idea de quién es el detenido. Es uno de la ciudad.

Seguro que han metido la pata otra vez. Voy a la comisaría a ver si me entero de algo.

—En cuanto sepas el número de teléfono, me lo dices. Estaré en el mesón. Voy a ir para echarle una mano a tu hermano en la limpieza. Sara de Tierrasaltas se refería al pequeño restaurante de pescado que poseía la familia muy cerca de la zona pesquera del puerto. Era una buena cocinera y dominaba muchas maneras de cocinar la mayoría de los pescados.

3.23

Teresa no sabía qué hacer cuando estuvo junto al policía de la ventanilla en la comisaría central. Se le cayó una lágrima. Tuvo que sacar un pañuelo del bolso y limpiarse los ojos. El agente se quedó mirándola. Forzó una sonrisa hacia ella. Desde cerca, destacaba su pelo cortado al cepillo.

—¿Es Vd. el comisario? – preguntó la madre.

—Soy el secretario de la comisaría.

—¿Puedo hablar con el señor comisario?

—Está de viaje.

—Tengo que verle con urgencia. A mi hijo le han detenido por equivocación.

—Venga mañana por la tarde, a las seis. Quizá pueda verla.

—Es muy urgente.

—Si mañana no está el comisario, pregunte por mí. Me llamo Luis Callejuela.

3.24

—Mamá, el cuda es un cabito

—¿Qué has dicho? – preguntó doña Mercedes a su hija, que había entrado en casa muy enfadada.

—He dicho que don Anselmo es un cabito. Mucho. Mucho cabito.

—¿Habéis estado con el padre Anselmo?

—Kike y yo le hemos visto pada que nos casada. Nos ha insultado. Nos ha llamado deficientes y sin luces.

—Es más que un cabrito. Mucho más que un cabrito. Pero tienes que esperar.

—¡No quiedo espedad! Kike, tampoco.

—Antes de que os podáis casar, tendremos que arreglar todo esto de la violencia.

—¡Quedemos casadnos ya! Tenemos dedecho. Lo pometiste. Mucho, mucho tabajo; chica nodmal.

3.25

Desde la esquina, Teresa buscó el cartel de un estanco. Se cambió de acera. Tampoco allí aparecía ningún anuncio de tabaco.

Había mucha más gente por la calle. Sin embargo, le daban menos miedo. Ya no se dirigía a la comisaría. Se decidió a preguntar.

—¿Me puede decir dónde está el estanco más cercano, por favor?

—Está a la vuelta. La acompaño.

En ese momento, Teresa se dio cuenta de que había visto con anterioridad a aquella mujer joven, bajita y menuda. Era la abogada de la organización terrorista que la había interpelado en la presentación de ‘La hermandad de Abraham’.

—No se moleste. Voy yo sola.- dijo Teresa para no relacionarse con ella.

—No es ninguna molestia. También tengo que comprar tabaco.

En contra de su voluntad, Teresa se dejó acompañar hasta el establecimiento. Intentó, por educación, que su acompañante la precediera en la entrada, pero la joven no accedió. Las dos compraron sus marcas de tabaco preferidas. Teresa se apresuró a despedirse nada más salir del estanco. Pero fue retenida.

—Soy abogada. Me dedico a defender a los jóvenes detenidos.

—Mi hijo no tiene nada que ver con todo esto. -dijo Teresa con sequedad.

—¿No es Vd., la madre de Antonio Manzanal Aquende?

—¡Le han detenido por equivocación! Nosotros somos de la ciudad. Le van a poner en libertad inmediatamente.

—Yo también defiendo a los detenidos por equivocación. No crea que es tan fácil hacer los trámites. Los polizontes…

—¿Quienes?

—¡Los policías! Cuando detienen a uno, aunque se hayan equivocado, no lo sueltan fácilmente. La he acompañado para ofrecerle mis servicios como abogada.

—Se lo agradezco mucho, pero no es necesario.

Teresa hizo un nuevo intento de marcharse. Lo llevó a cabo con toda educación, pero también con firmeza. Sin embargo, no lo logró tampoco en esta ocasión.

—Es una oferta gratuita. Defenderemos a su hijo en unión con todos los demás detenidos ‘por equivocación’. - dijo Ana con ironía.

—Le he dicho que mi hijo no necesita ningún abogado.

—Le aseguro que es necesario realizar trámites muy complicados. Hay que conocer muy bien los trucos que estos bestias utilizan.

—Lo siento. Tengo que irme.

3.26

—¡Escúchame bien, María Luisa! – dijo Eugenia de las Ángeles a su hija con severidad – Han detenido a ese Toni que pretende ser tu novio.

—Eso es imposible, mami. Y no pretende ser mi novio. Estamos los dos profundamente enamorados. Yo todavía más que él.

—¡No digas tonterías! Si le han detenido, es que es un delincuente o quizá algo peor.

—¡Te digo que es imposible!

—Debes dejarle. ¡Se terminó! Cuando salga de al cárcel si es que sale, como si no le conocieras.

—Le amo y le necesito.

—¡Te lo prohíbo terminantemente!

3.27

Doña Mercedes se acercó hasta el lugar de la concentración de los jóvenes radicales con la intención de encontrar allí a la abogada Ana de Casavieja. No la vio entre los que sostenían la pancarta o ni entre los que se hallaban detrás de ella. Estaba a punto de volver a la librería exotérica, cuando la divisó un poco alejada. Decidió acercarse.

—Eres Ana de Casavieja ¿verdad?

—Yo la conozco de la librería exotérica.

—Quiero decirte que hay que buscar cuanto antes una solución a todo esto.

—Es lo que estamos haciendo. ¿No? Los que impiden la solución son los cochinos opresores del gobierno.

—Lo que yo busco es una sociedad en paz para que pueda vivir en ella sin peligro mi hija discapacitada. Eso es lo que tenemos que conseguir.

—¡Conseguiremos eso y más! Venceremos a estos fascistas invasores de mierda.

—Necesitamos la paz ya. Mi hija no puede esperar. Tiene que vivir ahora.

—Todos tenemos que sacrificarnos. Diga a su hija que tenga paciencia.

La abogada se fue dejándola con la palabra en la boca. Doña Mercedes no se molestó.

Había comprendido que no podía encontrar en Ana una cómplice para lograr un rápido acuerdo de paz entre los violentos y el gobierno que permitiera a su hija discapacitada llevar una vida normal y casarse.

3.28

Antonio Manzanal continuaba leyendo los periódicos en una mesa de su restaurante de arroz. Ya habían llegado los pinches de la cocina para comenzar a preparar los platos de ese día. Había tomado ya cinco cafés, en contra de su costumbre. Se sobresaltó al

oír el sonido del teléfono. Aunque vio acercarse a uno de los pinches, lo cogió él.

—Gran restaurante del arroz. Dígame.

—Llamo para anular una reserva de cena que teníamos para mañana.

—¿A qué hora era la reserva?

—A las nueve. Era una reserva para veinticinco personas.

—¿La del departamento de cultura del Gobierno?

—Esa misma.

—¿No van a venir?

—Hemos cambiado de planes.

—¿La pasan a otro día?

—No. La anulamos definitivamente. ¡Adiós!

Antonio se quedó mirando al auricular que todavía daba los sonidos discontinuos de la interrupción. Era la primera repercusión en el restaurante de la detención de su hijo.

3.29

—Señora Sara, ¿cómo está?

—Hola, Mercedes. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Ha pasado mucho tiempo, pero todo sigue igual de mal. Su hijo en la cárcel y mi hija con graves dificultades por la violencia.

—Mi hijo Samuel me dijo el otro día que el gobierno está cada vez más duro.

—Ellos también deberían hacer algo para terminar con esta situación.

—Mi hijo hace todo lo que puede.

—Podrían llegar a un acuerdo con el gobierno para dejar las armas.

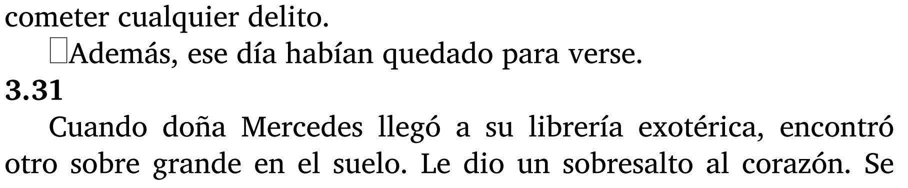
—¿Cómo puedes decir eso, Mercedes? Yo comprendo la situación de Merceditas. Y te comprendo a ti como madre. Pero el que está preso es mi hijo y no los del gobierno.

Doña Mercedes se alejó pensando que tampoco podía esperar mucha ayuda de Sara, a pesar de sus buenas intenciones. Caminó desesperanzada. Había confiado en que la solución estaba en las madres.

3.30

-—¡María Luisa!

De repente, le vino a Teresa la imagen de la novia de su hijo. La recibió como una aparición bienvenida. En ella, estaba la solución. Tenía que haberla llamado antes para ir juntas a la comisaría. Conocía muy bien a Toni. Podía confirmar el testimonio de que era incapaz de



cometer cualquier delito.

—Además, ese día habían quedado para verse.

3.31

Cuando doña Mercedes llegó a su librería exotérica, encontró otro sobre grande en el suelo. Le dio un sobresalto al corazón. Se agachó, con dificultades a causa de su obesidad, para recogerlo.

—¡Esto va a ser algo más serio!

En el sobre, también con letras mayúsculas uniformes, ponía PARA LA BRUJA ENGAÑATONTOS Y SU HIJA SUBNORMAL. La alusión a su hija le sacó de quicio. No podía aceptar que se metieran con Merceditas por algún desacuerdo con lo que les había salido en las cartas. Dentro, había otra reproducción del macho cabrío. Estaba tachado con un aspa y una cruz. Ambas de color rojo.

—¡Han puesto un doble cinco! Se han equivocado.

Se refería a la numeración de los arcanos mayores del Tarot. Al diablo, representado como un macho cabrío, le correspondía el número quince. No el cinco. También había una inscripción en letra pequeña. Doña Mercedes tuvo dificultades para encontrar las gafas y sobre todo para ponérselas. ‘Recuerda, bruja gorda del puerto, que el color de la sangre es rojo. Si seguís molestando a ese chico, comprobaremos que tu sangre y la de tu hija también lo es.’

Cuatro: Mensajes

4.1

—Vengo a presentar una denuncia.

Doña Mercedes estaba ante la ventanilla de denuncias de la comisaría central. Había tenido que hacer cola. Le había parecido, mientras esperaba, que los denunciantes llegaban con las ideas poco claras.

—¿Contra quién? – preguntó el policía con un tono de burócrata aburrido.

—He recibido anónimos amenazantes.

—¿Los ha traído?

—Son estos.

El funcionario policial los colocó encima de su mesa. Se puso las gafas para examinarlos. Los observó un momento.

—Con esto, no podemos hacer nada.

—¿Pueden investigar quién es el autor?

—¿Tiene Vd. alguna idea?

—Su obligación es perseguir a los delincuentes.

—Rellene este formulario y adjunte estos documentos, si lo desea.

Doña Mercedes estimó que era una pérdida de tiempo rellenar el formulario de la denuncia. Además, prefería guardar ella los dos anónimos en lugar de entregárselos a la policía. Antes de guardarlos, volvió a leer la amenaza del segundo anónimo. ‘Recuerda, bruja gorda del puerto, que el color de la sangre es rojo. Si seguís molestando a ese chico, comprobaremos que tu sangre y la de tu hija también lo es.’

—¡El padre de Kike no ha podido llegar tan lejos! – pensó - ¿Quién otro ha podido ser? ¿Quién otro lo sabe?

4.2

Nada más llegar a casa, sin tiempo para quitarse la ropa de calle, Teresa corrió hacia el teléfono, que estaba sonando. Se le iluminó la cara. Sería una llamada de la comisaría o del juzgado para decir que tenía que ir a recoger a su hijo. Habrían comprobado que era una equivocación.

—Le llamo de parte del padre Anselmo. - Teresa reconoció, con desilusión, la voz de la encargada de la residencia sacerdotal - La he estado telefoneando durante toda la mañana. Quiere que venga a hablar con él.

—En este momento, estaba....

—Me ha insistido en que venga lo antes que pueda.

—Está bien. Ahora voy.

Entró en la cocina para beber agua. Se dio cuenta de que no había venido la asistenta. Cada día, acudía durante un par de horas para hacer la limpieza de la casa y, sobre todo, para fregar.

—Mejor que no haya venido hoy. Ha sido una buena coincidencia que haya estado enferma o no haya podido venir.

Antes de salir de casa camino de la residencia sacerdotal, se acercó a su mesilla de noche. Sentía dolor de cabeza. Cogió un frasco de pastillas. En la cocina, tomó una y se ayudó con un poco de agua para tragarla. Dudó, pero terminó metiendo el frasco en el bolso.

4.3

—¿Kike, pog qué no dices nada?

Merceditas miró fijamente a los ojos al que consideraba su novio. Para verle mejor, se revolvió en el banco del parque próximo al centro de educación especial donde estudiaba Kike. Se había trasladado desde su escuela especial en el puerto antes de comenzar las clases de la tarde. El joven bajó de nuevo la mirada.

—Tenemos hacedlo los dos. ¿No quiedes dejadme embadazada? ¡Kike, di algo, favod! ¿Estás acuedo o no en que quede embadazada? No hay otra posibilidad pada que nos dejen casad. No somos los únicos. Mi made ha dicho que muchas chicas hacen lo mismo. Si espedamos un hijo, no tendán más demedio que casadnos. Es lo mejod.

—¿Cómo se hace?

—Bueno, chico, pod fin has dicho algo. Estaba peocupada. El poblema es cómo hacemos. Los niños no vienen de Padís, Yo lo he apendido hace mucho tiempo. Desnudadse y besadse. Mucho, Mucho. Haced más. Tenemos que entedadnos.

—Si no sabemos hacedlo, no quedadás embadazada.

—Kike, siempe tan negativo. Si no sabemos, apendedemos. ¿No estamos en las escuelas?

Podemos apended todo. Si lo hacen los demás, nosotros también. Tenemos que peguntad.

—Yo no me atevo. Me descubidán.

—Ota vez. No seas negativo. Peguntademos. Vamos a pensad en quién tenemos confianza. Didemos que nos ha encadgado un amigo.

—¿A quién podemos peguntad?

—No sé. Lo pensademos.

En ese momento, sonó la campana e la escuela de Kike para

indicar que empezaban las clases de la tarde. Kike se levantó rápidamente y caminó hacia el interior del edificio.

□Tenemos que peguntad los dos. –gritó Merceditas para que le oyera. – Lo hademos ponto. No estademos en la misma situación toda la vida.

4.4

□Señor Antonio, ha llegado un cartero en una moto y pregunta por Vd.

□¿Qué quiere?

□Hay que firmar un certificado.

No le gustó al propietario del Gran Restaurante del Arroz el recado que le transmitió uno de sus pinches. Estaba muy suspicaz con cualquier anomalía desde la detención de su hijo.

□¿Qué es lo que quieres? – dijo con desconfianza al funcionario de correos.

□Tiene que firmar el recibo de esta carta certificada y urgente.

Le dio mal presentimiento el membrete oficial del Gobierno de la Isla que había en el sobre. Mientras salía el cartero, rompió el sobre con precipitación. ´Señor don Antonio Manzanal. Muy estimado señor. Por la presente, le comunicamos que queda aplazada, hasta una nueva comunicación, la firma del acuerdo que se iba a llevar a cabo el próximo viernes día cuatro entre Vd. y el responsable del departamento de comercio y turismo de este gobierno. Quedamos pendientes de la nueva decisión. Atentamente.’

□¡Cabrones! Esto es la ruina.

4.5

□Padre Anselmo, le ruego por lo que más quiera que haga alguna gestión para que pongan en libertad a mi hijo.

Teresa se secaba las lágrimas con su pañuelo. El sacerdote caminaba de un lado a otro de la sala de visitas en la residencia sacerdotal. Manifestaba su preocupación rascándose una oreja sin levantar la mirada del suelo.

□Ya te he dicho que, sin saber exactamente lo que ha pasado, no puedo arriesgarme a realizar esa petición.

□Ha sido una equivocación. Vd. sabe que nosotros somos incondicionalmente de la ciudad.

□Contéstame con toda sinceridad. ¿Tu hijo estaba metido en algo del tráfico de drogas?

□Pero, padre,...

□Quiero que me digas la verdad. Como si te estuvieras confesando. Ponte de rodillas.

Teresa, que se había asustado con la actitud del sacerdote.

Obedeció inmediatamente. El padre Anselmo se sentó en el sillón y adoptó una actitud solemne como si se hallara en el confesionario.

—Sabes que tienes que decir toda la verdad y que yo debo guardar el secreto de la confesión. Te repito la pregunta. ¿Estaba tu hijo metido en el tráfico de drogas?

—¡No!

—¿Estás segura?

—Estoy completamente segura. No tiene nada que ver con ese mundo.

—Haz memoria. Piensa en algún amigo. Algún día que ha llegado tarde a casa por la noche. Alguna sospecha.

—Padre, es imposible.

—¿Algún robo?

—Tampoco.

—Contestas muy rápidamente. Intenta recordar alguna actitud que has visto en tu hijo que te ha sorprendido.

—Estoy absolutamente segura de que Toni no ha hecho nada.

—Piénsalo más detenidamente y no me contestes con tanta rapidez. ¿Tiene tu hijo alguna tendencia sexual desviada? ¿Es homosexual? ¿Ha podido agredir o violar a alguien?

—Padre, estoy...

—No contestes. Trata de recordar algo. Algún detalle. Algún indicio.

—Es que estoy segura.

—No te precipites. La última posibilidad es que esté unido a los terroristas.

—¡Por favor, padre! ¿Cómo puede pensar eso?

—No digas por favor. Piénsalo.

—Es imposible.

—Recuerda que estamos en una confesión.

—Padre, le digo que es imposible.

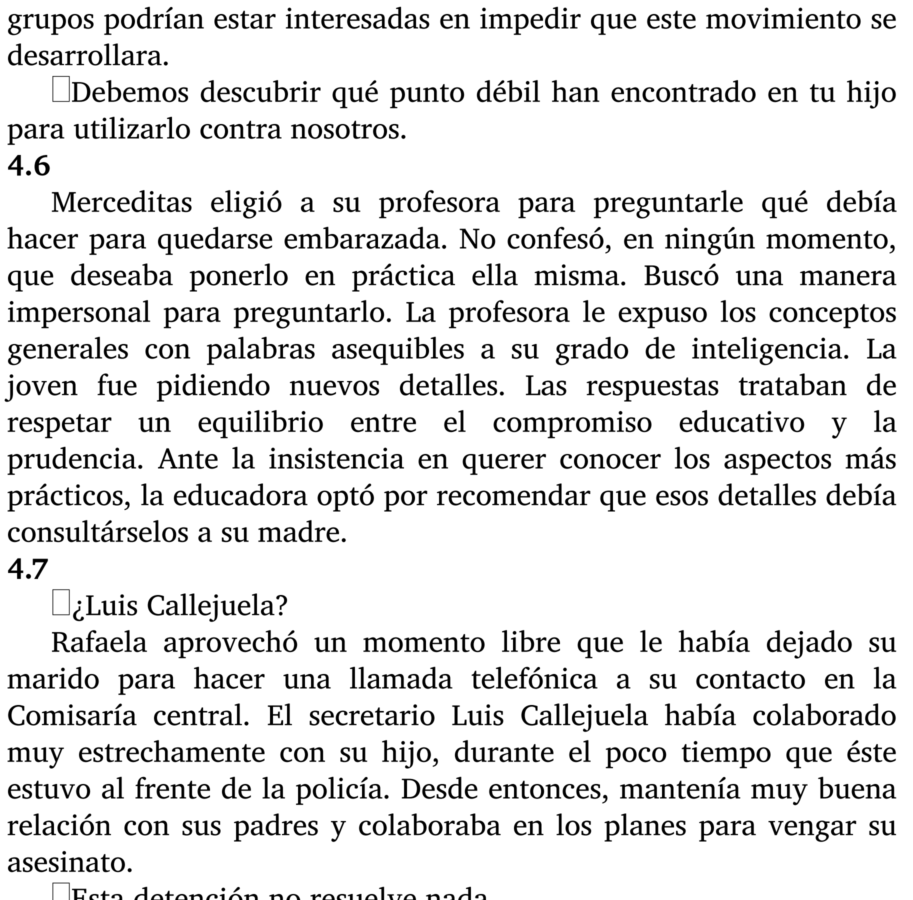
—Entonces....

El padre Anselmo de levantó y volvió a caminar con pasos largos de un lado a otro de la sala. Teresa seguía asustada. No se atrevió a moverse. Ni siquiera se giró para mirar al sacerdote.

—Yo he llegado a la conclusión -dijo el sacerdote con solemnidad - de que se trata de un premeditado intento de impedir que llevemos a cabo la Hermandad de Abraham.

—Entonces, es más urgente lograr que le pongan en libertad cuanto antes.

El padre Anselmo no contestó directamente a esta propuesta. Continuó con disquisiciones teóricas sobre qué personas o qué



grupos podrían estar interesadas en impedir que este movimiento se desarrollara.

—Debemos descubrir qué punto débil han encontrado en tu hijo para utilizarlo contra nosotros.

4.6

Merceditas eligió a su profesora para preguntarle qué debía hacer para quedarse embarazada. No confesó, en ningún momento, que deseaba ponerlo en práctica ella misma. Buscó una manera impersonal para preguntarlo. La profesora le expuso los conceptos generales con palabras asequibles a su grado de inteligencia. La joven fue pidiendo nuevos detalles. Las respuestas trataban de respetar un equilibrio entre el compromiso educativo y la prudencia. Ante la insistencia en querer conocer los aspectos más prácticos, la educadora optó por recomendar que esos detalles debía consultárselos a su madre.

4.7

—¿Luis Callejuela?

Rafaela aprovechó un momento libre que le había dejado su marido para hacer una llamada telefónica a su contacto en la Comisaría central. El secretario Luis Callejuela había colaborado muy estrechamente con su hijo, durante el poco tiempo que éste estuvo al frente de la policía. Desde entonces, mantenía muy buena relación con sus padres y colaboraba en los planes para vengar su asesinato.

—Esta detención no resuelve nada.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo que qué quiero decir? No me digas que tú te crees que ese mocoso hizo el atentado contra mi hijo.

—Yo no estoy en el caso. Pero si le han detenido, por algo será.

—Diles a los que han sustituido a mi hijo, que no nos tomen el pelo. Ya han tenido oportunidad para descubrir a los asesinos. Esa abogada de mierda sigue campando a sus anchas.

—Hay que dar tiempo al tiempo.

—Que no lo quieran tapar con el chico ese.

—Paciencia, doña Rafaela. Confíe en mí.

4.8

Doña Mercedes había logrado convencer a la madre de Kike para que se vieran otra vez sin que lo supiera su marido. Tuvo que realizar varias llamadas telefónicas. Si contestaba el padre, colgaba inmediatamente. Incluso así, no había sido fácil convencerla. Ella insistía en que no podía hacer ninguna concesión sobre su hijo, ya que su marido decidía todo en ese tema.

Habían quedado en reunirse, mientras el padre estaba en el casino echando una partida de cartas con los amigos. Tomarían un café con el compromiso de que doña Mercedes no debía insistir en llevar a cabo la boda. Hablarían sobre cosas relativas a la situación de sus hijos y a las clases que estaban recibiendo en las escuelas especiales. La echadora de cartas se trasladaría a la ciudad. La madre de Kike no se atrevía a caminar sola por las calles del puerto.

—Estoy de acuerdo en que es muy complicado que Merceditas y Kike se casen en las actuales circunstancias. – dijo doña Mercedes, después de haber encargado sendos cafés con leche al camarero.

—Hemos quedado en no hablar de la boda.

—Tenemos que hablarlo. Es lo que preocupa a nuestros hijos. No podemos privarles de un derecho tan elemental como es casarse si ellos lo desean.

—Más elemental es que vivan. Yo no puedo abandonar a mi hijo a su propia suerte.

—Únase a mí para lograr que esta sociedad cambie.

—¡Esta sociedad no va a cambiar! El enfrentamiento va a existir siempre.

Por mucho que lo intentó doña Mercedes, no logró que la madre de Kike cambiara ni un ápice su opinión. Estaba claro que su marido había establecido una manera de actuar y ella no se iba a apartar en nada.

—¿Está muy enfadado su marido con esta boda?

—Ha dicho que de ninguna manera lo va a tolerar. Está dispuesto a impedirlo sea como sea.

—¿Qué quiere decir 'sea como sea'? ¿Va a utilizar medios violentos?

—Mi marido no es violento. Pero lo ha consultado y le han dicho que no lo consienta de ninguna manera.

—¿Con quién lo ha consultado?

—No he querido decir que….

—Ha dicho que lo ha consultado. ¿Con quien?

—Lo hemos consultado con… Lo hemos consultado con nuestros parientes. Tengo que irme. Mi marido puede llegar a casa de un momento a otro.

Julia García se puso muy nerviosa desde que comenzaron a hablar sobre las consultas que su marido había realizado sobre la autorización de la boda de su hijo Enrique. Se levantó precipitadamente y comenzó a andar hacia la puerta de la cafetería sin detenerse siquiera a ponerse el abrigo. Antes de salir, se volvió hacia su interlocutora.

—Si alguna vez habla con mi marido, no le diga que hemos tenido este encuentro.

4.9

—¿Eugenia de los Ángeles?

—Dígame.

—Soy Ignacio Casado, el director del ‘Diario de la isla’

—Hola. ¿Cómo estás?

—Hemos recibido en el periódico una nota de la policía sobre la detención de Antonio Manzanal.

—La conozco.

—No tengo claro el tratamiento informativo que debemos darle. Su madre...

—Dale el tratamiento que corresponda. Yo no tengo relación especial con esa familia.

—En la nota de la policía, se hace alusión a que la madre era una promotora de la Hermandad de Abraham.

—Eso habría que suprimirlo.

—Opino lo mismo, señora. Perdone que la haya molestado.

4.10

En la habitación, vacía, de Toni, sonó la señal de que un mensaje había llegado a su teléfono móvil. Teresa se precipitó en búsqueda del aparato. Se acordaba de que su hijo le estuvo mostrando su manejo, cuando se lo regaló en su último cumpleaños. Ella no era muy hábil en su manejo. Hasta el tercer intento, no pudo leer el texto. ‘No sé si recibirás st mensaje. Mi madre m prohíbe salir d casa y hablar x tlfono. T quiero, t quiero, t quiero y t necesito + q a todo y todos, M. L.’

—¡Ésta es la solución! - pensó la madre de repente - Iremos las dos a hablar con el comisario. María Luisa expondrá con detalle todo lo que sabe de mi hijo. Con eso, todo arreglado. Tendrán que ponerlo en libertad.

4.11

Kike estuvo muy preocupado por no saber a quién preguntar qué tenía que hacer para dejar embarazada a su novia. No se imaginaba qué palabras podía utilizar para hacer esa pregunta. El único profesor varón de la escuela especial con el que tenía alguna confianza era el de gimnasia. Llegó incluso a armarse de valor y dirigirse hasta la puerta del gimnasio. Al abrirla, oyó hablar a varias personas. Echó a correr para que no le pudieran ver. Ya no se atrevió a intentarlo con nadie más. Desde luego, con su padre o con su madre, no lo podía intentar.

4.12

La elegante y atractiva dama rubia acudió al Gran Restaurante del arroz también vestida de negro y rojo. Llegó sola y casi a la hora de cerrar, cuando estaba a punto de terminar el turno de las comidas. Tras sentarse, se quitó las gafas oscuras. Dejó ver con más claridad la perfección de los rasgos de su rostro y el claro color azul de sus ojos. La atendió directamente Antonio Manzanal, el propietario.

—Vengo exclusivamente a tomar el postre especial de arroz con leche. ¿Es posible?

—Por supuesto, que es posible.

—He oído hablar muy bien de todos sus platos. Pero me han recomendado muy especialmente este postre.

—Espero no defraudarla.

Antonio se mostró muy solícito con tan atractiva cliente. Retiró él mismo todos los otros platos de la mesa y se preocupó de colocar una bandeja con todos los complementos que podían utilizarse para acompañar ese postre. También fue él mismo quien le colocó el decorativo plato con las iniciales del restaurante.

—¡Me ha parecido exquisito! – dijo la misteriosa dama al ceremonioso propietario cuando abandonó el restaurante – No me atrevo a pedirle su secreto.

—Nuestra costumbre es no comentar nuestras recetas, Pero alguna vez, se puede hacer una excepción. Creo que los tres secretos de este plato son los siguientes. Echar un cuarto de litro de nata por cada litro de leche, retirar el limón y las ramas de canela en cuanto termine la cocción, y la calidad del merengue que añadimos.

—Cuando lo desee, volveré, en lugar de hacerlo yo.

—Muchas gracias, señora.

—Por ciento. Su esposa es una de las promotoras de la Hermandad de Abraham. ¿Verdad?

—Sí, pero…

—No se excuse. Me parece una iniciativa muy buena.

4.13

—¿Para qué quieres saber cómo se quedan embarazadas las mujeres?

Doña Mercedes contestó con otra pregunta ante la sorpresa que le causó el apasionado interés de su hija en esa materia. Algunas veces, se había planteado que era necesario enseñar a su hija los aspectos fundamentales de la vida sexual. Estaba decidida a hacerlo. Suponía que su discapacidad no impedía que hubiera hablado con sus compañeras sobre las picardías relacionadas con el sexo. Si todas las jóvenes llegaban a ese momento sin la suficiente

información, Merceditas lo necesitaría más.

—Pofesoda preguntadá mañana en clase.

—Me estás mintiendo. – insistió la madre.

—¡Tengo dedecho sabedlo! ¿No?

—Por supuesto, que tienes derecho a saberlo. Y yo tengo obligación de enseñártelo. Pero no creas que es fácil. A ver cómo te lo explico.

La madre puso todo su cariño en la explicación. Intentó utilizar las palabras más comprensibles. Los aspectos que podrían parecer más íntimos, o escabrosos a juicio de alguien, los trató con humor. Hizo reír varias veces a su hija. Esta realizó varias preguntas. Doña Mercedes las respondió todas. Merceditas quedó tan contenta con la explicación que se lo agradeció con un beso.

—¡Gacias, mamá!

4.14

—¿Ana de Casavieja?

La joven abogada había contestado al teléfono móvil después de comprobar de quién procedía la llamada. Era una medida de seguridad que siempre realizaba. Había comprobado que la llamaba el director del periódico independentista 'Patria'.

—Dime, Rubén.

—Hemos recibido una nota de la policía sobre la detención de esta madrugada.

—¿La vas a publicar?

—Me parece sospechosa. Otras veces no nos dan ningún tipo de información. Parece que quieren que la publiquemos.

—Tengo curiosidad. ¿De qué le acusan?

—Te leo textualmente. 'Colaboración necesaria con el Ejército de Liberación para cometer atentados'. La fórmula de siempre.

—¿Tú conocías al chico ese?

—No lo conocía de nada. Es de la ciudad.

—¿No será otra metedura de pata de la policía?

—No hagáis ningún comentario editorial. Es mejor esperar.

4.15

—Hola, soy Teresa, la madre de Toni.

El ruido metálico del contestador automático, en la puerta de la residencia de la familia Díaz Montenegro, impidió saber lo que habían respondido. Teresa intentó abrir la puerta. No pudo. Volvió a llamar. Tampoco demasiado fuerte. No debía molestar. Al fin y al cabo, venía a pedir un favor.

—Dígame.

—¿Me puede abrir la puerta? Soy Teresa Aquende.

—No puedo abrir la puerta, si no me dice qué desea.
—Deseo hablar con la señorita María Luisa.
—Un momento. ¿Cómo me ha dicho que se llama?
—Soy Teresa Aquende, una amiga de la familia.
—Un momento, por favor.

Teresa tenía dudas de haber acertado al decir que era una amiga de la familia. Quizá esa expresión podía disgustar a Eugenia de los Angeles. Tampoco podía andar dando explicaciones largas a una criada con acento extranjero a través de un portero automático.

—Soy Eugenia de los Angeles. ¿Qué quieres?
—Deseo hablar con María Luisa.
—¡No está!

El tono de la negativa fue absolutamente tajante. A Teresa le pilló por sorpresa. No podía imaginar que iba a ser recibida de esa manera. Se quedó tan bloqueada que no supo cómo reaccionar.

—María Luisa no quiere hablar más contigo ni con nadie de tu familia. – sentenció Eugenia de los Ángeles.
—¿Por qué?
—¿Crees que no nos enteramos de lo que ha pasado con tu hijo?
—Ha sido una equivocación.
—Todos dicen que son equivocaciones.

Eugenia colgó el contestador de un golpe seco. Teresa quedó sorprendida. Asomó la cabeza por la puerta. No oyó ningún ruido ni vio a nadie. Llamó de nuevo al timbre. Tampoco hubo contestación. Era evidente. La madre de su futura nuera no estaba dispuesta a ayudarla.

4.16

—Ved. Dime. ¿Pog qué no entamos? …Debemos haced sexo… Kike, di algo. ¡Kike!…. Hemos pepadado. Yo estoy entedada de todo. Tú, ningún poblema. Te lo enseño todo…. No digas que te da vegüenza. Nos vamos a casad… Venga. Es el único camino pada que nos dejen casad. Lo pometo. Todo idá bien… Tú no quedadás embadazado. Quedadé yo. Un momento y ya está. Vamos.

Merceditas le tendió la mano con afecto para entrar en una pensión donde alquilaban habitaciones por horas. Pero Kike, en lugar de tomarla, salió corriendo sin volver la mirada.

4.17

Antonio Manzanal fue el último en salir del Gran Restaurante del Arroz esa noche. Era más temprano que otros días. Habían acudido muy pocos clientes a cenar. Sorprendía más cuando ese día la especialidad del menú era el arroz amarillo con huevos revueltos. En circunstancias normales, esa noche se llenaba el restaurante.

Habían podido recoger pronto y los trabajadores se habían marchado. El se quedó escuchando las últimas noticias. Algunos informativos daban la detención de su hijo como la noticia más destacada del día.

□¡Esto no hay quien lo pare!

4.18

□¿Por qué has rechazado a la madre de Toni? – preguntó María Luisa a su madre.

□¡No tengo por qué darte explicaciones! Ya te he dicho que él y toda su familia han terminado para nosotros. Sobre todo para ti.

□Iré a su casa para preguntar cómo está. Seguro que me necesita en estos momentos.

□¡Te prohíbo terminantemente salir de casa! Yo me voy a encargar de que termines con esa dependencia que no te conviene.

4.19

□Llévate diez números en dos coches de patrulla. Haces sonar bien las sirenas policiales por las calles del puerto. Que se enteren todos. Ese mesón es un nido de terroristas.

El secretario de la comisaría central, Luis Callejuela, mostraba un gran entusiasmo al dar la orden para registrar el mesón de Sara de Tierrasaltas, la madre de la abogada y del líder del Ejército de Liberación.

□Estoy seguro de que tienen escondidas armas. Registrad todo sin ningún miramiento. Entre el pescado y en los frigoríficos, las pueden esconder.

□¿Hay que detener a alguien?

□De momento, no. Si está la abogada, la cacheáis bien. Que se joda. Si es necesario, la ponéis en pelotas.

□¿Vale esta orden de registro?

□¿Qué le pasa a esa orden?

□No lleva fecha.

□Si no te la pide, no se la enseñes. Así nos sirve para registrar más días. Aparcad en medio del puerto. Y haced ruido. A ver si les jodemos el negocio a esos asesinos.

4.20

Entró en casa Teresa de prisa, como si la vinieran persiguiendo. Se dirigió directamente a la cocina. Dejó caer los periódicos sobre la mesa. Se dispuso a calentar el tazón de leche y tostar el pan de molde, cuando apareció su marido en la puerta de la cocina. Se había colocado el batín encima del pijama.

□¿Qué haces todavía así? - preguntó Teresa con reproche.

□No voy a volver al restaurante.

—¿Cómo que no vas a volver?

—Hasta que no vuelva Toni, cuanto menos me vean mejor.

—A Toni, tenemos que sacarle nosotros. No va a venir solo.

El marido había comenzado ya a mirar los periódicos por el ‘Diario de la isla'. No solía leer ninguno. Pero cuando lo hacía, elegía ése. Ideológicamente, apoyaba el poder de la ciudad frente a las reivindicaciones del puerto. Era el periódico más vendido a mucha distancia.

—Está en la primera página. ‘Estudiante detenido por participar en actividades terroristas’. Hay más información en la página once.

Teresa se sentó y buscó la página once. Fue leyendo con atención todos los párrafos. Se ayudaba pasando el dedo índice de su mano derecha por el centro de las columnas del periódico. Efectivamente, allí estaba. 'Antonio de Manzanal y de Aquende'. Le habían añadido las preposiciones de los procedentes del puerto.

—¡Les obligaremos a rectificar! Un periódico no puede decir impunemente que nuestro hijo colabora con los terroristas.

—No debemos precipitarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo quiero decir eso. Tenemos que pensarlo bien. A los periodistas, no les gusta rectificar. Si se enfadan con nosotros, será todavía peor.

4.21

Doña Mercedes, al abrir la persiana metálica de su librería exotérica, instintivamente miraba al suelo con el temor de encontrar otro anónimo amenazador. Cuando no veía ningún sobre, respiraba tranquila. Pero esa mañana volvió a recibir un sobresalto. Había otro sobre de las mismas características. En el interior, también había una reproducción del macho cabrío tachado con tinta roja. Asimismo, habían escrito los dos cincos superpuestos. Lo único que cambiaba era la amenaza escrita en letra pequeña. Esta vez, decía: ‘Es la tercera y última amenaza. Alejad vuestras sucias manos de terroristas portuarias de ese limpio joven ciudadano. Si no lo hacéis inmediatamente, ateneros a las consecuencias’. La echadora de cartas se cayó materialmente sobre la silla que tenía junto al mostrador. Estuvo a punto de desequilibrarse y rodar por el suelo.

4.22

—¿Luis Callejuela?

—Al aparato.

—Soy Mariano González, el director de Seguritas, Me gustaría hablar contigo sobre...

Voy a ser claro. Si la señora para la que trabajas desea algo, que me llame ella. Yo quiero presentarle una propuesta.

4.23

¿Qué pretende con estas amenazas anónimas?

Doña Mercedes había estado esperando junto a la casa de los padres de Kike. Ya no tenía ninguna preocupación porque la vieran o la dejaran de ver. El primero en salir fue Santiago Grijalba, el padre. La voluminosa echadora de cartas se echó sobre él mostrándole las cartas que había recibido.

¿Señora, qué hace? – se defendió el padre de la agresión que estaba sufriendo - ¿Por qué me empuja?

Como ambos comenzaban a gritar y varias personas se habían detenido para observarlos, decidieron entrar en el portal para dilucidar su contencioso. El padre de Kike quedó sorprendido por las amenazas que había recibido doña Mercedes. Pero de ninguna manera se hacía cargo de ellas. Insistió en que nada tenía que ver y, por lo tanto, exigió que no le implicara en ese asunto. La madre de Merceditas no sólo salió enfadada del encuentro, quedó decepcionada porque no había podido sacar ninguna pista para descubrir quién enviaba esas amenazas. El padre de Kike le había parecido sincero al rechazar su autoría. Pero era indudable que tenían que proceder de alguien relacionado con su familia.

4.24

Los dos coches de la policía hicieron sonar sus sirenas a todo volumen hasta llegar al puerto. Allí mantuvieron el sonido durante un buen rato para que la población se enterara de la operación que estaban llevando a cabo. El despliegue policial se realizó con aparatosidad. Cuando todos los policías estaban cerca del 'Mesón de los pescados', asaltaron el local con igual ímpetu. Forzaron las puertas y entraron con muchas medidas de seguridad, dejando siempre a otros compañeros en los puntos estratégicos con mayor visibilidad. En el interior, revisaron sin ningún miramiento todas las dependencias. Pusieron patas arriba el comedor, la cocina y las despensas. Tiraron al suelo muchos productos y pisotearon los alimentos preparados para la comida y la cena de ese día. En el local, se encontraban el hermano de la abogada, David de Casavieja, y sus dos ayudantes cocineros. Estaban preparando los platos especiales del día, que eran anchoas en 'papillote' y anchoas rellenas de pimientos del piquillo. Los tres fueron sacados de la cocina a empujones y estuvieron de cara a la pared durante toda la operación, sin permitirles ningún movimiento ni la posibilidad de reclamar la orden de registro.

Como fruto de la operación, los policías se llevaron tres pancartas sobre la libertad de los presos políticos. Estaban guardadas en la despensa entre los productos alimenticios. La salida fue efectuada con la misma aparatosidad. Los coches policiales se fueron, haciendo sonar las sirenas con más intensidad que a la llegada.

4.25

—¿Es la policía?

—Sí. Aquí la policía federal de Isla Grande del Norte. ¿Qué desea?

—Un pervertido está maltratando a una de las señoritas.

—¿De dónde llama?

—Llamo desde el Club Perro verde.

—¿Una casa de putas?

—Somos un establecimiento legal y estamos en regla en todos los papeles.

—Dígame qué pasa.

—Es un joven corpulento. Viene frecuentemente. Pega a las chicas y las obliga, por la violencia, a realizar prácticas ofensivas. Se mete, sobre todo, con una que es un poco deficiente.

—¿Cómo se llama?

—Siempre se niega a presentar la documentación. Es muy violento. Por el tono, creo que procede de Isla pequeña.

—¿Está ahora ahí?

—Está con una de nuestras señoritas más jóvenes. Con la que es un poco deficiente. Estoy oyendo sus gritos.

—Procure entretenerle. Ahora envío una patrulla.

4.26

—¡Vamos! Coge el teléfono de una vez. -dijo Antonio a su mujer.

—Los hombres no valéis para nada en estas ocasiones graves.

Teresa se encaminó con energía hacia el teléfono. Cogió el auricular con decisión. Carraspeó. No le dio tiempo a preguntar quién llamaba ni a saludar.

—¡Terroristas! Estáis hundiendo Isla Pequeña. ¡Asesinos!

Tampoco tuvo tiempo ni oportunidad de contestar. Nada más pronunciar esos insultos, colgaron el teléfono. Se quedó con el brazo paralizado. No sabía cómo reaccionar. Dejó los ojos parados en el infinito, mientras su marido la miraba pidiendo información. Teresa miró al teléfono como destinatario de su insulto.

—¡Asesino, tú!

4.27

—¡Exijo hablar con el comisario jefe ahora mismo!

—¿De parte de quién?

—Soy Ana de Casavieja. El ya me conoce.

La abogada se hallaba especialmente enfadada y furiosa al dirigirse a los dos policías uniformados que vigilaban en la sala de espera de la comisaría central.

—¡Espere aquí un momento! ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Ana de Casavieja.

—Muchas gracias. ¡Espere!

Uno de los policías uniformados se dirigió hacia el despacho del comisario jefe, mientras dejaba a su compañero de vigilancia. Volvió enseguida acompañado del secretario. Éste se dirigió hacia la abogada exagerando sus atenciones y gestos de amabilidad.

—El señor comisario se halla de viaje. ¿La puedo yo atender en algo?

—Dígale al comisario que se va a acordar del asalto que han realizado al ‘Mesón de los pescados’.

—Se lo diré de su parte, ‘señora’.

—No soy señora.

—¿Quiere que se lo diga como denuncia, como amenaza o simplemente como un comentario?

—¡Dígaselo como quiera!

Esas últimas palabras las pronunció la abogada cuando estaba ya saliendo de la comisaría. El secretario esperó a que saliera totalmente. Después, dirigió gestos despectivos hacia la puerta.

—Hija de puta. - dijo en voz baja para no ser oído.

4.28

Para entrar en el edificio del ‘Diario de la isla’, Teresa tuvo que llamar a un timbre vigilado por una cámara automática. Una voz la obligó a identificarse. Abrieron la puerta con un sonido de desconexión. Entre los nervios y la complicación, se le pasó el tiempo para empujar la puerta. Tuvo que llamar de nuevo y comenzar todo el proceso de explicaciones. Accedió a un pequeño reducto absolutamente claustrofóbico. Hasta que no se cerró automáticamente la puerta de la calle, no se abrió, con el mismo automatismo, otra de acceso interno. Traspasada ésta, fue recibida por un vigilante uniformado.

—Deseo hablar con el director del periódico.

—El director y los jefes de sección no vienen hasta el mediodía.

—¿Puedo esperarle? Tengo mucha urgencia en hablar con él.

—Aquí no puede permanecer. Vuelva a partir del mediodía.

4.29

—Dígame.

Doña Mercedes había tomado un bolígrafo y acercado el libro de pedidos antes de descolgar el teléfono. Quería anotar con prontitud el título de los libros reclamados por teléfono.

—Bruja gorda, no investigues quién te envía las advertencias del macho cabrío. Nunca lo vas a descubrir. ¡Hazlas caso! Yo siempre cumplo mis amenazas.

Cinco: Cárcel

5.1

—¡Enviaré un mensaje! –se dijo Teresa a sí misma descubriendo una nueva posibilidad de comunicación - Contestaré al que ha enviado María Luisa.

Corrió hacia la habitación, vacía, de su hijo. Tomó su móvil. Apenas recordaba las muestras que su hijo había realizado delante de ella, cuando se lo regaló. Trató de seguir las instrucciones. Llegó a desesperarse varias veces. Sólo su empeño en comunicarse con la novia de Toni hizo que perseverara. Cuando ya estaba en disposición de escribir el mensaje, dudó si debía escribirlo en su nombre o en el de su hijo.

—No debe pensar que yo me meto en los secretos de Toni. Escribiré como si fuera él quien se lo envía, de la forma que escriben los jóvenes.

Comenzó a escribir con lentitud. A la torpeza técnica, se unían las dudas sobre cómo tratarla. Se decidió por un texto aséptico. ‘Querida M. L. Supongo q sabes q me han detenido. Ya t explicaré. Equivocación. Colabora con mi madre para sacarme. T.’.

5.2

—Rafaela, ¿seguro que es este teléfono?

Pedro, desde su silla de ruedas, intentaba hacer una llamada telefónica a la casa del nuevo detenido para insultar a sus parientes. Estaba desesperado y nervioso porque no lograba la comunicación.

—A ver. ¿Qué te pasa?

—No me cogen.

—No estarán en casa.

—¿Cómo no van a estar en casa? Si han detenido a su hijo, no se atreverán a salir.

—Entonces, tampoco se atreverán a coger el teléfono. Seguro que han recibido unas cuantas llamadas diciéndoles lo que son.

Rafaela se quedó estirando el cable del teléfono que había quedado retorcido. Colocó el auricular en su sitio. Pedro aprovechó para acercarse y abrir la ventana.

—¡Hijos de puta! Asesinos. ¡Cabrones!

—Te van a oír. -dijo Rafaela, mientras cerraba precipitadamente la ventana.

—Quiero que me oigan.

—Te van a reconocer.

—Que me reconozcan. A ver si no se va poder llamar a los hijos de puta por su nombre.

5.3

Luis Callejuela, el secretario de la comisaría central, se quedó un momento pensando, antes de marcar el número de teléfono que había buscado en su cartera. Quería tener claro lo que iba a decir sin pasarse en una dirección u otra, para provocar el efecto deseado.

—¿Mariano González? Soy Luis Callejuela, de la comisaría central. ¿Cómo te va?

—Bien. ¿Y a ti?

—¿Secúritas y la seguridad privada también van bien?

—Ya le dije a doña Eugenia aquello que...

—No te llamo por eso. Quiero echarte una mano.

—¿Al cuello?

—Hablo en serio. Quiero darte una información que os afecta. El hijo que tu jefa tiene en Isla Grande del Norte, anda metido en líos.

—¿Qué tipo de líos?

—El mes pasado recibí tres denuncias de la policía de Isla Grande. Parece que no resiste bien el alcohol. Tres peleas y varios escándalos. Las archivé.

—Te lo agradezco en mi nombre y en el de ella.

—Es grave. El señorito es un pervertido sexual violento. La ha tomado con las putas. Busca cada vez más jóvenes. Tiene una morbosa inclinación por las jovencitas deficientes y subnormales. Las maltrata y las sodomiza por la fuerza. Le gusta que sufran. Se corre, cuando gritan y lloran.

—¿Qué sugieres?

—No sé. Dile a tu jefa lo que hay. Por lo menos, que lo sepa. Que conozca que joya de hijo tiene.

—¿Tú le vas a decir algo a ella?

—Apúntate tú el tanto. Pero dile que aquí hemos archivado las denuncias anteriores. Esta ya es más difícil de parar.

—Luis, un favor te debo.

—Para eso, estamos.

5.4

La misteriosa dama rubia vestida de negro y rojo se presentó, casi nada más abrir por la mañana en la librería exotérica, para reclamar el libro ‘Las mil caras de Satán’ que había dejado encargado. Doña Mercedes lo tenía preparado. Se lo dejó para que lo ojeara antes de comprarlo. Ella preguntó cuando costaba y lo pagó sin hacer ningún comentario.

—Vd. es madre de una chica que se llama Merceditas. ¿Verdad?

—¿La conoce?

—La he visto alguna vez. Me parece una chica muy maja.

—Si me dice su nombre, puedo darle recuerdos suyos.

—No se preocupe. Sólo deseaba comentarle que me cae bien. –dijo la dama elegante antes de volver a colocarse las gafas oscuras y salir.

5.5

—¡Señodita!

Justo cuando iba a terminar la clase y ya estaban todos los alumnos a punto de salir, pidió la palabra Merceditas. Aunque todos los asistentes eran ya más que adolescentes y tenían en común padecer algún tipo de discapacidad, pedían la autorización para hablar levantando la mano.

—¿Merceditas, quieres decir algo?

—Sí, señodita. Deseo decid algo impodtante. Me despido. Soy mayod de edad. Voy a dejad la escuela. Me voy a casad con Kike, un alumno de la escuela especial de la ciudad. Trabajadé pada vivid independiente. Me despido de todos los compañedos.

—Merceditas, sabes que no puedes dejar de asistir a clase. Para dejar de asistir a clase, debe venir tu madre a hablar con el director.

—Señodita, es decisión nuesta. Kike y yo podemos hacedlo. Somos mayodes de edad. Hemos cumplido veintiún años.

—Lo siento, Merceditas. Te espero mañana en clase junto a los demás compañeros. Deberé informar también a la escuela especial de la ciudad. Mañana, toca gimnasia y debéis traer todos la ropa de deporte.

—Señodita,…

—Merceditas, lo siento. Que venga tu madre a hablar con el director.

5.6

A Teresa le pareció larga la espera en el vestíbulo de la Escuela superior de Economía. Ella misma lo atribuyó a su preocupación y a sus nervios. Cuando oyó el ruido del picaporte, se levantó automáticamente. Ya que iba a pedir excusas por su hijo, debía mostrarse cordial. No entró el director. Era el tutor del curso de Toni. Teresa le conocía de las presentaciones del comienzo del año académico.

—Buenos días. El señor director está ocupado en estos momentos. Me ha encargado que la atienda yo.

—He venido únicamente para decirles que mi hijo, Antonio Manzanal, quizá falte unos días a clase.

—¿Por qué motivo?

Teresa notó en esa pregunta una intención sospechosa. Insinuaba un signo de escepticismo, de desconfianza y de reproche. No sabía en qué terreno pisaba. El tutor la miraba con aire inquisitorial. Esperaba una contestación. Al no recibirla, tomó él la iniciativa.

—Hemos oído y leído las noticias sobre lo que le ha pasado a su hijo.

Teresa se puso completamente colorada por haber sido pillada en intento de mentira, por la vergüenza de tener un hijo detenido, por no saber cómo reaccionar y por muchas otras razones.

—Ha sido una equivocación. Le han detenido por una falsa denuncia.

—El señor director me ha encargado que le diga que debemos esperar a que se aclare esta situación. Él mismo se pondrá en contacto con Vd. cuando lo juzgue conveniente.

—¿No puedo hablar con él?

—Es mejor que no tome ninguna iniciativa ni se ponga en contacto con el colegio hasta que el señor director la llame.

—Ya le digo que...

—Un colegio universitario privado como el nuestro es una institución muy delicada. Debemos tomar todas las precauciones posibles.

El tutor había sacado a Teresa de la sala de espera durante la conversación. Cuando se quiso dar cuenta, ya se encontraban los dos en la puerta de la calle. Allí se despidió con educación y con frialdad, dejándola sola.

5.7

—¿Merceditas, tú conoces a una señora rubia muy elegante que siempre va vestida de negro y rojo?

—¿Dubia de nego y dojo? No tengo ni idea.

5.8

En el ‘Mesón de los pescados’, tuvieron que suspender, durante todo el día, el servicio de comidas. Los miembros de la familia y los pinches estuvieron acondicionando el local y reparando los desperfectos causados en el registro policial. Contaron con la ayuda de varios jóvenes simpatizantes de la causa radical. En la puerta colocaron un cartel explicativo de los acontecimientos. ‘Hemos sufrido un asalto terrorista por la policía. Se aceptan ayudas. Abriremos mañana. El plato de día será anchoas rellenas de porra de poli en salsa gris’.

5.9

—Doña María de las Mercedes de Puentenuevo. Soy la nueva

asistenta social de su hija. Por esta nota, la informo de que su hija ha anunciado públicamente ante sus compañeros de la Escuela Especial que desea dejar de asistir a clase porque se va a poner a trabajar para poder casarse. Deseo poner en su conocimiento estas intenciones de su hija para que tome las medidas oportunas de vigilancia. Asimismo, le recuerdo que, si su hija dejara de asistir a las clases, automáticamente dejaría de recibir la ayuda económica que tiene asignada. Por otra parte, me permito recordarle las recomendaciones del Departamento de sanidad para los casos de convivencia o relaciones sexuales entre personas que padecen alguna enfermedad o discapacidad mental. Si desea mantener alguna consulta personal conmigo, gustosamente estoy a su disposición en las dependencias de este centro escolar especial en las mañanas de los martes y los jueves entre las once y las doce. La saluda atentamente. (Firma ilegible).

5.10

Luis Callejuela siempre dejaba sonar tres veces el teléfono de su oficina antes de cogerlo. Era una medida de seguridad recomendada en uno de los numerosos cursillos a los que había asistido. También contaba en silencio hasta cinco antes de preguntar quién llamaba, para escuchar si había algún ruido sospechoso.

—Dígame.

—Luis, soy Mariano González, de Secúritas. Doña Eugenia de los Ángeles me ha encargado que te agradezca la información sobre su hijo y que te diga que ella personalmente se encargará de que no se repitan esas acciones.

—¿Por qué no me ha llamado ella? Hubiera sido un detalle que me lo hubiera agradecido personalmente.

—Yo sólo cumplo sus indicaciones.

Al secretario de la comisaría central le disgustó recibir ese agradecimiento a través del encargado de la seguridad privada. Todo había sido una estrategia para lograr una conversación personal con Eugenia de los Angeles y poder hacerle una propuesta muy especial.

—Habrá que pensar otra estrategia para conseguirlo. - se dijo a sí mismo.

5.11

‘Como consecuencia de todos estos actos de represión, el Ejército de Liberación de Isla Pequeña advierte a la Primera autoridad y a su gobierno que no se va quedar con los brazos cruzados. De nuevo, reitera que va a ser fiel al compromiso que ha adquirido ante todos los pobladores autóctonos. Defenderá sus derechos, a pesar de las

dificultades que se le pongan y a pesar de los actos de represión de que sea objeto. Aunque es consciente y lamenta el dolor que producen en la sociedad los actos violentos que se ve obligado a cometer, este Ejército de Liberación vuelve a asegurar que se mantendrá firme en su lucha hasta arrebatar el poder a los invasores de al ciudad. Hasta la victoria final. E.L.I.P'.

Éstos eran los últimos párrafos del texto de las octavillas que fueron lanzadas por las calles de la ciudad. Los distribuidores eligieron las zonas más concurridas, los mercados y los centros laborales.

5.12

—Dígame.

—Buenos días. Soy la madre....

Teresa no pudo terminar la frase. Eugenia de los Angeles había reconocido la voz de Teresa y había colgado el teléfono. Tras la sorpresa, llegó la indignación. Tras la indignación, el propósito decidido de insistir. Volvió a marcar el mismo número. Esperó.

—Quiero hablar con...

Cortaron de nuevo. Teresa no se amilanó. Tenía decidido hablar con María Luisa. No iba a dejar de llamar hasta conseguirlo. Marcó de nuevo el número, que ya se había aprendido de memoria. Carraspeó para tener la voz más clara a la hora de pedir que se pusiera la novia de su hijo. No fue posible. Daba la señal de comunicar. Esperó un momento. Volvió a marcar. Comunicaba de nuevo. Lo hizo una vez más, y también apareció el fatídico sonido intermitente. Habían dejado el teléfono descolgado.

5.13

'Señor Director de la Escuela Especial. Como padre y tutor de Enrique Grijalba, deseo informarle oficialmente y para que no haya ningún género de dudas, de que mi hijo va a seguir asistiendo a las clases de ese centro. No tiene ningún valor lo que pública o privadamente afirme otra persona, de otra escuela especial, en su nombre. Lo que le envío firmado para todos los efectos que correspondan. Firmado: Santiago Grijalba.'

5.14

Todas las emisoras de radio, en sus avances informativos dieron cuenta del breve pero contundente comunicado que había hecho público la oficina del portavoz gubernamental como contestación al difundido por el Ejército de Liberación. 'La Primera autoridad de Isla Pequeña del Sur y su gobierno son conscientes de que cuentan con toda la legitimidad democrática y que están respaldados por la voluntad mayoritaria de sus habitantes. Ante los nuevos atentados y

las amenazas de los terroristas, manifiesta su firme decisión de poner en marcha todas las medidas policiales y judiciales de que dispone, para garantizar la seguridad de la población y castigar a los autores de las acciones violentas'.

5.15

Santiago Grijalba se presentó en la librería exotérica sin avisar. Empujó la puerta y entró con decisión. Doña Mercedes le reconoció desde el principio y le saludó cortésmente.

□No vengo a comprar ningún libro – dijo el padre de Kike en tono severo - ni a mantener ninguna conversación. Vengo a pedir, más bien a exigir, que Vd. y su hija dejen en paz a mi hijo Enrique.

□Que yo sepa, ni mi hija ni yo le hemos hecho nada.

□¿Cómo que no? Su hija ha afirmado públicamente, ante los alumnos y profesores de la escuela especial del puerto, que se van a casar.

□No creo que eso sea tan grave como para enviar amenazas de muerte.

□Ya le he dicho que yo no tengo nada que ver con esas amenazas.

□Vd. tiene que saber quién las envía. Están relacionadas con su hijo.

□Insisto en que yo no sé nada de eso. Hay mucho loco suelto. Pero le repito que dejen en paz a mi hijo, o tendrá que atenerse a las consecuencias.

□¿Eso no es una amenaza?

□No es ninguna amenaza. Me refiero a consecuencias penales y judiciales.

Con la misma firmeza con que entró, se marchó el padre de Kike. A doña Mercedes le salió un suspiro a causa de la nueva preocupación.

5.16

Era ya casi el mediodía. Teresa tenía que ir al periódico para hablar con el director y obligarle a rectificar la noticia en la aseguraba que su hijo estaba vinculado al grupo terrorista. Se levantó como si la empujara un resorte. Se dirigió a la cocina. Seguía sin llegar la asistenta por segundo día. Sólo una vez antes había faltado, por la enfermedad de su hijo pequeño. Pero avisó por teléfono con anterioridad.

5.17

□Merceditas, me alegro de que sigas viniendo a clase. – dijo la profesora - Si pones interés, puedes aprender todavía muchas cosas.

□No. Señodita, estoy conta mi voluntad.

—Lo que aprendas, te puede ser muy útil en tu vida.

—Soy mayod de edad y chica nodmal. Quiedo casadme. No venid clase.

—De todos modos, yo me alegro de seguir viéndote.

5.18

—¿Adónde vas? - preguntó Eugenia de los Ángeles cuando su hija intentaba salir sigilosamente por la puerta del jardín.

—Voy a hacer un recado. -respondió María Luisa tras reponerse del susto al ser descubierta.

—Quiero pedir los apuntes de los días que no me has dejado ir a clase.

—Dime dónde hay que recogerlos y yo me encargo de traértelos.

—¡No me puedes hacer esto! Estoy sufriendo mucho.

—Lo que tú debes hacer es olvidarte de Toni y de toda su familia.

5.19

Doña Mercedes, a pesar de estar muy preocupada por las amenazas, no había olvidado el compromiso con su hija de intentar solucionar el conflicto de violencia. Así eliminaría la razón que exponían los padres de Kike para prohibir la boda. Se había propuesto hacer gestiones con todos para alcanzar esa solución. Pensó que debía hablar con el padre del último detenido. Prefería hablar con él, ya que a su esposa la conocía por su participación en 'La hermandad de Abraham'. Se presentó en el Gran Restaurante del Arroz.

—No vengo a comer. Deseo hablar con Antonio Manzanal.

—No sé si está todavía. Ahora aparece poco por aquí.

Antonio, que estaba a punto de marcharse, recibió con suspicacia la visita. No atendió a ninguna de las peticiones de doña Mercedes.

—Estoy dedicado exclusivamente a este restaurante del arroz. No me voy a meter para nada en política.

—No se trata de política. Se trata de nuestros hijos.

—Yo entiendo que eso es meterse en política. Lo siento. Tengo que irme.

Antonio se despidió con fría cortesía. Incluso exageró el intento de beso en la mano. A doña Mercedes, le salió otro suspiro. Tuvo que tomar la dirección de la puerta, confirmando la sensación de encontrarse sola en su intento.

5.20

Para entrar de nuevo en el edificio del 'Diario de la isla', Teresa tuvo que pasar todos los controles de seguridad y todas las identificaciones de antes. El vigilante uniformado pidió una

concreción mayor sobre el motivo de su entrevista. Entendió que decir toda la verdad podía ser motivo para no ser recibida. Así que dijo que quería exponerle su opinión sobre el periódico. La espera resultó larga. Teresa comenzó a mirar los ejemplares que había encima de la mesa. Intentó comprobar si todos ellos tenían la noticia sobre la detención de su hijo de la misma manera. Efectivamente, la tenían. Esperó.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿El director del periódico?

—El señor director está en una reunión. No puede atenderla en este momento. Soy el coordinador de la sección de noticias políticas. Nada más verle, había pensado que no era el director. Su manera de vestir, sus gestos, sus gafas, sus zapatos bastante sucios, su pelo no muy peinado, todo lo indicaba. Tenía que haber dado un nombre falso para que no sospecharan que iba a reivindicar la inocencia de su hijo y exigir la rectificación.

—Puedo esperar a que el señor director acabe esa reunión.

—Me ha enviado a mí para que la atienda.

—Deseo hablar con él personalmente.

—Supongo que se trata de alguna noticia que hemos publicado.

—Se trata de una noticia muy grave. Uds. han publicado que... Yo soy la madre de Antonio Manzanal Aquende. Uds. han publicado que mi hijo está relacionado con la organización terrorista. He venido para exigir al señor director que rectifiquen, porque eso es mentira.

—Lo que Vd. dice no es totalmente cierto.

—¿Qué es lo que no es cierto?

—Nosotros hemos publicado que su hijo ha sido detenido.

—Hasta el nombre lo han escrito mal. Han puesto las preposiciones en los apellidos, aunque nosotros somos de la ciudad.

—¿No es cierto que haya sido detenido?

—Mi hijo ha sido detenido por equivocación. Mejor dicho ha sido detenido porque intencionadamente y con mala voluntad le han acusado.

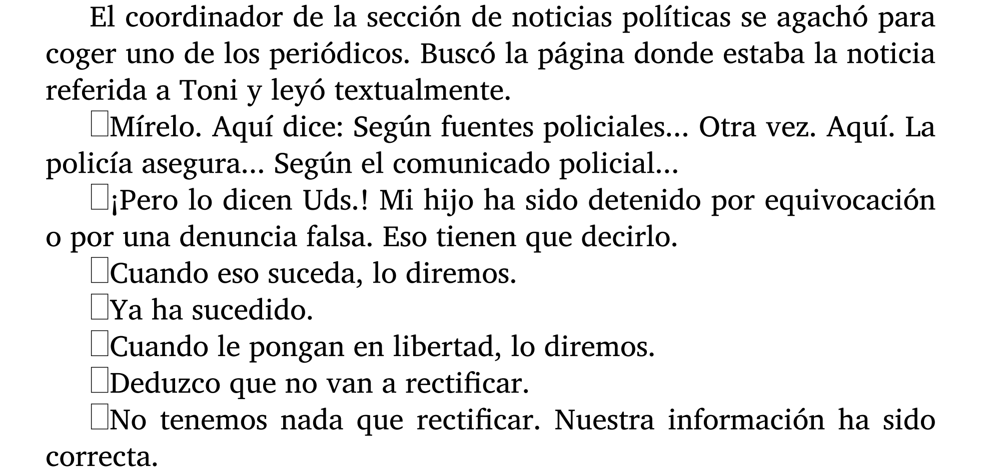
—¿Han detenido a su hijo o no?

—No tiene nada que ver con todo lo que Uds. dicen. Además es menor de edad.

—Nosotros no valoramos nada. Lo que...

—¿Cómo que no valoran nada?

—¡Escúcheme, por favor! Nosotros contamos hechos. Recogemos las acusaciones de la policía. Ni añadimos ni quitamos. Si se ha fijado bien, en todos los párrafos ponemos...



El coordinador de la sección de noticias políticas se agachó para coger uno de los periódicos. Buscó la página donde estaba la noticia referida a Toni y leyó textualmente.

—Mírelo. Aquí dice: Según fuentes policiales... Otra vez. Aquí. La policía asegura... Según el comunicado policial...

—¡Pero lo dicen Uds.! Mi hijo ha sido detenido por equivocación o por una denuncia falsa. Eso tienen que decirlo.

—Cuando eso suceda, lo diremos.

—Ya ha sucedido.

—Cuando le pongan en libertad, lo diremos.

—Deduzco que no van a rectificar.

—No tenemos nada que rectificar. Nuestra información ha sido correcta.

—Esto no puede terminar aquí.

Teresa tuvo que pasar de nuevo por toda la serie de servicios automáticos de seguridad hasta llegar a la calle. Frente a la puerta super protegida del periódico, se sintió enfadada y defraudada. Tenía una posibilidad menos.

5.21

—¡Papá, tienes que dejarme salir! – dijo María Luisa a su anciano padre. – Estoy segura de que Toni no tiene nada que ver con el terrorismo.

—Lo siento. Eso lo decide tu madre.

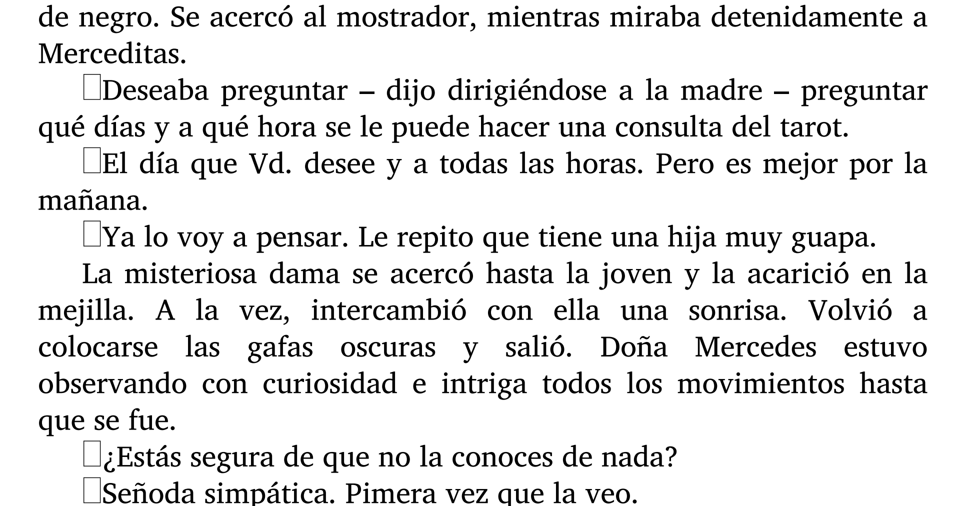
5.22

El padre Anselmo se puso las gafas para leer, otra vez, el texto de la carta que había escrito a Eugenia de los Ángeles, antes de meterla en el sobre y cerrarlo.

‘Querida hermana en Cristo Eugenia de los Ángeles. Te envío esta nota para acompañarte en este momento de preocupación y para manifestarte mi gran pesar por haberte provocado este nuevo motivo de inquietud. Evidentemente ha sido desafortunada mi gestión para determinar que una persona, cuyo hijo ahora está acusado de graves delitos, fuera tu compañera en la propuesta pública de la esperanzadora Hermandad de hijas de Abraham. Todo ha sido un accidente desgraciado. Espero que sepas disculpar las molestias que te he provocado con mi involuntaria equivocación. Doblo mis oraciones por ti y por toda tu extraordinaria familia. A la vez, vuelvo a agradecerte tus generosas ayudas a esta parroquia. Tuyo en la fe, la esperanza y la caridad. Padre Anselmo’.

5.23

Acababan de entrar en la librería exotérica doña Mercedes y su hija, cuando se abrió de nuevo la puerta. Era la dama rubia vestida



de negro. Se acercó al mostrador, mientras miraba detenidamente a Merceditas.

—Deseaba preguntar – dijo dirigiéndose a la madre – preguntar qué días y a qué hora se le puede hacer una consulta del tarot.

—El día que Vd. desee y a todas las horas. Pero es mejor por la mañana.

—Ya lo voy a pensar. Le repito que tiene una hija muy guapa.

La misteriosa dama se acercó hasta la joven y la acarició en la mejilla. A la vez, intercambió con ella una sonrisa. Volvió a colocarse las gafas oscuras y salió. Doña Mercedes estuvo observando con curiosidad e intriga todos los movimientos hasta que se fue.

—¿Estás segura de que no la conoces de nada?

—Señoda simpática. Pimera vez que la veo.

5.24

Eugenia de los Ángeles entró en el vestíbulo del hotel completamente disfrazada. Llevaba gafas oscuras muy grandes, un sombrero de ala larga, una gabardina muy hueca, a pesar de que no llovía, y botas negras brillantes. Se dirigió al ascensor sin mostrar ninguna duda, para que nadie la reconociera. Estaba cumpliendo el rito concertado para sus citas amorosas de los martes. Tampoco se podían llamar, con exactitud, amorosas. No le unía ningún lazo afectivo con el varón con el que se iba a reunir. Se trataba de una relación sexual física, que no podía tener con su ya anciano esposo. Su compañero erótico se encargaba de todo, desde el alquiler de la habitación, cada vez en un local diferente, hasta las infraestructuras de los traslados, con absoluta discreción sin que se pudiera desprender la menor sospecha. El hecho de que él se encargara también de coordinar las labores de seguridad de toda la familia, facilitaba esta discreción. Ella personalmente le había seleccionado para ese puesto, no solo por sus conocimientos sobre seguridad, sino sobre todo por sus cualidades corporales.

Cuando ella llegó a la habitación indicada, él ya lo tenía todo preparado. Tras quitarse las gafas, el sombrero y la gabardina, se dieron un apasionado beso y se frotaron los respectivos cuerpos. A continuación, se fueron desnudando. Interrumpieron esta operación tres veces, para besarse de nuevo y volver a excitarse con el roce de sus cuerpos. Cuando estuvieron completamente desnudos, él la empujó sobre la cama. Según estaba convenido, se echó sobre ella. Posteriormente, la besó, con intensidad, en sus partes íntimas. Volvieron a tumbarse, adoptando alternativamente la posición de dominio. Ella besó y chupó sucesivamente el pene excitado de su

compañero. Dejó que él la masturbara. Adoptó una vez más la posición superior, para dejar que, finalmente, él descargara fuera su semen con fuertes y hasta violentos empujones.

En el baño, ya estaba preparada el agua a la temperatura deseada. Tras secarse, Eugenia de los Ángeles se vistió con una ropa totalmente distinta a la que había usado en la entrada. El sombrero fue sustituido por una pamela. La gabardina fue cambiada por un abrigo de color oscuro. Y el modelo de gafas también fue renovado. Él tenía órdenes de desprenderse de la ropa usada, de esperar a salir una hora después que ella y por una puerta distinta.

—Adiós, Mariano. Hasta el próximo martes.

5.25

Doña Mercedes, la voluminosa echadora de cartas, llevaba mucho tiempo esperando frente a la casa de Teresa. Había ido a sentarse hasta un banco cercano para aguantar su peso. Cuando la vio acercarse, se levantó y caminó lo más deprisa que pudo.

—¡Teresa, espérame!

Teresa no tenía muchas ganas de entretenerse en la calle ni quedarse a hablar con nadie en las circunstancias en que se hallaba. De todos modos, se detuvo. Recodó la figura de la voluminosa echadora de cartas que se había acercado a ella el día de la presentación de ‘La hermandad de Abraham’.

—Sé que es un momento muy malo para ti. He venido para traerte un regalo. Una cosa insignificante. Pero te puede ayudar. Le he pedido a mi hija que pintara para ti la carta de La estrella. Es mi favorita en el Tarot. Le he pedido que ponga cinco puntas porque es tu número. Te dará suerte la mano inocente de mi hija enferma.

—Señora, yo no...

—Hazme caso. Llévala en el bolsillo. Será bueno para ti y para tu hijo. También será bueno para mi hija.

—Muchas gracias.

—Es el momento para buscar una solución inmediata al problema de la violencia.

—La detención de mi hijo ha sido una equivocación. Se va a aclarar muy pronto.

—Más motivo para solucionarlo cuanto antes. Podemos unirnos para…

—Lo siento. Tengo que irme.

—Espera un momento, por favor. Lo hago por tu hijo y por mi hija. Con mucho esfuerzo y sacrificio, he estado preparando a mi hija para que sea una chica normal. La violencia y las bombas impiden que pueda hacer una vida independiente. Tenemos que

conseguirlo.

—Mi obligación ahora es demostrar la inocencia de mi hijo. Tengo que irme.

Teresa tomó la hoja con el dibujo infantil y reanudó su camino. Doña Mercedes se quedó una vez más con la amarga sensación de soledad al no haber logrado obtener el apoyo para su propósito.

5.27

—¿Puedo hablar con el señor don Luis Callejuela?

-Soy yo. -contestó el secretario de la comisaría sorprendido por la amabilidad en el trato de aquella voz femenina. -Dígame. ¿Con quién hablo?

—Soy Eugenia de los Ángeles Pérez - Reinosa. No sé si me conoce.

—Por supuesto que la conozco. Es un honor para mí hablar con Vd. Estoy a su disposición.

—El director de seguridad de nuestra familia me ha sugerido que Vd. podía estar interesado en hablar conmigo.

—Sería para mí un honor hablar con Vd. personalmente.

—¿Cuándo puede venir a nuestra casa?

—Cuando Vd. quiera. Yo estoy a su entera disposición.

—¿Puede venir mañana por la tarde?

—Allí estaré. ¡A sus pies, señora!

Eugenia de los Ángeles pensó que si el secretario de la comisaría se había mostrado tan exageradamente amable, era porque deseaba conseguir algo. Luis Callejuela consideró que, gracias a su capacidad para halagar a las clases altas y adineradas, había conseguido una entrevista deseada.

5.28

—¿Señora Mercedes?... Soy Santiago Grijalba, el padre de Enrique. Le ruego que me escuche y que no me interrumpa. Si me interrumpe, cuelgo inmediatamente el teléfono. Le voy a dar una información que demuestra mi preocupación por las amenazas que está recibiendo. He obtenido una información que le puede dar una orientación muy diferente a la que piensa. El hijo del señor Díaz – Montenegro ha sido detenido varias veces por atacar a jóvenes y niñas con discapacidades mentales. Investigue por ahí. Pero yo no le he dicho nada. Lo negaré todo.

—Oiga,....

Doña Mercedes no pudo seguir hablando. Su interlocutor había colgado ya.

Seis: Sospechas

6.1

Luis Callejuela, antes de salir de la oficina, se cambió de corbata y de chaqueta. Sacó brillo a los zapatos. Incluso se pasó la mano por la cabeza para asegurarse que tenía bien colocado el pelo rapado. Deseaba causar buena impresión a Eugenia de los Ángeles. Utilizó uno de los coches camuflados de la policía. Era un turismo en buen estado, incluso elegante. Tenía el emblema de una marca comercial muy conocida en las puertas delanteras. Aparcó a unos doscientos metros de la puerta del jardín.

□Soy Luis Callejuela. Tengo una reunión con doña Eugenia de los Ángeles Pérez - Reinosa.

El secretario de la comisaría central procuró poner una voz más grave de lo normal. Le abrieron inmediatamente. Tuvo un pequeño desconcierto al entrar en el jardín. Desde la entrada del edifico, una doncella le indicó que se acercara. Ella le acompañó hasta una sala, que podría ser la biblioteca por el gran número de libros que había en las estanterías. Su anfitriona le hizo esperar muy poco tiempo.

□¿Desea tomar algo?

El secretario rehusó con muy buenos modales y con su habitual amabilidad exagerada. Se preocupó mucho de comenzar con una conversación educada, haciendo alusión al elevado número de libros de la sala. También comentó la belleza y buena conservación del jardín. Fue Eugenia de los Ángeles quien tuvo interés en pasar, cuanto antes, al asunto que debían tratar.

□Supongo que es conocedora de las graves dificultades que tenemos en la lucha contra el Ejército de Liberación de Isla Pequeña.

□No sólo soy conocedora de la escasa eficacia de la policía. La padecemos.

□Permítame que...

□¡Déjeme terminar, por favor! – añadió la señora - Deseo mostrarle mi disconformidad y mi protesta por esta ineficacia. Mi familia se ha visto obligada a establecer un sistema de seguridad privado, porque la policía no nos garantiza que no se repita otro secuestro o un atentado contra alguno de nosotros.

□Precisamente...

□¡No he terminado! – insistió Eugenia de los Ángeles - Mi familia se ve obligada a gastar una muy elevada, insisto en lo de

muy elevada, cantidad de dinero en un servicio propio de vigilancia.
El secretario de la comisaría estuvo callado esta vez pacientemente hasta que terminara Eugenia de los Ángeles. Incluso esperó para confirmar que no deseaba seguir. Trataba de evitar
otra interrupción que provocara una sensación de mala educación.

—Eso es lo que deseaba explicarle. Nosotros, sobre todo los policías que deseamos solucionar esta situación, tenemos las manos atadas. No podemos actuar. Hay muchas personas que apoyan y ayudan a los terroristas. Las leyes y el gobierno nos impiden actuar. No podemos evitar que se cometan nuevos atentados y nuevos asesinatos.

—Algo tendrán que hacer para superar esas dificultades.

—¿Puedo hablar sin tapujos y con toda sinceridad?

—Lo estoy deseando.

—¿Vd. me garantiza que lo que hablemos no sale de esta habitación?

—Puede tener la absoluta seguridad.

Luis Callejuela se preocupó de dar solemnidad al momento. Carraspeó para aclararse la voz. Se colocó bien en el sofá donde estaba sentado y miró fijamente a su interlocutora.

—Ya que no podemos llevar a cabo una lucha eficaz contra los terroristas, ya que nos ponen trabas por todos los sitios, ya que los terroristas se aprovechan de las debilidades de la democracia, debemos actuar. Me refiero a actuar de modo diferente. ¿Está de acuerdo?

—Estaré de acuerdo o no, cuando sepa cuál es esa acción diferente que propone.

—Yo no propongo nada concreto. Si estamos de acuerdo en que algo más hay que hacer, pongámonos de acuerdo en qué y hagámoslo pronto.

—Con la misma sinceridad que Vd. me habla, le digo que está dando demasiadas vueltas para hacerme su propuesta.

—Tenga en cuenta que soy un funcionario del gobierno. -aseguró el secretario de la comisaría acentuando todavía más sus modales corteses- No puedo ir haciendo propuestas por mi cuenta, a no ser que...

—Yo le he dado todas las garantías. -afirmó Eugenia de los Ángeles demostrando interés.

—Doña Eugenia de los Ángeles, escúcheme bien. Con una acción paralela, fuera del control de las autoridades políticas, la actual situación podría cambiar.

—¿Se refiere al ojo por ojo contra los terroristas?

—Nadie podía haberlo definido mejor. Yo añadiría que con efectos retroactivos. Ellos nos han quitado ya muchos ojos. Por cada muerto o secuestrado que ellos hagan, deben caer dos de ellos. Así el terrorismo se terminará inmediatamente. He comprobado que estos terroristas de mierda son unos cobardes. Aunque sea una mala expresión, se cagan por la pata abajo en el calabozo cuando tienen que declarar. En cuanto vean que a ellos también les toca, lo dejan todo y salen corriendo. Puede creerme. Si ahora están tan envalentonados, es porque saben que se pueden amparar en las leyes.

Eugenia de los Ángeles dejó que el secretario de la comisaría se explayara. Lo hizo con gran entusiasmo, sin atender a su preocupación por causar buena impresión, como si le saliera de sus más profundos sentimientos, como si fuera un proyecto repensado muchas veces y acariciado con deseo.

—¿Qué le parece? - preguntó Luis Callejuela con ansiedad.

—Voy a ser absolutamente sincera. Nosotros no vamos a entrar en la guerra sucia contra el terrorismo. Podría decir que no entramos porque consideramos que va contra las leyes. Pero la verdad es que nosotros no queremos más muertes en nuestra familia. No queremos líos. Saldríamos perdiendo.

—Esta guerra sucia como Vd. la llama trata de impedir que haya más muertos.

—Lo siento. No vamos a entrar. Hemos calculados los riesgos y nos conviene.

La conversación se prolongó durante algún tiempo más. Es secretario de la comisaría central insistió reiteradamente en la necesidad de realizar esas acciones paralelas. Pero Eugenia de los Ángeles se mantuvo firma en la decisión de no participar.

6.2

—¿Me puede llevar a la comisaría central? -pidió Teresa al taxista.

—¿Cómo ha dicho?

—Deseo ir a la comisaría central de policía. ¿Sabe dónde está?

—Perdone. No lo había entendido.

Teresa se quedó convencida de que el conductor había reiterado la pregunta intencionadamente. Quizá la había reconocido. No tuvo tiempo para reflexionar sobre ello. En el teléfono móvil de Toni, que llevaba con ella, se oyó el sonido de un nuevo mensaje. Se puso nerviosa, pero logró encenderlo con prontitud. ‘Toni, t quiero. Cómo estás? Vida mía. T necesito. No puedo contacto con tu madre.

Prohíben en casa. M.L.' Leyó varias veces el mensaje. Se le escapó una lágrima. Ya sabía que Eugenia de los Ángeles prohibía a su hija establecer contacto. Pensó que podía haber aprovechado para enviar alguna indicación que permitiera romper ese bloqueo familiar. A la hora de pagar al taxista, le temblaban las manos. Desde el mismo coche, había visto que en la puerta de la comisaría continuaba un policía uniformado de guardia.

—¿Adónde va?, -preguntó el agente con severidad.

—Tengo una cita con el comisario jefe.

—El comisario jefe no está.

—Su secretario me ha dicho que viniera esta tarde. –insistió con más nervios.

—Ha tenido que hacer un viaje imprevisto para tres días por lo menos.

—¿Puedo hablar con el secretario de la comisaría? Él me dio la cita para el comisario.

—Pase, pero no creo que esté tampoco.

6.3

—¿Rubén? Soy Ana de Casavieja.

—Dime.

—¿Tenéis ya editorial para el periódico de mañana?

—Lo vamos a dedicar a las amenazas norteamericanas. ¿Por qué lo preguntas?

—Tenemos que dar un toque de atención al comisario jefe. Por lo menos, por dos motivos. Las detenciones, cada vez más indiscriminadas, y el ataque al 'Mesón de los pescados'. Eso ha sido fascismo puro.

—¿Lo dejamos para el periódico de pasado mañana?

—De acuerdo. El título puede ser. 'Esto sí es terrorismo'.

—Mañana lo escribimos. Si necesitamos algún dato, te llamamos.

—¿Hay noticias interesantes?

—Mañana va un periódico muy soso.

6.4

Doña Mercedes se las agenció para entrevistarse con Eugenia de los Ángeles. Suponía que era complicado tener acceso a ella. Pensaba que si pedía una cita, le iban a preguntar el motivo. Optó por abordarla en el momento en que entraba en el edificio de las oficinas centrales de su empresa.

—¡Tengo una denuncia contra su hijo!

La echadora de cartas sabía que ese grito lanzado en el vestíbulo, cuando había bastante gente, iba a causar el efecto de ser atendida. Efectivamente, fue llamada a una salita próxima a su

despacho. En primer lugar, recibió un reproche por haber lanzado ese grito. Pero tuvo oportunidad para exponer su denuncia. Aludió a la perversión sexual de su hijo para abusar de niñas discapacitadas. Lo hizo, además, con gran enfado. Se exaltó al hablar de las perversiones inconfesables y los peligros que causan a personas indefensas. Eugenia de los Ángeles dejó hablar a doña Mercedes sin interrumpirla. Solamente pidió que no gritara. Cuando la echadora de cartas terminó de exponer su protesta, ella, con calma aparente, le aseguró que no tendría nunca ningún problema con su hijo. Insistió con firmeza en que ofrecía todo tipo de garantías. Trató de contestar a las dudas que todavía pudieran quedar. Incluso se ofreció a financiar, en caso de que fuera necesario, un servicio de seguridad para Merceditas. Sin embargo, en ningún momento, reconoció que su hijo tuviera algún tipo de perversión. Tuvo un especial interés en conocer las fuentes que había tenido la echadora de cartas para esa denuncia, pero no logró ninguna información. La despedida fue especialmente cordial por parte de la dama de la alta sociedad, lo que impidió que doña Mercedes pudiera realizar una nueva protesta.

6.5

En contraste con lo que sucedía por las mañanas, la comisaría central por la tarde estaba solitaria y en silencio. Las ventanillas estaban cerradas. Teresa se acercó a la puerta por la que había entrado el secretario para entregar la solicitud. Llamó. Esperó con ansia y con temor. No salió nadie ni se oyó ninguna contestación. Volvió a llamar. Se oyeron unos pasos.

□¿Qué desea?

□No sé si recuerda que me dijo que volviera hoy para hablar con el comisario jefe.

□El comisario jefe ha tenido que hacer otro viaje inesperado.

□Esta entrevista era muy importante. Mi hijo ha sido detenido por error.

□Su hijo es Antonio de Manzanal y de Aquende. ¿Verdad?

□Es Antonio Manzanal Aquende. Nuestros apellidos no tienen de. Somos de la ciudad.

□Nosotros no juzgamos. Nuestra obligación es detener a las personas que nos indican los jueces. -dijo Luis Callejuela con exagerada amabilidad.

□No podemos esperar. - suplicó Teresa- Su detención nos está causando muchos perjuicios. Sobre todo, él lo estará pasando muy mal.

□Yo sólo puedo pasarle su recado al comisario jefe.

6.6

—Mi marido se empeña en que eche las cartas a nuestro hijo asesinado.- dijo Rafaela nada más entrar en la librería exotérica de doña Mercedes.

—Sólo echo las cartas a los vivos. Lo importante es saber lo que va a suceder en el presente y en el futuro.

—Pedrito está con nosotros. Lo que le pase a él, nos pasa a nosotros. - insistió Pedro empujando el mismo las ruedas de su silla. - Hoy hubiera sido su cumpleaños. Las cartas tienen que decir algo.

La echadora de cartas cedió. Los acompañó a la habitación donde realizaba sus ritos. Ellos se pusieron junto a la mesa. Ella encendió la luz lateral y cerró las contraventanas.

—Lo que queremos saber -aseguró el marido - es si la muerte de nuestro hijo va a ser vengada pronto o no.

—Pedro, no digas nada de venganzas. -le corrigió Rafaela - Lo que queremos saber es si se va a hacer justicia con nuestro hijo.

Doña Mercedes no estaba escuchando. Se hallaba concentrada. Procedió a mezclar las cartas de derecha a izquierda y de derecha a izquierda. Dejó el mazo, con cuidado, en medio de la mesa. Puso sus dos manos encima.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde su muerte?

—No fue muerte. Fue asesinato. Aquí en el puerto, no saben llamar a las cosas por su nombre. Fue un atentado terrorista. - puntualizó el marido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Es que no se acuerda? Fue el 23 de agosto. Pero lo que queremos saber es lo que pasa hoy. Lo que pasó ese día ya lo sabemos.

—Hoy es día 19. El arcano número 19 es el sol. Vamos a ver cómo nos sale. – Doña Mercedes se concentró antes de dar la vuelta al mazo de cartas. - Está invertido.

—¿Eso qué significa?

—Rencor. Por ese camino, no se consigue nada.

—¡Toma castaña! – protestó Rafaela - Más rencor tenían los que le mataron. ¿Eso es todo lo que dicen las puñeteras cartas?

—Espere. Uno y nueve, diez. -sumó en voz alta doña Mercedes - El arcano mayor número diez es La rueda de la fortuna.

—Jódete. -exclamó Pedro moviendo su silla - Ahora va y nos sale La rueda de la fortuna.

—La rueda de la fortuna y el número diez -afirmó con calma la echadora de cartas- significan un momento de cambio. Algo que termina y algo que empieza.

—¿Eso qué quiere decir? - Rafaela no podía contener su curiosidad.

—Vamos a ver qué carta nos sale en el número diez.

Doña Mercedes volvió a concentrarse. Tomó el taco de cartas en la mano izquierda. Con la derecha, fue tomando las cartas, de dos en dos, Las colocó formando un círculo. Procuró que las impares tocaran a la anterior en la parte inferior. Descubrió la carta número diez que cerraba la figura.

—¿Quién es ese?

—El ermitaño.

—¿Es bueno?

—Significa tiempo de espera, de reflexión. El ermitaño siempre recomienda prudencia y paciencia para resolver los problemas.

—¡Jódete otra vez! Ahora, esperar y aguantar. Vienes a que te echen las cartas en el puerto y te dicen que te jodas y esperes.- dijo enfadado Pedro, mientras se separaba de la mesa.

Rafaela, en cambio, se quedó escuchando atentamente las detalladas explicaciones que le dio doña Mercedes, mientras iba descubriendo todas las cartas que habían integrado el círculo.

6.7

Teresa caminaba mirando al suelo para no encontrarse con nadie, ni ser reconocida. Se sorprendió de que alguien se acercara a ella y la saludara. Inmediatamente reconoció a la joven abogada.

—Se lo dije el otro día. No deseo tener ningún contacto con nadie de su organización.

—Yo sólo pertenezco a un colectivo de abogados para la ayuda a los presos. Nos ofrecemos para defender a su hijo. Podemos serle útiles.

—Mi hijo no tiene nada que ver con la lucha terrorista. Estamos intentando que se aclare el error y lo pongan en libertad.

—Su hijo está en las mismas circunstancias que todos los demás detenidos.

—Es su táctica. Si Vd. coge su caso, mi hijo comienza a pertenecer a su organización. Voy a seguir mi propio camino para sacar a mi hijo de todo esto.

—No soy rencorosa. - dijo la joven con ironía- Si me necesita, me encontrará por aquí. Todos los días detienen a jóvenes como su hijo.

6.8

—Mariano, -dijo Eugenia de los Ángeles por el teléfono interior – quiero cuanto antes toda la documentación posible sobre María Mercedes de Campofrío y de Puentenuevo. Ha venido su madre a visitarme. Busca también los datos de Enrique Grijalba García. Son

dos jóvenes discapacitados. Quiero toda la información sobre ellos y sobre sus familias. ¡Cuanto antes! Es un asunto prioritario. Busca también algún punto débil del secretario de la comisaría ese Luis Callejuela. Está haciendo un doble juego. Viene a proponer acciones paraterroristas. Pero se ha ido de la lengua en el asunto de las denuncias sobre mi hijo Juan Luis. Habrá que darle un capón serio.

6.9

Teresa subió las escaleras de su vivienda con lentitud y pesimismo. Iba pensando qué podía hacer ahora por su hijo. Lo veía todo negro. Abrió la puerta lentamente, sin ruido, sin decisión, dudando si era eso lo que debía hacer. La cerró de la misma manera. Quedó un momento recostada, pensando. Su marido apareció precipitadamente.

—¿Has arreglado algo con el comisario?

—¡No estaba! Se ha ido otra vez para varios días.

—¡Alguien le habrá sustituido!

—No me grites, por favor. Harto lío tengo en la cabeza.

Teresa se encaminó hacia la sala sin atender a su marido. Por el pasillo, fue quitándose la chaqueta. En contra de su costumbre de tener la ropa siempre ordenada, la tiró sobre una silla. Se sentó en el sillón que se había convertido en habitual desde la detención de su hijo. Suspiró para respirar profundamente y se echó a llorar.

—No llores ahora.

—¡No me digas que no llore! ¡Llama a tu primo!

—¿A qué primo?

—Al imbécil de José, el que trabaja en el Gobierno. Es el único que puede hacer algo.

—Llamarle significa reconocerlo todo oficialmente.

—No seas ingenuo. Ya lo saben todos. No tenemos que reconocerlo ni dejar de reconocerlo. Tu primo es el único que nos puede ayudar.

—No podemos pedirle nada. Le comprometeríamos a él.

—Cuando necesitó dinero, bien que recurrió a nosotros. Tú le recomendaste para que entrara en el gobierno.

6.10

Merceditas esperó casi escondida a que Kike saliera de su escuela especial. Nada más salir, lo cogió del brazo y lo empujó para que la acompañara hasta el parque cercano. Mientras tanto, ella se esforzaba por esconder algo entre su ropa. El joven se resistía, pero no tuvo más remedio que seguir por el interés que su amiga mostraba.

—Ponte así. Que no nos vean. Si nos ven, nos castigan.

La joven discapacitada sacó, con gran misterio, una revista pornográfica, a la vez que insistía a su amigo para que mirara las fotografías de sexo explícito que aparecían. Ella iba pasando las páginas. Incluso señalaba con el dedo las acciones más concretas. El miraba con curiosidad, con sorpresa aunque también con notable reparo.

—¿Ves? Así se hace. – precisó Merceditas adoptando un tono similar al que utilizaban sus profesores en clase. – Así se quedan las chicas embadazadas. Esta chica ha hecho esto, ya está embadazada.

—No lo tengo así. – respondió Kike aludiendo a uno de los voluminosos órganos sexuales masculinos que aparecían en las fotos.

—Tú tienes eso. Edes chico nodmal.

—Mucho más pequeño.

—No impodta si es pequeño. Se aladga.

Kike echó a correr dejando a su novia sola, cuando deseaba mostrarle las últimas fotografías de la revista. Merceditas tuvo que cerrar la revista, doblarla y esconderla entre su ropa, antes de salir del parque para hablar de nuevo con su amigo. Cuando salió, Kike caminaba ya acompañado de su padre.

6.11

—¿Mariano de Secúritas?... Supongo que sabes que tu señora se ha negado a participar en las acciones paralelas… No es un error grave. Es un error muy grave. Te advierto además que las vamos a llevar a cabo con ella o sin ella…No te voy a decir quién nos apoya. Que se joda. Pero no lo va a saber. Sólo te diré que está muy cerca de ella…. Se llevaría una gran sorpresa, si lo supiera. Y se arrepentirá. Puedes decírselo.

6.12

—¿Sabe quién soy?

En la puerta exterior de su vivienda, Rafaela estaba esperando a Teresa. Cuando ésta llegó, no tuvo más remedio que detenerse, a pesar de caminar con todas las medidas para no ser reconocida.

—Lo siento.

—Soy la madre de Pedro Ángel López, el Director General de la policía que ha sido asesinado por su hijo.

—¡Mi hijo no tiene nada que ver con la organización terrorista!- respondió Teresa con gran nerviosismo, sobresaltada por la actitud agresiva de su interlocutora- Le han detenido por equivocación. De verdad, no tiene nada que ver.

—El que no tenía nada que ver era mi hijo y le han asesinado.- respondió Rafaela con sequedad.

□Se aclarará todo muy pronto.

□¡Mi hijo ya no puede aclarar nada!

□Lamento mucho lo de su hijo. Ha tenido que ser terrible para Vd.

□Ha sido más terrible de lo que se pueda imaginar. Por eso, pido que, si su hijo es culpable, le hagan lo mismo que él ha hecho.

A Teresa le vino un fuerte sollozo a la garganta. Se metió corriendo en su portal. Rafaela la siguió con la mirada y lanzó más condenas contra el joven detenido.

6.13

□¿Está José, por favor?

Ante la negativa de su marido, Teresa se había decidido a llamar por teléfono al primo que éste tenía en el gobierno. Había contestado su esposa. No sentía mucha simpatía por ella. En las reuniones familiares, había sacado la impresión de que era egoísta y desconfiada. Esa misma desconfianza manifestó al exigir saber quién llamaba a su marido.

□Soy Teresa, la esposa del primo Antonio.

□Voy a ver si está.

Teresa recibió esa frase como una respuesta cínica. '¿Cómo no iba a saber si su marido estaba en casa?' pensó. Deseaba sugerirle a su marido que no atendiera la llamada para no verse complicado. Estaba segura de que iba a volver a ponerse la esposa con su voz de soprano acatarrada para decir que José no había llegado todavía. Replicaría. Estaba preparada para decirle que era mentira. No fue necesario enfadarse. Se puso José. Se le notaba nervioso por sus carraspeos durante los saludos de protocolo.

□Te llamo para pedirte un favor. Supongo que ya te has enterado de la detención de Toni.

□Lo he oído. Sí.

□Ha sido una detención equivocada. Antonio, tu primo, piensa que le han acusado falsamente para impedir que el gobierno firme con él un contrato beneficioso para el restaurante.

□Yo, en eso, no puedo hacer nada.

□¿Quién puede estar interesado en perjudicar a tu primo?

En ese momento, Antonio se asomó a la puerta de la habitación para escuchar la conversación. Teresa manifestó signos de nerviosismo. Se volvió para no verlo. El marido entró y cerró la puerta sin hacer ruido para que no se notara su presencia por teléfono.

□Eso del contrato lo lleva el departamento de turismo.

□Por lo menos, nos podrás echar una mano para que le pongan

en libertad cuanto antes. Te afecta a ti también. Es miembro de tu familia.

—Lo siento, de verdad. Yo, en eso, no puedo hacer nada.

—Nosotros te hemos ayudado, cuando lo has necesitado.

Por teléfono, se le notaba completamente bloqueado. Teresa estaba segura de que su esposa se hallaba a su lado haciéndole gestos para que no se comprometiera a realizar ninguna gestión a favor de Toni. Antonio estaba haciendo gestos para que no insistiera en el tema del contrato con el gobierno. Con esas indicaciones, sólo conseguía descentrar a Teresa. Así que decidió pasar el auricular a su marido.

—Te paso con tu primo Antonio. Quiere pedirte también que nos ayudes.

—En eso, no puedo hacer nada, de verdad.

Si al funcionario no le hacía ninguna gracia hablar son su primo, Antonio también se oponía. En cuanto oyó que su mujer le iba a pasar el teléfono, realizó gestos de rechazo para que rectificara. Pero ya no había remedio. Tenía que ponerse.

—Hola, José. Ya ves en qué lío estamos.

—Ya le he dicho a tu mujer que, en eso, no puedo hacer nada.

—Estoy seguro de que han querido desprestigiarme para evitar que el gobierno me dé el contrato para la atención a los jubilados.

—Lo siento, de verdad.

—Ya han logrado hundirnos. A ti también te puede afectar. Ya puedes tener cuidado.

—Sólo puedo prometerte que, si me entero de algo, os lo comentaré.

6.14

—Eugenia de los Ángeles, qué alegría me da tu visita. - el padre Anselmo se mostró ostentosamente alegre ante la visita de su feligresa y favorecedora. - ¿Cómo están tu marido y tus hijos?

—Muy bien, padre.

—¡Qué disgusto lo de la detención del hijo de Teresa Aquende! No sé qué podemos hacer de cara a la próxima reunión de ‘La Hermandad de Abraham’.

—De eso, deseaba hablarle.

—Tú me dirás, hija. Te escucho.

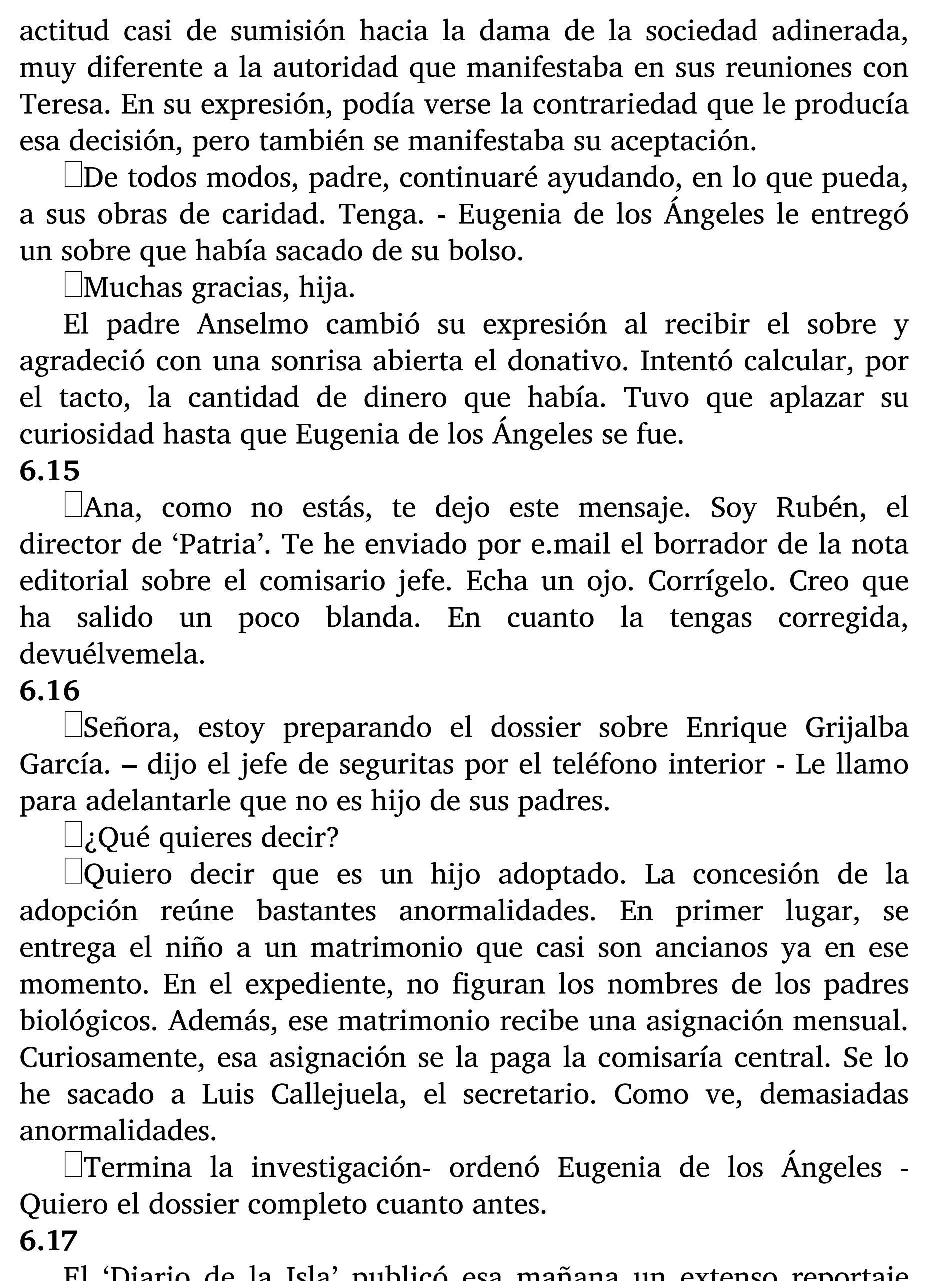
—He pensado retirarme de la Hermandad de Abraham.

—¿Lo has meditado bien?

—Padre, lo he meditado suficientemente.

—Está bien, hija.

El padre Anselmo mantuvo durante toda la conversación una



actitud casi de sumisión hacia la dama de la sociedad adinerada, muy diferente a la autoridad que manifestaba en sus reuniones con Teresa. En su expresión, podía verse la contrariedad que le producía esa decisión, pero también se manifestaba su aceptación.

—De todos modos, padre, continuaré ayudando, en lo que pueda, a sus obras de caridad. Tenga. - Eugenia de los Ángeles le entregó un sobre que había sacado de su bolso.

—Muchas gracias, hija.

El padre Anselmo cambió su expresión al recibir el sobre y agradeció con una sonrisa abierta el donativo. Intentó calcular, por el tacto, la cantidad de dinero que había. Tuvo que aplazar su curiosidad hasta que Eugenia de los Ángeles se fue.

6.15

—Ana, como no estás, te dejo este mensaje. Soy Rubén, el director de ‘Patria’. Te he enviado por e.mail el borrador de la nota editorial sobre el comisario jefe. Echa un ojo. Corrígelo. Creo que ha salido un poco blanda. En cuanto la tengas corregida, devuélvemela.

6.16

—Señora, estoy preparando el dossier sobre Enrique Grijalba García. – dijo el jefe de seguritas por el teléfono interior - Le llamo para adelantarle que no es hijo de sus padres.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es un hijo adoptado. La concesión de la adopción reúne bastantes anormalidades. En primer lugar, se entrega el niño a un matrimonio que casi son ancianos ya en ese momento. En el expediente, no figuran los nombres de los padres biológicos. Además, ese matrimonio recibe una asignación mensual. Curiosamente, esa asignación se la paga la comisaría central. Se lo he sacado a Luis Callejuela, el secretario. Como ve, demasiadas anormalidades.

—Termina la investigación- ordenó Eugenia de los Ángeles - Quiero el dossier completo cuanto antes.

6.17

El ‘Diario de la Isla’ publicó esa mañana un extenso reportaje sobre las víctimas de los atentados terroristas y sobre la situación de sus familiares. Destacaba especialmente el enfado que muchos de ellos tenían por la ineficacia de las, a su juicio muy escasas, medidas que el gobierno promovía en su lucha contra la organización violenta. En una nota editorial, se insistía en la necesidad de incrementar las medidas policiales ante el riesgo, se decía textualmente, ‘de que alguien desee tomarse la justicia por su

cuenta'.

6.18

Tras analizar las pocas gestiones que podía realizar a favor de su hijo, Teresa decidió volver a la comisaría. Le habían dicho que el nuevo viaje del comisario duraría varios días. Pero tenía todas las demás puertas cerradas. Cuando llegó, salía el secretario de la comisaría.

—¿Ha llegado el comisario jefe de su viaje?

—Su hijo ya no depende de esta comisaría. Ha sido trasladado a la cárcel central.

—¡No es posible! -suspiró la madre con susto.

—Son los trámites. Se han cumplido las horas de retención y el juez ha ordenado su entrada en la cárcel. -explicó el secretario de la comisaría con su artificial amabilidad.

—¿Toni está en la cárcel construida sobre el mar? - preguntó Teresa con incredulidad.

—Señora, ésa es la única cárcel central.

—¿Cómo han podido hacer eso? Mi hijo es inocente.

—Lo siento, señora. Tengo mucha prisa. Si tiene algo que reclamar, hágalo en la cárcel.

—Allí comprenderán que es una equivocación.

6.19

Merceditas dejó de asistir a la clase de gimnasia, para ir a hablar con Kike. Puso como excusa que le dolía un pie. Cada vez, era más difícil comunicarse con su amigo. Nada más terminar las clases, salía a toda velocidad de su escuela especial. En la puerta, le esperaba su padre, por lo que era imposible acercarse. Le esperó en el pasillo.

—¡Kike!

—Me espeda mi pade.

—No podemos seguid así.

—Si me ve contigo, me castiga. Lo siento mucho.

—¡Tenemos que escapadnos de casa!

—Me vigila siempe. No me deja haced nada.

—Escucha. Mañana, desde el embacadedo gande, nos machademos juntos.

—Mañana, es imposible.

—Sábado a las tes de la tadde en el embacadedo gande. Lleva la maleta sólo con dopa.

—No sé. Me vigila siempe.

—No faltes. ¡Pod favod!

Kike tuvo que salir corriendo. Le esperaba su padre en la puerta.


Merceditas se quedó parada mirándole con gran tristeza.

6.20

Ana, la coordinadora del colectivo de abogados radicales, estuvo esperando a que Teresa saliera de la comisaría. Sabía con anterioridad que Toni había sido llevado a la cárcel central. La vio salir limpiándose los ojos de lágrimas. Prefirió dejar que se calmara un poco. La siguió para abordarla en un momento más propicio.

—¿También ahora rechaza nuestra ayuda? Su hijo necesita sin falta la presencia de un abogado.

—¡Déjame en paz! Vosotros tenéis la culpa de todo.

Teresa, ya sin vergüenza a ser escuchada, gritaba. La joven abogada le plantó cara, conocedora de que estaba en superioridad de condiciones.

—Está invitada a ir visitar a su hijo con nuestro grupo.

La madre de Toni no se volvió ni realizó ningún gesto como contestación a estas palabras. La joven letrada, en cambio, se mantuvo mirándola. Era la madre que más se estaba resistiendo a recibir ayuda. Una resistencia inicial era normal entre las madres de los recién detenidos. Pero Teresa estaba resultando la más recalcitrante. Corrió hasta ella para darle el último recado.

—Las visitas a la cárcel son los sábados, por la tarde, a partir de las cuatro.

Teresa no realizó ningún gesto para corresponder a esa información. Tampoco se volvió. Pero se quedó parada. Ese dato era muy útil para ella. Permaneció quieta a la espera de oír alguna otra información. La abogada lo comprendió. A pesar de su juventud, había tratado ya con muchas madres de detenidos. Conocía sus reacciones. Sobre todo sabía mucho de su dolor. También lo había visto en su madre.

—Lleve todos los documentos para acreditarse. Si falta el más mínimo papel, no le dejarán entrar.

Teresa recibió con gran interés esa nueva información. Lo tendría muy en cuenta. Sentía agradecimiento hacia la joven. Estaba radicalmente en contra de vincular a su hijo con la organización terrorista. Tuvo duda sobre si debía agradecérselo o seguir mostrándose huraña. Pudo más la gratitud.

—¡Muchas gracias!

La joven abogada también agradeció el detalle de que Teresa se volviera y la mirara con una cara muy diferente a como lo había hecho hasta ese momento. No dijo nada. Cada una se alejó en una dirección casi opuesta.

6.21

Señora, - dijo el responsable de Seguritas con nerviosismo - hemos descubierto una bomba informativa en el expediente de adopción de Enrique Grijalba, el discapacitado ese. El secretario de la comisaría central me ha mostrado un expediente en que figuran como padres biológicos Martín Miranda y Eulalia Blanco.

¿Dónde está la bomba informativa? –preguntó Eugenia de los Ángeles con extrañeza.

¿Cómo que dónde está? Son los nombres de la Primera Autoridad y de su esposa.

¡Eso es imposible! – gritó la señora con sorpresa - Absoluto secreto sobre estos datos. Me llamas para cualquier novedad que descubras. ¡Hasta el martes!

6.22

Teresa se encaminó a la cocina. Fue directamente al frigorífico. Lo abrió. Antonio la había seguido pero no se atrevió a entrar.

¿No ha llamado la asistenta? –preguntó ella.

Habrá que demandarla.

No digas tonterías. Habrá que contratar otra. Si es que la encontramos. – respondió Teresa dirigiéndose hacia el pasillo.

¿Adónde vas?

Tengo que hacer una cosa en la habitación de Toni.

No deseaba que su marido conociera que estaba enviado mensajes manipulados a la novia de su hijo. Se encerró en la habitación. Encendió el móvil y realizó toda operación seguida casi sin ninguna equivocación. Deseaba ser explícita y contundente en las palabras que ponía en boca de su hijo.

‘Luisa, t quiero. T necesito. Deseo vert. Mi madre vendrá a verme el sábado por la tarde. ¿Podrás venir? T necesito d verdad. Toni’.

Siete: Confirmación

7.1

‘Al Consejo de Padres de alumnos. Escuela Especial del Puerto. Ponemos en su conocimiento que, desde el comienzo del próximo curso, los alumnos y las alumnas de esta Escuela de educación especial no podrán trasladarse a la ciudad a no ser que vayan acompañados por algún miembro del profesorado o por algún pariente responsable. Esta medida de disciplina interna ha sido adoptada con el fin de evitar conflictos y enfrentamientos entre ambas comunidades. Al tratarse de una medida disciplinaria, no necesita ser ratificada por el Consejo de Padres de Alumnos para ser puesta en marcha. Firmado: La dirección’.

-¡Toma castaña! – se dijo doña Mercedes al leer la nota – Cada día vamos a mayor división entre el puerto y la ciudad. Esto complica todavía más lo de Kike y Merceditas.

7.2

□¿Quién es? -preguntó Teresa con agresividad. - ¿Puede hablar más alto, por favor? No entiendo nada... Ah, hola, ¿qué quieres?.... No sé dónde está esa cafetería.... No te preocupes. Iré en un taxi.... Estaré allí a las siete en punto... De todos modos, te reconoceré.

Teresa colgó el teléfono con la misma actitud de extrañeza que había presidido toda su enigmática conversación. El marido, a pesar de la atención puesta, no se había enterado de nada.

□¿Quién era?

□¡Tu primo José, el del gobierno! Me ha citado a las siete en una cafetería que se llama Manila.

□¿Qué quiere ahora?

-No lo sé. Ha dicho que no podía decírmelo por teléfono. Irá con gafas oscuras para no ser reconocido. No quiere que vayas tú. Debo ir yo sola.

□Seguro que ha realizado ya alguna gestión. Siempre te he dicho que era buen chico.

□De todos modos, se avergüenza de estar con nosotros.

7.3

Merceditas aprovechó la ausencia de su madre en casa para preparar una pequeña bolsa con la ropa que ella consideraba imprescindible para marcharse de casa. Sobre todo le preocupaban los zapatos. Metió tres pares. También tenía obsesión por no pasar frío en las orejas. Así que buscó las dos bufandas que tenía. Metió

una chaqueta de punto con muchos colores que le había hecho su madre la primavera anterior. Pensó que podía llover y buscó un impermeable transparente. No llegó a meterlo en la bolsa. Se dio cuenta de que pesaba demasiado. Para completar el equipaje necesario para su marcha definitiva de casa, incluyó cuatro pañuelos. Con esas prendas y el amor de Kike tendría bastante.

7.4

El disfraz que se había puesto el pariente del gobierno incluía muchas más cosas que las gafas oscuras. Llevaba un abrigo viejo y un sombrero de ala estrecha con cinta negra. Había llegado a la cafetería de la cita con bastante antelación. Estaba nervioso porque notaba que todos le miraban. Era imposible reconocerle, pero tampoco había otra manera de llamar la atención con más fuerza. En cuanto Teresa traspasó la puerta, se precipitó sobre ella, la cogió del brazo y la obligó a salir de nuevo a la calle.

—Nos pueden reconocer.

—No te van a reconocer. Pero tampoco tenemos que huir. No hemos cometido ningún crimen.

—Me estoy jugando, en este momento, mi puesto de trabajo, mi carrera y todo mi porvenir.

—No creo que sea para tanto.

—He venido para ayudarte. Se puede hacer muy poco por tu hijo.

—No ha cometido ningún delito. Le han implicado en...

—Escúchame bien. Tienes que conseguir que tu hijo haga una declaración por escrito en la que diga que no tiene nada que ver con la violencia y que está en contra de los métodos que emplean los terroristas.

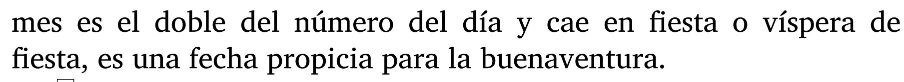
—¿Con eso le pondrán en libertad?

—Con ese documento, firmado claramente por él, podré hacer nuevas gestiones. Ya te digo que me lo estoy jugando todo por vosotros. Llámame cuando lo tengas.

Sin más despedida, se marchó tomando extraordinarias medidas para no ser identificado. Teresa se quedó con buen sabor de boca. Por primera vez, alguien le abría una puerta. Al día siguiente, sábado, tendría ya la respuesta de Toni. Iría a ver a su hijo en el primer barco. Tenía un motivo añadido a las ganas de verle.

7.5

Doña Mercedes, la voluminosa echadora de cartas, se revolvió con dificultad en su silla. Había descubierto que ese día podía ser una fecha de suerte propicia. En el calendario gregoriano, era el sábado, cinco de octubre: Según las cuentas del tiempo realizadas por el monje medieval Fernando del Arrabal, cuando el número del


mes es el doble del número del día y cae en fiesta o víspera de fiesta, es una fecha propicia para la buenaventura.

—Va a ser una oportunidad para arreglar el problema de Kike y Merceditas. –Pensó - Selo tendré que decir también a Teresa Aquende. Puede ser la ocasión para realizar alguna gestión sobre su hijo.

Miró hacia el cielo y haciendo un gesto de exigencia dijo en voz alta: ‘Gran jefe, cochino egoísta, aprovecha esta fecha para arreglar el futuro de mi hija’.

7.6

Kike se encerró con llave en su habitación con el fin de preparar la ropa que iba a llevar para escaparse con Merceditas. Dando muestra de su carácter ordenado, fue colocando las piezas encima de la cama. Sacó de su armario un surtido completo. Calcetines, calzoncillos, camisetas, camisas, pañuelos, jerseys y guantes. También colocó un gorro. Al lado de la cama, puso un par de zapatos y otro de botas. Buscó con cuidado la mochila que usaba en las excursiones con los compañeros de la escuela especial. No pudo colocarlo todo. Los zapatos se quedaron fuera. Después, escondió la mochila debajo de la cama. La empujó para que nadie la pudiera ver.

7.7

—¿Qué es lo que desea que preguntemos a los arcanos mayores del Tarot?

Doña Mercedes se había sorprendido de que la elegante dama rubia del pañuelo rojo se hubiera acercado hasta su librería exotérica para pedir le echara las cartas. También estaba sorprendida por las dudas que mostraba a la hora de concretar su deseo.

—Lo que deseo es saber si va a terminar en boda una relación que mantiene una persona muy allegada a mí.

—¿No puede concretar el grado de parentesco?

—Es un parentesco muy cercano. Preferiría no decir más.

—Acepto que no me diga más. Pero debe garantizarme que no es sobre Vd. misma.

—No es sobre mi… Es sobre un pariente muy cercano.

La echadora de cartas realizó con toda solemnidad el ritual. Se concentró con aparatosidad de movimientos y fue descubriendo las cartas en círculo por tratarse de una consulta sobre relaciones sentimentales. La última carta la colocó en el centro del círculo sin descubrirla. Volvió a concentrarse. Era la carta número diecisiete. La estrella.

—¡Perfecto! – exclamó doña Mercedes con gran alegría – Es la mejor carta que ha podido aparecer. Estoy segura de que su pariente tan cercano va a terminar su relación sentimental con una boda.

—¡Estupendo! Debe Vd. alegrarse conmigo.

—Yo siempre me alegro con la felicidad de mis clientes.

—En esta ocasión, más.

7.8

Merceditas estaba ya tiritando en medio del embarcadero central, desde el que salían los barcos hacia Isla Grande del Norte. Llevaba allí más de hora y media. Se había recorrido todo el muelle varias veces. Había salido para ver si llegaba Kike. Había visto salir dos barcos. Se había recostado junto a la pared para resguardarse del viento. Ya no sabía qué hacer con la bolsa de la ropa. Decidió mirar otra vez para comprobar si había algún signo de la llegada de su novio. No se veía a nadie. De todos modos, se quedaría allí esperando. Había decidido marcharse de casa y ella cumpliría lo acordado.

7.9

María Luisa, encerrada en su habitación, volvió a leer el mensaje recibido de Toni. Besó el teléfono móvil y comenzó a escribir la respuesta. ‘Queridísimo amor mío,..’ Se interrumpió de repente.

—¡No puede ser Toni! En la cárcel, no le pueden permitir tener el móvil. Alguien me está enviado mensajes por él.

Borró lo que había comenzado a escribir. Comenzó a analizar mentalmente quién podría estar escribiendo los mensajes en nombre de su novio. Los guardias de la cárcel quedaron muy pronto eliminados. Quien terminó como principal sospechosa fue Teresa.

—Seguiré el juego hasta descubrir quién es.

Comenzó a escribir un nuevo mensaje. No se mostró tan cariñosa. ´Lo siento, cari. Yo también t necesito. No puedo ir a vert. Control d mi madre imposible d superar. Cómo estás? Cuenta algo d la cárcel. M. L.’.

—Quien escriba los mensajes tendrá que inventarse algo sobre la vida en la cárcel.

7.10

—¿Doña Mercedes de Puentenuevo?... Soy Julia García, la madre de Enrique Grijalba… La llamo para decirle que su hija Merceditas está en el embarcadero central… Kike y ella querían escaparse de casa. Habían preparado la ropa y todo… Mi hijo está en aquí en casa. Le ha cogido su padre, cuando salía de casa con la mochila llena de ropa… No lo sé. No sé hasta dónde pretendían marcharse…

Me ha parecido que debería decírselo, por si desea ir a buscarla…. Mi hijo me ha dicho que habían quedado en verse en el embarcadero central para coger allí el barco… Yo supongo que irían hasta Isla Grande del Norte…. Sí. Ha sido un milagro. Si no llegamos a descubrir a mi hijo, ahora estaríamos lamentando una gran tragedia. Seguro que ya no hubiéramos podido encontrarlos nunca…. No tiene que agradecerme nada…. Sí. Sí. Vaya inmediatamente a ver si todavía la encuentra. Lo único que sé es que habían quedado en el embarcadero central… Una cosa le pido. No le diga a mi marido que la he llamado yo. Lo he hecho sin su permiso. Él me lo ha prohibido. Adiós… De nada. De nada.

7.11

—Tendré que ir yo sola. - pensó Teresa cuando leyó el mensaje. Sin embargo, no prestó ninguna atención a la petición tramposa que María Luisa le hacía sobre los detalles de la vida en la cárcel.

7.12

Doña Mercedes salió del taxi lo más deprisa que puso. La puerta se le hizo especialmente pequeña para sus dimensiones. Le dijo al taxista que esperara allí. Comenzó a correr hacia la zona en que atracaban los barcos de Isla Grande del Norte. Iba desconcertada. No veía a su hija. Miró en varias direcciones. Tampoco aparecía. Sus nervios aumentaron todavía más.

—¡Merceditas!

Se detuvo. Intentó calmarse. Su corazón latía con tanta fuerza que no la dejaba oír nada más. Volvió a acercarse a los barcos. Miró de nuevo en todas las direcciones. Tampoco había nadie allí para preguntar por ella. Tendría que dirigirse al puesto de vigilancia del puerto. Lo intentó otra vez sacando fuerzas de donde ya no las tenía.

—¡¡Merceditas!!

—¡Amá!

Vio cómo desde un edificio cercano alguien corría hacia ella. No había duda. Era su hija. Ella también corrió. Bueno. Intento mover sus gruesas piernas y todo su pesado cuerpo para encontrarla antes. El golpe que se dieron al encontrarse, casi tira al suelo a las dos. La madre intentó protegerla agarrándola con los dos brazos. Para ese momento, a las dos les habían saltado las lágrimas.

—¡Hija mía! Estás tiritando. Vamos corriendo al taxi.

Doña Mercedes cogió la bolsa con la ropa que llevaba su hija. Intentó seguirla en su carrera para meterse en el coche. Seguía moviendo todas sus carnes. Todavía se la escapaba alguna lágrima. Pero, a la vez, estaba sonriendo. Era feliz. Ni se le pasó por la

cabeza decir a su hija la menor la palabra de reproche.

7.13

—Antonio, llamo desde la cocina del restaurante en nombre de los trabajadores.

—¿Ha sucedido algo?

—Dijo que iba a venir para hablar del impago de los sueldos.

—No os preocupéis. Es posible que todo se arregle muy pronto.

—Algunos están muy enfadados.

—O esta noche o mañana por la mañana estoy ahí y lo arreglamos todo.

7.14

Al llegar a casa, mientras su madre cambiaba su ropa para que entrara en calor, Merceditas se puso muy triste. Tanto que doña Mercedes se vio obligada preguntar qué la pasaba.

—¡Voy a tidadme al mad pod las docas!

—¿Por qué dices otra vez esa tontería de tirarte al mar?

—No me quiede ni Kike.

—Eso no es cierto. Kike te quiere y mucho.

—Habíamos quedado en escapadnos. Él no ha ido.

—Lo ha descubierto su padre. No te preocupes. ¡Lo conseguiremos!

—No conseguidemos nada. ¡Ya no quiedo conseguid nada! – dijo Merceditas con mucha decisión - ¡No quiedo tabajad más! Lo dejo todo.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo no vas a trabajar más? Tenemos que trabajar hasta conseguirlo.

—¡No! ¡No! ¡No!

—Merceditas, escúchame. Hemos trabajado las dos desde que eras pequeña. Estamos a punto de conseguirlo. Vamos a ganar la batalla. No podemos dejarlo ahora.

—¡No luchadé más!

Merceditas salió dando un fuerte portazo. Estaba muy enfadada. Reaccionada con tristeza, con decepción y con rabia. Doña Mercedes tenía esos mismos sentimientos. Pero no podía exteriorizarlos. Se limpió las lágrimas y caminó, con la rapidez que le permitían sus abundantes carnes, para consolar a su hija.

7.15

—Señora, soy Mariano. Todo confirmado. Enrique Grijalba es hijo es de la Primera autoridad.

Nació hace veintiún años y medio. Me lo ha vuelto a confirmar Luis Callejuela, el secretario de la comisaría central de policía.

—Este Callejuela conoce muchos secretos – apostilló Eugenia de

los Ángeles – Eso le da mucho poder. ¿Has descubierto algo más?

—El que figura como su padre, Santiago Grijalba, era funcionario en aquella época. Le faltaban pocos años para jubilarse.

—Absoluto secreto sobre este tema. Envíame el dossier y no hagas ninguna copia. Hasta el martes, Mariano.

7.16

La puerta de la cárcel estaba cerrada. Tuvieron que esperar. Los policías uniformados obligaron a los parientes de los presos a entrar en fila, de uno en uno, con los documentos de identificación en la mano. Teresa se puso nerviosa. Temió que se había dejado en casa la tarjeta de identidad. Respiró al encontrarla en el bolso entre el paquete de tabaco, las pastillas, el papel y el bolígrafo.

Miró a los que esperaban con ella para ver los documentos que llevaban en la mano. Eran los mismos que ella tenía. No tendría ninguna dificultad. Tuvo la sensación de que el guardia uniformado la retuvo más tiempo que a los demás, mientras comprobaba sus documentos. Llegó a temer que no la dejaran pasar. No se atrevía ni a respirar.

—¿A quién va a visitar?

—A mi hijo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi hijo?

—¡Claro!

—Toni. Quiero decir Antonio Manzanal Aquende.

—Puede pasar. Espere en el pasillo de la derecha.

No entendió por qué a unos les mandaban al pasillo de la derecha y a otros a la izquierda. De todos modos, se sintió aliviada con la autorización del policía. Se colocó en la fila. Llegó a sonreír a las tres señoras, algo mayores que ella, que la precedían. En ese gesto, había mucho deseo de animarse mutuamente ante el trance de visitar a sus hijos o parientes encarcelados. Otro policía uniformado les advirtió que debían entrar de tres en tres. A Teresa le tocaba en el segundo turno. Entraron las primeras. Teresa se puso más nerviosa. No sabía qué hacer con las manos. Formaba grupo con una chica joven y un señor mayor. La chica también estaba muy nerviosa.

—Pase el turno siguiente.

Les trasladaron a una sala larga, mal iluminada, con ventanas pequeñas muy cerca del techo. Las tres primeras mesas ya estaban ocupadas. Les indicaron que se sentaran en las siguientes y esperaran. Eran mesas de madera, bastante destartaladas. Teresa se sentó y colocó las manos juntas.

7.17

—¡No puede pasar! - gritó el policía con sequedad.

—¿Por qué? -preguntó Sara con sorpresa, pero también con calma.

—No tengo que darle explicaciones. Retírese. Está impidiendo el paso.

7.18

Toni miró a su madre nada más entrar en la sala de visitas y sonrió tímidamente. Conforme se fue acercando, bajó la cabeza y llegó mirando al suelo. La madre dio un paso y le abrazó. No pudo contener las lágrimas. Todas las veces que había pensado en ese encuentro, se había comprometido a mantenerse serena, a consolar a su hijo. A la hora de la verdad, resultó al revés. Ella lloraba desconsoladamente, mientras su hijo, aunque emocionado por el encuentro, se hallaba sereno. Teresa se disculpó por no haber podido contener las lágrimas. Tuvo que sentarse por las órdenes del policía uniformado. Sacó el pañuelo para limpiarse los ojos. Después, tomó la mano de su hijo sobre la mesa y sonrió.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. No debes llorar por mí.

—¿Te han pegado? ¿Te han hecho daño?

Toni insistió repetidamente en que no debía estar triste por él. No era muy explícito en la descripción de la vida que estaba llevando en la cárcel. Consolaba a su madre, mientras ella intentaba convencerle de que todo iba a terminar muy pronto. Cuando ya se había serenado, Teresa se dispuso a preparar el documento que le había pedido el pariente de su marido. Se agachó para coger el bolso. No lo pudo hacer. Se acercó el policía uniformado.

—¿Qué va a hacer?

—Quiero sacar un papel y un bolígrafo.

El policía con gestos violentos le quitó el bolso y lo revisó. Tras comprobar que no había nada sospechoso, se lo devolvió bruscamente. Teresa, que se había quedado impresionada por la intervención del policía uniformado, sacó el papel y el bolígrafo. Le temblaba la mano.

—He traído este papel para que escribas una declaración.

—¿Qué declaración?

—José, el primo de tu padre que trabaja en el gobierno, me ha dicho que, si le presento una declaración tuya, puede hacer gestiones para que salgas inmediatamente.

—¿Qué tengo que poner en la declaración?

—Simplemente debes condenar la violencia y jurar que tú no has

tenido nada que ver en ningún atentado.

Toni bajó la cabeza. Teresa le acercó el papel. También le dio el bolígrafo para que comenzara a escribir. Le recomendó que hiciera buena letra. Era conveniente que se entendiera bien, para que le concedieran la libertad inmediatamente.

—¡No puedo hacer esa declaración!

—¿Qué has dicho?

El hijo había pronunciado su negativa en un tono muy bajo. Además tenía la cabeza agachada. Teresa no pudo oírlo bien. Pidió que se lo repitiera sin otra intención que saber lo que había dicho. Toni, en cambio, reaccionó con violencia.

—¡He dicho que no puedo hacer esa declaración!

—¿Por qué no? Con esa declaración, demostraremos que todo ha sido una equivocación.

—¡No ha sido una equivocación!

—¿Qué quieres decir?

—¡Creo que está claro!

—¿Perteneces a la organización terrorista?

—No te lo he dicho antes, porque... porque no lo ibas a entender.

—¡No lo puedo... ! - Teresa no podía terminar las frases - ¿Cómo has podido...? ¡Eres mi hijo!

—Es una manera de luchar por mi país. Por la Isla.

Teresa no podía creer lo que estaba oyendo. Era absolutamente imposible. Un hijo suyo, educado por ella y por su marido, no podía pertenecer al Ejército de liberación. Estaba tan sorprendida que se olvidó de hablar en voz baja para no ser oída. Afortunadamente el policía uniformado estaba, en ese momento, llamando la atención a otro de los visitantes.

—¿Lo dices de verdad?

—Sobre eso, no se puede mentir.

—¿Mataste tú al jefe de policía?

—¡Te he dicho todo lo que puedo decirte!

Teresa comprendió que no debía preguntar más. Tampoco tenía ganas. Quería llorar, pero no le salían las lágrimas. Volvió a agacharse. Recogió el bolso con precipitación y se levantó. Inmediatamente se acercó el policía uniformado.

—¿Qué va a hacer?

—¡Me voy!

—Todavía le quedan cinco minutos de visita.

—Es igual. Me voy.

7.19

Ana estaba muy enfadada desde que se enteró de que habían

impedido la entrada a su madre. Ella tenía un pase como abogada y no debía hacer cola con los que iban a visitar a sus parientes. Se presentó ante el policía de la entrada.

—¿Por qué no ha dejado entrar a mi madre? Traía todos los documentos.

—¿Quién es Vd.?

—Soy abogada.

—Aunque no tengo obligación de informarla, como muestra de buena voluntad, le diré que tengo aquí una nota para que se prohíba la entrada a quienes deseen visitar a Samuel de Casavieja. Yo no hago más que cumplir órdenes.

—¿Quién firma esa nota?

—El comisario jefe.

Ana se fue más enfadada de lo que había venido. Le irritó todavía más que existiera una nota expresa para prohibir las visitas a su hermano. Todavía era motivo mayor de enojo que esa nota estuviera firmada por el comisario jefe.

—Se le va a caer el pelo a éste imbécil de comisario. ¡Fascista de mierda!

7.20

Sin volver la cabeza, Teresa se dirigió a la puerta de salida. No se despidió de su hijo. No le dirigió ni una mirada más. Antes de salir, oyó al policía uniformado ordenar a Toni que regresara a su celda. Tampoco se volvió para verle partir. Llegó a la puerta. La abrió y salió al patio de entrada de la cárcel. Siguió andando. No se enteraba muy bien del camino que iba recorriendo. Un recuerdo de su hijo le martilleaba la cabeza. No era una imagen sino una frase, un grito. '¡No te metas en mis cosas!'. Los carceleros abrían las puertas. Ella las cruzaba. Sin darse cuenta, se encontró en el vestíbulo. Llegó mareada. Le daba vueltas la cabeza. El grito de su hijo continuaba sonando dentro. Le vinieron también las imágenes. Estaba Teresa en la habitación de Toni. Se hallaba ordenando su mesa. Tenía, en la mano, unos papeles que no eran de clase. Su hijo se lanzó sobre ella y se los quitó. Entonces fue cuando gritó '¡No te metas en mis cosas!'. Tuvo que apoyarse en la pared del vestíbulo. Le vinieron a la garganta unas nauseas muy fuertes. Se puso el pañuelo en la boca para contenerse. Tuvo que acercarse a una papelera. No pudo llegar más lejos. Se agachó como pudo y devolvió entre arcadas.

—¡No merece la pena vivir con esta vergüenza!

Se puso las gafas oscuras. Se subió las solapas. Cogió el bolso. Buscó el frasco. Sacó cuatro, cinco, quizá doce, pastillas. Se ocultó

como pudo y salió tambaleándose.

Ocho: Decisión

8.1

—¡Merceditas!

Era la tercera vez que doña Mercedes llamaba a su hija y no obtenía ninguna respuesta. Fue hasta su habitación. Golpeó con los nudillos. Tampoco contestó nadie, aunque ella sabía que su hija estaba dentro.

—¿Por qué no me has contestado? ¿No me has oído llamarte tres veces?

Merceditas estaba tumbada en la cama mirando a la pared. Ni contestó ni se volvió para ver a su madre. Doña Mercedes avanzó hacia ella. Se quedó observando. La hija no se movió.

—¿Te pasa algo? – Tampoco hubo respuesta – No me tengas con esta preocupación. ¡Contéstame! ¿Te pasa algo o no?

—¡Me pasan muchas cosas! – gritó Merceditas sin cambiar de postura.

—Estoy dispuesta a escucharte todas. – afirmó la madre, mientras se sentaba en la silla donde su hija colocaba la ropa, siempre que no la tiraba al suelo directamente.

—¡No quiedo decid nada! No confío en nadie.

—¿Qué te he hecho yo? Estoy siempre de tu parte. Te apoyo en todo.

—Todos estáis en conta. Sólo Kike me apoya.

—No digas tonterías. Yo te he ayudado y te ayudaré en todo. Quiero que consigas todo lo que desees.

—¡Sólo Kike me apoya! Nadie más. Solos conseguiremos lo que quedemos.

—Vosotros solos no podéis conseguir lo que queréis. Yo os ayudaré. Tenéis mi ayuda incondicional.

—¡No quedemos la ayuda de nadie!

8.2

Cuando se despertó en el hospital, Teresa quedó desconcertada. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Dentro de la cabeza, le martilleaba un grito. '¡Te he dicho que no te metas en mis cosas!'. Intentó desecharlo. Miró en todas las direcciones para encontrar alguna referencia que le permitiera explicarse su estancia en esa habitación. No halló ninguna. Volvió a cerrar los ojos, intentando encontrar dentro la explicación. No tardó en entrar una enfermera. Lo hizo con la prisa habitual. Dejó que la puerta se cerrara sola y se

acercó hasta la cama para colocar el termómetro. Teresa, al oír los pasos, abrió los ojos.

—¡Por fin, se ha despertado! ¿Cómo se encuentra?

—¿Qué me ha pasado?

—Vd. lo sabrá mejor yo.

—¿Por qué estoy aquí?

—¡Pastillas! Se tomó casi dos frascos enteros. Le han hecho un lavado de estómago.

—¿He estado muy grave?

—La cogieron a tiempo. Vuelvo en un momento, para recoger el termómetro.

8.3

—¡Da otra vuelta! No nos tiene que ver nadie.

Rafaela empujaba la silla de ruedas de su marido. Habían dado ya tres vueltas a la manzana de casas en la que estaba situado El Gran Restaurante del Arroz. Pedro llevaba apoyado en sus rodillas un cartel con letras grandes escritas a mano. Quería pegarlo en la pared junto a la puerta. Pero deseaban que no hubiera ningún testigo de su acción. Tuvieron que dar otras dos vueltas más. Al fin, lograron dejar pegado el cartel. Lo colocó Pedro desde la silla, a baja altura, mientras su mujer le ocultaba. Después, desaparecieron a toda la velocidad que les fue posible. El cartel decía.: Hijos de puta. Asesinos. Terroristas.

8.4

—¿Puede decirme quién me trajo? - preguntó Teresa, cuando volvió la enfermera a retirar el termómetro de su axila.

-Eso lo sabrán en urgencias. Aquí, en planta, sólo sabemos que le han hecho un lavado de estómago. Teníamos el encargo de que, en cuanto se despertara, le tomáramos la temperatura. No esté preocupada. Sólo tiene dos décimas de fiebre. Seguramente la tendrán poco tiempo aquí.

La enfermera se comportaba correctamente, de un modo profesional, sin manifestar afecto o desafecto. Mientras hacía esos comentarios, ya había llegado hasta la puerta y estaba a punto de salir.

—¿Sabe si ha venido alguien a visitarme? - insistió Teresa.

—Hemos avisado a su marido. Vendrá dentro de poco. No se preocupe.

Antes de que saliera la enfermera, entró un médico. Se acercó también por el lado derecho de la cama dejando la ventana a sus espaldas.

—¿Cómo está?

—Un poco cansada.

—Le hemos practicado una desintoxicación. Afortunadamente, lo hemos cogido a tiempo y no le va a quedar ninguna secuela. Se lo puede agradecer a los que le trajeron con tanta diligencia.

—¿Sabe Vd. quiénes fueron?

—Los nombres estarán en el parte de entrada.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho por mí.

—Es mi obligación, señora. Yo no puedo meterme en su vida ni en sus problemas. Pero debo advertirle que, lo que ha hecho, es una gran irresponsabilidad.

Teresa, que hasta ese momento había estado mirándole, volvió la cabeza. Sería difícil saber cuál era su principal sentimiento. Estaba todavía muy aturdida para tener clara su mente. El doctor lo entendió como un reproche.

—He dado orden a la enfermera para que, cuando venga su marido, se pueda ir a casa con él.

8.5

Cuando Merceditas notó que su madre había abandonado la librería exotérica, salió de su habitación. Escuchó con cuidado. No oyó ningún ruido. Bajó con precaución. Se acercó al mostrador. Llegó hasta la caja registradora. Sabía que doña Mercedes guardaba los billetes, debajo de la clasificadora de las monedas, con el fin de dar las vueltas a los clientes con más facilidad. Cogió tres billetes grandes y dos pequeños. Los guardó con cuidado en el bolsillo. Volvió a colocar la contenedora de monedas y cerró la caja registradora.

8.6

Luis Callejuela esperó, como era su costumbre, a que el teléfono sonara tres veces. Colocó el auricular en el oído, mientas mantenía los ojos en el texto que estaba leyendo.

—Comisaría central. Dígame.

—Di al comisario de mierda que es un hijo de puta, un torturador y un asesino. Pero las va a pagar muy pronto todas juntas.

El secretario de la comisaría central, acostumbrado ya a este tipo de llamadas, mantenía la táctica de esperar a que terminara la comunicación sin decir nada. Escuchaba todos los detalles por si podía percibir algún dato que le permitiera descubrir al autor de las amenazas. En esta ocasión, el interlocutor anónimo colgó el teléfono inmediatamente.

8.7

La entrada de su marido en la habitación del hospital produjo un sobresalto a Teresa. Hizo mucho más ruido del que hacían la

enfermera de la prisa y el doctor de los consejos. Al abrir los ojos, quedó sorprendida. Antonio había venido casi tan disfrazado como su pariente el día de la cita en la cafetería Manila. Si no hubiera esperado su visita, habría gritado ante la entrada de un desconocido.

—Tenemos que irnos sin que nadie nos vea.

—¿Por qué te has vestido así?

—Ya teníamos bastante con la detención de tu hijo, para aumentarlo ahora con tu intento de suicidio.

—Con esa pinta, das tú más escándalo.

—Te he traído este abrigo para que no te reconozcan. He dejado el coche en la parte de atrás. Así podremos salir sin testigos.

El marido, sin atender a su esposa, se dirigió a la ventana. Moviendo un poco la cortina, vigiló los movimientos de fuera. Teresa intentó levantarse, pero no llegó a incorporarse.

—Estoy muy débil.

—No es momento de quejarse. ¡Y menos, después de lo que has hecho!

—¿Puedes llamar a la enfermera?

—Cuanto menos gente nos vea irnos, mejor.

—No digas bobadas. La enfermera ya sabe que me han dado el alta.

En lugar de contestar, Antonio dejó su vigilancia en la ventana. Se acercó a la cama para ayudar a su esposa. Separó las sábanas sin ningún pudor y arrastró el cuerpo de Teresa a pesar de sus quejas. El abrigo que había traído tenía, por lo menos, dos décadas. Estaba pasado de moda. Le quedaba estrecho y las hombreras la oprimían. La precipitación con que Antonio la obligaba a vestirse, hizo todavía más incómoda la operación. Antes de abandonar la habitación, Antonio se asomó al pasillo. No salieron hasta que no estuvo el camino despejado. Teresa pensaba que eran unas medidas exageradas, pero su marido no dejó de arrastrarla hasta meterla en el coche. Para evitar ser reconocidos, condujo por calles poco habituales. Aparcó detrás del edificio de su vivienda. Al salir del coche, se subieron las solapas y caminaron sin mirar a ningún lado hasta llegar a la puerta. Entraron casi corriendo. sin detenerse hasta entrar en su vivienda.

—¡Por fin! - exclamó Antonio en el salón mientras se dejaba caer en el sofá.

—Eres un exagerado. Además a destiempo.

—¡Deja ya de protestar! ¿Se puede saber por qué has montado todo este escándalo? ¿Es que querías llamar todavía más la

atención?

—¡Quería morirme!

—No es el mejor momento para morirse. Ya te llegará la hora.

—¡No me grites, por favor!

8.8

—Quiedo esos anillos del escapadate.

Merceditas había mirado muchas veces en el escaparate de la joyería dos calles más arriba de su casa. Había elegido con total exactitud los dos anillos de compromiso que estaban expuestos en la última bandeja de la derecha. Eran sencillos pero elegantes.

—¿Puedes hablar mejor? – dijo el dependiente de la joyería con desprecio – No se te entiende nada.

La joven se puso colorada y los nervios se apoderaron de ella. No le salían las palabras. Incluso se puso a temblar ante la despectiva actitud del dependiente, que ya tenía bastante edad.

—¿Sabes lo que quieres o no sabes lo que quieres? – volvió a insistir con un tono todavía más agresivo.

—Quiedo los anillos de compomiso del escapadate.

—En el escaparate, hay muchos anillos de compromiso. ¿Sabes cuáles quieres?

—¡Esos! – dijo Merceditas señalándolos con el dedo, mientras trataba de dominar sus nervios.

—¿Ya tienes el dinero suficiente?

—Tengo el dinedo pepadado.

El dependiente no tuvo más remedio que dirigirse al escaparate y coger los anillos de compromiso que le había señalado Merceditas. Lo hizo con displicencia. Volvió a preguntarla si eran esos los que deseaba, recalcando su desconfianza. Se los envolvió sin cuidado y puso el paquete en el mostrador. La joven traía el dinero exacto preparado. Lo puso también en el mostrador e intentó coger el paquete de los anillos.

—¡Te faltan veinte! – gritó el dependiente dando un golpe a la mano de la joven para que no cogiera el paquete.

—No falta nada. – dijo Merceditas con temor, mientras las lágrimas le llegaban a los ojos.

—Dinedo exacto.

—¡He dicho que te faltan veinte!

—Mide. Pone ciento cincuenta.

—Tienes que darme veinte más.

—No tengo más. He pepadado el dinedo justo.

—Toma, tonta de mierda.

Merceditas cogió el paquete y salió casi corriendo de la joyería

por el temor que le había producido el dependiente. Al llegar a la calle, se puso a llorar con sollozos sonoros, para descargar toda la tensión acumulada.

8.9

Eugenia de los Ángeles estuvo un rato dudando con qué tono debía hablar con su hijo. El servicio de seguridad le había presentado nuevos informes sobres sus juergas nocturnas y sobre las agresiones a jóvenes discapacitadas. No le había dicho nada a su marido de este caso concreto. Pero él se había mostrado siempre partidario de que volviera a casa y se le sometiera a un control muy severo. No era la primera vez que tenía que defender al hijo ante su padre.

—Juanlu.

—Hola, mamá.

—¿No es hora de estar en clase?

—Estoy enfermo. Tengo fiebre.

—¡Ya será que anoche estuviste de juerga!

—Te lo juro, mamá. Es verdad que tengo fiebre.

—Me han vuelto a informar de que anoche o mejor esta madrugada has tenido problemas en otra sala de fiestas.

—Estoy harto de que me estéis espiando constantemente.

—¡Me han llamado la atención desde la policía!

—Eso es porque les molesta que hayas contratado a la vigilancia privada.

—Juanlu, sabes que me cuesta mucho decírtelo. Pero así no puedes seguir.

—Lo que tienes que hacer es confiar en mí.

—¿Cómo puedes ir con esa gente? Estás todas las noches en los barrios más bajos con navajeros y con mujeres baratas de mala vida. Y lo de las chicas discapacitadas. ¡Eso es una vergüenza!

—Estoy con mis amigos, mamá.

—Tu padre ha ordenado que vengas a Isla Pequeña y te pongas a trabajar con él.

—Tú sabes que nunca me ha querido.

—¡No digas eso de tu padre!

—Sabes que es la verdad.

—¿Vas a cambiar o no?

—Te propongo un trato. Yo me comprometo a que no haya más denuncias. Y tú le convences al viejo.

—Ni una sola denuncia más. Lo de las chicas discapacitadas me parece lo más grave.

—De acuerdo.

8.10

□¿Ana de Casavieja? – preguntó por teléfono una voz ronca premeditadamente distorsionada.

□Sí. ¿Quién es Vd?

□Eres una hija de puta terrorista. Tienes los días contados. Os vamos a hacer lo mismo que hacéis vosotros. Por cada uno que matéis, nosotros mataremos a dos. Se ha terminado tu impunidad, hija de…

La joven abogada cortó la comunicación para no seguir escuchando las amenazadas de una voz que era imposible de identificar. Intentó comprobar en su móvil el número desde el que había recibido la llamada, pero no había sido registrado. Pensó que habría sido obra de un profesional.

8.11

□El jueves no puedo id a cenad. – contestó Kike a la propuesta que le acababa de hacer Merceditas – El viednes mejod. Mi pade llega tadde.

□Entonces, el viednes. – afirmó la joven con satisfacción – Vamos a cenad ponto.

□¿A qué hoda?

□El Mesón de Pescados aben a las ocho. Vamos a las ocho.

□Ocho y media mejod pod la distancia desde mi casa. - puntualizó

□De acuedo. Ponte elegante. Es un momento impodtante.

□A las diez, de vuelta a casa. Antes que mi pade.

□A las ocho y media puntual en el Mesón de Pescados.

□Estadé puntual. Ninguna duda.

8.12

□¡María Luisa, no puedes seguir así!

□No comeré ni beberé, hasta que me dejes ir a ver a la madre de Toni.

□¡Estás loca! Llevas ya tres días sin probar nada.

□La culpa es tuya. Si no cedes, estaré así hasta que me muera.

□¿No te das cuenta de que es un terrorista? Uno de los que secuestraron a tu padre.

□¡Eso no puede ser verdad! Toni no ha podido hacer nada malo.

□Te doy un día para recapacitar. Si no comes voluntariamente, te internaré en un centro para que te alimenten artificialmente.

8.13

□Quiedo de pimedo, ensalada mixta de pescados fíos. Después, anchoas fitas con salsa de alcachofas y devuelto.

□Las anchoas las acompañamos de dos pimientos verdes

pequeños.

□¿Pican? –preguntó Merceditas adoptando una actitud de entendida en gastronomía.

□Pican muy poco. –contestó la camarera.

□Entonces, bien.

□Yo quiedo lo mismo. – se adelantó a decir Kike.

□No vale pedid mismo. – le reprendió la joven.

□La ensalada sí la misma. – insistió él – De segundo, todtilla de anchoas.

□¿Quieres también pimientos verdes pequeños?

□Bien.

□¿Para beber? - preguntó la camarera.

□Coca Cola.

Los dos jóvenes se habían puesto elegantes para asistir a esa cena que para ellos, tenía un significado muy especial. Kike se había puesto corbata. Pero la llevaba tan torcida que se la tuvo que colocar Merceditas. Ella se había pintado los labios. Al encontrarse a las ocho y media frente a la puerta del Mesón del pescado en la zona cercana al puerto, el joven la había dicho a su compañera: 'Me gustas. Estas muy guapa'. 'Tú también estás guapo', había contestado ella.

8.14

Antonio aprovechó que era hora de que estuviera cerrado, para acercarse al restaurante. Todavía no había decidido qué hacer con los empleados. La asistencia de clientes se iba normalizando. Por lo tanto, estaba dispuesto a armarse de valor y llegar a un acuerdo con ellos. Quizá esta visita en solitario, le animaría. Como era su costumbre, llegó por la acera de enfrente para poder contemplar toda la fachada. ¡Vio el cartel! En un principio, no pudo leer el contenido. Pero le dio un sobresalto al corazón. Ya en medio de la calle, mientras cruzaba, logró leer los tres insultos. Se lanzó a arrancarlo. Inicialmente, tuvo la idea de llevarlo a casa para enseñárselo a su mujer. Prefirió arrugarlo y tirarlo en la primera papelera pública. Tras ese percance, ya no entró en el restaurante.

8.15

Antes de que comenzaran a servirles, en el Mesón de los Pescados, Merceditas sacó de su bolso los anillos que había comprado. Los había envuelto por separado y con un papel muy llamativo. Primero, sacó el de Kike. Le tomó la mano con cariño y le colocó su anillo en el dedo correspondiente. Tuvo alguna dificultad porque era un poco estrecho, pero terminó encajando.

□Este anillo depesenta nuesto compomiso. –afirmó Merceditas

mirando a los ojos a su novio – Nadie nos deja quedednos. Nosotros solos conseguidemos casadnos.

—¡Te quiedo mucho mucho! – contestó el joven.

A Kike se le habían saltado las lágrimas. La emoción le impedía hablar con la escasa claridad de la que era capaz. Se levantó y besó suavemente en la boca a su novia. A ella, también se le humedecieron los ojos. Volvió a coger su bolso para sacar su anillo. Lo colocó sobre la mesa antes de entregárselo a su compañero. No le dio tiempo a hacerlo.

8.16

Cuando Teresa se quedó sola en casa, tomó una decisión importante. Apoyada en la puerta, volvió a recurrir al recuerdo de las lágrimas de su hijo, cuando de pequeño le pedía ayuda. Le dio fuerzas para concretar su propósito. Lo repitió en voz alta para hacérselo más claro a sí misma.

—¡Toni, te sacaré de la cárcel! Eres mi hijo. No me importa lo que hayas hecho. Esa será la misión de mi vida. ¡Te salvaré!

8.17

—Mesón de los pescados, dígame.

—Cabrones, hijos de puta. Hemos colocado una bomba en la parte de atrás del edificio. Tenéis cinco minutos para desalojar.

—Eso es una broma de mal gusto. Está el comedor completamente lleno.

—Cabronazo, haz que salgan todos. Dentro de cinco minutos, va a hacer explosión.

8.18

—¡He tomado una decisión! – dijo Teresa a su marido, en cuanto éste llegó a casa.

—A mí, no me vuelvas a mezclar en nuevos líos. La situación ya está bastante complicada.

—¡He tomado la decisión de sacar a Toni de la cárcel!

—También habías tomado la decisión de demostrar que todo había sido un error.

—¡Le sacaré de la cárcel pese a quien pese! No me importa lo que haya hecho ni haya dejado de hacer. Es mi hijo y le voy a sacar de la cárcel.

—¿Cómo lo vas a conseguir?

—¿Quién es el mejor abogado de Isla Pequeña?

—Los abogados importantes no se meten en estos casos. El terrorismo mancha las manos y no produce ningún beneficio.

—Buscaremos al mejor abogado y le daremos el dinero que nos pida para que saque a Toni de la cárcel.

—¡Yo no entro en esa operación! - dijo el marido con contundencia.

—¿Te niegas a pagar un abogado para salvar a tu hijo?

—Me niego a meterme en esa locura absurda.

—¡Lo haré yo! ¿Cómo se llama ese abogado famoso que estudió contigo? Siempre has presumido de ser su compañero.

—No sé a quién te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Has dicho muchas veces que ahora tiene el mejor bufete de abogados de toda la isla.

—Vas a cometer una tontería todavía más gorda que la anterior.

—¿Cómo se llama?

Cuando hizo esa pregunta, Teresa tenía ya la lista de teléfonos en la mano. Estaba buscando las gafas de leer. Su marido se quedó mirándola sin hablar hasta que se sentó.

—¿Vas a llamarle por teléfono?

—Voy a buscar su dirección. Después, me arreglaré e iré a visitarle personalmente.

—Se llama Ruiz de la Peña. Álvaro Ruiz de la Peña. Pero se dedica al derecho mercantil. Eso es lo que da dinero. Gana los pleitos de las grandes empresas y se queda con un tanto por ciento. No va a aceptar el caso de Toni.

—¡Eso ya lo veremos!

8.19

David de Casavieja, en el Mesón de los pescados, se quedó un momento con el teléfono en la mano sin saber qué hacer tras el enuncio de la bomba. En otras ocasiones, habían tenido lugar falsas llamadas. Era una campaña para atacarles y quizá también para reducir la clientela con intimidaciones, a la vez que les causaban fuertes pérdidas económicas. Tuvo la tentación de no hacer caso a la llamada y seguir con el trabajo de servir las cenas. Pero rectifico. Se dirigió al comedor y se subió en una silla para pedir silencio.

—¡Atención todos! Acaba de haber un aviso de bomba. Han dicho que hará explosión antes de cinco minutos. Con toda normalidad, vamos a salir todos. Nos vamos a colocar en la otra acera, a una distancia prudencial. Vamos a esperar. Después, volvemos, si es que no ha hecho explosión. Por favor, vamos a salir todos con orden y con calma. Lo que quieren es provocarnos.

Mayoría de los clientes se levantaron, cogieron lo imprescindible y salieron corriendo entre gran nerviosismo. Entre los que se pusieron más nerviosos, estaban Merceditas y Kike. Se levantaron con precipitación. Tiraron los dos vasos. Se tropezaron. A ella se le

cayó el bolso. Al agacharse a recogerlo, arrastró el mantel llevándose todo lo que había encima de la mesa. Kike le dio la mano para salir pronto y no se detuvieron a recoger lo que se había caído.

8.20

Teresa se puso las ropas más caras que poseía. Destacaba el llamativo abrigo de pieles. No hacía suficiente frío para llevarlo. Pero no trataba de resguardarse del mal tiempo. Deseaba causar impresión de riqueza. Quería producir, en el famoso abogado, la sensación de encontrarse ante una mujer de dinero. Su marido, al verla, no tuvo la misma impresión.

—No creas que le vas a impresionar con un abrigo de pieles. Sabe lo que ganamos. Tiene acceso a los datos de hacienda de todos los contribuyentes.

—Tú no quieres que vaya.

—Lo que quiero es que no te metas en otro lío del que yo también voy a salir perjudicado. Además...

—Además, ¿qué?

—Nos va costar mucho dinero.

—Tendrás que conseguirlo. Nuestro hijo vale más que todo el dinero que tenemos y que podamos conseguir. ¡Hasta luego!

No estaba dispuesta a tener otra discusión con su marido. Se despidió sin darle opción a réplica. Reforzó el sonido de sus zapatos nuevos y brillantes. Los golpes rítmicos de los tacones de media altura le aseguraban su distinción, mientras se colocaba los guantes.

8.21

Los que habían abandonado el Mesón de los pescados’, tras el aviso de bomba, esperaron hasta veinte minutos, mucho más de lo que había dicho el comunicante anónimo. También, esperaron a que llegara la policía con el fin de realizar una inspección para detectar la posible existencia de la bomba anunciada. Los policías, que fueron recibidos con insultos y silbidos, realizaron su labor con parsimonia. El resultado fue negativo. Los clientes volvieron a entrar, mientras insultaban de nuevo a los policías. Merceditas y Kike había estado abrazados, temblando, todo el tiempo. Se dieron la mano para volver a entrar.

—¡Mi anillo! Lo había dejado en el mantel. – gritó la joven, a la vez que echó a correr hacia el lugar donde habían estado sentados.

8.22

Por supuesto, Teresa llegó en taxi hasta el edificio donde estaba el despacho del abogado Ruiz de la Peña. Incluso dejó pasar un par de vehículos de alquiler, porque le parecieron poco elegantes.

Seguramente no habría nadie recibiendo en el portal a los clientes, pero era preciso cuidar hasta los detalles más nimios. En cualquiera de ellos, podía apoyarse el éxito de esta gestión. Se miró al espejo de bolsillo, antes de llamar al timbre. Contempló con atención la placa en la que se anunciaba el prestigioso bufete del abogado Álvaro Ruiz de la Peña. Le disgustó el sonido del contestador automático de la puerta. Unos abogados con clase debían tener a una persona para recibir a los clientes. Empujó la puerta con ademanes de señora rica, después de haberse quitado el guante de la mano derecha. Se encontró en un pequeño hall con un mostrador de recepción. Tras él, estaba una señorita joven, muy pintada, vestida de modo llamativo, peinada de forma muy moderna y adornada con gafas para adquirir un falso aire intelectual.

—Bienvenida. ¿Qué desea, por favor?

—Buenas tardes.

Teresa puso un especial énfasis en el saludo. Utilizó un ligero tono de reproche como si no hubiera sido recibida de la forma a la que estaba acostumbrada. La señorita, cuyo vestido insinuaba sus redondas formas corporales, contestó sin darse por aludida.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Deseo hablar con el señor Álvaro Ruiz de la Peña.

—¿Tiene cita para esta hora?

—Soy esposa de un compañero suyo de estudios.

—De todos modos, es preciso tener una cita previa. El señor Ruiz de la Peña está siempre muy ocupado.

Utilizó el recurso de su marido como compañero de estudios sin haberlo preparado previamente. Pensó, de repente, que podía servir para romper el protocolo de la cita previa. No se le ocurría ningún otro truco. Hizo una mueca de sonrisa. Se recompuso el abrigo para que la recepcionista se fijara en él.

—Se trata de un asunto urgente.

—Si el asunto es urgente y su marido es un compañero del señor Ruiz de la Peña, lo mejor es que me deje su número de teléfono. Yo le comunicaré el momento en que puede atenderla, sin necesidad de que espere.

—Muchas gracias. Insístale en que es un asunto urgente.

—¿Puede indicarme el motivo, para que yo se lo pueda adelantar?

—Es una cuestión muy privada.

Teresa empleó el mismo tono de reproche que al principio. Era una excusa para no exponer el complicado asunto de su hijo. Pensó que una mujer aristocrática no debía comentar sus problemas con

una recepcionista llamativa y miope.

8.23

Merceditas y Kike estuvieron mucho tiempo buscando el anillo perdido. Sin duda, se había caído al arrastrar el mantel con todo lo que había encima. Les ayudaron varios clientes del mesón y también las camareras. Miraron por todos los sitios. Barrieron. Inspeccionaron entre lo recogido. Fue inútil. La joven se fue llorando desconsolada. El amigo, en otras ocasiones más apagado, se hizo el fuerte para consolarla.

—¡Me cago en el enfentamiento ente el puedto y la ciudad!

8.24

'Toni o quien seas x q no contestas a mis emails? Estoy desesperada. M L.'

8.25

—Han llamado por teléfono del despacho de Ruiz de la Peña. - informó Antonio a su esposa, en cuanto llegó a casa.

—¿Cuándo puedo ir?

—Te dije que te ibas a meter en un lío.

—¿Te ha dado la hora para que vaya a visitarle?

—Ahora no tenemos dinero para pagarle.

—Te he preguntado si te ha dado hora.

—Tienes cita para mañana a las once y media.

—Es lo único que deseaba saber.

No dejó que su marido le diera más opiniones. Se dirigió a su habitación. Llevaba ya el abrigo en la mano. No hacía frío para llevar pieles, pero había cumplido su misión de impresionar aunque sólo hubiera sido a una recepcionista muy pintada.

8.26

—¿De dónde vienes? – preguntó doña Mercedes a su hija con severidad.

—¡No te impodta! – respondió la hija, mientras seguía caminando hacia su habitación.

—¡Merceditas, contéstame cuando te hablo!

—He contestado. No te impodta a ti.

—Me importa mucho. ¡Merceditas, ven aquí!

Tuvo que ser la madre la que fuera hasta la habitación siguiendo a la hija, ya que ésta no se detuvo para atender los requerimientos de su madre. Se puso frente a ella, aparentando más
enfado del que realmente tenía.

—Quiero que me digas la verdad.

—No quiedo hablad. Estoy muy mal.

—¿Por qué me has robado dinero?

□Necesitaba ese dinedo. ¡Estoy muy mal!

Para ese momento, Merceditas estaba ya llorando con sollozos muy fuertes. Su madre dejó de aparentar su enfado. La abrazó y comenzaron a llorar juntas.

8.27

□¿Dónde has estado hasta ahora? – preguntó la madre de Kike, que abrió la puerta nada más oír los primeros ruidos.

□De una deunión con los compañedos de la escuela. – contestó el joven sin mirar a los ojos.

□¡No me digas mentiras ridículas! A estas horas no hay ninguna reunión en la escuela.

□¿Está padre?

□Has tenido suerte de que no haya llegado todavía. Métete en la cama deprisa, antes de que llegue.

La madre le ayudó a colgar la ropa para que tardara menos en acostarse. Apagó la luz y cerró la puerta de la habitación de Kike, mientras respiraba con tranquilidad, porque su marido no hubiera descubierto esta nueva desobediencia de su hijo adoptado.

Nueve: Sangre

9.1

Doña Mercedes se enfadó muchísimo por el resultado de las cartas del tarot la mañana del último miércoles de octubre. Había utilizado el método recomendado Josefino Pelandan. Era una tirada en forma de cruz. En ella, la síntesis aparecía en el arcano que salía en quinto lugar, tras sumar las cifras de los cuatro primeros. Habían salido unos números muy bajos. Entre todos, sumaban trece. ¡La muerte! Miró, de nuevo, hacia el cielo con cara de reproche.

—¡Egoísta cabrón! Como sigas así, voy a romper los arcanos negativos para que no puedas anunciar tan malos augurios.

9.2

Teresa se dirigió al armario. Lo abrió totalmente. Se colocó a distancia para tener una visión de todos sus vestidos. La estrategia para la primera visita al abogado debía ser diferente. Iría sencilla, aunque elegante, en la ropa. Debía insistir en las joyas. Separó el traje de chaqueta color marrón claro. Todas sus amigas coincidían en que era el que mejor le sentaba. Con él, parecía más esbelta. En el espejo, comprobó que efectivamente ese traje le sentaba bien. Se gustó a sí misma. Quedaba la operación más importante, elegir las joyas. No tenía muchas. Su marido nunca había tenido la delicadeza de regalárselas. Tuvo dudas sobre cuántas ponerse. Nunca le había gustado ir sobrecargada de brillantes. No era signo de elegancia. Sin embargo, el propósito era causar impresión de mujer rica, no de mujer elegante. Se puso dos collares. En cada muñeca, se colocó tres pulseras. El remate de la ornamentación fue el bolso. Tenía uno grande, bastante ostentoso. No le gustaba llevarlo porque era molesto. Se sacrificaría.

9.3

El primer retraso del director del 'Diario de la isla' se produjo a las nueve de la mañana. Era la hora de celebrar la reunión de contenidos. Se realizaba todos los días con absoluta puntualidad. Ignacio Casado, el director, asistía siempre que estaba en la ciudad. Aseguraba que era el momento más importante para la elaboración del periódico. En esa reunión, se decidían las noticias que se iban a destacar y los argumentos ideológicos que se defenderían en las notas editoriales. Como a las nueve no había llegado el director y su secretaria no tenía ninguna noticia sobre los motivos de su retraso, se decidió aplazar unos minutos el comienzo de la reunión. Se

podría atribuir la tardanza a los problemas de tráfico. O quizá alguna gestión inesperada se había prorrogado más de lo previsto.

A las nueve y media, se realizó la reunión. La presidió el subdirector de información, Arturo Fernández. Cada jefe de sección expuso las previsiones informativas. Se determinaron las noticias más destacadas y también los temas sobre los que se opinaría en las notas editoriales. De todos modos, las decisiones se consideraban provisionales hasta ser ratificadas por el director, en cuanto llegara al periódico.

9.4

—¡Cometes un grave error! - dijo Antonio cuando vio a su mujer preparada para ir a visitar al abogado.

—Eso ya me lo has dicho. - respondió Teresa sin prestarle atención - ¿Crees que le impresionaré?

—Lo único que le importa es el dinero que nos va a sacar.

9.5

—¿Puedo hablar con don Ignacio Casado? Soy su secretaria aquí en el periódico.

—El señor salió hace ya mucho tiempo. - contestó la trabajadora del hogar.

—¿Sabe si venía hacia el periódico o tenía que hacer alguna gestión?

—Salió como todos los días y a la misma hora.

—Es que le estamos esperando aquí en el periódico.

—Perdone un momento, que pregunto a la señora.

La secretaria del periódico comenzó a preocuparse, pero decidió no transmitir su nerviosismo a la criada. Ignacio Casado era muy meticuloso en comunicar las actividades que hacía cada día. Sobre todo después de las amenazas que había recibido por parte del Ejército de Liberación. La policía le había recomendado que llevara escoltas. El se había negado. A cambio, se había comprometido a mantener unas estrictas medidas de seguridad. Entre estas medidas, estaba la de informar, en todo momento, de sus movimientos.

—Oiga. La señora me dice que iba directamente al periódico.

—Muchas gracias. Entonces, llegará de un momento a otro.

La secretaria tuvo interés en evitar toda preocupación en la familia. Pero nada más colgar el teléfono, corrió al despacho del subdirector para comunicarle que Ignacio Casado había salido, como todos los días, hacia el periódico con tiempo para llegar a la reunión de contenidos informativos.

9.6

Al abrir la puerta de la librería exotérica, doña Mercedes vio que

en el suelo había un nuevo sobre. Se puso nerviosa. Lo recogió y se dirigió al mostrador para abrirlo. La hoja interior tenía las características de las anteriores. Estaba dibujado el macho cabrío y también aparecía escrito dos veces el número cinco. Para leer la inscripción inferior, se tuvo que poner las gafas.

— ‘Bruja gorda, es la última advertencia. Aleja a tu hija del chico de la ciudad. Piensa en el cinco. Será tu perdición’.

9.7

—¿Es el periódico ‘Diario de la Isla?

—¿Es para poner algún anuncio?

—No es para poner ningún anuncio. Llamo de la policía forestal. Debo informarles de que hemos encontrado a su director, al señor Ignacio Casado, muerto dentro de su coche con un disparo en la sien. Está....

—¡No! ¡Por favor!

La telefonista del periódico soltó el teléfono y corrió por el pasillo víctima de un ataque, mientras repetía gritando la misma expresión de horror.

9.8

Luis Callejuela se quedó intrigado por la propuesta que le había hecho uno de los confidentes a los que sacaba información, mediante chantaje. Lo utilizaba cuando investigaba asuntos de robos, riñas por drogas o asesinatos pasionales. ‘El corbatas’ era un tipo delgado y presumido. Trabajaba como conserje en un motel situado en las afueras de la ciudad. Últimamente, había recurrido a él, durante las investigaciones para esclarecer el asesinato de un industrial que tuvo lugar en ese establecimiento hotelero. El confidente había pedido dinero a cambio de la información, pero el policía le pagó rompiendo una falsa denuncia que se inventó contra él por consumo de drogas. Ahora había llamado para ofrecer una información. Aseguraba que era muy importante. Por ella, pedía tres mil euros. El secretario de la comisaría central olió que la información era de interés. Metió diez billetes de cien en el bolsillo, se puso las gafas oscuras y se dirigió al bar donde se habían citado.

9.9

—Muy buenos días, señora Aquende. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias.

—El señor Ruiz de la Peña la atenderá en un momento.

Teresa pensó que no había producido la sensación de ser suficientemente rica. A una señora de la alta sociedad, no se le hace esperar. De todos modos, no había que ofenderse. Ni era de buen gusto ni favorecía la estrategia para conseguir que aceptara el

encargo de defender a su hijo.

9.10

Todos los trabajadores del ‘Diario de la Isla’ quedaron conmocionados por la noticia. Sabían que su director estaba amenazado por la banda terrorista. Pero no creían que llegaran a materializar esa amenaza. Se reunieron inmediatamente en asamblea. Entre muchos nervios y un gran desconcierto, se tomaron dos decisiones. Los redactores de todas las secciones se dedicarían a cubrir, desde todos los frentes, la noticia de ese atentado terrorista. Sería la única información destaca del día. La segunda decisión se materializó en delegar en el subdirector de información, Arturo Fernández, para que se trasladara a la casa del director asesinado con
el fin de comunicárselo personalmente a su esposa.

9.11

‘El corbatas’ estaba ya en una esquina de la barra esperando. Había pedido una caña de cerveza y un pincho de tortilla. Cuando llegó el secretario de la comisaría, se limpio la mano para saludarle, pero el policía no quiso estrechársela. Aceptó ser invitado a una caña de cerveza, pero no quiso tortilla ni ningún otro pincho. Se puso muy serio al exigir garantías sobre la importancia de la confidencia que iba a recibir y sobre la verdad de los hechos que le iba a exponer. El confidente realizó todos los juramentos posibles y dio todas las seguridades. El policía le respondió con amenazas, pero estaba muy interesado en conocer la confidencia, sobre todo cuando se enteró de que era algo relativo a la señora Eugenia de los Ángeles Pérez Reinosa. ‘El corbatas’ pidió el dinero por adelantado. Hubo regateo. Por fin, aceptó hablar, tras entregarle los mil euros que el secretario había cogido para cerrar la operación.

El martes, estuvieron en una habitación del motel, a media tarde, esa señora y el jefe de su empresa de seguridad privada. Vinieron disfrazados. Estuvieron una hora y diez minutos solos en una habitación. Llegaron separados y salieron también separados.

Luis Callejuela se mostró incrédulo. Era un truco para sacar más información a su confidente y, sobre todo, para lograr garantías absolutas de que era cierto. En realidad, estaba encantado con ese descubrimiento. Sin embargo, se negó a pagar allí el resto de la recompensa prometida. Aseguró que tendría que realizar él nuevas indagaciones para comprobar la veracidad de la información. Prometió que, en caso de resultar cierto, le entregaría, dentro de una semana, mil euros más y rompería las denuncias que podría tener.

9.12

—Ya puede pasar. El señor Ruiz de la Peña le pide disculpas para haberla hecho esperar.

—No tiene importancia.

Las disculpas ofrecidas cambiaban la situación. Muy posiblemente había logrado causar la impresión de ser una señora de la alta sociedad. Cogió el bolso con tranquilidad, arregló su vestido sin precipitarse y siguió a la recepcionista. La joven dio un ligero golpe y abrió la puerta.

—Señor Ruiz de la Peña, la señora Aquende.

El abogado se levantó para saludarla. Teresa le tendió la mano. Pensaba que iba a ser el clásico apretón de manos. El abogado se inclinó y llegó casi a rozarla con los labios. A pesar de esa ceremonia, Teresa comprendió que no era un caballero distinguido. Tenía razón su marido. Podía ser una máquina de hacer dinero, pero no tenía señorío ni sabía vestir con distinción, a pesar de llevar un traje muy caro.

—Siéntese, por favor.

Tuvo el detalle de acercar la silla para ayudar a Teresa. Después, se sentó en su sillón al otro lado de la mesa de trabajo. Sonrió ligeramente y miró de frente a su nueva cliente.

—Vd. me dirá en qué puedo servirla.

—Vengo a solicitar sus servicios. Necesito que se ocupe de la defensa de mi hijo.

—Imagino que se trata de Antonio Manzanal.

—Antonio Manzanal Aquende.

—¿El detenido por actividades terroristas?

A Teresa, el tono utilizado por el abogado le pareció impertinente. Quizá la palabra impertinente no era la más exacta. Podía estar más cercano de ser puntilloso. Había colocado en el centro de la mesa una carpeta de papeles. La abrió, mientras hablaba. Contenía los recortes de la prensa sobre la detención de Toni. Era, por lo tanto, inútil andar con rodeos.

—Le ruego que acepte su defensa.

—Este es un despacho de derecho mercantil. También llevamos casos civiles, sobre todo matrimoniales. Pero nunca nos hemos acercado a casos relacionados con el terrorismo.

—Es un favor que le pido.

—Expresamente deseamos estar separados de esos casos, por desgracia, cada vez más frecuentes. Sobre todo, después del asesinato de esta mañana. Deseamos estar totalmente al margen de esta lacra.

—Mi esposo y yo también deseamos separarnos de todo esto. No queremos saber nada con la organización terrorista ni con los atentados. Lo que ha hecho nuestro hijo es una irresponsabilidad. Pero no pertenece a ese mundo.

—¡Es mucho más que una irresponsabilidad!

—De acuerdo. Es mucho más que una irresponsabilidad. No lo disculpo. No tenemos nada que ver nada con ese mundo y deseamos que nuestro hijo tampoco lo tenga. Por esa razón, hemos decidido que sea un abogado de gran prestigio, como es Vd. quien se encargue de su defensa. De esa manera, evitaremos que caiga en las garras de la organización terrorista.

Teresa quedó muy satisfecha del planteamiento que había realizado. Conforme le iban saliendo las frases, se congratulaba. Lo decía con tranquilidad, sin precipitarse. Puso especial énfasis en destacar que le consideraba como un abogado de gran prestigio y que era indispensable su intervención para lograr el propósito de no mezclarse con la organización terrorista. Esperó su reacción.

—No tengo ninguna experiencia en ese tipo de casos.

—Vd. es el mejor abogado de Isla Pequeña.

—Muchas gracias. El mundo judicial es muy complejo. Para lograr un éxito, no es necesario sólo conocer bien las leyes. La experiencia en llevar un determinado tipo de casos es fundamental.

—¡Si es cuestión de dinero, no se preocupe!

Teresa soltó la alusión al dinero de modo directo. Estaba notando que las referencias altruistas no producían el efecto deseado. El recurso a su vanidad tampoco conseguía ablandarle. Recordaba el consejo de su marido asegurando que sólo se movía por dinero. El abogado cambió la dirección de sus ojos.

—No es cuestión de dinero.- dijo casi avergonzado.

Se había denunciado. ¡Era cuestión de dinero! Le daba otra vez la razón a su marido. Al no mantener su mirada, el ilustre abogado había dejado claro que la clave, para intervenir o no en ese caso, estaba en la cantidad de dinero.

—Señor Ruiz de la Peña, le voy a ser absolutamente sincera. Sobre todas las cosas, deseo lograr la libertad de mi hijo. Sólo deseo su felicidad. Para que mi hijo sea feliz, tengo que sacarle de la cárcel y de ese mundo. Estoy dispuesta absolutamente a todo para lograrlo.

—Señora, yo...

—Déjeme terminar, por favor. ¡Eso sólo lo puede hacer Vd.! Por esa razón, estoy dispuesta a pagarle lo que Vd. me pida.

—Veo que tiene muy claros sus propósitos.

El abogado se inclinó sobre el respaldo de su sillón. Había comenzado su cambio de actitud. Teresa se incorporó hacia la mesa.

—Antes, debo estudiar el caso.

—No soy yo quien para meterle prisa. Pero desearía que mi hijo estuviera lo menos posible en la cárcel entre los terroristas detenidos.

Lo había conseguido. Era ya sólo cuestión de rematar el acuerdo. Estaba contenta. Atribuía el mérito a su estrategia para convencerle. En ningún momento, se le pasó por la imaginación que la reticencia era un sibilino plan del ilustre abogado para justificar sus elevados honorarios.

—Debe tener en cuenta, señora, que los gastos de este tipo de vistas son muy elevados. Es un caso nuevo para nosotros. Tendré que poner, por lo menos, a dos abogados del despacho a trabajar en este asunto. Yo tendré que dejar otros casos, en los que se mueve mucho dinero.

—Ya le he dicho que el dinero no será problema.

—Señora Aquende, debemos concretar. Tenemos que establecer una nueva entrevista en la que esté presente su marido.

—No habrá ningún problema. ¿Cuándo quiere que vengamos?

—En cuanto Vds. estén preparados. La otra condición previa para que nos pongamos a trabajar es una transferencia bancaria a nuestra cuenta. Es un requisito que establecemos para todos los casos. Tenga en cuenta que poner en marcha un proceso cuesta mucho dinero.

—¿Cuánto dinero debemos transferir a su cuenta?

—Ciento cincuenta mil euros.

Teresa hizo un esfuerzo para que no se le moviera ni un solo músculo de la cara. Estaba en el momento decisivo para hacer ver que era una señora rica. Le había parecido una cifra desproporcionadamente elevada. Se resistió a pensar en la manera en que iba a conseguir tanto dinero. Además, tenía que convencer a su marido para que viniera. Necesitaría un poco más de tiempo. Expuso la primera excusa que se le vino a la cabeza.

—Mañana no podremos venir porque tenemos que hacer un viaje. Vendremos pasado mañana.

—Les espero pasado mañana a esta misma hora. Tenga esta referencia de nuestra cuenta bancaria.

El abogado tuvo la delicadeza de acompañar a su nueva cliente hasta la puerta. Teresa ya no sabía si era por cortesía o estaba incluido en los ciento cincuenta mil euros.

9.13

‘Él asesinato del insigne periodista Ignacio Casado, director del ´Diario de la isla’ constituye un hito macabro del terror que el llamado Ejercito de Liberación de Isla Pequeña está ejerciendo sobre toda su población y todas sus instituciones’. Éste era uno de los párrafos más destacados del comunicado de condena que hizo público el gobierno tras el atentado. En el comunicado, se hacían consideraciones sobre la gravedad del ataque a una institución tan importante como la prensa para el desarrollo de la vida democrática. Se insistía en los grandes méritos profesionales que rodeaban a la figura del periodista asesinado. También se aseguraba que la violencia terrorista estaba ocasionando gravísimos perjuicios de todo tipo a la sociedad isleña. ‘Sin embargo, terminaba el comunicado gubernamental, los terroristas deben estar absolutamente seguros de que su acción va a fracasar. Nunca conseguirán los objetivos que desean obtener por la violencia homicida. Toda la sociedad de Isla Pequeña y, a su frente, este gobierno pondrán todas las medidas necesarias para que quienes han cometido este atentado criminal sean detenidos, y tras ser juzgados, paguen con el peso de la ley por este acto inhumano’.

En una nota posterior, se añadía la convocatoria de una manifestación silenciosa en la tarde del día siguiente así como una llamada a la población para que se concentrara previamente delante de sus centros de trabajo durante cinco minutos para manifestar el rechazo a las acciones terroristas.

9.14

Ana aceleró el paso en cuanto reconoció a la madre del nuevo detenido. La llamó. Teresa se sorprendió al oír su nombre. Tan metida estaba en sus reflexiones que había perdido la noción exacta del lugar en que se encontraba. Se hallaba en la entrada del parque central.

—¿Es que me viene persiguiendo? - dijo en tono de reproche a la joven perteneciente al colectivo de abogados radicales.

—Voy a los juzgados. Hoy tengo que cumplimentar los documentos de los jóvenes que fueron detenidos a la vez que su hijo.

—Que tenga Vd. suerte.

—Si Vd. me lo permite, presentaré también una denuncia por malos tratos en su nombre.

—¡No se lo permito!

—Si perdemos tiempo, será mucho más difícil.

—No quiero que haga ningún trámite en nombre de mi hijo y menos en un día en el que ha tenido lugar otro atentado criminal.

—Si no confía en mí por ser mujer, hay otros compañeros en nuestro colectivo que se pueden encargar de su hijo.

—Yo me voy a encargar de defender a mi hijo. No les necesito a Vds.

—¿Cómo lo va a hacer?

Teresa ya se había ido. Ni se volvió para contestar a esa pregunta. Se introdujo en el parque. Aceleró el paso para librarse de ese encuentro que, una vez más, había resultado desagradable.

9.15

El secretario de la comisaría central estaba inquieto ante la posibilidad de sacar fruto de la confidencia que había obtenido sobre Eugenia de los Ángeles. Comenzaría a utilizarla de modo indirecto. Llamó por teléfono al responsable de la seguridad privada. Sin hacer una alusión directa, le dijo que estaba preocupado por la negativa de su señora a la propuesta para realizar acciones paralelas. Hizo alusión a necesidad de esas acciones tras el atentado que acaba de tener lugar. El jefe de la seguridad privada se excusó diciendo que él no podía presionarla.

—Sería bueno para ti conseguir que cambie de idea. Si no cambia, podría hacer uso de alguna información comprometida.

—¿A qué te refieres?

—Yo nunca me refiero a nada en concreto.

El jefe de la seguridad privada no pidió más explicaciones. Pensó incluso que podía ser perjudicial remover el asunto. Así que terminó la conversación rápidamente prometiendo hacer lo que estuviera en su mano.

9.16

‘El Ejercito de Liberación de Isla Pequeña es el primero en lamentar que se sigan dando las circunstancias que ocasionen tan trágicas consecuencias como la muerte de Ignacio Casado, director del ‘Diario de la isla’. Éste era uno de los párrafos más destacados del comunicado que hizo público ese mismo día el grupo terrorista. En él, asumía la autoría de dicha acción armada. El comunicado añadía que ´deseamos denunciar, una vez más, que los auténticos culpables de esta muerte son quienes se oponen a que el pueblo de Isla Pequeña consiga su liberación y todas las otras reivindicaciones que está reclamando’. ‘Esta organización armada, terminaba el comunicado, desea hacer de nuevo público su compromiso de mantenerse en la lucha hasta la consecución definitiva de esa liberación y esas reivindicaciones’.

9.17

Antonio acosó a preguntas a su mujer, en cuanto ésta entró por

la puerta. Quería saber cuál había sido el recibimiento del abogado famoso, cómo había ido el encuentro y en qué habían quedado. La esposa exigió tiempo para dejar las compras en la cocina. Después, reclamó su oportunidad para cambiarse de ropa y ponerse cómoda. Cuando salió de su habitación, prometió a su marido explicárselo todo durante la comida. Era ya un poco tarde. Se dedicaría primero a cocinar. A Antonio no le pareció bien, pero tuvo que aceptarlo. En la cocina, Teresa se esmeró por preparar la comida lo mejor que recordaba. También puso la mesa con cuidado para agradar a su marido. Intentó no tardar, con el fin de que no se impacientara. Nada más sentarse, antes de comer nada, Antonio desbordó su curiosidad.

—¿Me vas a decir ya lo que ha pasado?

—No tengas tanta prisa. Comienza a comer.

—Estoy seguro de que las cosas han ido mal. En un día con un atentado mortal, no puede haber nada bueno.

—A nosotros no nos ha salido mal. Tu amigo, el abogado...

—No es mi amigo.

—Ha aceptado defender a nuestro hijo.

—¿Cuánto pide?

—¿No te alegra la noticia? Es una garantía de que vamos a tenerlo en libertad dentro de poco.

—¿Cuánto?

—La libertad de nuestro hijo no se puede pagar en dinero.

—¿Me vas a decir cuánto te ha pedido?

—Me ha pedido un adelanto de ciento cincuenta mil euros.

—¿Has dicho ciento cincuenta mil euros? ¡Se ha vuelto loco!

—Eso es el adelanto. Quizá no sea tanto.

—Será más. ¡Le habrás dicho que se meta sus trucos por el culo!

—Tenemos que ingresar ese adelanto pasado mañana.

—¡Eso es imposible! ¿De dónde vas a sacar ciento cincuenta mil euros?

—Si no lo tenemos, podemos pedir un crédito. Tampoco es una tragedia.

—Deja de hablar en plural. Yo no he intervenido. Te dije que no fueras.

—La libertad de tu hijo vale más. Si te hubiera pasado a ti, yo haría lo mismo.

—He dicho la última palabra. Es cosa tuya. Yo no quiero saber nada de esto.

—¿Has pensado cómo lo estará pasando tu hijo? Si le dejamos en la cárcel, se pervertirá para siempre. Entrará definitivamente en la

banda terrorista.

—No me vas a convencer.

El marido se levantó y salió dando un portazo. No había probado nada de la comida. Teresa se quedó asustada. Intentó respirar hondo y le salió un suspiro. Aunque sin ganas, comenzó a comer. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para tragar las tres primeras cucharadas. Lo dejó.

9.18

El secretario de la comisaría central, excitado todavía por la utilización de la información que había obtenido sobre la infidelidad de Eugenia de los Ángeles, llamó por teléfono a su anciano esposo pidiéndole una reunión privada y urgente sin indicarle el motivo.

—¿Se trata de responder al asesinato del director del periódico? - preguntó el viejo empresario.

—Don José Luis, se trata de otro asunto más personal.

—¿Tan urgente es?

—Desde luego. Urgente e importante.

—Está bien. Esta tarde a la misma hora y el mismo sitio de otras veces. Absoluta discreción. Ya sabes.

9.19

—¡Cabrones! Hijos de puta. Asesinos, - gritó Pedro López tras acercar su silla de ruedas hasta la ventana que, en aquel momento, estaba abierta.

Su esposa se precipitó a cerrar la ventana. También empujó la silla de ruedas hasta una habitación interior con el fin de que sus gritos no fueran oídos o al menos no se pudiera localizar la vivienda de donde procedían.

—Ahí puedes gritar lo que quieras. - dijo Rafaela - De todos modos, con gritar se arreglan muy pocas cosas. Se os va a todos la fuerza por la boca. Pero a la hora de hacer, nadie hace nada.

9.20

El recuerdo de Toni llevó a Teresa hasta su habitación. Mirando sus libros y sus ropas, se reafirmó en el propósito de conseguir el dinero necesario para sacarle de la cárcel. Se fijó en el teléfono móvil encima de la mesilla. Lo había dejado allí desde que volvió del hospital. Se acercó para acariciarlo. Pero comprobó que había un mensaje sin leer. Pudo comprobar la desesperación de la novia de su hijo. Pero le sorprendió más que hubiera descubierto que los mensajes no eran de Toni. Besó el diminuto auricular antes de dejarlo de nuevo en la mesilla. Iba a salir de la habitación, pero rectificó. Volvió a coger el teléfono y se preparó para enviar un

nuevo mensaje a María Luisa.

‘Soy madre Toni. Debes perdonarme. Mantengo firme decisión de sacarle cárcel. Abrazo. Teresa’.

9.21

—Dígame - respondió el secretario de la comisaría, después de dejar que el aparato telefónico diera los sonidos de prevención.

—¿Señor Callejuela?

—Señora Doña Eugenia de los Ángeles, ¡qué alegría!

—Se lo dije. ¡No quiero implicar a mi familia en más violencia!

—Pero es que….

—Lo siento. Esa es mi última palabra. Nada me hará cambiar.

9.22

Volvió a ponerse Teresa el traje de agradar. No tenía que producir la sensación de ser rica, pero sí inspirar confianza. Antes de salir, se asomó al salón. Su marido estaba escondido detrás de las páginas de un periódico.

—Voy al Banco Central de la Isla.

—Vete donde quieras.

—¿Definitivamente no me vas a apoyar?

—Lo que tenía que decirte ya te lo he dicho.

9.23

Luis Callejuela se entrevistó con José Luis Díaz de Montenegro con todas las medidas de clandestinidad que habían utilizado en otras ocasiones. El viejo empresario reconoció que estaba intrigado por conocer el asunto personal tan urgente que tenía que comunicarle el policía. Callejuela le contó con precisión, aunque con cierta diplomacia, todo lo que sabía sobre las relaciones sexuales de su esposa con el responsable de la seguridad privada. El empresario lo escuchó todo sin manifestar ningún nerviosismo. Preguntó para enterarse de todos los detalles. Cuando comprendió que no existían más datos, adoptó un tono más solemne para comunicar su decisión.

—A mi mujer, ni la toquéis. De ella, ya me encargaré yo. Con ese otro, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Debe parecer un atentado del Ejército de Liberación. ¡Ojo! Yo no sé nada de esto.

9.24

Fueron muy pocas las personas que se acercaron al salón de actos de la parroquia a las cinco de la tarde del viernes día cinco para asistir a una nueva reunión de la Hermandad de Abraham. Los muchos acontecimientos sucedidos en los días anteriores y sobre todo el grave atentado contra el director del principal periódico de la Isla habían hecho olvidar la convocatoria. Una de las primeras en

llegar fue Doña Mercedes. Entró moviendo pesadamente sus abundantes carnes, seguida de su hija Merceditas. Se recostó en la pared para contar los asistentes. Cuatro mujeres y un hombre. Una de las mujeres, colocada en un lugar solitario, era la elegante y bella dama rubia vestida de negro y rojo. El varón era el padre Anselmo.

—Merceditas, ponte aquí en la última fila.

—Quiedo haced pis.

—Te aguantas. No puedes tener muchas ganas, porque has hecho antes de salir de casa.

Nada más dejar caer su pesado cuerpo en la butaca más cercana, doña Mercedes miró al reloj. Faltaban tres minutos para las cinco. Estaba sorprendida de que no llegara ninguna de las dos mujeres que intervinieron en la primera reunión. En los minutos siguientes, sólo se acercaron dos personas más. Fueron Rafaela y su marido, que llegaba una vez más refunfuñando.

—Cabrones. No se han atrevido a venir después del atentado.

Transcurrió un cuarto de hora sin que nadie de los presentes se moviera de sus asientos. La más inquieta era Doña Mercedes. Desde la última fila, observada a todos los demás. Su hija había sugerido ya en varias ocasiones que debían marcharse. Por fin, el padre Anselmo se decidió a tomar la palabra.

—Está visto que hoy no es el día adecuado para esta nueva reunión de la Hermandad de Abraham. Os propongo que los posterguemos al próximo día 15. También a las cinco. No os olvidéis. El día quince a las cinco. Tenemos que comprometernos a traer a muchas personas. Es muy importante que cambiemos de una vez la marcha de esta isla.

9.25

—Toni no puede estar implicado, aunque lo diga su madre. Si ella ha perdido la fe en su hijo, yo la mantengo.

María Luisa se enfadó al leer el mensaje enviado por Teresa. Lo interpretaba como una traición. Estuvo a punto de contestar en términos muy duros. Rectificó y tiró el móvil sobre la cama.

9.26

Doña Mercedes esperó a que saliera el padre Anselmo tras la frustrada reunión de la Hermandad de Abraham. Tenía deseo de hablar con él a solas. Así que envió su hija a casa asegurando que ella iría también inmediatamente. Merceditas prefirió irse para no ver otra vez al padre Anselmo.

—Tengo curiosidad por saber por qué insiste tanto en el número cinco. – preguntó la echadora de cartas - Me parece sospechoso que

esta Hermandad de Abraham esté relacionada con el cinco.

—Tú presumes de saber todo lo relacionado con el Tarot.

—El arcano número cinco es el papa. No tiene ninguna relación.

—Te veo ignorante sobre la cábala y la numerología. – aseguró el sacerdote en tono doctrinal

—El número cinco es el que introduce el tiempo, la animación de la materia y la vida. En hebreo, nuestra lengua sagrada, el cinco corresponde a la letra ‘he’. Cuando Abraham estuvo a punto de sacrificar a su propio hijo por obedecer el mandato divino, Yahvé le dijo, ‘Ya no te llamarás Abraham sino Abraham porque serás el padre del pueblo elegido’. Le añadió la letra número cinco. ¿Te parece explicación suficiente?

—El número cinco está siendo utilizado para amenazar.

—Te diré más. Ese texto del Génesis corresponde a un versículo que también es el número cinco.

—¿No me dice nada de las amenazas?

—Quien teme al número cinco no pertenece al pueblo elegido. El padre Anselmo, que había adoptado una actitud solemne como si estuviera pronunciando un sermón, se encaminó hacia la salida del salón de actos sin dejar que la echadora de cartas hiciera más preguntas.

9.27

Dos noches más tarde, apareció el cadáver de Mariano González, el coordinador de Seguritas. Tenía un disparo en la sien. Le encontraron después de que una llamada anónima se recibiera en una emisora de radio. El informante dijo que hablaba en nombre del Ejército de Liberación. Sin embargo, no hubo ninguna otra reivindicación. La policía tampoco ofreció datos que esclarecieran su muerte, aunque la atribuyó a los terroristas.

Diez: Agresión

10.1

Desde el mismo momento en que colgó el teléfono, doña Mercedes estuvo intrigada sobre el significado de la llamada que acababa de recibir. La comunicante se había identificado como la secretaria de la señora Eugenia de los Ángeles. Deseaba mantener una conversación con ella en un lugar discreto. No le había dado más explicaciones. Se habían citado en la librería exotérica a primera hora de la tarde, momento en que solía haber menos clientes.

10.2

Durante las madrugadas siguientes a los asesinatos del director de 'La voz de la isla' y del coordinador de 'Secúritas', la policía realizó sendas redadas masivas entre jóvenes militantes de las organizaciones ideológicamente cercanas al Ejército de Liberación. Dieciséis personas fueron encerradas en las dependencias policiales. Entre ellas, había tres mujeres. Las detenciones se hicieron con gran ostentación de medios. Parecía que uno de los propósitos de las operaciones policiales era difundir entre la población una sensación de eficacia en la lucha contra los terroristas.

10.3

Nunca se había preocupado Teresa de prepararse para causar buena impresión a su consejero espiritual. En esta ocasión, nada más bajar del taxi, arregló su vestido y se atusó el pelo. No podía fallar. Los sacerdotes, sobre todo los que ya tienen una cierta edad, reaccionan de manera muy variable. A veces les influyen cosas insignificantes. Llamó al timbre. Mientras esperaba, volvió a arreglar su aspecto. Atendió, como siempre, la gobernanta de la residencia de sacerdotes mayores. Había tenido suerte. El padre Anselmo acababa de regresar. Entró en la sala de visitas. Pocos minutos más tarde, ya estaba allí el religioso. Teresa tomó la iniciativa de tomarle la mano y besársela.

—¿Cómo estás, hija?

Para ganar la confianza de su director espiritual, Teresa insistió en explicarle que había entrado en una nueva etapa. Adoptó una actitud de entrega y lucha desinteresada. El sacerdote le reiteró también su satisfacción por el cambio. Cuando ya había dejado claro que el principal motivo de su visita era manifestarle su agradecimiento, decidió dar paso a su petición concreta.

—Padre, me encuentro ahora en un grave problema, aunque no sea espiritual.

—Con la ayuda de nuestro padre que está en los cielos, todo, absolutamente todo, se puede solucionar. Confía en él.

—Por consejo de mi marido, hemos decidido contratar al mejor abogado. Hemos recurrido al señor Ruiz de la Peña.

—Bueno, Ruiz de la Peña no es el mejor abogado que tenemos en Isla Pequeña. Digamos que es el más hábil. Si lo habéis decidido, me parece muy bien. Yo no puedo influir ante él. No ha estudiado en nuestra facultad de derecho.

La vanidad de exhibir el propio poder había funcionado. El padre Anselmo se había ofrecido, aunque indirectamente, a realizar gestiones en su favor. Se le brindaba una oportunidad que no podía desaprovechar.

—Necesitamos un crédito para pagar sus honorarios.

—En cuestión de dinero, no te puedo ayudar. ¿Qué más quisiera yo que disponer de un grifo para solucionar los problemas?

—Había pensado que quizá alguno de sus alumnos ocupe ahora un puesto importante en el Banco Central de la Isla.

Teresa miró de reojo para observar la reacción que esas palabras provocaban en el sacerdote. El padre Anselmo no supo disimular la vanidad que le produjo la alusión a sus cualidades como educador.

—¿Alguno? Muchos. Las promociones que yo tuve en la Escuela de Estudios Superiores Administrativos han sido las mejores.

—Tengo que ir mañana a solicitar un crédito.

—¿No me dejarás mal? – dijo el sacerdote haciendo ver que iba a intervenir en su favor.

—Vd. sabe, padre, que nosotros siempre cumplimos. Necesitamos este dinero de manera urgente.

—Mañana mismo hablaré con quien hay que hablar.

—Si no es mucho pedirle, ¿puede hacerlo esta misma tarde? Tengo que ir mañana a primera hora.

—Lo haré esta tarde. – afirmó el clérigo recreándose en la vanidad de quien se siente poderoso.

—Quiero estar a tu lado en estos momentos difíciles.

Teresa decidió marcharse en ese momento. Había conseguido lo que deseaba. No le unía nada más a su consejero espiritual. Improvisó algunos comentarios más. Se refirió a un par de asuntos relacionados con la iglesia. Volvió a decir palabras laudatorias hacia la labor sacerdotal. Cuando ya había adornado suficientemente su petición, culminó la despedida.

—Padre, le agradezco mucho todo lo que está haciendo por mí.

10.5

La secretaria de Eugenia de los Ángeles llegó a la librería exotérica con absoluta puntualidad. Esperó discretamente a que la dueña despachara a los dos clientes que había en ese momento. Se acercó al mostrador y se presentó. Doña Mercedes le confesó que estaba muy intrigada. Cuando se enteró de que se trataba de algo relacionado con su hija, la intriga aumentó y se transformó en temor. Se tranquilizó un poco, en el momento en que supo que era una noticia sobre la paternidad de Kike.

□Con toda discreción, pero también con todas las garantías, doña Eugenia de los Ángeles me encarga que le diga que los auténticos padres de Enrique Grijalba son la Primera autoridad y su esposa. Ha tenido un especial deseo de poner este dato en su conocimiento. Doña Eugenia me ha dicho que debe tomarlo como una muestra de que ella está decidida a colaborar en todo con Vd.

Le costó a doña Mercedes aceptar la veracidad de esa atribución de paternidad. La joven secretaria tuvo que exponer todos los datos que conocía. Antes de despedirse repitió, de parte de doña Eugenia de los Ángeles, que le daba esta información para garantizar que no debía temer nada ni de ella ni de ningún miembro de su familia. No hubo ninguna referencia directa a las inclinaciones sexuales de su hijo, pero la echadora del Tarot lo entendió perfectamente. Antes de marcharse, insistió en que, en el caso de que hiciera uso de esa información, no aludiera, ni directa ni indirectamente, a quién se la había proporcionado.

10.5

□¿Puedo hablar con el señor Díaz de Montenegro?

□Soy yo.

□¡Ah! Hola, José Luis. Soy el padre Anselmo. ¿Cómo estás?

□Yo bien y tú.

□Te llamo para pedirte un pequeño favor en el banco.

El sacerdote intercedió ante su amigo a favor de la concesión del crédito para Teresa alegando que él tenía mucho poder el consejo de administración del banco. No tuvo que insistir especialmente. Desde el primer momento, se mostró favorable a realizar esa gestión. El viejo Díaz de Montenegro se mostró más interesado en saber cómo iba la Hermandad de Abraham, una iniciativa que él había movido aunque tenía buen cuidado en que no se supiera. El padre Anselmo tuvo la suficiente habilidad para, sin mentir descaradamente, transmitirte una impresión optimista.

□Deseo que prospere. –añadió con fuerza el viejo empresario –Sobre todo, por estar vinculada a mi secuestro. Es una operación

que me queda pendiente.

10.6

Doña Mercedes no pudo resistirse a utilizar la información que había recibido sobre la paternidad biológica de Kike. Pensó solicitar directamente una entrevista con la Primera autoridad. Rectificó. Aunque sólo fuera por deferencia, debía comentárselo, antes, a los actuales tutores del novio de su hija. Se había citado con los dos, pero sólo acudió a la reunión Santiago Grijalba. La echadora de cartas soltó la información sin ningún preámbulo ni delicadeza. El interlocutor comenzó negándolo todo. Después, se vio forzado a admitir que Kike era adoptado. De ahí no pasó. Rechazó totalmente que conociera los nombres de los padres biológicos. Según su explicación, ellos hubieran preferido una niña sin ningún tipo de problemas físicos o mentales. Sólo les ofrecieron la posibilidad de adoptar a Kike. Rechazó, asimismo, que nadie de la policía hubiera intervenido en el proceso de adopción y llegó a afirmar que no conocía al secretario de la comisaría central. La madre de Merceditas no quedó convencida por las negaciones que había realizado el padre de Kike. Aceptó, en su interior, que obraba de buena fe y en defensa de los intereses de su hijo. Pero salió de esa conversación decidida a realizar gestiones directamente con la primera autoridad.

10.7

En el vestíbulo del banco, había mucho movimiento de gente. Junto a los cajeros automáticos esperaban varios clientes. Había también un mocetón uniformado y armado. Se hallaba un poco apartado para no molestar a los que entraban y salían. Teresa se dirigió a la mesa de información.

—¿Puede decirme dónde está el negociado de créditos?

—Primera planta, puerta central.

—Muchas gracias.

—De nada. Siguiente, por favor.

Tras cruzar la puerta central de la primera planta, se veían dos series de mesas, cada una con una luz individual. En más de la mitad, algún cliente estaba tramitando su petición. Teresa se quedó quieta decidiendo hacia dónde dirigirse. Pudo permanecer así poco tiempo. Se le acercó un funcionario bajito, de mediana edad y bastante calvo.

—¿Señora Aquende?

—Sí. Soy yo.

—¿Puede acompañarme?

El funcionario no esperó la respuesta. Teresa se limitó a seguirle.

Sin duda, era obra del padre Anselmo. Todo estaba funcionando bien. No sospechaba que podían estarla esperando. Llegaron hasta la tercera mesa de la izquierda.

—El subdirector de movimiento bancario me ha anunciado su visita y me ha recomendado que la trate como a un cliente distinguido.

—Se lo agradezco mucho.

—Vd. me dirá en qué puedo servirla.

—Vengo a solicitar un crédito.

—Déme sus datos personales.

El funcionario fue rellenando con rapidez las distintas casillas del formulario. Teresa se sorprendió de las muchas preguntas que eran necesarias. Una buena parte de ellas le parecieron inútiles y otras indiscretas. Sin embargo, las contestó todas. No era cuestión de crear problemas, cuando todo estaba ya encaminado hacia un buen fin.

—¿Qué cantidad de dinero desea?

—Ciento cincuenta mil euros.

—¿Perdón?

—Ciento cincuenta mil euros.

Teresa tuvo que repetir la cantidad con más fuerza de voz. Era lógico que no lo hubiera oído a la primera. Lo había pronunciado con temor, casi con vergüenza. El funcionario no escribió en el papel la cifra como había hecho con las otras respuestas. Se quedó mirándola tras quitarse las gafas de leer.

—Espere aquí un momento. Voy a realizar una consulta.

10.8

Rafaela empujó la silla de ruedas de su marido para asistir a las concentraciones que se celebraron como condena por los últimos atentados. Se colocaron en la primera fila al lado de la pancarta. Pedro, a pesar de que las concentraciones eran silenciosas, no dejaba de repetir sus habituales insultos.

10.9

Estaba Teresa preocupada por la tardanza del funcionario del banco, cuando notó que alguien se le acercaba por detrás. Se volvió instintivamente. Era su marido.

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Ya has solicitado el crédito?

—Están consultando la cantidad. No crees ningún problema. Ya está bastante complicado.

—Me ha convencido tu sacerdote consejero para que venga a ayudarte.

—Es lo mejor que has podido hacer.

Hasta ese momento, no se dio cuenta Teresa de que su marido había llegado con gafas oscuras, casi disfrazado para no ser reconocido. No tuvo tiempo para reprochárselo. Regresó el funcionario. Se le había quitado el susto de la cara.

—Es mi esposo.

—Encantado. Me alegro de su presencia. Iba a decirle a su esposa que era necesaria la firma de los dos. El Subdirector de movimiento bancario me ha indicado que podemos concederles el crédito por la cantidad pedida, pero es preciso poner como garantía su negocio.

Teresa miró con temor a su marido. No conocía el grado de convencimiento que había alcanzado el padre Anselmo. Antonio tenía la cabeza agachada. No se inmutó. Tampoco contestó.

—¿Tiene Vd. algún inconveniente?

—No. No tengo ninguno.

El funcionario también respiró hondo. Se volvió hacia el teclado de su ordenador y comenzó a rellenar las casillas que faltaban. Teresa apretó el brazo de su marido en señal de agradecimiento. Estuvieron en silencio hasta que el funcionario terminó todas sus operaciones.

—Deben firmar, los dos, estas tres copias. Este documento es una garantía de concesión del crédito. No es todavía la concesión efectiva.

—¿Falta algún trámite?

—Tenemos que cumplimentar el contrato definitivo. Hay que establecer los plazos de devolución. Pero este documento lo pueden entregar ya, como garantía, donde Vds. quieran. El subdirector de Movimiento Bancario me ha dicho que lo necesitaban con urgencia.

—Muchas gracias.

10.10

Doña Mercedes tuvo la habilidad y la paciencia para lograr entrevistarse con la responsable de Relaciones públicas en el gabinete de la Primera autoridad. No se desanimó por las negativas a ser recibida. Presentó con urgencia extraordinaria varias solicitudes. Tuvo que desatender la librería exotérica para realizar estas gestiones. Preguntó cómo era esa funcionaria. Esperó varios días a que saliera de su trabajo. Al fin, consiguió verla, una mañana, en el vestíbulo de las oficinas centrales del gobierno. Tuvo que correr, a pesar de sus abundantes carnes. Pero la alcanzó.

—Señorita, tengo que hablar con Vd.

—Lo siento. No la puedo atender. Debe presentar una solicitud oficial.

La funcionaria siguió caminando hacia la puerta de salida sin prestar ninguna atención a quien la hablaba. Doña Mercedes se detuvo. Respiró para coger fuerza y gritó.

—¡Quiero hablar sobre el hijo discapacitado de la Primera autoridad!

La responsable de las relaciones públicas gubernamentales, que estaba a punto de cruzar la puerta de salida, quedó paralizada de modo repentino. Miró sorprendida hacia la mujer que antes no había atendido. La observó con incredulidad. Doña Mercedes mantuvo la mirada en señal de reto. La funcionaria retrocedió y se acercó.

—¿Qué es lo que ha dicho? ¡Eso es absurdo!

La madre de Merceditas se ratificó en lo que había gritado y exigió una reunión privada con la Primera autoridad. La responsable de relaciones públicas se ratificó en considerar absurdas esas afirmaciones.

10.11

—¡Acepto tus condiciones!- dijo María Luisa a su madre poniendo cara de resignación.

—¿Qué condiciones? - preguntó Eugenia de los Ángeles con sorpresa.

—Me rindo. Has ganado. Renuncio.

—¿En qué se concreta eso?

—Vuelvo a comer y prometo no ponerme en contacto con la familia de Toni.

—¿Por fin, has entrado en razón?

—A cambio, tú me permites salir con libertad y hablar con quien quiera, sin que me vigiles.

—Te lo acepto como muestra de confianza hacia ti.

10.12

Ninguno de los esposos dijo nada, hasta que estuvieron fuera del banco.

—Te agradezco que hayas venido a apoyarme.

—No tienes que agradecérmelo a mí. El padre Anselmo me lo ha aconsejado.

—De todos modos, te lo agradezco.

—Sigo pensando que te equivocas.

Sin despedirse, el marido comenzó su marcha en una dirección diferente a la de Teresa. Debía ir al restaurante. Ese crédito le iba a causar nuevos problemas financieros. Su esposa intentó darle ánimos y ponerse a su disposición para ayudarle. No prestó ninguna atención a sus palabras.

10.13

Cuando doña Mercedes entró, por la tarde, en la librería exotérica encontró un nuevo sobre lanzado por debajo de la puerta. Al verlo, se le sobresaltó el corazón. Prefirió sentarse para leerlo. Tenía el mismo dibujo del macho cabrío. También estaban remarcados, uno sobre otro, dos números cincos. El color rojo era más fuerte. La inscripción inferior estaba escrita con letras más grandes. 'Has colmado el vaso, gorda bruja portuaria. ¡Ha llegado tu hora!'. Le temblaban las manos y le latía con fuerza el corazón. Tuvo que levantarse para tomar un vaso de agua con el fin de clamarse un poco.

10.14

—Secúritas, dígame.

—Soy la señora Eugenia de los Ángeles.

—Soy el nuevo responsable de la seguridad de la familia. ¿Qué desea?

—Quiero que ponga un vigilante especial a mi hija para que controle todos sus movimientos. Si nota algo sospechoso o pretende ponerse en contacto con la familia de ese detenido que salía con ella, me avisa inmediatamente.

—Lo dispongo ahora mismo, señora.

—¿Mi marido le ha dado ya todas las indicaciones?

—Me ha advertido que las indicaciones diarias me las dará Vd.

10.15

—Señodita, - dijo Merceditas levantando la mano justo antes de terminar la clase – quiedo anunciad a los compañeros una cosa impodtante.

—¿Es algo de la clase eso que desea comunicar a los compañeros?

—Es pedsonal, pedo muy impodtante.

—Si es personal, lo hablamos tú y yo solas.

—Señodita, pod favod. Es impodtante pada mí.

—Bueno, date prisa. Ya ha terminado la clase.

—Quiedo decid a todos que estoy embadazada. – afirmó Merceditas tras colocarse junto a la mesa de la profesora – Tendé un hijo de mi novio Kike.

—¿Merceditas, cómo puedes decir eso, si no es verdad?

—Señodita, es la puda vedad.

—Bueno, podéis salir todos. ¡Hasta mañana! Merceditas, quédate un momento para hablar conmigo.

Merceditas no se quedó a hablar con su profesora. Alegó que tenía mucha prisa porque había quedado con su madre para ir a

hacer un recado. Pero insistió, de nuevo, en que era cierto el anuncio de su embarazo.

10.16

A la hora habitual, como todos los martes, tuvo lugar una concentración de protesta por la redada masiva de simpatizantes del Ejército de Liberación. Inicialmente los organizadores pensaron llevarla a cabo en frente del edificio del periódico ‘Diario de la isla’. A última hora, consideraron que los ánimos estaban demasiado enardecidos y podía desencadenarse cualquier acción incontrolada. El número de asistentes a la concentración fue muy reducido. La mayoría, jóvenes. En la pancarta, se decía: ‘Policía represora. Jueces colaboradores’.

10.17

La librería exotérica de doña Mercedes sufrió, a los pocos días, un incendio intencionado. Afectó a la puerta y a las bases de madera del escaparate. Gracias a que pudo ser extinguido con prontitud, los desperfectos fueron escasos. Poco tiempo después, se recibió un aviso telefónico anónimo advirtiendo que el próximo ataque sería más grave. El comunicante se identificó como ‘El macho cabrío’.

10.18

Eugenia de los Ángeles llamó a su hijo para decirle que regresara a casa, en Isla Pequeña, de modo inmediato. Justificó esa decisión asegurando que había indicios de que la banda terrorista iba a incrementar, en las próximas fechas, sus actividades violentas.

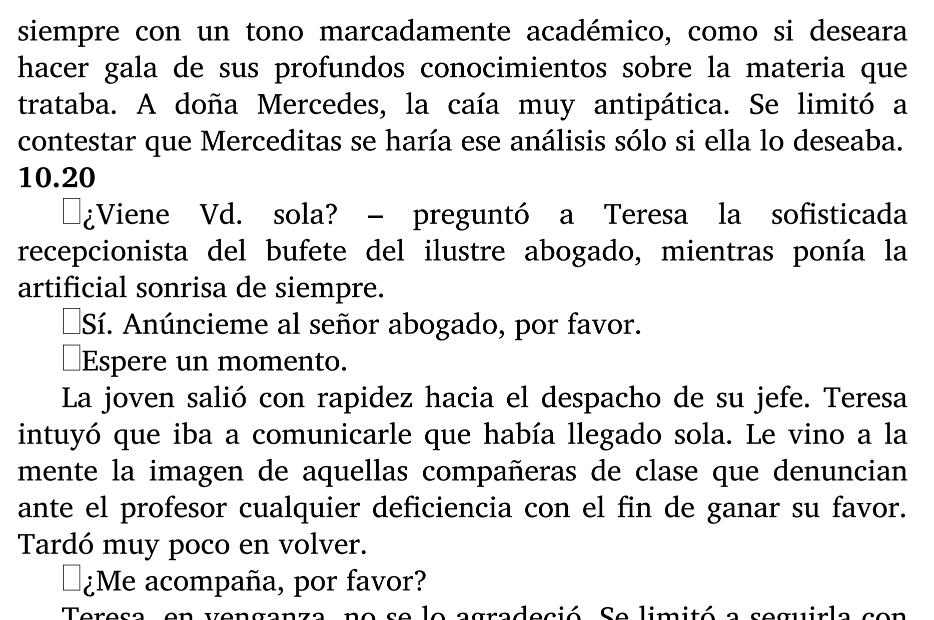
—Si van a cometer más atentados, es preferible que me quede aquí en Isla Grande. Por lo menos, estoy más lejos.

—No digas tonterías. Aquí puedes estar más seguro.

Tuvo que utilizar más argumentos para convencerle. Al final, debió emplear el peso de la autoridad y apelar a que se trataba de una orden expresa de su padre. El hijo se escudó en que debía realizar obligatoriamente una serie de gestiones, por lo que retrasaría el regreso en unos días.

10.19

—La llamo para decirle que debe hacer un reconocimiento ginecológico a Merceditas. Lo normal, lo prácticamente seguro es que no esté embaraza. Las mujeres que padecen la discapacidad de su hija suelen ser estériles. Pero debe hacerse un análisis ginecológico para asegurarnos. Ya le he advertido, en otras ocasiones, sobre la conveniencia de realizar una esterilización, ante las eventuales reacciones sexuales que pueda mantener. La asistente social de la escuela especial a la que asistía Merceditas hablaba



siempre con un tono marcadamente académico, como si deseara hacer gala de sus profundos conocimientos sobre la materia que trataba. A doña Mercedes, la caía muy antipática. Se limitó a contestar que Merceditas se haría ese análisis sólo si ella lo deseaba.

10.20

—¿Viene Vd. sola? – preguntó a Teresa la sofisticada recepcionista del bufete del ilustre abogado, mientras ponía la artificial sonrisa de siempre.

—Sí. Anúncieme al señor abogado, por favor.

—Espere un momento.

La joven salió con rapidez hacia el despacho de su jefe. Teresa intuyó que iba a comunicarle que había llegado sola. Le vino a la mente la imagen de aquellas compañeras de clase que denuncian ante el profesor cualquier deficiencia con el fin de ganar su favor. Tardó muy poco en volver.

—¿Me acompaña, por favor?

Teresa, en venganza, no se lo agradeció. Se limitó a seguirla con cara seria. El señor Ruiz de la Peña ordenó a la recepcionista que su ayudante Emilio Montealto se incorporara a la reunión cinco minutos después. Teresa se comportó con la misma educación protocolaria que en el anterior encuentro. Le besó la mano, la acompañó hasta la silla y permitió que se sentara antes que él.

—Mi esposo no ha podido venir. Me ruega encarecidamente que le disculpe.

—Su presencia hoy era muy importante.

Tuvo un especial interés en tomar ella la iniciativa para dar la sensación de que no había nada que ocultar. Inmediatamente abrió el bolso y sacó la garantía de concesión del crédito.

—Le traigo la garantía de concesión del crédito, firmada también por mi marido.

El abogado se puso las gafas de leer. Tomó el papel y lo miró con mucha detención. Era evidente que constituía, para él, lo más importante de la reunión. No movió ni un solo músculo hasta haber revisado completamente el documento. Al terminar, cambió de expresión.

—No debemos dar más importancia al dinero. El derecho y la justicia deben estar por encima de todo.

Teresa comprendió que aquella era una frase cínica. La aceptó como demostración de que comenzaba una nueva etapa en las relaciones con el ilustre y avaro abogado que tenía delante. Le preocupaba tanto el dinero que, sin pedírsela, dio otra explicación.

—Para que vea que no ponemos el dinero por encima de nuestro

trabajo, le diré que ya hemos comenzado las diligencias. No sólo hemos cumplimentado los papeles, sino que ayer nos personamos ante el juez como representantes legales de su hijo. También hemos comenzado las investigaciones. Nos lo hemos tomado tan en serio que he elegido, como ayudante, al abogado joven más prometedor de todo el bufete.

En ese mismo momento, dieron unos golpes en la puerta. No podía haber mayor coordinación de movimientos. Parecía como si el abogado joven hubiera estado escuchando detrás de la puerta.

—Le presento a Emilio Montealto. La señora Teresa Aquende.

El joven abogado tenía muy aprendidas las normas de trato que practicaba su jefe. Tomó la mano de la misma manera y tocó los labios con el mismo grado de humedad. Entregó un dossier y pidió permiso para sentarse. Esperó a que siguiera hablando su jefe.

—Este es el dossier que ya hemos elaborado sobre su hijo. Tenemos recopilados todos los hechos y estamos decidiendo cual es la estrategia más favorable. Nos inclinamos por separar a su hijo de los otros casos de terrorismo. Pero no sabemos lo que eso nos puede costar.

—Vds. saben cómo debe hacerse.

El abogado jefe expuso con detención y, a veces, con palabras excesivamente técnicas los procedimientos legales que habían iniciado ya o estaban a punto de hacerlo. Su intención era impresionar a la nueva cliente para justificar su elevadísima minuta. Antes de un cuarto de hora ya había conseguido ese propósito. Teresa estaba deseando que terminaran las explicaciones. Le bastaba saber que se habían tomado el caso con interés.

—Concretando. Nosotros vamos a seguir trabajando con intensidad. No debe preocuparse de nada. La tendremos informada de todo.

—¿Debo venir el próximo martes después de realizar la transferencia?

—No se preocupe de nada. Los funcionarios del Banco Central realizarán la transferencia y nosotros seguiremos trabajando.

Estaba a punto de terminar la reunión, cuando el joven ayudante, que había estado todo el tiempo de oyente, hizo una indicación a su jefe.

—Ah, sí. Una pregunta deseo hacerle porque puede ser útil para nuestras investigaciones. ¿Tiene el teléfono de su última empleada de hogar?

—No he vuelto a verla desde el día en que detuvieron a mi hijo.

—¿No tiene su teléfono o una dirección de contacto?

—Nunca he tenido ninguna queja de ella.

—Tenemos datos para pensar que era una policía infiltrada en su casa con el fin de obtener datos sobre la organización terrorista a través de su hijo.

—¡Eso no puede ser!

—¿Por qué no puede ser?

—Quiero decir que me sorprende. No he notado nada en los tres meses que ha trabajado en nuestra casa.

—Tampoco tenía ninguna sospecha de las actividades de su hijo.

10.21

El Gran restaurante del arroz había llegado, en las últimas fechas, a recuperar la normalidad. El número de clientes se había estabilizado en una cifra similar a la de meses anteriores. Con esa normalización, desaparecieron las tensiones entre el personal. Antonio regularizó los pagos de los salarios y los trabajadores volvieron a respetar los horarios. Sin embargo, el atentado contra el director del ‘Diario de la isla’ provocó otra reducción en la asistencia de clientes al restaurante. También aparecieron algunas pintadas en la fachada. No hacían alusión directa al establecimiento ni a sus propietarios, pero sí estaban dirigidas a condenar el terrorismo.

—Vamos a tener que colocar una pancarta que diga ‘No tenemos nada que ver con las bombas ni con la madre que las parió’ -dijo Antonio para sus adentros.

10.22

Doña Mercedes tuvo que defender a su hija de los golpes de la policía. La concentración de los jóvenes radicales terminó con la intervención de las fuerzas del orden por las consignas que eran coreadas en contra de la Primera autoridad y su gobierno. Los manifestantes contestaron con piedras y se acercaron hasta la zona donde se realizaban los funerales por el periodista asesinado. Las fuerzas de orden público en su celo indiscriminado por atacar a los manifestantes, golpearon también a algunos transeúntes. Entre ellos, a Merceditas, que recibió un golpe en la cabeza, además de ser empujada y pisoteada por uno de los policías.

—¡Si no son los unos, son los otros! - gritó doña Mercedes - A ver cuándo termina esta lacra de una puñetera vez. Queremos que Isla Pequeña vuelva a ser el paraíso que era antes.

Once: Más sangre

11.1

Doña Mercedes realizó nuevas gestiones para ser recibida, de nuevo, por la responsable de relaciones públicas de la Primera autoridad. Cuando no tuvo más remedio que recibirla, la funcionaria volvió a negar con rotundidad la existencia del hijo discapacitado. Hizo aspavientos y utilizó expresiones exageradas para hacer ver que eran afirmaciones absolutamente descabelladas. No sirvieron de nada los detalles que proporcionó la echadora de cartas. Tampoco tuvieron ningún resultado las amenazas de que haría una denuncia pública a través de los medios de comunicación. La responsable de relaciones públicas, con sus labios pintados de un color rojo fuerte y con sus exagerados tacones, despidió a la madre de Merceditas con un irónico agradecimiento por su visita. Doña Mercedes salió con el firme propósito de no pararse en el trámite fallido.

11.2

Esa mañana, las previsiones de noticias importantes eran muy escasas. En la redacción del periódico 'Patria' decidieron que era el día más apropiado para publicar un extenso informe sobre la situación de los presos. Denunciaba las condiciones en que se veían obligados a vivir los miembros de El Ejército de liberación detenidos. También se hacía alusión a los malos tratos que padecían y a los incumplimientos legales que los jueces de vigilancia penitenciaria realizaban con ellos. Aunque el director del periódico, Rubén de Costablanca, no estaba presente en la redacción a esa hora de la mañana, el subdirector puso a trabajar a dos redactores para que por la tarde estuviera preparado el reportaje. El ejemplar del domingo sería muy adecuado para lanzar esa denuncia con un amplio despliegue editorial. La ausencia del director, en el periódico próximo a las ideas del Ejército de Liberación, no era impedimento para que la redacción comenzara a trabajar desde primera hora de la mañana. Esa previsión solían hacerla en la noche anterior los responsables de las diferentes secciones en unión con el director y con el subdirector, Jesús del Río.

11.3

Kike estuvo todo el día muy nervioso. Hasta los profesores se lo notaron y le preguntaron en varias ocasiones si le pasaba algo. Lo negó en todas las ocasiones. En realidad, sus nervios procedían de

que no sabía cómo anunciar públicamente, en su escuela especial, que su novia estaba embarazada, de acuerdo con el compromiso que había adoptado con Merceditas. Levantarse en medio de la clase y decirlo en voz alta, era superior a sus fuerzas. Estaba decidido a cumplir su promesa, pero tenía que buscar un medio posible para él. Durante el último recreo, mientras los compañeros y compañeras jugaban en el patio, se trasladó a su clase, entonces vacía, y lo escribió en el encerado. Estaba todavía terminando, cuando oyó que regresaba el resto de los alumnos. Cogió su abrigo y su cartera. Salió a gran velocidad, tropezándose con los que entraban en clase. Todos se quedaron leyendo lo escrito con letra temblorosa. ‘Voy a ser padre. Mi novia Merceditas va a tener un hijo que es mío. Kike’. Cuando entró la profesora, ordenó que todos los alumnos se sentaran y borró lo escrito en el encerado. Dirigió una mirada al pupitre de Kike. Vio que estaba vacío y comenzó la clase.

11.4

En el portal, Teresa se detuvo sólo para mirar el buzón de las cartas. No había ni papeles de propaganda ni cartas de los bancos. Las habría recogido su marido. Tras cerrar la portezuela, se giró y se topó con una desagradable sorpresa.

—¡No tenía por qué haberme mentido! - gritó Rafaela con ira - Si no quería reconocer que su hijo era terrorista y que había matado al mío, podía haberse callado. No tenía por qué mentirme.

—¡Lo siento! - replicó Teresa con nerviosismo - Entonces, no sabía que estaba implicado.

—¿Me puede decir ahora por qué mataron a mi hijo?

—Yo no sé nada. Se lo digo de verdad.

—Mi hijo no había hecho ningún mal a nadie. Sólo defendía el orden.

—Lo siento muchísimo. De verdad. - suplicó Teresa.

—Pregunte a su hijo por qué mataron al mío. -gritó Rafaela mientras salía del portal.

11.5

La elegante y bella dama vestida de negro y rojo se hallaba esa tarde en el pasillo de la escuela especial para la educación de jóvenes discapacitados en la ciudad. Estaba mirando los papeles colocados en el cartel de anuncios. En ese momento, al término de la última clase, Kike salió corriendo para cumplir la advertencia de su padre adoptivo. Ella se giró. El hizo un movimiento extraño. Se chocaron. El joven cayó al suelo. La dama se inclinó para atenderle solícitamente y con afecto. Pero Kike se levantó y salió corriendo

sin detenerse siquiera a mirarla.

11.6

—Ana. Soy Jesús del Río, subdirector de ‘Patria’. ¿Sabes dónde iba Rubén esta mañana?

A la abogada la pilló la llamada telefónica camino de los juzgados para interesarse por los que habían sido detenidos en la última redada masiva. Llevaba bastante prisa porque deseaba agilizar los trámites en esa mañana de sábado con el fin de lograr la puesta en libertad provisional del mayor número posible.

—No tengo idea. -- respondió Ana - Yo he quedado con él para el lunes. Pero hoy no sé nada de él. ¿Es algo urgente?

—Nada especial. Quería comentarle que he puesto en marcha el reportaje sobre la situación de los presos. A ti ya te entrevistaron. ¿Verdad?

—Hace mucho tiempo. Se va a quedar viejo ese reportaje. A ver si lo soltáis de una vez.

—Mañana sale. Te sacaremos guapa en la foto.

—A ver si es cierto. Chiao. Si veo a Rubén, le digo que andas buscándole.

11.7

—¡Antonio!

No contestó nadie. Teresa llegó hasta el salón quitándose la chaqueta. Iba a dejarla en el respaldo de una de las sillas, cuando vio una carta abierta encima de la mesa. Era del colegio de Toni. Teresa sacó inmediatamente sus gafas. Le temblaban las manos. El texto, breve, estaba escrito en papel oficial y con ordenador. "Señores Manzanal". Ni siquiera ponían queridos o estimados, como señalan las mínimas normas de educación. En cartas anteriores, se deshacían en atenciones. "La junta rectora de este dentro educativo ha tomado la decisión de expulsar a su hijo Antonio Manzanal Aquende. En cuanto nos sea posible, le enviaremos la documentación académica que obra en nuestro poder. El director y presidente de la Junta Rectora." No había ni despedida.

—¡Hijos de puta cobardes!

Cuando se quiso dar cuenta, se encontraba buscando una nueva caja de pastillas. Se quedó mirándola. No se había atrevido a cogerla después del accidente que le costó su estancia en el hospital.

—Una sola pastilla no es ningún intento de suicidio.

Ella misma se convenció. Cogió la caja. La abrió. Dejó caer en su mano derecha una pastilla. Empujó un poco más para que cayera otra. De todos modos, cuando terminara esa caja no iba a comprar ninguna más. Se acercó al lavabo. Tomó agua en un vaso y tragó las

dos pastillas. Antes de que le hicieran efecto, se sintió mejor.

11.8

El padre de Kike asintió casi reverencialmente a todo lo que le dijo la asistente social de la escuela especial. Manifestó su enfado por la actitud de su hijo asumiendo públicamente el embarazo de su novia. Expuso su opinión de que la noticia tenía que ser necesariamente falsa, pero se mostró dispuesto a investigar sobre lo sucedido y a tomar las medidas que fuera preciso tomar. Al despedirse, agradeció muy efusivamente a la asistente social, por la educación que estaban dando a su hijo.

11.9

□¿Es el periódico 'Patria'?

□¿Es para poner algún anuncio?

□No es para poner ningún anuncio. Llamo de la policía forestal. Debo informarles de que hemos encontrado a Rubén de Costablanca muerto con un disparo en la sien junto a un árbol.

□¿Quién ha dicho que es Vd?

□A mí, me han encargado que les llame. Simplemente les digo lo que me han ordenado.

□¿Dónde han encontrado a Rubén?

□Estamos en el kilómetro 37 de la carretera de la Costa Oeste. Lo siento. No le puedo decir nada más.

11.10

□Dígame. - preguntó Teresa con temor.

□Soy María Luisa.

□¡Qué sorpresa! ¡Es una gran alegría oírte¡

Había logrado evitar al vigilante que le había puesto su madre. Tuvo que explicar que estaba hablando desde la casa de una compañera que tenía teléfono en su habitación. Se disculpó por no haberlo intentado antes y también agradeció los mensajes por e.mail.

□Deseo ponerme en contacto con Toni.

□El día de visitas es el sábado por la tarde. ¿Quieres venir conmigo?

□Mi madre me tiene muy vigilada. Le diré que un grupo de amigas vamos a realizar una excursión que nos ha propuesto el profesor de biología. A ver si cuela.

□Te espero aquí, en mi casa, después de comer. Iremos juntas.

□Es mejor que nos encontremos en el embarcadero.

□Estaré allí a las tres y media. Yo te sacaré en billete.

Teresa hubiera querido estar más tiempo hablando por teléfono con la novia de su hijo. Pero María Luisa tenía que colgar. No podía

llegar tarde a casa. Cualquier retraso crearía sospechas en su madre. Era mejor no provocar ningún problema para que creyera la mentira de la excursión de biología.

11.11

Todos los trabajadores del periódico 'Patria' quedaron conmocionados por la noticia. Se reunieron inmediatamente en asamblea. Entre muchos nervios y un gran desconcierto, se tomaron dos decisiones. El subdirector Jesús del Río, pidió calma a todos. Los redactores de todas las secciones se dedicarían a cubrir desde todos los frentes la noticia de la muerte de Rubén. Debían dejar todo lo que estaban haciendo. Sería la única información destacada del día. Si ocurriera algo muy importante en el mundo, se metería de agencia. El, personalmente, iba a acudir al lugar indicado de la carretera de la Costa Oeste para recoger el cadáver. Iba a llevar dos teléfonos móviles para estar localizado en todo momento. A ese mismo lugar, debían ir tres redactores y dos fotógrafos.

11.12

—¡Todo es vedad completa!

—Merceditas, soy tu madre. Estoy totalmente de tu parte. No debes engañarme. Es peor para ti.

—He dicho que es vedad.

—¿Cómo sabes que estás embarazada?

—He hecho la pueba en la fadmacia.

—No te puedo creer. No te has podido hacer ninguna prueba en ninguna farmacia. ¿Qué es lo que pretendes?

—No me queas, si no quiedes.

—Quiero creerte, pero no puedo.

Por mucho que lo intentó, doña Mercedes no pudo sacar ninguna información más a su hija. Con palabras amables, le dijo que podía confiar en ella y que estaba dispuesta a ayudarla en todo. Sin embargo, Merceditas se mostró huraña. Repitió que Kike y ella habían decidido arreglar solos sus problemas.

11.13

—¿Señora de Aquende? Le llamo del despacho de don Álvaro Ruiz de la Peña.

Era la recepcionista llamativa. Por teléfono, demostraba el mismo deseo excesivo de agradar hasta el empalago. Tenía que dar a Teresa un recado doble de parte del ilustre y caro abogado. En primer lugar, le rogaba que el martes siguiente fuera al despacho hacia el mediodía para dar un paso más en la preparación de la defensa de su hijo. El segundo recado era más confidencial. Le recordaba la necesidad de mantener una absoluta reserva sobre ese

caso. El señor Ruiz de la Peña estaba especialmente preocupado por mantener en secreto las gestiones que estaba realizando. Creía que una buena parte del éxito radicaba en ese silencio.

—Dígale al señor abogado que de mi boca no va a salir ni una palabra sobre este asunto. - ratificó Teresa.

11.14

Kike estaba temblando, en el salón de su casa, de pie delante sus padres. Santiago estaba muy enfadado. Lo manifestaba con reproches muy severos y con actitudes amenazantes. Quería lograr, a toda costa, que su hijo adoptivo confesara que era mentira lo que había escrito en el encerado y expusiera los motivos para haberlo dicho.

—No es mentida. Meceditas está embadazada. – repetía el joven a todas las preguntas y amenazas de su padre.

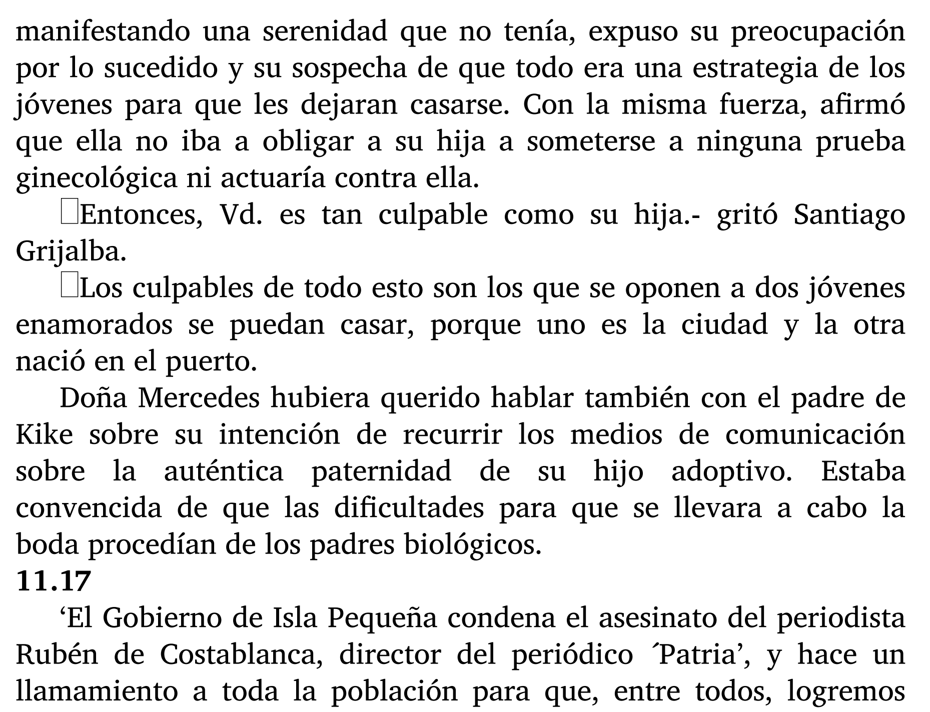
La madre, sin atreverse a intervenir, imploraba a su marido que le dejara en paz. Mientras, se limpiaba con un pañuelo sus abundantes lágrimas. Santiago impuso un muy severo a castigo a su hijo. Le ordenó que se fuera a su habitación y no saliera hasta que le llamaran.

11.15

‘El Ejercito de Liberación de Isla Pequeña denuncia el cruel asesinato fascista llevado a cabo en la persona del director del periódico ‘Patria’ de la forma más vil y miserable que se puede atentar contra una persona’. De esta manera comenzaba el comunicado que hizo público el grupo terrorista. Añadía que ´hacemos responsables de este inhumano atentado a las fuerzas de la policía fascista y opresora así como a los componentes del actual gobierno de Isla Pequeña. Este acto salvaje forma parte de la campaña de exterminio que están dirigiendo contra los que luchan por la liberación de su patria’. ‘Esta organización armada, terminaba el comunicado, desea hacer de nuevo público su compromiso de mantenerse en la lucha hasta la consecución definitiva de esa liberación y esas reivindicaciones. A la vez, advierte que estos atentados logran el efecto de mantenernos más firmes en nuestra lucha.’

11.16

Doña Mercedes dejó hablar al padre de Kike para que se desahogara. Estaba muy nervioso y enfadado. Acusaba a la madre y a la hija de haber engañado a su hijo adoptivo. Exigía que se solucionara el asunto con una confirmación de que el embarazo era mentira. Si eso no se hacía, estaba dispuesto a recurrir hasta donde fuera necesario para aclarar la situación. La echadora de cartas,



manifestando una serenidad que no tenía, expuso su preocupación por lo sucedido y su sospecha de que todo era una estrategia de los jóvenes para que les dejaran casarse. Con la misma fuerza, afirmó que ella no iba a obligar a su hija a someterse a ninguna prueba ginecológica ni actuaría contra ella.

—Entonces, Vd. es tan culpable como su hija.- gritó Santiago Grijalba.

—Los culpables de todo esto son los que se oponen a dos jóvenes enamorados se puedan casar, porque uno es la ciudad y la otra nació en el puerto.

Doña Mercedes hubiera querido hablar también con el padre de Kike sobre su intención de recurrir los medios de comunicación sobre la auténtica paternidad de su hijo adoptivo. Estaba convencida de que las dificultades para que se llevara a cabo la boda procedían de los padres biológicos.

11.17

'El Gobierno de Isla Pequeña condena el asesinato del periodista Rubén de Costablanca, director del periódico ´Patria', y hace un llamamiento a toda la población para que, entre todos, logremos poner fin a esta escalada de violencia que asola la vida de nuestra sociedad'. Éste era el párrafo más destacado del comunicado de condena que hizo público la oficina de comunicación de la Primera autoridad.

11.18

—¡Todo ha desultado estupendo! Debedán casadnos. – dijo Merceditas mientras corría a abrazar a su novio en otro encuentro clandestino en el parque al salir de clase.

—Tengo miedo. Mi pade está enfadado mucho mucho. - dijo Kike con temor.

—Desiste. ¡Lo conseguidemos!

11.19

'¡Cabrón! Hijo de puta. Bien merecido lo tenías', - gritó Pedro López tras acercar su silla de ruedas hasta la ventana.

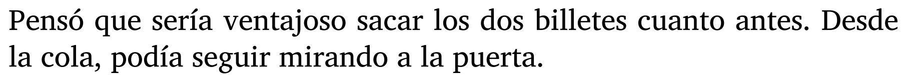
Su esposa se precipitó a cerrarla. Empujó otra vez la silla hasta una habitación interior con el fin de que sus gritos no fueran oídos.

—Ahí, puedes gritar lo que quieras.

—Hijo de puta, tu periódico ha dicho muchas mentiras sobre mi hijo asesinado.

11.20

Teresa llegó al embarcadero antes de las tres y cuarto de la tarde. Su adelanto sobre la hora prometida a María Luisa fue premeditado. Quería estar esperándola por si tenía algún problema.


Pensó que sería ventajoso sacar los dos billetes cuanto antes. Desde la cola, podía seguir mirando a la puerta.

—Dos billetes de ida y vuelta, por favor.

No sabía si María Luisa era puntual. En realidad, conocía muy pocas cosas sobre ella. Toni hablaba muy poco. Dio un repaso a las personas que estaban ya en el vestíbulo. Tampoco dejaba que entrara nadie sin ser registrado por su mirada. Salió. Volvió a entrar. Sonaron las sirenas indicando la próxima salida del barco. El controlador de los billetes hizo sonar su silbato. Sólo quedaba ella en el vestíbulo.

—Señora, el barco va a salir.

—Estoy esperando a otra persona.

—El barco no va a esperar.

El controlador estaba a punto de cerrar la entrada de pasajeros. Teresa se decidió a entrar. Dirigió una última mirada a la puerta. Casi empujada por el funcionario, subió a la embarcación. Se lo habría impedido su madre. Seguro que no se había creído lo de la excursión sugerida por el profesor de biología.

11.21

El periódico 'Patria' dedicó la práctica totalidad de sus páginas a la noticia del atentado contra su director. Presentaba un despliegue informativo sobre las reacciones de personalidades de la vida política, social, cultural y hasta deportiva de la isla. En las páginas de opinión, más numerosas que habitualmente, sobresalía un editorial que llevaba el título de 'El auténtico terrorismo'. En él, se argumentaba que esa muerte era un acto fascista porque había sido dirigido contra una persona que defendía los verdaderos intereses de Isla Pequeña. En los últimos párrafos, se exigía justicia para esclarecer los hechos así como para juzgar y condenar a sus autores. Sin embargo, manifestaba su desconfianza respecto a que eso fuera hecho por el gobierno.

11.22

El 'Diario de la isla' destacó la noticia del atentado contra el director de `Patria', pero no amplió el número de sus páginas. En su editorial, insistía en que la vida humana debe estar por encima de cualquier idea. Pero a continuación, añadía que quienes fomentaban la violencia debían ser conscientes de que se volvería contra ellos.

11.23

Cuando Toni entró en la sala común de visitas, ya estaban casi todas las mesas ocupadas. Teresa se levantó. Se abrazaron. Ella lo hizo más efusivamente. Mantuvo el abrazo. Se le escaparon algunas lágrimas.

—No llores, mamá.
—Perdona. No lo puedo remediar.
Pidió que le perdonara la reacción de la visita anterior. Toni aseguró que lo entendía perfectamente. Preguntó por su padre. Teresa le dio una información favorable. No le habló de los problemas del restaurante. Se detuvieron en las explicaciones sobre la vida en la cárcel. La madre preguntaba los detalles más insignificantes sobre las comidas, la ropa, las celdas y las compañías que tenía.
—¿Conoces a Samuel de Casavieja?
—Es uno de los que más me ha ayudado.
—He conocido a su madre. Es muy amable. Me ha parecido una buena persona a pesar de todo.
—¿Por qué dices a pesar de todo?
—Quiero decir que me ha parecido una buena madre que quiere mucho a su hijo.
Teresa había sacado la conversación sobre el jefe de la organización con el fin de dar pie a su hijo para que le hiciera alguna confidencia. No dio resultado. Toni seguía mostrándose tan reservado como siempre. Le explicó su intención de hacer todo lo posible para sacarle de la cárcel, pero no le dio detalles sobre el contrato que había firmado con el abogado Álvaro Ruiz de la Peña. Tuvo miedo a introducir un motivo de discordia en su conversación. En el abrazo final, la madre volvió a ser mucho más efusiva. También se le volvieron a escapar varias lágrimas. Esperó a ver si su hijo se volvía hacia ella antes de traspasar la puerta. Se volvió e hizo un gesto de despedida con la mano. Ese detalle la llenó de satisfacción.

11.24

La emisora radiofónica ‘La Voz del Puerto’ anunció, al término de sus informativos, que su servicio de documentación estaba preparando un reportaje sobre la existencia de un supuesto hijo discapacitado de la Primera autoridad, Martín Miranda, y su esposa Eulalia Blanco, que fue dado en adopción sin seguir los trámites y los plazos establecidos en las leyes. En ese anuncio, no se exponían más detalles, pero se prometía la próxima emisión de una información exhaustiva sobre el asunto.

11.25

Eugenia de los Ángeles volvió a llamar a su hijo para ordenarle que regresara a casa de modo inmediato y sin ninguna excusa. Dijo que la orden procedía de su padre. Aseguró que ella también tenía la convicción de que la banda terrorista iba a incrementar, en las

próximas fechas, sus actividades violentas con el fin de vengar la muerte del director de su periódico.

11.26

Mientras salía por los estrechos pasillos de la cárcel, Teresa sacó un cigarrillo del bolso. Lo encendió justo en el momento en que llegaba al vestíbulo. Tenía la cabeza baja para aprovechar mejor la llama de la cerilla. Al levantarla para expulsar la primera bocanada de humo, se encontró de frente con la figura menuda de la abogada de la organización.

—¡No crea que se va a salir con la suya!

Teresa tuvo que interrumpir la expulsión del humo del cigarrillo y comenzó a toser. Debió separarse de la puerta para dejar pasar. El ataque de tos fue especialmente ruidoso. Tiró el cigarrillo. Lo pisó con dificultades para apagarlo. El esfuerzo para toser le había hecho llegar varias lágrimas a los ojos. Tuvo que sacar el pañuelo para limpiarse. Los que pasaban se quedaban mirando.

—¿Qué desea ahora de mí?

—Le advertí que no hiciera ninguna maniobra contra nosotros.

—Yo no he hecho nada contra vosotros.

—Ha inscrito a un abogado bastardo en la defensa de su hijo.

—Soy libre para elegir el abogado que quiera.

—Lo que pretende es dividir a los presos. Ha habido ya muchos intentos. Nadie ha conseguido dividirlos. No crea que lo va a conseguir esta vez.

—¡Sólo deseo ayudar a mi hijo!

—Se lo advierto. Nuestra lucha va muy en serio. No vamos a ponerla en peligro por una señora cursi y estúpida.

11.27

En la redacción de la emisora radiofónica ‘La Voz del Puerto’, se recibió el siguiente apercibiendo oficial:’ La oficina jurídica de la Primera autoridad de isla pequeña del Sur ha iniciado los trámites para presentar una denuncia ante los tribunales por el anuncio de datos ofensivos contra nuestro principal mandatario. En el caso de continuar con la difusión de esos datos, se tomarán medidas ejecutivas para impedirlo’. Esta amenaza, unida a los muchos expedientes que ya tenía abiertos la citada emisora, aconsejó que, como medida de prudencia, debía aplazarse la emisión del reportaje anunciado sobre el hijo discapacitado de la Primera autoridad.

11.28

La reivindicación de la autoría del atentado mortal contra el director del periódico ‘Patria’ se hizo mediante una rápida llamada telefónica a la centralita de una cadena radiofónica muy escuchada

en la Isla. En esa llamada, se dijo que la acción había sido realizada por ‘un grupo recientemente creado con el nombre de Comando El macho cabrío. 5+5”. Aunque la comunicación fue muy corta, el portavoz anónimo añadió que su intención era responder de modo inmediato a todas las acciones que realizara el Ejército de Liberación. A la vez, justificó su nacimiento por la falta de firmeza que demostraba el gobierno en su lucha contra el terrorismo.

11.29

No había terminado Teresa de acomodarse en su casa, cuando sonó el timbre de la puerta. Se sobresaltaron los dos esposos. Ella se incorporó precipitadamente y estuvo a punto de caerse.

—¿Esperas a alguien?

—Yo, no.

—¿Quién puede ser, entonces?

—¿Yo qué sé?

—Sea quien sea, no dejes que entre. -pidió Teresa - Ya no estoy para recibir a nadie.

El marido se arregló un poco y se encaminó hacia la entrada. Teresa cerró la puerta del salón para que la visita inoportuna no llegara a molestar su deseada intimidad. Oyó cómo Antonio abría la puerta. No entendió lo que hablaba con la persona recién llegada. Notó, con alarma, que sus pasos se acercaban hacia el salón. Buscó un sitio dónde esconderse. No lo encontró. Cuando su marido abrió la puerta, apareció Eugenia de los Ángeles. Era la persona que menos esperaba y a la que menos desea ver en ese momento. Fue tal la sorpresa que no supo qué decir. La recién llegada, en cambio, venía muy decidida a exponer lo que deseaba.

—Sé que mi visita es inoportuna y desagradable. Desagradable sobre todo para mí. Quiero dejar clara definitivamente una cosa.

—¿Por qué no os sentáis? – logró decir el marido.

—No tengo tiempo de sentarme. He venido solamente a deciros a los dos que, como molestéis una vez más a mi hija, presentaré una denuncia ante los tribunales contra vosotros.

—No hemos molestado a tu hija para nada. –replicó Teresa.

—Es igual lo que digáis. No deseamos saber nada de vosotros. A partir de ahora, no os conocemos. No queremos pasar la vergüenza de saludaros. Quiero que quede claro. Si le dices otra vez a mi hija que vaya a visitar al terrorista de tu hijo,...

—Yo no le he dicho nada. Ha sido…

—No me importa lo que le hayas dicho. A la próxima, tendréis una citación de mi abogado. ¿Está claro?

Sin que mediara ninguna palabra más, la recién llegada se dio

media vuelta y con paso decidido, se dirigió hacia la puerta. Teresa volvió a llorar. Antonio no sabía qué hacer. Se dirigió también a la puerta. Solo tuvo que cerrarla. Eugenia de los Ángeles había salido ya.

Doce: Rechazo

12.1

—Dígame. ¿Qué desea?

Doña Mercedes, desde el mostrador de la librería exotérica, se dirigió a una clienta que miraba los títulos de los libros de la estantería, mientras terminaba de despachar. Al comprobar que estaban solas, la clienta separó la bufanda que cubría su rostro, parea ocultar su identidad y se acercó a la echadora de cartas.

—Soy Eugenia Blanco, la esposa de la Primera Autoridad.

—¡Vaya! Por lo menos da la cara.

—He venido para decirle que está completamente equivocada. ¡De verdad!

—De momento esa información ha servido para que venga hasta aquí.

—No sé quién le habrá dado esa información. Pero es totalmente falsa. Nosotros no tenemos ningún hijo. Ni capacitado ni discapacitado.

—¡Qué otra cosa va a decir!

—Se lo digo de verdad. Debe creerme. No podemos tener hijos.

—¿Entonces, por qué me han dicho eso a mí?

—No sé quien se lo habrá dicho. ¡Ha tenido que ser alguna venganza! He aprendido que el poder que tiene mi marido da muchos privilegios. Pero también genera muchos odios. Hay muchas personas importantes que desean hacernos daños.

—¡Me resisto a creerla!

—He venido hasta aquí para decírselo personalmente. Me he enterado sobre el caso de su hija. Sé que lo está pasando mal. Pero es mentira. ¡Yo no soy la madre de Kike! Me gustaría ayudarla. Pero no puedo hacer nada.

—Sí que puede hacer. Puede lograr que termine la violencia de una vez. Así Merceditas y Kike podrían casarse y vivir sin problemas.

—¡Qué más quisiera yo que poder lograr la paz!

—Puede hacer mucho más de lo que cree. ¡Inténtelo!

—Lo intentaré. Pero no tengo muchas esperanzas.

La esposa de la primera autoridad se había ido acercando hasta la puerta durante la conversación. Volvió a colocarse la bufanda sobre el rostro para no ser reconocida y salió.

12.2

—Estamos en una situación muy grave. Debes tomártelo en muy serio. En cualquier momento, pueden atentar de nuevo contra nosotros. Eugenia de los Ángeles había acudido, conduciendo su propio coche, hasta el aeropuerto para recoger a su hijo. Había pedido expresamente a los guardaespaldas que fueran en otro vehículo, aunque a muy corta distancia. Deseaba hablar con su hijo sin la presencia de ningún testigo extraño a la familia.

—Mamá, no pienso vivir acobardado. -contestó Juan Luis- Yo voy a hacer mi vida sin atender a sus amenazas.

—Eso es una inconsciencia. Debemos tomar todas las medidas posibles de seguridad durante un tiempo.

—Siempre estamos igual. Si cedemos ante ellos, hemos perdido. Yo quiero disfrutar de mi vida y también disfrutar de esta isla, que sería maravillosa si no fuera por esos hijos de puta.

—No vamos a discutir. De la seguridad de la familia, me encargo yo. Por lo tanto, tú obedecerás. Otra cosa. Tu padre está bastante enfadado contigo.

—Pues que se le pase el enfado. Estoy hasta las pelotas de él. Dile que me deje en paz. Ya soy mayor de edad.

—Quiere que comiences a trabajar junto a él.

—Todavía no he terminado de estudiar.

Hasta llegar a la residencia familiar, Eugenia de los Ángeles trató de convencer, sin gran éxito, a su hijo para que adoptara una vida más ordenada. En realidad, sentía tal pasión hacia él, que no se atrevía a reñirle ni a plantearle ninguna exigencia seria. Antes de salir del coche, le pidió esperara un poco.

—No te he dicho nada de los escándalos con las prostitutas y las jovenzuelas descarriadas.

—Mamá, no seas ridícula. Es una mera diversión.

—Lo de las niñas discapacitadas es algo muy serio y muy peligroso.

—Si aceptan ser putas, no serán tan discapacitadas.

—Sólo te digo que tengas cuidado. Estamos en una situación muy mala.

12.3

Durante la entrevista de Teresa con el señor Ruiz de la Peña, estuvo también presente el ayudante. No habló más que cuando su jefe le preguntó. Estaban preocupados porque el día anterior había tenido lugar otro atentado, aunque sin víctimas mortales. Debían darse prisa antes de que el clima de violencia se encrespara todavía más. Habían avanzado mucho en la preparación de la defensa. Mostraron a Teresa una gran cantidad de papeles oficiales,

documentos, timbres y otras partidas procesales. La mayoría de las cosas no las entendió. Contrariamente a lo que podía parecer, la utilización de palabras técnicas y expresiones propias de la alta abogacía no le pareció mal. Sacó la conclusión de que era algo importante, separado de sus conocimientos comunes y a la altura de cerebros privilegiados.

—Señora, no se preocupe porque no entienda algunos términos técnicos. Confíe en nosotros.

—Tienen mi entera confianza.

Entre las pocas cosas que expresaron con términos entendibles, Teresa se enteró de que iban a intentar cambiar el caso desde los tribunales de orden público y terrorismo a los tribunales ordinarios. Era una operación especialmente difícil. Nunca se había conseguido. Pero ellos tenían una fórmula. El señor Ruiz de la Peña quería hacer una visita a la cárcel y entrevistarse con Toni.

—Señor abogado, eso puede ser peligroso. -dijo Teresa con prevención.

—¿Por qué?

—Mi hijo tiene muy mal carácter. Puede recibirle de mala manera y discutir con Vd.

—Me había asustado. Temía que fuera violento y corriera peligro mi vida.

Quiso dar a estas palabras un tono de broma, pero no le gustaron a Teresa. Le preocupaba lo que pudiera pasar en esa visita. En las distintas conversaciones con el abogado, no le había explicado el convencimiento que Toni mostró al declararse miembro de la organización terrorista.

—Sería preferible realizar todos los trámites sin la colaboración de mi hijo.

—No se preocupe. Todos los trámites, absolutamente todos, los hacemos nosotros. Me da la impresión de que hay alguna cuestión que no quiere exponerme.

—No le estoy ocultando nada. Sólo tengo miedo a la entrevista con mi hijo.

—No debe tener ninguna preocupación. Estoy acostumbrado a entrevistarme con criminales muy peligros y con delincuentes muy retorcidos.

El abogado convenció a Teresa de la necesidad de mantener la entrevista con su hijo. Era un trámite procesal imprescindible. Normalmente iba él solo. En esa intimidad, captaba mejor el carácter y la situación en que se encontraba su cliente. En esta ocasión, podía hacer una excepción.

—¿Prefiere acompañarme Vd.?

—Puedo hacer de mediadora.

—¡Decidido! Si Vd. se queda más tranquila acompañándome, haré una excepción.

Teresa se quedó con ganas de insistir en que no se trataba de quedarse más tranquila. Pero el abogado cerró la cuestión en ese punto. Deseaba dejar la sensación de que estaba dispuesto a dar gusto al cliente. Era una manera de justificar su elevadísima minuta. El señor Ruiz de la Peña cerró la carpeta de los documentos. Los dos abogados se levantaron.

—Le avisaré cuándo podemos visitar a su hijo.

—Los días de visita son los sábados por la tarde.

—Los abogados podemos solicitar una entrevista con nuestro cliente cuando lo consideremos oportuno. No se preocupe por nada. La avisamos con antelación.

12.4

—¿Eres la secretaria de la señora Eugenia de los Ángeles?

—Sí. Dígame.

—Soy Mercedes de Puentenuevo, la de la librería exotérica. ¿Se puede saber por qué me mentiste?

—Perdóneme. No la entiendo.

—Tú viniste a mi librería a decirme quienes eran los padres biológicos de un chico discapacitado llamado Kike.

—Aquello era absolutamente confidencial.

—Confidencial, pero falso. Lo que quiero saber es qué motivo tenían para engañarme de esa manera.

—Nosotros habíamos confirmado esa información.

—No pudieron confirmarlo. ¡Es mentira!

—Le ruego que acepte mis disculpas. Voy a estudiar este asunto con la señora Eugenia de los Ángeles y la llamaremos. Seguro que la llamaremos.

12.5

A última hora de la madrugada, hizo explosión un artefacto de gran potencia en la puerta lateral de la comisaría central. Fue un estallido de enormes proporciones. El edificio se vio seriamente afectado. Se rompieron los cristales de los edificios cercanos y de los coches que estaban aparcados en las proximidades. Como consecuencia de esos desprendimientos, resultó herido, aunque de escasa consideración, el policía que estaba de guardia en el exterior. Hacia el mediodía se recibió, en las oficinas de esa misma comisaría, una llamada telefónica asegurando que ese atentado era una advertencia para 'el cabrón del comisario jefe'. El comunicante

advirtió que la próxima bomba no sería colocada cuando la comisaría estuviera vacía.

12.6

—Señora Mercedes, soy Julia, la madre de Kike. La he llamado por teléfono en cuanto ha salido mi marido. Tengo que hablar deprisa porque va a volver muy pronto… Es algo que él no quiere que sepa. Pero a mí, como madre, me parece muy importante… No se trata de nada de Kike. Ha venido el hijo de esa familia rica que tiene inclinaciones depravadas hacia las chicas discapacitadas… No quiero que le pase nada a Merceditas. Así que se lo advierto. Nada más. Doña Mercedes apenas tuvo tiempo para agradecérselo. Colgó inmediatamente alegando que su marido estaba a punto de regresar. La madre de Merceditas quedó muy agradecida porque esa advertencia era muy importante para ella.

12.7

—¡Señora Aquende, por favor!

La recepcionista del bufete de abogados apareció casi descompuesta ya en la calle. Su carrera le obligó a sujetarse las gafas y arreglarse el pelo. Teresa quedó sorprendida por el grito de la habitualmente tan sonriente señorita.

—El señor Ruiz de la Peña desea hablar de nuevo con Vd.

Volvió a entrar. No necesitó llegar hasta el despacho. El abogado la esperaba en el hall. La llevó a un lado para hablar más confidencialmente. Insistió en que mantuviera este asunto en secreto. De modo especial, había que tener cuidado con que no se enteraran los abogados relacionados con los presos. Por esa razón, no debía decir nada a su hijo.

—No se preocupe. No le diré nada. No pienso visitarle antes de ir con Vd.

Teresa sabía que era una verdad a medias. Cuando el señor Ruiz de la Peña aludió a los abogados de la organización, su cara cambió de expresión y quizá también de color. Le vino a la memoria la discusión que había mantenido a la salida de la cárcel. Evidentemente tenían ya conocimiento de los pasos dados.

—Señor Ruiz de la Peña, lo dejo todo en sus manos. Esperaré a que Vd. me avise para ir a visitar a mi hijo.

El abogado ilustre y ambicioso volvió a realizar el simulacro de besar su mano y la acompañó hasta la puerta. Teresa, nada más salir del edificio, sacó la caja de pastillas y tomó dos. Le hicieron daño en la garganta. Tenía en la mente la imagen menuda de la abogada de la organización.

12.8

—Merceditas, escúchame bien. No me voy a meter para nada en tus decisiones. Esto es otra cosa. Tengo noticias de que hay, por lo menos, un hombre pervertido que ataca a las chicas como tú. ¡Debes tener mucho cuidado! No te subas a ningún coche con nadie. No acompañes a nadie. No vayas con nadie. No entres a ningún portal, ni a ningún establecimiento. ¿Me estás oyendo bien? A la menor sospecha, te pones a gritar para que te ayuden. Merceditas, esto es muy, muy importante. ¿Me has oído?

—No seas pesada. Sé defendedme. Soy chica nodmal mayod.

—Sabes defenderte, pero estos hombres pervertidos son muy peligrosos.

12.9

El secretario de la comisaría dejó que el teléfono sonara varias veces antes de cogerlo, como medida de seguridad. Después, preguntó quién llamaba.

—Soy Eugenia de los Ángeles.

—¡Cuánto tiempo sin oír su voz! ¿A qué se debe este honor?

—Quiero preguntarle por qué nos mintió sobre la identidad de los padres naturales de un joven discapacitado llamado Enrique.

—Sólo puedo decirle una cosa. Aunque no lo crea, trataba de protegerla a Vd. y a su familia.

—¿Me puede explicar eso?

—Lamentablemente, no se lo pudo explicar. Pero debe creerlo.

12.10

El viernes a última hora de la mañana, le llegó a Teresa la llamada esperada. La recepcionista del bufete de abogados le comunicó, con todo tipo de ceremonias y protocolos, que el señor Ruiz de la Peña podría hacer un hueco en sus innumerables ocupaciones para trasladarse, el martes siguiente, a la cárcel con el fin de mantener la consabida entrevista con su hijo. No podía dar más detalles. El recado se completaba con el ruego de que a las once y media de ese día, se hallara en las inmediaciones del embarcadero para hacer el trayecto juntos.

12.11

—¿Doña Mercedes? … Soy Eugenia de los Ángeles. La llamo para pedirla disculpas sobre la falsa información que le hemos proporcionado. Le aseguro que lo hice con la mejor de las voluntades…. La engañada he sido yo…. Le ruego que me acepte las disculpas… Si sé algo más, se lo comunicaré, pro después de comprobarlo muy detenidamente…. Sí. Ha regresado mi hijo. Pero no debe tener ninguna preocupación. Se lo garantizo… De verdad. Confíe en mí. Su hija no corre ningún peligro en ese aspecto….

Muchas gracias por aceptar mis disculpas.

12.12

El martes, Teresa estaba esperando en la puerta del embarcadero. Había llegado con un cuarto de hora de adelanto. Mantenía el temor de que, durante la entrevista, Toni se comportara de modo incorrecto con el señor Ruiz de la Peña. En ese caso, intervendría para lograr que la reunión transcurriera con normalidad. A las once y media en punto llegó el abogado, acompañado de su ayudante. Descendieron de un lujoso coche que, tras dejarlos, continuó su marcha. Saludaron a Teresa con su protocolo habitual. Se encaminaron juntos hacia el embarcadero. Teresa se detuvo en el vestíbulo para recoger los billetes. Le explicaron que no era necesario. Se trataba de un viaje oficial. Al llegar a la cárcel, tampoco les preguntaron dónde iban, ni les pidieron ningún carnet, ni les exigieron acreditaciones para identificarse. El señor Ruiz de la Peña, además de ser conocido, era tratado con respeto. En el vestíbulo, el ayudante le entregó la cartera con los documentos. No estaría presente en la entrevista. Teresa estuvo a punto de proponer la conveniencia de hablar a solas con su hijo para predisponerle favorablemente, pero no se atrevió. El funcionario de prisiones con el manojo de llaves les fue abriendo puertas hasta la sala especial de visitas destinada a los abogados. No tenía ningún lujo, pero estaba limpia. Había una mesa y tres sillas.

—Por favor, traigan pronto al detenido. Tenemos prisa.

—Antes de cinco minutos, estará aquí.

12.13

Una semana más tarde de una explosión que tuvo lugar en la comisaría central, con exactitud casi matemática, otro artefacto de similar potencia estalló en la parte exterior de la cocina del ‘Mesón de los pescados’, en las proximidades del puerto, propiedad de la familia del líder del Ejército de liberación. Los desperfectos exteriores afectaron a la pared lateral, que quedó prácticamente destruida. En el interior, la cocina y el almacén se llevaron la peor parte. También, en el comedor, numerosas mesas fueron destrozadas. Tampoco, en esta ocasión, hubo víctimas por haberse realizado de madrugada.

12.14

Cuando quedaron solos en la sala de espera, Teresa aprovechó para sentarse. Hubiera preferido encender un cigarrillo o incluso tomarse un par de pastillas, pero no se atrevió a hacerlo en presencia del abogado.

—Me parece que está un poco nerviosa.

—Es muy importante que esta entrevista vaya bien.

—Va a ir bien.

—Mi hijo a veces es un poco cabezota. Quizá, al principio, se oponga a lo que le pida.

—No le voy a pedir nada. Simplemente deseo informarle de lo que vamos a hacer.

12.15

Rafaela y su marido se presentaron, antes del mediodía, para ver los desperfectos causados por la explosión en el edificio del ‘Mesón de los pescados. La esposa empujaba la silla de ruedas, mientras Pedro iba farfullando insultos y condenas como de costumbre. A pesar de su amistad con los agentes que ya habían acordonado el edificio, no pudieron acercarse.

—¡Hijos de puta! Estáis pagando con vuestra sangre los atentados que estáis cometiendo. ¡Y pagaréis mucho más!

12.16

Los cinco minutos que había anunciado el funcionario de prisiones pasaron. Pasaron otros cinco. El señor Ruiz de la Peña comenzó a incomodarse. Los nervios de Teresa aumentaron. Los dos miraban al reloj, pero no decían nada. Ella continuaba sentada. Él paseaba de una esquina a otra de la habitación. Se abrió la puerta y entró de nuevo el funcionario de llaves.

—¡El recluso se niega a venir!

—¿Por qué?

—Dice que Vd. no es su abogado.

El abogado, ilustre y ambicioso, se quedó sin saber qué decir. Sabía que un recluso no puede ser obligado a hablar con quien no quiera aunque se presente como su abogado. Teresa le miraba esperando recibir alguna indicación para intervenir.

—Dígale que está también su madre y quiere verle.

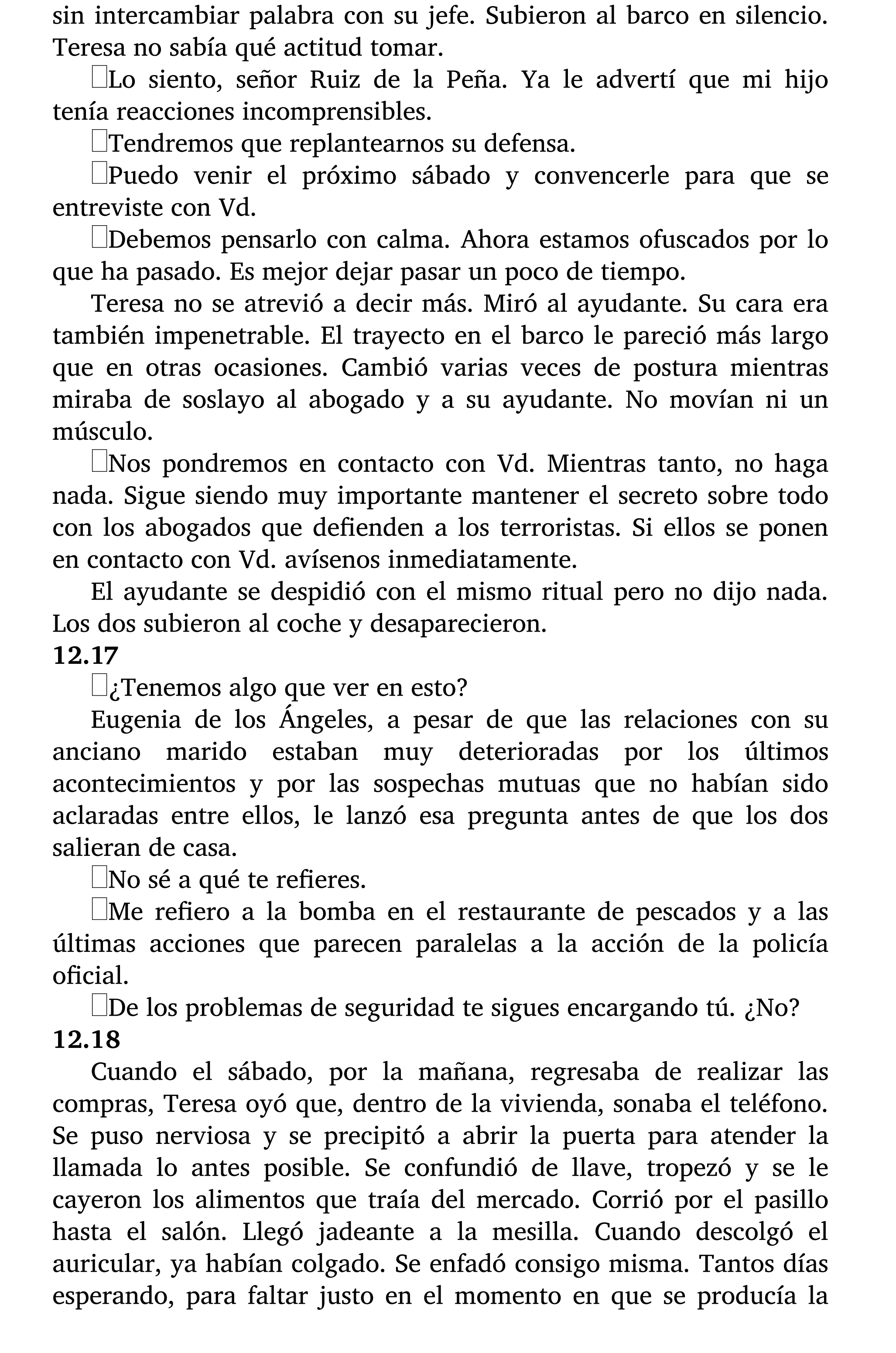
—Se lo hemos dicho. Ha respondido que tampoco desea hablar con ella.

El abogado estaba muy enfadado. Lo manifestaba con sus movimientos nerviosos. Fue recogiendo los papeles y metiéndolos en la cartera. El funcionario le miraba temeroso.

—¡Nos vamos!

—Lo siento, señor.

Teresa se levantó inmediatamente. También tenía miedo. Tomó su bolso. El abogado cogió su cartera y salió por delante, sin cederle el paso. Las ceremonias y protocolos de saludo habían quedado olvidados con el enfado. Caminaba con pasos largos. Teresa tenía que hacer esfuerzos para seguirle. En el vestíbulo, estaba esperando


el ayudante. Miró a los dos, pero no dijo nada. Recogió la maleta sin intercambiar palabra con su jefe. Subieron al barco en silencio. Teresa no sabía qué actitud tomar.

—Lo siento, señor Ruiz de la Peña. Ya le advertí que mi hijo tenía reacciones incomprensibles.

—Tendremos que replantearnos su defensa.

—Puedo venir el próximo sábado y convencerle para que se entreviste con Vd.

—Debemos pensarlo con calma. Ahora estamos ofuscados por lo que ha pasado. Es mejor dejar pasar un poco de tiempo.

Teresa no se atrevió a decir más. Miró al ayudante. Su cara era también impenetrable. El trayecto en el barco le pareció más largo que en otras ocasiones. Cambió varias veces de postura mientras miraba de soslayo al abogado y a su ayudante. No movían ni un músculo.

—Nos pondremos en contacto con Vd. Mientras tanto, no haga nada. Sigue siendo muy importante mantener el secreto sobre todo con los abogados que defienden a los terroristas. Si ellos se ponen en contacto con Vd. avísenos inmediatamente.

El ayudante se despidió con el mismo ritual pero no dijo nada. Los dos subieron al coche y desaparecieron.

12.17

—¿Tenemos algo que ver en esto?

Eugenia de los Ángeles, a pesar de que las relaciones con su anciano marido estaban muy deterioradas por los últimos acontecimientos y por las sospechas mutuas que no habían sido aclaradas entre ellos, le lanzó esa pregunta antes de que los dos salieran de casa.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a la bomba en el restaurante de pescados y a las últimas acciones que parecen paralelas a la acción de la policía oficial.

—De los problemas de seguridad te sigues encargando tú. ¿No?

12.18

Cuando el sábado, por la mañana, regresaba de realizar las compras, Teresa oyó que, dentro de la vivienda, sonaba el teléfono. Se puso nerviosa y se precipitó a abrir la puerta para atender la llamada lo antes posible. Se confundió de llave, tropezó y se le cayeron los alimentos que traía del mercado. Corrió por el pasillo hasta el salón. Llegó jadeante a la mesilla. Cuando descolgó el auricular, ya habían colgado. Se enfadó consigo misma. Tantos días esperando, para faltar justo en el momento en que se producía la

llamada. Era mala suerte. Se resignó a recoger las frutas caídas por el suelo. Comenzó a preparar la comida. Estaba poniendo un cazo de agua a calentar, cuando volvió a sonar el teléfono. Estuvo a punto de tirarlo al suelo en su precipitación. Esta vez, no se le iba a escapar. Levantó el auricular con rapidez. Era la recepcionista del abogado. Su saludo fue mucho más seco que en otras ocasiones.

—El señor Ruiz de la Peña le ruega que pase por su despacho a las doce.

—¿De hoy?

—Sí. Dentro de hora y media.

—Hoy es sábado.

—Ante lo que ha pasado, hemos venido a trabajar.

—¿Qué ha pasado?

—¿No ha leído el periódico? Bueno, periódico o lo que sea.

—No sé a qué se refiere.

—Entonces, compre ‘Patria’ antes de venir.

12.19

—Está ahí la abogada Ana de Casavieja. Ha presentado una denuncia por el ataque al ‘Mesón de los pescados’ de su hermano. ¡Quiere hablar con Vd.!

—¿Para qué? - preguntó al agente el secretario de la comisaría central.

—Quiere saber si se va a investigar con urgencia.

—Dile, muy reposadamente, que antes tenemos que investigar el ataque a esta comisaría.

12.20

Cuando Teresa llegó al kiosco, había otras dos personas esperando. Dejó que terminaran. Le daba vergüenza pedir ese periódico. Cuando se quedó sola, lo pidió en un tono muy bajo.

—No la he oído. ¿Qué periódico desea?

Tuvo que repetir el nombre, cuando ya se habían acercado otros dos compradores. Lo recogió, pagó y se fue. Ni siquiera se atrevió a desplegar la primera página para adelantar la lectura. Además, no había traído las gafas. Intentó que nadie conocido pudiera ver que llevaba ese periódico. Caminó hasta su casa con precipitación y entró sin girar la cabeza en ninguna dirección. Extendió el periódico sobre la mesa de la cocina y fue a coger las gafas. Recorrió la primera página en busca de la noticia. El principal titular se refería a una denuncia contra la Primera autoridad, acusándole de malversación de fondos. La foto central recogía la detención de tres militantes antinucleares. No iba a haber nada. Dos titulares a dos columnas referidos al deporte. Sí. En la esquina inferior izquierda.

Aparecía en una sola columna, pero con letra gruesa. "Intento de dividir a los presos patriotas". En letras más pequeñas se añadía: "Maniobras del abogado ultraconservador Álvaro Ruiz de la Peña". En la línea siguiente, se decía que la información era ampliada en la página quince. Teresa se precipitó a buscarla. Ocupaba toda la página. El título principal llenaba las cinco columnas. Destacaba también una fotografía en la que aparecía el señor Ruiz de la Peña saludando a la Primera autoridad en una actitud de sometimiento. Sin duda, la habían elegido para evidenciar de parte de quién estaba este destacado abogado al que volvían a calificarle de ultraconservador en letras grandes. Se sentó para leer toda la información. No se citaba en ninguna ocasión el nombre de Toni ni el de ella. Se presentaba la operación como una iniciativa del gobierno y de la policía. Habían pagado una gran suma de dinero al abogado para dividir a los presos de la organización ofreciéndoles la salida de la cárcel con la condición de que renunciaran a la lucha armada. No levantó la cabeza hasta terminar el artículo. Después, se quitó las gafas y se frotó los ojos. No sabía cómo interpretarlo, pero entendía que el abogado estuviera enfadado. Estaba asustada por las dimensiones que había adquirido el caso. Lo que más le preocupaba era la repercusión que esas acusaciones tendrían en la defensa de su hijo.

12.21

—Si me va a decir otra mentira, es mejor que no me diga nada. -afirmó con vehemencia Eugenia de los Ángeles en cuanto supo que estaba hablando por teléfono con el secretario de la comisaría central.

—Le quiero hablar de su hijo.

—Supongo que ya sabe que le hemos obligado a venir de Isla Grande. Yo personalmente he llevado a cabo esa operación y le he advertido de que tiene que cambiar de conducta, porque estamos en una situación muy peligrosa.

—Su hijo no le ha hecho ningún caso.

—¿Qué quiere decir?

—Sigue armando los mismos escándalos, pero ahora aquí. Ayer por la noche, tuve que parar otras tres denuncias en tres ‘puticlubs’ distintos. Sigue atacando a niñas discapacitadas.

—¡Déjelo en mis manos!

—En sus manos está, pero no consigue hacer nada.

—Lo soluciono. ¡Se lo aseguro!

12.22

—¿Es que nadie oye el teléfono o qué?

Antonio estaba enfadado porque ninguno de los trabajadores del Gran restaurante del arroz cogía el teléfono. En realidad, el enfado era solo aparente. Estaba contento porque, en ese momento, había muchos clientes en el comedor y había que trabajar sin descanso para servirlos. Fue él quien cogió el auricular.

—Gran restaurante del arroz, dígame.

—Hijo de puta, padre de terrorista. La próxima bomba será para vosotros.

Antonio se quedó cortado por la amenaza inesperada. Pero antes de colgar, tuvo el arranque de contestar al interlocutor anónimo diciendo 'Hijo de puta tu padre'.

12.23

La joven recepcionista no estaba tan arreglada como en otras ocasiones. Tampoco se mostró sonriente. Con sequedad, indicó a Teresa que debía esperar.

-El señor Ruiz de la Peña está preparando unos documentos.

Cuando se quedó sola, Teresa pensó qué documentos podía estar preparando el abogado. Analizó muchas posibilidades. Seguramente estaría redactando una réplica para contrarrestar las noticias aparecidas. Necesitaría su testimonio. Desde luego, le apoyaría. Se estaba reafirmando en este propósito, cuando la recepcionista le indicó que debía pasar al despacho del señor Ruiz de la Peña. El abogado no salió a recibirla como en otras ocasiones. Simplemente hizo un gesto para indicar que se sentara.

—Supongo que conoce lo que ha pasado.

—He leído lo que dice el periódico. Estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para apoyarle.

—He tomado una decisión. – dijo el abogado con severidad y sin mirar a la cara a Teresa.

—¡Dejo definitivamente la defensa de su hijo!

—¡No puede hacer eso!

—No tenía que haberla aceptado nunca. Ya le dije, desde un principio, que el terrorismo es esencialmente perverso.

—Vd. se ha comprometido. Tiene la obligación de seguir.

—Lo siento mucho. ¡Mi vida está en peligro! Lo que ha aparecido en ese panfleto es una amenaza de muerte. Deberé marcharme de Isla Pequeña.

—¿Qué va a ser ahora de la defensa de mi hijo?

—Aunque Vd. no lo crea, hasta ahora he hecho un esfuerzo sobrehumano en su defensa. Pero todo es inútil. No puedo hacer nada por él.

—No puede contentarse con decirme eso.

—Le diré algo más, aunque excede mi compromiso. -el señor Ruiz de la Peña adoptó una actitud más confidencial- Vd. habrá pensado que acepté su caso sólo por dinero. Lo acepté porque me interesa mucho que el conflicto violento de esta isla se solucione. La defensa de su hijo me ha permitido reflexionar. He llegado a la conclusión de que, en el caso hipotético de ser posible, sólo cabe una solución global. No hay una salida para su hijo fuera del conjunto.

—¡No puedo esperar tanto!

—Tendrá que hacerlo.

—Ni puedo ni quiero esperar.

Teresa trató de convencerle para que siguiera con la defensa de su hijo. Tampoco tenía muchos argumentos. Sólo utilizaba la existencia del compromiso y del contrato firmado para insistir en la obligación de seguir con los trámites iniciados. El abogado había adoptado de nuevo su actitud de frialdad habitual.

—Tengo preparada la rescisión de su contrato. Le he descontado los gastos realizados hasta ahora. Aquí le he preparado un cheque por la cantidad restante.

—Señor Ruiz de la Peña, no puedo aceptarlo.

—Es demasiado tarde. No tenía que haber empezado. Firme aquí, por favor.

—No estoy de acuerdo en...

—Si no está de acuerdo, es lo mismo.

12.24

—¡Eh! Chica. ¿Quieres subir al coche? Te llevo a tomar una copa.

Merceditas ni siquiera miró al lujoso coche que se había parado a su lado. Echó inmediatamente a correr, cumpliendo el consejo que le había dado su madre.

Trece: Las madres

13.1

—Perdóneme. ¿Cómo me ha dicho que se llama? Sé que debo acordarme. Pero soy fatal con los nombres.

—Me llamo Mercedes. Y mi hija, Merceditas.

—Señora Mercedes, - dijo Teresa - estoy dispuesta a lo que sea para sacar a mi hijo de la cárcel. Si hay que asociarse con el diablo, me asocio con el diablo.

—¿No me estará comparando con el diablo?

—No se ofenda. Deseo decir que estoy dispuesta a colaborar con Vd. en todo lo que vaya encaminado a solucionar el problema de mi hijo.

—El problema de su hijo y el de mi hija tienen la misma solución.

—¿Cuál?

—Hay que lograr la pacificación de esta puñetera isla.

—Eso es muy fácil de decir. Pero nadie sabe cómo lograrlo.

—De momento Vd. y yo hemos avanzado mucho. Hasta ahora siempre me había dicho que no quería saber nada conmigo. Desde este momento, vamos a colaborar para solucionar el problema de nuestros hijos.

—No lo considero un gran avance. Todavía no me ha propuesto nada.

—Tengo una propuesta muy concreta. Debemos reconciliarnos las madres de los implicados en esta violencia. Las de un lado y las del otro.

—Eso no va a sacar a mi hijo de la cárcel.

—¡Esa es la única solución!

—Bueno. Deje que lo piense un poco mejor.

—Mañana me pongo de nuevo en contacto con Vd.

—Me parece que tiene mucha prisa.

—No hay tiempo que perder.

13.2

La toma de posesión de Arturo Fernández como nuevo director del ‘Diario de la isla’ se celebró con austeridad. Premeditadamente se convirtió en un homenaje al anterior director, asesinado por el Ejército de liberación. En todos los discursos, se insistió en la decisión de seguir la misma línea informativa. Eugenia de los Ángeles, como principal accionista del periódico, asistió al acto. En

contra de su costumbre, su marido la acompañó. Ambos declinaron hablar en público. Los dos mantuvieron una reunión privada con el nuevo director. Aunque no fue muy explícito, Arturo Fernández les comentó algunos propósitos innovadores que deseaba poner en marcha. El principal cambio se refería a la información sobre el terrorismo en general y sobre las acciones del Ejército de liberación en concreto. Era partidario de adoptar una actitud más beligerante. Deseaba poner en marcha una operación informativa para provocar la división interna dentro de la organización. Destacaría las noticias referidas a sus contradicciones y a las luchas intestinas.

Nuestra actuación debe estar siempre dentro de la legalidad. -dijo Eugenia de los Ángeles.

Por supuesto, señora. – afirmó el nuevo director en un intento de evitar cualquier discusión ante el mutismo del viejo empresario -Todo lo que hagamos en el periódico será absoluta y estrictamente legal.

El nuevo director, al despedirse, tuvo especial cortesía con Eugenia de los Ángeles y una gran cordialidad con su esposo. Ella se sorprendió un poco ya que su marido, desde hacía tiempo, no intervenía en la marcha del periódico. Lo interpretó como un agradecimiento general hacia la familia por haberle ascendido hasta ese puesto de responsabilidad.

Todos confiamos mucho en su trabajo. –dijo ella al salir.

13.3

Cuando Teresa regresó a casa, su marido ya se había ido. Los papeles de rescisión de contrato del abogado, que habían estado dos días sobre la mesa del salón, ya no se hallaban allí. Lo entendió como un signo de que Antonio había decidido encargarse de ese asunto para recuperar el dinero. No le disgustaba que su marido se enfrentara al abogado. En cuanto volviera, iniciaría una conversación amistosa con él. Era perjudicial que permanecieran enfadados. Sería desde luego, una reconciliación provisional. Cuando se arreglara lo de Toni, pensaría definitivamente en el futuro de su matrimonio.

13.4

'Tendremos que marcar una línea editorial más dura en el periódico' Ana de Casavieja se mostró muy contundente en la reunión que mantuvo con Jesús del Río inmediatamente después de ser confirmado como nuevo director del periódico 'Patria'. La abogada tenía una especial incidencia en la marcha del periódico no sólo por pertenecer al Consejo de Administración sino por sus contactos con los líderes de la organización armada. El

nombramiento como director de Jesús del Río se había debido a su influencia. Mantenía con él una estrecha amistad y ambos integraban la línea dura, contraria a llevar a cobo negociaciones para terminar con la lucha armada.

—Sobre todo, habrá que ser muy exigente y muy crítico con el gobierno. – insistió la abogada.

13.5

—¡He presentado una denuncia contra Ruiz de la Peña! - dijo Antonio a su esposa nada más regresar a casa.

—Si queremos arreglar la situación de nuestro hijo, no nos conviene meternos en líos. - contestó Teresa poniendo en práctica el tono conciliador de la conversación con doña Mercedes.

—De mí, no se ríe nadie, aunque mi hijo esté en la cárcel por terrorista.

—El abogado también lo está pasando mal por las amenazas.

—Eso no le da derecho a robarnos. Que no se hubiera metido en este lío. Tú también has tenido la culpa.

Teresa se retiró de la discusión. No tenía ganas de volver a enfadarse con su marido. Al revés, prepararía una buena comida casera para iniciar la reconciliación. Mientras terminaba de vestirse para ir al mercado, notó una nueva opresión en el pecho. Tenía fuertes palpitaciones junto al corazón. Se sentó. Era necesario terminar cuanto antes con ese lío de la libertad de su hijo. Después, tendría todo el tiempo del mundo para ocuparse de su salud.

13.6

—¡Señora!

Teresa temió que la llamara la abogada de la organización radical. Detuvo el paso. Giró la cabeza. Efectivamente se encontró con la persona que no deseaba ver. Hacía gestos para que se acercara. Teresa se quedó inmóvil mirándola.

—¿Qué desea de mí?

—He venido a hacerle una última advertencia. Todos estamos en la misma guerra. Nos salvamos todos o no se salva nadie. Su hijo saldrá de la cárcel, cuando salgan los demás.

Teresa tenía preparada su réplica, pero la idea expuesta por la abogada la detuvo. Era la misma conclusión a la que había llegado el letrado ilustre y ambicioso. También coincidía con la propuesta que le había hecho la echadora de cartas. El momento que dedicó a pensarlo le hizo perder el turno en la conversación.

—¿Quiere hacer algo bueno por su hijo? – añadió la abogada.

—Por supuesto, que quiero hacerlo. Ya lo estoy haciendo.

—Lo mejor que puede hacer por su hijo es unirse a su lucha.

—Yo sé lo que tengo que hacer. No tiene que darme lecciones.

Teresa se dio la vuelta y dejó plantada a la joven abogada. Estaba confusa tras esa discusión inesperada. No se había alejado mucho, cuando oyó por detrás sus últimas palabras.

—¡Es la última advertencia!

Se detuvo. Cuando se volvió para replicar, ya no estaba la joven abogada. Había cruzado la calle. De todos modos, Teresa soltó lo que le pedía el cuerpo.

—Salvaré a mi hijo a pesar de todos vosotros.

13.7

-Si no me dejas salir libremente, me corto las venas. - dijo María Luisa en uno de los enfrentamientos con su madre.

—No te puedo dejar libre. Eres una irresponsable.

—Lo digo completamente en serio.

—Yo también lo digo en serio.

13.8

—Acepto su propuesta. – dijo Teresa a doña Mercedes- Intentaremos reconciliarnos las madres. Es lo que pretende el padre Anselmo con la Hermandad de Abraham.

—Lo que dice el cura ese es algo muy complicado. Los curas siempre tienen dos o tres intenciones a la vez. Nosotras debemos luchar por nuestros hijos. Tenemos que ir ganando partidarias una a una. Esto es lo efectivo.

—No tiene que convencerme. ¿Por quién empezamos?

—Por la madre del jefe de policía asesinado.

—Es el delito del que acusan a mi hijo. Ese será un encuentro muy fuerte. Yo he tenido ya varios choques con ella.

—Lo mejor es agarrar al toro por los cuernos.

13.9

—Tenemos que potenciar las páginas de tu sección.

El nuevo director del ‘Diario de la isla’ comenzó la ronda de entrevistas con los mandos intermedios del periódico por Pedro Garcinuño, el jefe de sección de información política. Tras hacer un balance de sus páginas, le explicó con detalle el propósito que ya había recibido el beneplácito de los principales propietarios para potenciar las divisiones internas del Ejército de liberación. Deseaba que él se encargara detenidamente de esas noticias, aunque tuviera que delegar en otros compañeros los trabajos de maquetación. Incluso aludió a la posibilidad de disponer de algún redactor más que ayudara a realizar las investigaciones. El jefe de sección realizó algunas preguntas para precisar el nuevo encargo, pero no puso ninguna pega.

Será un homenaje silencioso al director que han asesinado.

13.10

¿Podemos hablar un momento con Vd.? - preguntó doña Mercedes, cuando se acercó, en unión de Teresa, a la casa de Rafaela.

¿Qué quieren ahora? -respondió la portera con desconfianza.

Doña Mercedes cogió del brazo a Teresa para que se adelantara y tomara la iniciativa en la conversación. Ésta se resistió un momento. Pero inmediatamente respiró con fuerza y se acercó.

Quiero pedirle que nos reconciliemos.

¿Quiere que olvide que mi hijo fue asesinado por su hijo terrorista? ¿Eso es lo que me quiere pedir?

La reconciliación es la mejor aportación que podemos hacer las madres para solucionar esta situación.- dijo doña Mercedes con la intención de acercar las posturas.

Vd. no intervenga. – terció Rafaela - Su marido también fue un terrorista.

Ni Vd. ni yo hemos hecho nada. – Intervino Teresa - Si nos reconciliamos, ayudaremos a conseguir una solución para todos.

Vd. desea que su hijo vuelva a casa. Eso lo que quiere conseguir. ¿Verdad?

Eso es una de las cosas que quiero.

Mi hijo ya no puede volver nunca, por culpa de un desalmado como su hijo.

Lo siento. Lo siento de verdad. Si quiere, le pido perdón.

¿Para qué quiero ahora ese perdón? No me sirve para recuperar a mi hijo.

Rafaela se encerró en su vivienda. Teresa y doña Mercedes se quedaron paralizadas. En lugar de una reconciliación, se había producido un nuevo enfrentamiento. No iba a ser tan fácil lograr el acuerdo general. Si no era posible entre dos madres, menos podría lograrse en toda la isla. Respiró hondo.

No debemos desanimarnos. - insistió doña Mercedes – Lo intentaremos con otra madre.

13.11

Hola, Antonio.

El propietario del Gran Restaurante del Arroz se quedó desconcertado ante aquel señor elegantemente trajeado que acababa de entrar en el comedor. En lugar de sentarse, se había dirigido a él con la mano extendida para saludarle. Su cara le resultaba conocida, pero no terminaba de dar con su nombre.

Ya veo que no te acuerdas de mi cara, aunque acabas de

ponerme una denuncia.

Álvaro Ruiz de la Peña acudía con el fin de llegar un acuerdo para que retirara la denuncia. No aceptó quedarse a comer. Se sentaron en una mesa y tomaron sendos vasos de un buen vino de reserva, mientras discutían las condiciones del acuerdo. Antonio comenzó manifestando su enfado por lo que consideraba un abuso en la cantidad que había cobrado por unos meros trámites preparatorios que no habían concluido en nada. El abogado explicó los riesgos que había asumido al aceptar esa defensa. Dijo que la había aceptado exclusivamente por el recuerdo de que habían sido compañeros de estudios. El propietario exigió que le devolviera casi todo el dinero. Pero terminó aceptando que su antiguo compañero se encargaría, de modo gratuito, durante dos años de los trámites jurídicos que necesitara el restaurante.

13.12

Cuando Teresa y doña Mercedes llegaron a la cafetería donde habían concertado la cita, ya estaba esperando Sara. La madre de Samuel de Casavieja se levantó para recibirlas. Los saludos fueron muy afectuosos. Las tres mostraron su satisfacción por volverse a ver. Además de los cafés, pidieron sendos bollos. Hasta que no los terminaron, no hicieron ninguna alusión al motivo de la cita. Doña Mercedes fue la primera que recondujo el tema. Llevaron la conversación hacia los respectivos hijos que estaban en la cárcel. Teresa se interesó por la capacidad de decisión que Samuel de Casavieja tenía dentro de la organización. Su madre, en todo momento, aseguró que no se metía en esas cosas.

—Yo no me meto en nada. Simplemente estoy segura de que mi hijo es una buena persona. Lo sé porque soy su madre.

—Debemos intentar una reconciliación para solucionar las tensiones, los problemas y los líos que hay en Isla pequeña., dijo doña Mercedes.

—Yo estoy decidida a hacer todo lo posible para sacar a mi hijo de la cárcel. – añadió Teresa.

—En realidad, nosotras podemos hacer muy poco. –sentenció Sara.

—Quizá podamos hacer más de lo que pensamos. – insistió la echadora de cartas- Estoy dispuesta a realizar todas las gestiones que sean necesarias.

—Ya sé que a la organización no le gusta que nos metamos, pero mi hijo Toni, para mí, está por encima de todo.

—A mí, Samuel me ha dicho que no me meta y yo confío en él.

—¿No cree que es posible llegar a un acuerdo? –preguntó doña

Mercedes.

—¿Un acuerdo entre quiénes?

—No lo sé. Entre quienes tengan que llegar a un acuerdo. Entre la organización y el gobierno o entre Isla Pequeña e Isla Grande del Sur.

—A mí, me da igual. – interrumpió Teresa - Sólo deseo que puedan volver a casa nuestros hijos.

Durante un buen rato, estuvieron especulando sobre sus deseos y sobre las posibilidades reales se conseguirlos. Sólo al final, cuando ya se iban a despedir, doña Mercedes preguntó si podían visitar al líder de la organización para preguntarle qué se podía hacer. Su madre no mostró ninguna oposición.

—Quizá su hijo se enfade conmigo por meternos donde no nos llaman. – terció doña Mercedes para evitar suspicacias.

—Mi hijo Samuel es buena persona. Se lo aseguro.

La despedida entre las tres mujeres fue muy emotiva. Antes de encaminarse cada una en una dirección, Teresa y doña Mercedes se comprometieron a informarla de todo lo que hablaran con su hijo.

—Nadie como Samuel de Casavieja – dijo Teresa al quedarse a solas con doña Mercedes puede informarnos sobre las posibilidades y las dificultades para lograr un acuerdo que ponga fin a este conflicto.

Teresa se sorprendió de las palabras que estaba utilizando. Antes de la detención de Toni, nunca hablaba de acuerdo. Siempre había pensado que la solución estaba en doblegar a los terroristas y obligarles a dejar las armas. Tampoco utilizaba el término conflicto. Empleaba sólo la palabra terrorismo. Ahora, sentía una resistencia interior a llamar terrorista a su hijo.

13.13

—¡Señor Díaz de Montenegro, felicidades! – dijo por el teléfono el secretario de la comisaría central intentando ser amable con su colaborador en las acciones policiales paralelas.

—No creo que la fecha sea para celebraciones.

—Hoy es el día cinco de mayo, que es el mes cinco. Además hace diez años que le secuestraron esos canallas. Por lo tanto, dos veces cinco.

—Ellos y ellas todavía andan vivos por ahí.

—Por poco tiempo. Pronto daremos con ellos.

—A ver si es cierto. ¡Ah! Una cosa. He pensado que tenemos que quitar lo de doble cinco de las reivindicaciones. Puede ser una pista.

—En eso, no va a caer nadie.

—Por si acaso, conviene eliminarlo.

—Lo quitamos. No se preocupe.

13.14

El sábado por la tarde, Teresa cogió el barco para ir a la cárcel. A su marido, le dijo que iba a visitar a Toni. Mintió por miedo. ¿Cómo le iba a explicar que deseaba entrevistarse con el jefe del Ejército de Liberación? Algún día, cuando todo hubiera terminado, se lo confesaría. En ese momento, era demasiado complicado. Durante todo el trayecto, fue pensando en la estrategia que iba a seguir en la conversación con el líder terrorista. La había preparado con doña Mercedes. Pero no tenía seguridad de que fuera a transcurrir de acuerdo con la que habían planificado. Los funcionarios de la cárcel le pusieron dificultades para visitar a un preso del que no era pariente. Incluso cuando presentó la autorización de su madre, le dieron una primera respuesta negativa. Tuvo que esperar la resolución del mismísimo director. Le redujeron el tiempo a la mitad del habitual, pero se lo autorizaron. Cuando ya estaba en la sala de visitas, sintió más nervios. Dudaba cómo tomaría Samuel de Casavieja su osadía de hablar con él. Lo más probable era que adoptara una actitud similar a la de la abogada de la organización. Pensó que todavía estaba a tiempo para retirarse. En ese momento, le vio entrar. Debían haberle dado indicaciones sobre la mesa en que era esperado. No tuvo ninguna duda en su camino. Saludó con corrección y preguntó qué deseaba de él. Teresa comenzó transmitiéndole los motivos de la ausencia de su madre. Ya los conocía. Le explicó que se habían hecho muy amigas y se desbordó en alabanzas sobre ella. Cuando agotó ese recurso, pasó a preguntarle sobre Toni. Aludió a lo joven que era, a que seguramente se sentiría muy solo. El líder de la organización no mostraba ninguna inquietud, pero Teresa comprendió que debía entrar en el asunto de su interés. El tiempo del que disponía iba pasando.

—Te habrá sorprendido que haya venido a visitarte. Deseo preguntarte cuáles son las dificultades para solucionar el conflicto que tenemos en Isla Pequeña.

Samuel de Casavieja se quedó muy sorprendido de la pregunta. Quizá más que sorprendido, haya que decir desconcertado. No se explicaba a qué venía. Las aclaraciones con las que Teresa intentó justificar su curiosidad, llegaron a enfadarle. La acusó de falsa ingenuidad, de estupidez y de poco realismo. Teresa estuvo a punto de levantarse y abandonar avergonzada la sala. Pero la actitud del líder de la organización fue suavizándose cuando comprendió que su único interés era ayudar a su hijo.

—¿Vosotros no podéis hacer más de lo que hacéis para lograr una solución?

Samuel de Casavieja se quedó de nuevo mirándola sorprendido. Si esa pregunta se la hubiera hecho antes, se habría levantado inmediatamente de la mesa. Ahora, retuvo su impulso y explicó que ellos habían dado todos los pasos que se podían dar para lograr esa solución. Los pasos siguientes sólo los podía dar el gobierno.

—¿Qué pedís vosotros para alcanzar un acuerdo?

Esta nueva pregunta volvió a desconcertar al líder del Ejército de Liberación. Preguntó a Teresa quién le había mandado realizar esa visita. Inquirió si había sido enviada por el gobierno. Llegó a amenazarla con palabras parecidas a las que había utilizado la abogada.

—Yo sólo quiero sacar a mi hijo de la cárcel. Para que salga, es necesario que se solucione este conflicto. Por eso, quiero que se solucione.

—Eso dígaselo al gobierno. El tiene la culpa y también la llave para que se solucione.

—¿Puedo decir que vosotros estáis dispuestos a llegar a un acuerdo?

—Los que no quieren negociar son ellos. - dijo Samuel adoptando un tono de gran severidad- Eso debería saberlo. Yo siempre he defendido la negociación.

—¿Si yo fuera a ver al presidente, qué podría decirle?

—¡Nada! Vaya donde quiera y diga lo que le dé la gana. En nuestro nombre, no diga nada. Lo que tenemos que decir, ya lo decimos nosotros.

—Podría exponerle vuestras condiciones.

—¿Quiere convertirse ahora en mediadora?

—Sólo deseo sacar a mi hijo Toni de la cárcel.

Samuel de Casavieja ya se había levantado y se alejaba con una sonrisa escéptica. Teresa no deseaba dar por terminada esa oportunidad, que nunca se iba a repetir, sin haber logrado alguna conclusión. No podía irse con las manos vacías. Le seguía con la mirada. No había dado tres pasos, cuando el recluso se volvió.

—Si va a ver al presidente, en el caso de que se digne recibirla, dígale que concreten, de una puñetera vez, las condiciones para la paz. Ellos son los que no saben lo que quieren o quizá lo saben demasiado bien.

Lo dijo apuntándola con el dedo índice de la mano derecha. Parecía más una amenaza que una propuesta. Se dio la vuelta y se marchó con paso firme. Teresa quedó contenta. No se iba con las

manos vacías. Ya tenía determinado el siguiente paso.

13.15

‘El Ejército de liberación al borde la escisión’. Ese era el gran titular con el que se abrían ese día las páginas de información política del ‘Diario de la isla’. A continuación se publicaba un extenso artículo firmado por Pedro Garcinuño, responsable de la sección. En el reportaje, se exponía la existencia de serias discrepancias en el seno del grupo terrorista sobre todo en lo referente a la posibilidad de llegar a un acuerdo para poner fin a la violencia. Según las fuentes consultadas por el autor del artículo, se podía afirmar que los militantes actualmente detenidos eran más partidarios de ofrecer una tregua indefinida, mientras que los que dirigían la organización desde fuera mantenían tesis de mayor dureza e intransigencia. No se citaban muchos nombres. El que más repetidamente aparecía era Samuel de Casavieja, a quien se consideraba como el máximo defensor de poner fin a la lucha armada, aunque era partidario, según la información, de buscar una salida que no significara una derrota a tantos años de lucha.

13.16

La abogada Ana de Casavieja, nada más leer el reportaje sobre la división interna del Ejército de liberación marcó con gran enfado el número de teléfono del periódico ‘El Diario de la isla’. Pidió, en tono de exigencia, hablar con el director. Estaba deseando presentar una airada protesta y una exigencia de rectificación. La hicieron esperar. Aumentó su enfado. No se puso el director del periódico sino el responsable de la información política. Aseguró que su jefe no podía ponerse por estar en una reunión urgente. La intervención de la abogada fue encendida y muy agresiva. El periodista la dejó hablar. Cuando ella finalizó, dijo que el periódico se ratificaba en la información publicada y que, si lo deseaba, podía poner una denuncia.

13.17

Teresa tuvo que buscar un momento en que no estuviera su marido para llamar por teléfono al pariente que trabajaba en el gobierno. Le llamó al despacho para evitar pasar por el control de su esposa. Carlos Manzanal se sorprendió mucho al recibir la llamada. Lo consideró una acción muy comprometedora. Allí no podía mantener ninguna conversación de ese estilo.

—Entonces, debemos vernos esta misma tarde.

—Lo siento muchísimo. Ya he hecho todo lo que podía hacer por vosotros. No puedo arriesgarme más.

—Sólo quiero que me ayudes a conseguir una entrevista con la

Primera autoridad.

—En eso, no puedo hacer nada. Hay un trámite oficial. Debes rellenar una solicitud y esperar a que te contesten.

—No puedo esperar.

—Lo más que puedo hacer es enviarte una solicitud para que la rellenes. De todos modos, te advierto que será muy difícil que lo consigas. La Primera autoridad no puede perder su tiempo en recibir a todo el que se lo pida.

—No es perder el tiempo.

—Lo siento. Si quieres, te envío la solicitud. No puedo hacer más. Ahora tengo mucho trabajo.

Teresa se imaginó al pariente de su marido sudando y haciendo garabatos nerviosos en un papel. Le pidió que enviara esa solicitud y se enterara sobre la manera de gestionar una entrevista urgente con el presidente. En cuanto terminó la conversación, marcó el número de consultas de la compañía telefónica.

—¿Puede darme el número de teléfono de la sede gubernativa de la Primera autoridad?

—¿De qué departamento, por favor?

—Deseo el número directo de la Primera autoridad, si es posible.

—Ese teléfono, lógicamente, no está a disposición del público.

—Déme el teléfono de su secretaria.

—Le doy el teléfono de la Secretaría técnica de la presidencia. Tome nota, por favor.

Nada más anotar el número, Teresa colgó el teléfono para volver a marcar. A la telefonista, le dijo que deseaba hablar con la secretaria del presidente. Tuvo que dar muchos más detalles. Le preguntaron qué deseaba saber, cuál era el objeto de su llamada, el motivo de la misma, así como su identidad. Después de todas esas preguntas, volvieron a indicarle que debía pedir una solicitud y devolverla rellena indicando el contenido y los motivos de su demanda.

—Tengo una gran urgencia para entrevistarme con la Primera autoridad. Debo tratar con él un asunto muy grave.

—Envíe la solicitud y le será tramitada con toda urgencia. Lo siento. Tengo otras llamadas.

Catorce: Protestas

14.1

Teresa se vistió con el traje elegante que había utilizado en su primera visita al abogado ilustre. Era preciso parecer una señora de la alta sociedad para solicitar ser recibida por la Primera autoridad. Los funcionarios se fijan mucho en las apariencias. No conocía muy bien la zona donde estaba situada la residencia gubernamental. Había estado allí varias veces, pero siempre había ido en coche. Tomó un taxi para no perder tiempo ni equivocarse. Doña Mercedes se había vestido como lo hacía habitualmente. No tenía ninguna preocupación por la impresión que pudiera causar a los funcionarios. Simplemente deseaba dar nuevos pasos para superar los impedimentos a la posibilidad de que su hija lograra casarse. Había llegado antes que Teresa. Cuando ésta llegó, la saludó con afecto, mientras las dos se deseaban mutuamente ánimos. Al traspasar la puerta giratoria, un policía uniformado les preguntó el motivo de su visita. Para solicitar la entrevista, lo primero que debían hacer era dirigirse a la ventanilla de la derecha. Allí, les indicarían los trámites a seguir.

—Vayan a la ventanilla de enfrente. Compren una solicitud de audiencia y un impreso de motivos. Rellénenlos. Cuando los hayan cumplimentado, tráiganlos aquí de nuevo para tramitarlos.

—¿Es posible realizar una solicitud urgente? – inquirió doña Mercedes.

—No se preocupe. Rellenen la solicitud y el impreso. Después, se ponen otra vez en esta cola y nosotros se los tramitamos con urgencia.

—Tenemos una urgencia especial.

—Lo siento, señoras. Debo atender a otras personas.

Fueron obedientes. Doña Mercedes y Teresa hicieron cola para comprar la solicitud. Hicieron otra cola para comprar el impreso. No entendieron la mitad de las palabras rebuscadas y burocráticas que allí se utilizaban. Intentaron escribir en las líneas milimétricas de los papeles oficiales. Se desesperaron con la burocracia y volvieron a ponerse en la misma cola del principio. Cuando llegaron a la ventanilla, la misma funcionaria con voz de pito selló los documentos y las copias.

—Siguiente, por favor.

—¿Señorita, cuándo nos darán la respuesta?

—No se detengan. Hay una cola muy larga. Les enviaremos la respuesta, a la dirección que han puesto, cuando se haya resuelto.

Teresa tuvo ganas de gritar. Doña Mercedes estaba impaciente. Ambas se aguantaron. Influyó su deseo de no crear problemas antes de ser recibidas por la Primera autoridad. En Teresa, también influyeron los síntomas de mareo que volvió a sentir. Buscaron la puerta giratoria para sentir el aire en el rostro. Se quedó un momento parada junto al edificio. Se desabrochó el cuello del vestido. A pesar del consejo de la echadora de cartas, tomó otras dos pastillas. Al poco tiempo, volvió a sentirse bien. Comentó que tenía que ir al médico, pero lo pospuso otra vez para cuando terminaran los trámites de la libertad de Toni. Lo urgente, en ese momento, era conseguir la entrevista. Estuvieron a punto de volver a entrar al hall.

—Debemos tener un poco de paciencia. – dijo doña Mercedes - Mejor dicho. No debemos dejar que vean nuestra inquietud.

Se convencieron mutuamente de que debían esperar un poco para que pudieran contestar a su solicitud. Volverían al día siguiente. Era urgente lograr que la Primera autoridad les diera una lista con sus exigencias para ponerse de acuerdo con los miembros de la organización terrorista. Cuando esa lista estuviera en su poder, Teresa de nuevo se la haría llegar a Samuel de Casavieja. Estaban dispuestas a tener toda la paciencia del mundo. Al líder de la organización, le pedirían también su respuesta. Se la llevarían de nuevo al gobierno con la petición de que intentara acercarse un poquito. A Samuel, en la visita siguiente, Teresa le rogaría que aceptara algún otro punto aunque fuera el más insignificante. De esa manera, con mucha paciencia, lograrían ponerles de acuerdo poco a poco. Cuando lo consiguieran, Toni podría salir de la cárcel y Merceditas podría casarse con Kike.

—Señora Mercedes, - dijo Teresa - esto es el cuento de la lechera.

—No lo creas. A veces también suena la flauta por casualidad. Si lo queremos conseguir, no debemos desperdiciar ninguna oportunidad.

14.2

El Ejército de liberación contestó, esa misma mañana mediante un comunicado, al reportaje sobre las divisiones existentes en su seno que había publicado el 'Diario de la isla'. Aseguraba que era una noticia absolutamente falsa. Se acusaba a ese medio de comunicación de publicarla a sabiendas de que era falsa y con el premeditado propósito de provocar un clima de opinión contrario a las reivindicaciones radicales. Asimismo, se afirmaba que la lucha

por la consecución de esos objetivos iba a continuar y que los autores o responsables de esa campaña de calumnias pagarían por el daño intencionadamente realizado.

14.3

No eran todavía las diez de la mañana del día siguiente, cuando doña Mercedes y Teresa entraban de nuevo por la puerta giratoria. Nada más encontrarse en el hall, miraron hacia la ventanilla de las solicitudes. Había una sola persona en la cola. Pudieron darse cuenta que estaba la misma funcionaria porque les llegó el sonido de su voz de pito. Prefirieron que fuera así. No tendrían que dar explicaciones para recordar su caso.

—Venimos a recoger la respuesta de nuestra solicitud para entrevistarnos con la Primera autoridad.

—Las respuestas se envían a casa.

—Tenemos mucha prisa.

—¿Cuándo hicieron la solicitud?

—Ayer.

—Señoras, todavía no la ha podido recibir la secretaria de la presidencia.

—No podemos esperar más. ¡Mientras no nos den la autorización para entrevistarnos con la Primera autoridad, - amenazó doña Mercedes - no nos movemos de aquí!

Teresa quedó sorprendida. La echadora de cartas lo dijo con absoluta firmeza. No lo tenía preparado. Se le ocurrió al ver que ya se habían colocado por lo menos seis o siete personas en la cola. Pensó que esa actitud les enfadaría. Una vez enfadados, protestarían. Como consecuencia de las protestas, la funcionaria de voz de pito se pondría nerviosa. Para evitar el problema, les concederían la entrevista. Las dos se cruzaron de brazos para evidenciar su decisión de permanecer ante la ventanilla todo el tiempo que hiciera falta.

—Señoras, están molestando a la gente.

—Concédannos la entrevista y nos vamos.

—Yo he cursado ya su solicitud. Las respuestas no dependen de este negociado. Vayan a la secretaría de la presidencia. Allí les darán una respuesta más concreta.

Doña Mercedes y Teresa se fueron con la desconfianza de pensar que esa recomendación era sólo un recurso para librarse de ellas. Estaban decididas a seguir adelante. No volverían a casa sin haber visto a la Primera autoridad. Debían enterarse dónde estaba ese despacho. Por iniciativa de la echadora de cartas, se dirigieron al vigilante uniformado.

—Por favor. Nos han ordenado que vayamos a la secretaría de la presidencia.

—Tiene que ser una equivocación. La secretaría de la presidencia no está abierta al público.

—Hemos enviado una solicitud para entrevistarnos con la Primera autoridad y tienen que darnos la respuesta.

—Yo, de eso, no sé nada. Pero sé que la secretaría de la presidencia no está abierta al público.

—¿De todos modos, puede decirnos dónde está?

—Está en el otro lado del edificio. No se puede llegar desde aquí.

—La señora de aquella ventanilla nos ha mentido, pero no conseguirá que me vayamos.

Fue el vigilante uniformado quien se separó de ellas con la excusa de tener que continuar su recorrido. Teresa y doña Mercedes sintieron ganas de volver a la ventanilla de las solicitudes y armar un lío a la funcionaria con voz de pito. Se desanimaron por el gran número de personas que había esperando. Debatieron entre ellas qué otra cosa podía hacer.

—¡Ya está! - dijo doña Mercedes a su compañera- Haremos una manifestación de protesta.

14.4

'Señor Álvaro Ruiz de la Peña. Abogado: El Ejército de Liberación de Isla Pequeña se pone en contacto con Vd. para comunicarle que debe entregar la cantidad de seiscientos mil (600.000) euros con el fin de colaborar al sostenimiento que los miembros de esta organización. Para la entrega de esta cantidad, deberá ponerse en contacto en el plazo de breves días, con los cauces adecuados, que sin duda sabrá localizar. Además, deseamos advertirle sobre las acciones de entorpecimiento que ha llevado a cabo en las últimas fechas. Esperamos que, por su bien, cumplimente esa exigencia con la máxima urgencia'. La misiva, que terminaba con una firma absolutamente ininteligible y un sello de la organización terrorista, fue recogida con gran susto por la recepcionista llamativa, que también se encargaba de abrir la correspondencia del bufete. Se la entregó al abogado principal. Éste la leyó en su presencia y ordenó que guardara absoluto silencio sobre esta carta tanto dentro como fuera de bufete.

—Si no guardas total mutismo, te haré responsable de lo que pueda pasar.

14.5

—Dénos los trozos de papel más grandes que tenga y adhesivos para pegarlos.

El dependiente de la papelería comenzó a explicarle los distintos nombres y tamaños de los papeles a la venta. Doña Mercedes la interrumpió diciendo que deseaba comprar el papel más largo que tuviera. Terminaron llevándose tres metros de un rollo para envolver. No era totalmente blanco, pero la tinta negra resaltaba suficientemente sobre él. Pidió también unos bolígrafos, pero terminó convencida de que, para lo que deseaban hacer, eran mucho más útiles los rotuladores. El siguiente paso era escribir su reivindicación. Tenían que buscar un lugar espacioso para desplegar el papel comprado. Descartaron entrar a una cafetería. Las mesas eran demasiado pequeñas. En el mostrador, no podían hacerlo. Dos calles más abajo vieron el comienzo del parque. Extenderían el papel sobre un banco que estuviera vacío. No tardaron en encontrar el banco adecuado. Estaba un poco céntrico, junto al camino principal. Era igual. Si querían hacer una protesta pública, cuanta más gente se enterara, mejor. Tuvieron dificultades para desplegar todo el papel. Resultaba muy grande para manejarlo con comodidad. Doña Mercedes se movía con toda la agilidad que le permitían sus abundantes carnes. El papel quedó arrugado en algunas esquinas, pero tampoco eso tenía mucha importancia.

—Seguro que tú tienes mejor letra. –dijo la echadora de cartas a su compañera.

Teresa cogió uno de los rotuladores. Había que escribir el eslogan. Era preciso causar un fuerte impacto para que les concedieran la entrevista esa misma mañana. Debatieron cuál sería la frase adecuada. Pondrían 'La Primera autoridad no quiere recibirnos'.

—Debemos ponerlo en singular. A quien debe recibir la Primera autoridad es a ti. Yo debo quedar en la retaguardia. Tendrás que tener tú sola la pancarta. Pero no tengas ningún miedo. Yo estaré muy cerca.

La madre de Toni no puso ningún reparo. Coincidía en la estrategia planeada por su compañera. Sin embargo, opinó que era preciso aludir al motivo de su visita. El tema de la violencia impacta a mucha gente. La idea quedó rechazada. Pondrían solamente 'Deseo ver a la Primera autoridad. Es muy urgente'. Algunos paseantes se detenían, leían el texto, miraban a las autoras y se marchaban. Doña Mercedes hubiera preferido establecer un diálogo con ellos y preguntarles su opinión. Quizá alguno tuviera experiencia en ese tipo de acciones y podía aconsejarlas. No se atrevió. Teresa aprovechó para fumar otro cigarrillo. Comprobaron que la escritura ya estaba seca. Sacaron del bolso sendas gafas

oscuras. Se las colocaron para proteger su identidad. Recogieron el papel y se encaminaron hacia el edificio gubernamental.

14.6

Ana de Casavieja visitó a su hermano en la cárcel en calidad de abogada. No esperó al sábado, como debían hacer el resto de los visitantes. La abogada informó a Samuel de Casavieja de la ofensiva informativa que estaba desarrollando 'El diario de la Isla' sobre las divisiones internas dentro del Ejercito de Liberación. Le insistió en la necesidad de no dar al exterior ninguna muestra sobre la existencia de esas divisiones en ningún aspecto por pequeño que fuera. También insistió en la necesidad de mantener unas posiciones firmes y rechazar toda posibilidad de negociación en ese momento. El líder preso del Ejército de Liberación se mostró discrepante en este último punto. Él y otros muchos presos de la organización eran partidarios
de no prorrogar la lucha armada. La entrevista se prolongó más de lo previsto, pero no se llegó a ningún acuerdo. Cada uno de los hermanos mantuvo sus posiciones y sus argumentos respecto a la estrategia a seguir.

14.7

El nuevo director del 'Diario de la isla' felicitó al jefe de la sección de información política por la serie de reportajes que estaban publicando sobre las divisiones internas en el seno del Ejército de liberación. Aseguró que habían sido muchas las llamadas recibidas mostrando la satisfacción por su publicación. Añadió que, en la última reunión del Consejo de Administración, también se había valorado muy positivamente.

—Ahora tenemos que diversificar nuestras críticas. Debemos dar caña al gobierno. Que no parezca que estamos sólo en un lado.

Justificó estas críticas a la Primera autoridad por la obligación que tienen los medios de comunicación de vigilar la acción de los poderes públicos y defender a los ciudadanos. La dirección del periódico tenía un especial interés en denunciar lo que consideraba una debilidad del gobierno en su acción contra los terroristas.

14.8

Teresa y doña Mercedes tuvieron alguna dificultad en la puerta giratoria. Se les enganchó el papel. Un fotógrafo de prensa quería entrar a la vez con mucha prisa. Le cedieron el paso. Nada más entrar, se dieron cuenta de que esa atención había sido recompensada. El vigilante uniformado se hallaba de espaldas acompañando al periodista gráfico. Sin esa vigilancia, las dos mujeres pudieron elegir el lugar más idóneo. Se dirigieron hacia el

centro del hall. Doña Mercedes ayudó a que Teresa se colocara enfrente de la puerta. Todo el que entrara tenía que fijarse en ella. Era un poco difícil mantener desplegada la pancarta para que pudieran leer el texto completo. Extendieron los tres metros de papel en forma de círculo, quedando ella en medio. La echadora de cartas acarició las manos de su compañera en un deseo de proporcionarle el ánimo suficiente.

—No te preocupes. Yo estaré detrás de ti. En cuanto suceda algo, me acerco y te ayudo.

Inmediatamente se formó un corrillo de curiosos a su alrededor. Incluso algunos de los que esperaban frente a la ventanilla de solicitudes abandonó la cola para leer el texto de la petición. Teresa estaba tan nerviosa que no entendía los comentarios. Su preocupación estaba concentrada en sostener la pancarta. Cerró los ojos. Se sintió sola, aunque cada vez había más curiosos mirándola. Doña Mercedes carraspeó para indicar que estaba detrás a muy pocos pasos. El vigilante uniformado tardó unos minutos en llegar. Se acercó acompañado del fotógrafo de prensa. El policía se adelantó corriendo hacia el lugar donde estaba Teresa. Sacó su porra para disolver a los curiosos. Doña Mercedes se interpuso para impedirle el paso hasta su compañera.

—Caminen, por favor. No se queden parados.

Tuvo que empujar a algunos, pero no necesitó emplearse con dureza. Doña Mercedes volvió a colocarse en medio y cayó al suelo de un empujón. Mientras tanto, el periodista gráfico se había acercado y sacaba fotografías. Una vez dispersados los curiosos, el policía se dirigió con severidad hacia Teresa. Tiró la pancarta al suelo y recriminó su actitud. Para ese momento, la echadora de cartas ya se había levantado con la ayuda de varias personas.

—Está prohibido hacer manifestaciones en este edificio. – gritó el vigilante.

Doña Mercedes se acercó de nuevo. En el pequeño forcejeo con el policía, a Teresa se le cayeron las gafas oscuras. Pudo ver con más precisión que el fotógrafo de presa continuaba haciendo su trabajo sin parar. El vigilante retiró la pancarta y la recogió para que no pudiera ser leída. Hizo un gesto al periodista para que no siguiera sacando fotografías. Iba a dirigirse hacia él, pero éste se marchó sin hacerle ningún caso.

—Sólo pedimos una entrevista con la Primera autoridad.

—¡Están cometiendo una infracción!

Teresa estaba muy asustada. Doña Mercedes, a su lado, le daba ánimos. No realizaron ningún movimiento para huir ni tampoco

para defenderse. La cara de la madre de Toni reflejaba, con toda claridad, el deseo de no ser zarandeada.

—No me pegue, por favor.

Al ver la porra levantada frente a su cabeza, sintió miedo de que descendiera con fuerza contra ella. Surtió efecto. Pidió disculpas al policía. Se agachó para recoger el bolso y las gafas que habían caído al suelo. Sin dejar de mirar al policía, las dos mujeres, de la mano, se dirigieron hacia la puerta giratoria. Antes de salir, pudieron ver, con pena, cómo su pancarta era arrugada y reducida con fuerza.

14.9

—Flojos más que flojos. Los policías de ahora tienen miedo de la gente. ¡No hay cojones! Porrazo y tente tieso. Eso es lo que hace falta. - dijo Pedro al enterarse del incidente que había tenido lugar en la sede del Gobierno. – Ya, hasta las mujeres, se oponen a la autoridad. No sé donde vamos a ir a parar.

14.10

—Buenos días. Soy el jefe de la sección de noticias políticas del 'Diario de la isla'. No sé si se acuerda de mí. Estuve con Vd., cuando vino a hablar con nuestro anterior director.

—Me acuerdo muy bien. - contestó Teresa después de recuperarse de la sorpresa - ¿Qué desea de mí?

—Deseo hablar con Vd. porque la he reconocido por la fotografía que hemos publicado.

—¿A qué fotografía se refiere?

—¿No ha leído todavía el periódico? Publicamos, en primera página, la fotografía de su protesta en el edificio de la presidencia del gobierno.

En la mente de Teresa, apareció la imagen del fotógrafo al que dejó pasar en la puerta giratoria. Recordó que, después, estuvo disparando su cámara cuando el vigilante uniformado le quitaba la pancarta.

—¿Para qué desea hablar conmigo?

—Nos interesa su protesta. El periódico puede ayudarla.

—¿Qué debo hacer?

—Si es tan amable de venir hasta nuestro edificio, se lo explicaré. Puede hacerlo cuando desee. Yo estaré aquí todo el día.

—¿Le parece bien dentro de una hora?

14.11

—¿Ana de Casavieja?

—Sí. Soy yo.

—Buenos días. Soy Álvaro Ruiz de la Peña.

—¿El abogado de los ricos y explotadores?

—Bueno. Digamos el abogado. A secas.

—Nada de a secas. El abogado de los ricos y de los explotadores. Además, el abogado que está metiendo las narices entre los presos del Ejército de liberación, donde nadie le ha llamado.

—No he llamado para discutir. Quiero pedirle un favor. He recibido una carta pidiéndome....

—Pidiéndole ¿qué? ¿El llamado impuesto revolucionario?

—Para entendernos, podemos llamarlo así.

—¿Y a mí. qué me cuenta? ¿Por qué me llama a mí?

—Es que no sé qué hacer ni a dónde dirigirme.

—Sabe que podría denunciarle por actuar como si yo perteneciera al Ejército de liberación sin ninguna prueba.

—No se lo tome así. Sólo he querido pedirle una información.

—Pues, mal pedida.

14.12

—¿Mercedes? … Soy Teresa. Me acaban de llamar de ‘El diario de la Isla’. Han publicado la fotografía de la protesta… Yo también voy a bajar a comprar el periódico en cuanto cuelgue el teléfono… De acuerdo nos vemos ahora en la cafetería. Pero date prisa. Yo tengo que ir a ver a uno de los periodistas jefes… ¡No te retrases!

14.13

Nada más salir a la calle, Teresa se dirigió al kiosco de periódicos para comprar el ‘Diario de la Isla'. Mientras abonaba el importe, observó que, en el centro de la primera página, había una gran fotografía. Hizo un esfuerzo para disimular su curiosidad. No quería que la reconocieran. Se apartó, con el periódico doblado, hasta un lugar menos frecuentado. Allí se colocó las gafas y lo miró con detención. Doña Mercedes tuvo que comprar el periódico con precipitación, mientras indicaba al conductor del autobús que la esperara. No le había dado tiempo a cambiarse de ropa. Tal como estaba en la librería exotérica, había salido a la calle. Se dejó caer sobre el asiento en el momento en que arrancaba el vehículo e inmediatamente miró la fotografía de la primera página. El fotógrafo había captado el momento en que el vigilante uniformado tenía su porra en alto como amenaza sobre la cabeza de Teresa. Ésta tenía una cara muy asustada. Detrás de ella, Doña Mercedes aparecía en actitud de defenderla. La pancarta se hallaba caída, pero podía leerse casi todo el texto. Debajo de la fotografía, había un párrafo breve que comenzaba con unas palabras destacadas por el tamaño y el color. 'Protesta en la sede de la presidencia'. En las cuatro líneas siguientes, se hacía una descripción del acontecimiento sin dar ningún nombre. Se insistía en la actitud de

violencia por parte del policía y el miedo reflejado en la cara de la señora, Teresa, que aparecía en primer plano. No se daba ningún nombre y tampoco se hacía alusión a la echadora de cartas.

—¡Mejor! Prefiero que el protagonismo recaiga en ella.

14.14

La reunión en la cafetería fue muy breve. Ni siquiera se sentaron. Ambas coincidieron en que no había que hacer esperar al jefe de sección del periódico. Además, las dos estaban muy interesadas en saber, cuanto antes, lo que les iba a proponer. Estaban también de acuerdo en que no debían hacer, de momento, ninguna sugerencia sino sólo escuchar.

14.15

—La reconocí en cuanto vi la foto. - comentó el jefe de la sección de información política tras saludar a Teresa con afecto - Después, me ha costado encontrar su teléfono.

El periodista se extendió en la explicación de los detalles sobre el trabajo de su fotógrafo y sobre la selección que hicieron entre las distintas tomas. Reconoció que habían seleccionado la foto publicada por su expresión. A juicio del jefe de la sección de noticias políticas, reflejaba un gran sentimiento. Al terminar las explicaciones, les entregó sendos sobres que había traído.

—Es un recuerdo.

Cada sobre contenía tres fotografías. Además de la publicada, otras dos completaban el desarrollo de la protesta. Teresa y doña Mercedes seguían estando inquietas. La actitud amable del periodista las había tranquilizado un poco, pero continuaban sin saber cómo iba a terminar el encuentro.

—El señor director me ha encargado que les haga una propuesta. El periódico está dispuesto a apoyar su protesta.

—¿Apoyarla en qué?

—Nos ha parecido que su reivindicación es justa. Apoyaremos todas las acciones hasta ser recibida por la Primera autoridad. Lo consideraremos una reivindicación propia.

—Estamos muy agradecidas.

—A cambio, les pedimos que nos avisen con antelación de las acciones que van a llevar a cabo. Ayer lo recogimos por casualidad. Nuestro fotógrafo estaba allí por una convocatoria totalmente distinta. ¿Dónde y cuándo van a realizar su próxima protesta?

—Ahora no tenemos nada pensado. – dijo doña Mercedes en un intento de no comprometerse.

—Una cosa es importante. Para apoyarlas, tienen que asegurarnos la exclusividad.


Solamente nosotros conoceremos el lugar y la hora en que se van a manifestar.

—Sólo deseo sacar a mi hijo de la cárcel.

—El propósito ahora es conseguir esta entrevista con la Primera autoridad. Nuestro periódico demostrará que tiene fuerza suficiente para obligar a la Primera autoridad a recibirla.

14.16

Las cuatro ruedas del coche de Álvaro Ruiz de la Peña, un modelo lujoso y llamativo, aparecieron rajadas. Lo descubrió por la noche, cuando iba a regresar a su casa tras una larga jornada de pleitos y gestiones. La puerta del conductor había sido descerrajada. Encima del asiento delantero izquierdo, había un papel doblado. ‘Paga cuanto antes todo lo que se te ha pedido. - aparecía escrito en el papel con mayúsculas de molde - Bar el puerto. Seis de la tarde. Preguntar por ‘El rubio’. Si te vas de la lengua, te quedas sin ella. Ejército de liberación’.

14.17

En la reunión que mantuvieron doña Mercedes y Teresa para poner en marcha el plan propuesto por el responsable de la sección de noticias políticas del ‘Diario de la isla’, no hubo ninguna discrepancia. Ambas estaban de acuerdo en aprovecharlo de modo inmediato. La echadora de cartas propuso un plan para realizar dos días después. Había leído, en el periódico, que la Primera autoridad iba a inaugurar la ampliación del puerto comercial. Era una obra gubernamental muy promocionada. Se presentarían de improviso con otra pancarta reivindicativa. Pillarían a todos por sorpresa, salvo al fotógrafo de ‘El diario de la Isla’.

14.18

—¡Marila, te tengo que pedir un favor!

La recepcionista llamativa y afectada había sido llamada al despacho del abogado principal. Había sido invitada a sentarse en la butaca reservada a los clientes distinguidos. Al oír la petición del señor Ruiz de la Peña, cruzó las piernas y echó los hombros hacia atrás.

—¡Favor concedido!

—Es un favor muy personal y muy arriesgado. Pero sabré recompensarte generosamente.

El abogado le explicó que debía ir al Bar el puerto, preguntar al camarero por ‘El rubio’, decir que iba de su parte y entregarle un maletín que ya había preparado. La recepcionista cambió de color. Comenzó a tartamudear mientras pedía explicaciones sobre esa misión tan misteriosa. Ruiz de la Peña insistió en que no le iba a

pasar nada y que era mejor que no supiera nada más. Con esas explicaciones, no se le quitaron las dudas a la joven. La insistencia de su jefe fue tan reiterada que no tuvo más remedio que aceptar la misión, aunque se le permitió que se disfrazara con gafas oscuras y cambios en el peinado.

14.19

En el camino hacia casa, Teresa se encontró con Rafaela. Era la persona que menos deseaba ver después del enfrentamiento que habían tenido. Bajó la cabeza para no detenerse a hablar.

—¡La he visto en el periódico!

Teresa escuchó, pero no se detuvo. Era la peor ocasión para mantener otra discusión. Aceleró el paso.

—Quiero que sepa que, a pesar de todo, comprendo lo que hace por su hijo.

14.20

Marila entró en el 'Bar el puerto' con gran precaución. Quizá la palabra pánico era más exacta. Se había puesto una prenda de cuero negro que la llegaba hasta las rodillas. Allí se juntaba con unas botas altas del mismo color. Se tapaba la cara con unas gafas grandes también oscuras. El pelo lo había recogido en un moño alto. Se quedó junto a la puerta para observar el panorama. Era un establecimiento oscuro, viejo y bastante sucio. El camarero y los dos clientes que estaban en la barra fijaron sus ojos en la recién llegada, quizá por la sorpresa de ver entrar una figura tan chocante con la estética de ese local. La joven tuvo la tentación de volverse y salir corriendo, pero no se atrevió. Esperó un momento para coger fuerzas y se acercó a la barra, en una zona lejana a donde se hallaban los otros clientes. Se acercó el camarero con precaución y preguntó qué deseaba.

—Busco a 'El rubio'. - dijo Marila poniendo cuidado en separar la preposición del artículo.

—¿Qué rubio?- contestó el camarero poniendo gran énfasis en su sorpresa.

—No lo sé. Me han encargado que venga y pregunte por El rubio para entregarle este maletín.

—Aquí no hay ningún rubio.

—¿Entonces, no puedo entregar este maletín?

—Ya le he dicho que yo no conozco a nadie que le llamen el rubio. Lo siento.

—Perdone la molestia. Adiós.

La joven hubiera salido corriendo del local. Pero sabía que los tres hombres la estaban mirando. Caminó despacio, manteniendo el

tipo, Abrió la puerta y salió sin volver la cabeza.

14.21

—¿Pedro Garcinuño del ‘Diario de la isla? Soy Teresa…

—Dígame. La he conocido por la voz.

—Vamos a hacer una nueva protesta pasado mañana en la inauguración del puerto comercial. ¿Qué le parece?

—Me parece perfecto. Debemos prepararlo bien. Ahora estoy muy ocupado. Pero la llamo mañana.

14.22

Marila realizó todo el regreso hasta el bufete llorando. Le temblaba la mano, al introducir la llave del coche. También le temblaban las piernas, al pisar el embrague o el freno. Condujo muy despacio. Se le caló el motor varias veces y se confundió otras tantas al indicar la luz intermitente. Cuando entró en el despacho de su jefe, tenía toda la cara ennegrecida y sucia por haberse corrido el rímel al limpiar las lágrimas. Nada más cerrar la puerta, le dio un ataque de llanto y dejó caer el maletín al suelo. El señor Ruiz de la Peña acudió en su auxilio. Pero tuvo que interrumpirlo pronto. Sonó el teléfono móvil cuyo número era conocido por un reducidísimo número de personas. Intentó conocer la procedencia de la llamada. Pero el aparato indicaba; procedencia desconocida.

—Dígame.

—No contestes. Sólo escucha. Cabronazo cobarde. ¿Cómo has tenido la desvergüenza de enviar a tu puta secretaria? Vete tú en persona. Ahora mismo. No entres en el bar. Espera junto a la puerta. Lleva el maletín en la mano. Allí te lo cogerá alguien. Vete ahora mismo y a toda leche.

14.23

Teresa recibió la llamada telefónica del jefe de la sección del 'Diario de la isla' precisamente cuando estaba reunida con doña Mercedes para preparar la nueva protesta ante la Primera autoridad. Por la detallada información oficial que aparecía en el periódico, habían estudiado el recorrido y el protocolo que iba a desarrollar la Primera autoridad durante la inauguración del puerto comercial. El acto comenzaba a las doce del mediodía en el salón de actos de la institución portuaria. Allí se realizarían los saludos y los discursos. Se suponía que duraría tres cuartos de hora. De allí, iría toda la comitiva a descubrir la placa conmemorativa. El jefe de sección insistió en que ese era el acto más vistoso. Los fotógrafos de todos los periódicos y los reporteros de las radios y las televisiones se concentrarían allí. No era el momento adecuado. Había que buscar la exclusiva. Después de descubrir la placa, se realizaría una

visita técnica a las instalaciones recién construidas. Los periodistas no se quedarían a ese recorrido. El fotógrafo del 'Diario de la isla' tendría orden de continuar. Ese era el momento. Había una entrada desde los muelles del puerto viejo. Estaba calculado que la visita técnica comenzara a la una. Teresa y doña Mercedes debían llegar unos minutos antes. Tampoco convenía que estuvieran con mucha antelación. Debían desplegar la pancarta, cinco o seis metros delante de la Primera autoridad. Los policías intervendrían inmediatamente. Así la fotografía recogería, en primer plano, la intervención policial y, al fondo, aparecería el presidente con toda la comitiva oficial. Sería una portada de mucho impacto. El jefe de la sección de noticias políticas les hizo otra advertencia. En la edición del periódico que estaban preparando, introducían un reportaje desvelando su identidad. Se presentaba también como una exclusiva. De esa manera, el efecto iba a quedar mucho más reforzado. Doña Mercedes y Teresa dedicaron la última parte de su reunión a preparar la pancarta que exhibirían en la protesta. Se habían puesto de acuerdo en aparecer las dos.

14.24

Al ilustre abogado Álvaro Ruiz de la Peña también le temblaban las manos y las piernas, mientras esperaba en la calle junto a la puerta del ‘Bar el puerto’. Tuvo tiempo para encender un cigarrillo, aunque lo hizo con gran dificultad por el temblor y por la dificultad para sostener
a la vez el maletín. Casi al mismo tiempo, sonó su teléfono móvil.

□Vuelve al coche.

Nada más sentarse y dejar el maletín en el asiento del copiloto, notó que le apuntaban con una pistola en el cogote. Instintivamente, levantó las manos. Recibió orden de que las bajara. Tuvo que encender el motor inmediatamente, aunque lo hizo con notable nerviosismo.

□Gira por detrás del bar y métete en el callejón estrecho, a la derecha. El tercer garaje está abierto. Entra hacia atrás. Ahora para y apaga el motor. No intentes ninguna maniobra rara. Te están apuntando tres pistolas. Espera hasta que vuelva yo.

En el garaje, que estaba sin luz, el hombre la pistola cogió el maletín del asiento del copiloto. Salió del coche. Se encaminó hacia una zona de total oscuridad. Se pudieron oír unos sonidos secos y prolongados como si movieran algunos muebles. Después, volvió entrar en la parte posterior del coche, ya sin el maletín.

□Arranca y vuelve por dónde has venido sin parar hasta que yo te diga.

El ilustre abogado obedeció en todo con bastante nerviosismo, pero con diligencia. Volvió a pasar por delante del bar y continuó si, detener el coche. Tampoco se atrevía a mirar hacia atrás para reconocer a su acompañante.

—¡Para aquí! No intentes seguirme. Espero que esté la cantidad integra. Si no, atente a las consecuencias. Un consejo: cambia de secretaria. Te pone los cuernos con un fiscal joven.

14.25

A la mañana siguiente, Teresa se despertó pronto. Pero no se levantó. Desde la cama, estuvo pendiente de todos los movimientos de su marido. No quería coincidir con él, para no decirle nada sobre el nuevo reportaje que debía haber aparecido en el periódico. Al poco tiempo de levantarse, sonó el teléfono del salón. Era doña Mercedes.

—Teresa, lo del periódico de hoy está muy bien. Favorece mucho a lo que estamos intentando.

—Voy a bajar ahora a comprarlo.

La madre de Toni compró un ejemplar antes de desayunar. En la primera página, abajo a la derecha, estaba el titular referido a ella. 'Madres que solicitan entrevistarse con el presidente. Información en página 11'. Buscó la página once. Se repetía el mismo título a cuatro columnas. El texto se extendía, por lo menos, diez párrafos. Había muchos adjetivos alabando la acción desinteresada de todas las madres y su entrega por el bienestar de los hijos. Hacía muy pocas alusiones al Ejército de liberación y tenía un especial cuidado en no escribir nada que pudiera ser interpretado como algo favorable.

14.26

Cuando sonó el timbre de la puerta, Teresa estaba dando los últimos toques a la pancarta que iba a exhibir con doña Mercedes. Quedó paralizada. La echadora de cartas no podía ser porque habían quedado en verse justo antes de realizar la protesta. Fuera quien fuera, no podía llegar con menos oportunidad. Escondió el papel y se dirigió hacia la puerta. Allí, de pie, se hallaba María Luisa. Estaba tan delgada, tan desmejorada, tan poco arreglada, que le costó reconocerla. Ninguna de las dos supo qué hacer.

—Buenos días, doña Teresa.

—Hola. Pasa. No te quedes ahí.

No se atrevió a decirle que la encontraba muy desmejorada. En un principio, pensó que era por la deficiente luz de la escalera. Pero en salón, se veía perfectamente que estaba demacrada y ojerosa.

—Siéntate.

—No se preocupe. Estoy bien. Un poco débil pero bien.

-Creo que es mejor que no lo intentemos de nuevo. -se atrevió a decir Teresa.

—¿Por qué?

—Tu madre me ha amenazado con denunciarme.

—No va a ser como ella quiere. Estoy decidida a todo por Toni. ¡Mire!

Teresa se había fijado en la delgadez y en las ojeras de María Luisa, pero no había reparado en las vendas que lleva en ambas muñecas.

—Me he tenido que cortar las venas para que me dejara venir.

Lo dijo con tal sentimiento que a Teresa se le saltaron las lágrimas. Se acercó y la abrazó. Las dos lloraron juntas durante un buen rato sin decir nada. Cuando se separaron, después de frotarse los ojos, Teresa le explicó con toda detención su propósito de manifestarse ante la Primera autoridad con el fin de conseguir una entrevista. Le comentó también que, en ese proyecto, participaba también muy activamente doña Mercedes.

—¡Yo también iré!

—En ese estado, no puedes...

—Puedo perfectamente.

14.27

—Cabronazo, - dijo Doña Mercedes mirando al cielo mientras recogía las cartas del tarot - llevo meses sin tener un augurio bueno. Hoy me llega uno y no sé interpretarlo. ¿Quiénes son los emperadores?

Esa madrugada, había realizado la tirada de tres arcanos mayores de acuerdo con lo aconsejado por Marianne Laconte en el 'Tarot de Marseille'. En primer lugar, había aparecido la emperatriz, el arcano número 3. En el tercer puesto, estaba el emperador, el número cuatro. En medio, para unirlos en una esperanzadora empresa, se había colocado el número 19, correspondiente al sol. Doña Mercedes estaba contenta porque, al fin se anunciaba algo positivo. Pero no sabía interpretar quién era ese trío afortunado que se había unido para conseguir un resultado favorable.

14.28

El taxi paró en las proximidades del puerto viejo. Faltaban diez minutos para la una. Doña Mercedes ya estaba esperando. Se sorprendió de que Teresa llegara acompañada.

—Esta es María Luisa, la novia de mi hijo Toni.

—¡Ah sí! Me acuerdo que te vi en la primera reunión de la 'Hermandad de Abraham.

—Quiere colaborar con nosotras.

—Me parece perfecto. - ratificó doña Mercedes - Cuanto más seamos, mejor.

Las tres mujeres fueron a inspeccionar el paso por el que se accedía hasta las nuevas instalaciones portuarias, que estaban siendo inauguradas. Comprobaron que se podía llegar sin dificultades. En la distancia, se veían algunos policías de vigilancia. Tardarían unos tres minutos en llegar. Doña Mercedes expuso su confianza en que todo iba a salir bien. Teresa tocó el bolsillo de su chaqueta para comprobar que estaban allí las pastillas. Le daban seguridad, incluso yendo acompañada. María Luisa permaneció en silencio. Pasearon por una calle cercana mirando constantemente al reloj para que no se les pasara el tiempo. Se acercaron con tranquilidad al lugar desde donde podían seguir el desarrollo de los hechos. Miraron. Todavía no debían de haber llegado las autoridades. Quedaron sorprendidas. Estaban allí. Era el momento. Se miraron las tres para darse ánimo. Teresa y María Luisa se santiguaron y comenzaron a andar con rapidez. Doña Mercedes movía sus muchas carnes con decisión. Conforme se acercaban, distinguieron con claridad la figura de la Primera autoridad. Se habían comprometido a acercarse hasta unos seis metros. La echadora de cartas vio también al fotógrafo del ‘Diario de la isla'. Corría para colocarse en la posición adecuada. Calcularon que faltaban unos diez metros. Teresa hizo un gesto a María Luisa para que se detuviera. Varios policías las miraron. No debían esperar más. Extendieron la pancarta. Doña Mercedes y María Luisa agarraron una de cada esquina, dejando en medio a Teresa. Se colocaron de espaldas para no ver acercarse a los policías. No tardaron en llegar. Frente a ellas, estaba ya el periodista gráfico. Disparaba su cámara sin parar. Los policías les quitaron violentamente la pancarta. La madre cerró los ojos. La novia intentó agarrarse. Doña Mercedes sostuvo la pancarta. El fotógrafo continuaba con su cámara pegada al ojo. Después, se marchó corriendo. Los policías retiraron la pancarta. En el forcejeo, Teresa y doña Mercedes cayeron al suelo. María Luisa quedó de pie un poco más atrás.

—¡Está prohibido manifestarse en este lugar!

—Sólo deseamos tener una entrevista con la Primera autoridad.

—Solicítenlo por el cauce reglamentario.

Los policías ayudaron a incorporarse a las dos mujeres. Para levantar a la echadora de cartas tuvieron que intervenir dos. Teresa sólo aceptó la mano de María Luisa. Las empujaron para que se

marcharan. Las amenazaron con detenerlas, si continuaban en esa actitud. No tenían intención de seguir. Ya habían cumplido su misión.

Quince: Repetición

15.1

Lo primero que hizo Teresa, ese día, fue comprar el periódico. Había dormido mal. Pasaron por su imaginación todas las fotografías posibles e imaginarias de la protesta ante la Primera autoridad. Pensó también en la posibilidad de que la operación hubiera fallado porque el fotógrafo no tenía preparada la cámara o porque ella, doña Mercedes y María Luisa no habían cumplido con toda exactitud las indicaciones recibidas. Mientras lo compraba, vio que, en el centro de la primera página, había una fotografía grande. No pudo resistir la tentación de mirarla inmediatamente. Aparecían ella y doña Mercedes caídas en el suelo. Los dos policías parecía que las estaban pegando. María Luisa estaba de espalda a un lado. La Primera autoridad y toda su comitiva aparecían, al fondo, observando la acción. Era una fotografía impactante.

—Este fotógrafo es un genio.

15.2

—¿Sabes algo de tu hijo? - preguntó Eugenia de los Ángeles por teléfono a su marido.

Era ya más del mediodía y no había aparecido por casa. Su cama estaba intacta. La madre estaba muy disgustada por su comportamiento. Había procurado mostrarse lo más seria posible al prohibirle que continuara con los excesos de la bebida y los escándalos nocturnos en las casas de prostitución y otros chiringuitos de mala muerte.

—¡Esta vez ha prolongado la juerga más que de costumbre! – dijo el ya anciano padre con tono de reproche.

—¡Me va a oír!

—En el fondo, él sabe que se lo consientes todo.

—¡No digas tonterías! Yo no le consiento nada.

—Eso no te los crees ni tú. Y de María Luisa, ¿qué?

—He hablado otra vez con ella. Pero creo que es mejor dejarla en paz.

—Eugenia, tus hijos se te están escapando de las manos.

—¡Son hijos de los dos!

—Tú te comprometiste a educarlos. En varias ocasiones, me has dicho que no me meta en tus cosas.

15.3

En cuanto llegó a la librería exotérica, doña Mercedes contempló

la primera página del ‘Diario de la Isla’ con detención. La fotografía formaba parte de la noticia principal. El titular grande también aludía al incidente durante la inauguración de la obra pública más importante de las últimas décadas en Isla Pequeña. En la narración, se prestaba más atención al incidente que al acto en sí. Se describía, con todo detalle, la intervención de los policías y se insistía en que la Primera autoridad lo había presenciado. Al final de la narración de la primera página, se añadía: Editorial en Página 3 y más información en página 13. Doña Mercedes nunca se había detenido en los editoriales. Eran páginas con mucho texto, poco atractivas y desagradables de leer. Llevaba el título: 'Atención a las personas'. Le resultó muy difícil terminarlo. Utilizaba palabras poco usuales. Las frases eran muy largas. Apenas había puntos y aparte. Venía a decir que la Primera autoridad estaba encerrado en su residencia, preocupado de los temas del gobierno, pero ajeno a las preocupaciones de las personas normales. Como ejemplo de esa lejanía, se señalaban los casos de Teresa y doña Mercedes que se veían obligadas a solicitar una entrevista de esa manera.

—Se están portando bien estos del periódico. Si, después de esto, no nos recibe, no lo conseguiremos nunca.

15.4

Nada más tomar su tercer café, Eugenia de los Ángeles ya no pudo resistir más la ausencia de noticias sobre su hijo. Llamó otra vez al nuevo responsable de la seguridad familiar. Le exigió información sobre las andanzas de Juan Luis durante la noche anterior y su ausencia de casa hasta ese momento.

—Él personalmente me dijo que no quería ningún tipo de escolta. –se excusó el nuevo responsable - Me aseguró que era una decisión consultada con Vd.

—Tenía que vigilarle a distancia, sin que él lo notara.

—El me lo prohibió expresamente.

—¿Sabe si ha habido alguna denuncia por escándalo público en las últimas horas? ¿Se ha metido de nuevo con alguna subnormal?

—Lo investigaré ahora mismo.

—¡En cuanto sepa algo, dígamelo! Estoy muy preocupada.

15.5

Doña Mercedes decidió tomar un buen desayuno para celebrar el éxito obtenido con la noticia del periódico. Subió a la cocina y puso a calentar por separado el café y la leche. Colocó pan tierno en el tostador. Sacó la mantequilla y la mermelada de ciruela, que era su preferida. Estaba colocándolo todo en la mesa, cuando sonó el teléfono. La echadora de cartas recordó la voz del jefe de la sección

de noticias políticas del 'Diario de la isla'. Mientras caminaba para coger el auricular, se hizo una apuesta a sí misma a favor de que llamaba para decir que estaba muy contento y les daba la enhorabuena.

—¡Dígame!- saludó en tono festivo.

—Buenos días. Le llamo de la secretaría de la presidencia del gobierno. Deseamos comunicarle que la Primera autoridad las recibirá esta misma tarde, a pesar de ser sábado.

—¡Muchas gracias! - respondió en un tono mucho más circunspecto.

—La esperamos acompañada de sus cómplices.

La palabra ‘cómplice’ le sonó muy mal. No supo cómo reaccionar. Tuvo que ser la funcionaria quien precisara los detalles sin que ella se los preguntase. Debía estar en la puerta de la residencia presidencial a las cuarto de la tarde. La entrevista tendría lugar exactamente a las cuatro y cuarto. Duraría un cuarto de hora, ya que la Primera autoridad estaba muy ocupado.

—Si me permite, a título personal deseo reprocharles su actitud.

—No sé a qué se refiere.

—Sabe Vd. muy bien a qué me refiero. Nos han creado un grave problema a todos los que trabajamos en esta secretaría vendiendo su exclusiva a un periódico.

—Nosotras no hemos vendido ninguna exclusiva a nadie.

Para terminar, la funcionaria repitió la hora de cita y exigió puntualidad. Doña Mercedes se quedó con un sabor agridulce. Debía estar contenta, porque había conseguido la entrevista tan ardientemente deseada. Sin embargo, la actitud de la funcionaria le había afectado negativamente. La Primera autoridad concedía esa visita en contra de su voluntad, obligado por la presión ejercida desde el periódico de más tirada.

—¡Por lo menos, lo hemos conseguido!

15.6

—¿Luis Callejuela?

—Al aparato.

—Soy el nuevo responsable de Secúritas. ¿Sabe algo del hijo de Díaz - Montenegro?

—¿Qué tengo que saber?

—No ha aparecido todavía por casa. Quería saber si esta noche ha habido alguna denuncia contra él por escándalo público o algo así.

—Esta noche no ha habido nada. Ya le he dicho a su madre que le ate en corto. Ese chaval va a causar algún problema gordo.

—Si sabe algo, llámeme, por favor.

—Será un favor más que me debes. Tendremos que llamarnos de tú. Espero que tengamos tan buena relación como tenía con tu antecesor.

15.7

Doña Mercedes telefoneó inmediatamente a Teresa. Como no podía dejar en ese momento su librería exotérica, fue la madre de Toni quien se trasladó para comentar la propuesta y planificar lo que debían hacer. Desde el primer momento, la echadora de cartas manifestó su deseo de aprovechar bien esa visita y comprometer a la Primera autoridad en su lucha. Teresa estuvo de acuerdo. Lo deseaba. También estuvieron de acuerdo en no implicar a María Luisa a causa de los graves problemas que tenía con su madre. Decidieron llamar inmediatamente al jefe de sección del 'Diario de la isla'. No sólo debían mantener el compromiso de anunciarle todas acciones. Deseaban que el encuentro con la Primera autoridad tuviera eco en el periódico. Debía informarle Teresa, ya que era su interlocutora hasta ese momento. El periodista se alegró mucho. Lo consideró un éxito de su periódico y una nueva manifestación del gran poder que había logrado. Hasta la Primera autoridad se veía obligado a recibir a quien ellos apoyaban.

—Ya conoce nuestro compromiso. No deben decírselo a nadie. Avisaré a nuestro fotógrafo. Enviaré también a un reportero. Mañana realizaremos un gran despliegue en exclusiva con su visita. Recuérdelo. Es muy importante. No se lo anuncien a nadie y, después, no hagan ninguna declaración a otros medios informativos.

Teresa asintió. El periodista le había repetido que todo lo que estaban consiguiendo se lo debían al apoyo prestado. La exclusividad era el pago que debían dar a cambio. Doña Mercedes estaba muy contenta. Era evidente que se hallaban en el buen camino. Debían planificar bien la visita a la Primera autoridad. Lo esencial era conseguir de él una propuesta para llevársela al líder del Ejército de liberación. No importaba mucho lo que esa propuesta dijera. Lo importante era únicamente avanzar, tener un motivo para dar el paso siguiente. Con esa propuesta, se encaminarían a la cárcel y pedirían a Samuel de Casavieja que contestara a la propuesta gubernamental. Con la nueva contestación, solicitarían una nueva entrevista a la secretaría de la presidencia.

—Las gestiones con Samuel de Casavieja en la cárcel, tendrás que seguir haciéndola tú en solitario.

—Haríamos más fuerza las dos juntas.

—A mí, no me dejan entrar en la cárcel. Pero no te preocupes. Fuera, yo estaré contigo en todos los pasos que vayamos dando.

—¿No nos pasará como en el cuento de la lechera? – preguntó Teresa con temor.

—A nosotras, no se nos va a romper el cántaro. –respondió doña Mercedes con decisión.

15.8

Doña Mercedes y Teresa bajaron del taxi en la misma puerta de la residencia presidencial. Las dos se habían vestido con elegancia para la recepción. Tuvieron que realizar unos breves trámites ante los policías uniformados. Tras unas consultas por el teléfono interior para anunciar que venían dos personas a la visita con la Primera autoridad, les anunciaron que todo estaba en regla. Las estaban esperando. Las recibió una mujer joven, alta, no muy agraciada de cara, pero bien vestida y con porte dinámico. Por la voz, doña Mercedes reconoció que era la misma que había llamado por teléfono. No se le escapó ni una sonrisa de protocolo. Para sorpresa de doña Mercedes y de Teresa, las estaban esperando representantes de todos los medios informativos. Nada más entrar, quedaron aturdidas por las luces de los flaxes fotográficos. La echadora de cartas se recompuso enseguida. La madre de Toni miró a la funcionaria en petición de auxilio. Recibió una mueca de reproche. Al poco tiempo, entró la Primera autoridad. Lo hizo con una amplia sonrisa, no muy sincera, dirigida a los medios de comunicación. Saludó a las dos mujeres ostentosamente. Posó para los fotógrafos. Esperó a que realizaran su trabajo con comodidad. Después, a una indicación de la funcionaria, pasaron a otra sala. La Primera autoridad, de cerca, parecía más bajo y con menos pelo que en las fotografías o en la televisión. Además, tenía un tic. Movía el labio superior constantemente, como si le estuviera picando una mosca. Pidió a doña Mercedes y a Teresa que se sentaran. La funcionaria preguntó si deseaban tomar algo. Quedaron en recibir tres cafés. Cuando quedaron solos, la Primera autoridad hizo una alusión con ironía al despliegue periodístico que había precedido a la entrevista. Sin embargo, mantuvo, en todo momento, el tono amable con que había comenzado. Hasta que la funcionaria no trajo la bandeja con los cafés, no entraron en el objetivo de la visita. El político dejó claro que conocía los casos de las dos mujeres. Estaba informado hasta de la fecha de la detención y de los cargos que se presentaban contra Toni. Ante la sorpresa de doña Mercedes, también conocía los problemas de Merceditas y los deseos de su madre de lograr las condiciones para que se pudiera casar. Teresa le explicó que

deseaba, sobre todas las cosas, la libertad de su hijo. Se puso muy nerviosa al explicarlo. Doña Mercedes expuso sus reivindicaciones con más claridad y más contundencia. El político aseguró que la postura del gobierno, en ese tema, estaba muy clara. Enumeró muchos documentos en los que se había definido esa política. La echadora de cartas se atrevió a pedir una concreción mayor de las exigencias gubernamentales. No estaba dispuesta a irse con las manos vacías, tras lo mucho que les había costado conseguir esa entrevista. Por fin, lograron la promesa de que les entregarían una copia de las resoluciones aprobadas en el consejo de gobierno. Era la exposición más completa y a la vez más esquemática sobre el planteamiento gubernamental para conseguir la paz. La Primera autoridad llamó a la funcionaria. Le pidió una copia de esa resolución. Se levantó como señal de que daba por terminada la visita. Esperaron a recibir los papeles. Mientras esperaban, el tic del labio superior se repitió con más frecuencia. La despedida del primer mandatario fue educada pero nada afectuosa. Doña Mercedes y Teresa temieron que la funcionaria las llevara de nuevo a la sala donde estaban los periodistas y los fotógrafos. No fue así. Las llevó directamente a la puerta de salida. Con las fotografías del comienzo, ya se habían hecho suficiente propaganda para contrarrestar las críticas realizadas por el 'Diario de la isla'. La funcionaria mantuvo su seriedad. En la despedida, llegó a convertirse en antipatía.

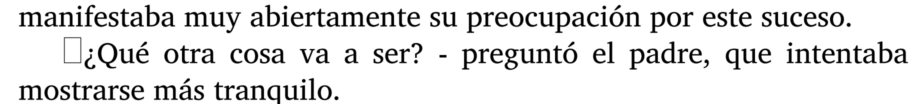
□Me he permitido pedirles un taxi. Está esperando en la puerta.

Las dos mujeres se limitaron a dar las gracias. Habían conseguido lo que deseaban. Teresa apretaba el bolso donde llevaba el papel que contenía la propuesta del gobierno. Doña Mercedes lo llevaba en la mano. Ese documento les otorgaba la oportunidad de continuar su lucha. Seguirían intentando que el gobierno y la organización terrorista se pusieran de acuerdo.

15.9

A media tarde, María de los Ángeles se reunió otra vez con su marido para analizar los resultados negativos de las muchas gestiones para descubrir el paradero de su hijo Juan Luis. Numerosos miembros de Secúritas habían estado reconstruyendo sus pasos en la noche anterior. Había frecuentado los tugurios de mala fama de otras noches. Pero, hacia los tres de la madrugada, se perdían todos los rastros. Algunos compañeros de juega, aseguraban que le habían visto subir a su coche deportivo. Era lo último que se sabía de él.

□A ver si ha sido algo más que una juega. -afirmó la madre que



manifestaba muy abiertamente su preocupación por este suceso.

—¿Qué otra cosa va a ser? - preguntó el padre, que intentaba mostrarse más tranquilo.

—¡Pueden ser muchas cosas!

En realidad, ninguno de los dos deseaba verbalizar las distintas posibilidades para explicar la ausencia de su hijo, aunque ambos llevaban mucho tiempo pensando que los peores augurios podrían cumplirse.

15.10

Al día siguiente de la visita de doña Mercedes y Teresa a la Primera autoridad, todos los periódicos sacaron la fotografía y la noticia. El ‘Diario de la isla' fue el que más destacó la noticia. Completaba la información con un texto de diez párrafos, en el que reseñaba los antecedentes y repetía algunas frases de su editorial. 'Patria' hacía un comentario breve e irónico. Era el que menos espacio dedicaba al asunto. Sin embargo, en un comentario editorial señalaba que ese no era el camino para mejorar el trato con los parientes de los presos. Añadía que si el gobierno deseaba la normalización y pacificación de Isla Pequeña, ya sabía lo que tenía que hacer y con quién debía hablar. Insistía en que el Ejército de liberación siempre se había mostrado dispuesto a negociar.

—Me estoy haciendo famosa.

Doña Mercedes estaba contenta con la nueva situación. Pensaba que esa notoriedad favorecía la consecución de sus objetivos. A Teresa no le gustaba su imagen en las fotografías. Se encontraba demasiado mayor. El peinado que llevaba no le favorecía nada. Si esto le hubiera sucedido hace unos años, habría ido inmediatamente a la peluquería. En ese momento, le preocupaba ya poco su aspecto físico.

15.11

Las emisoras de radio interrumpieron sus emisiones poco antes del medio día para dar noticia de un comunicado urgente que acababan de llegar. El joven Juan Luis Díaz - Montenegro había sido secuestrado por el Ejército de Liberación. Los informantes no podían añadir ningún detalle más de la noticia. Sólo se sabía que se había recibido una llamada telefónica en la Agencia Insular de Noticias reivindicando escuetamente el secuestro.

15.12

—Para mañana, debemos conseguir que asistan a la reunión y a la manifestación más de cien madres. Nos manifestaremos delante del gobierno. Es lo que más impacta.

Doña Mercedes se había reunido con el Padre Anselmo para

proponerle una acción reivindicativa de las madres que integraban la Hermandad de Abraham. Para conseguir una situación que permitiera la boda de su hija, era partidaria de usar todos los resortes para potenciar esa concentración. El sacerdote se mostró contrario a la manifestación.

¡La paciencia es una virtud muy importante! - sentenció el padre Anselmo.

15.13

Los teléfonos de la casa y de las empresas de la familia Díaz - Montenegro comenzaron a sonar inmediatamente de conocerse el secuestro. Con la experiencia que todavía se recordaba del secuestro del padre, se tomó la decisión de que toda la información y todas las gestiones fueran canalizadas y coordinadas por Eugenia de los Ángeles. Se estableció una nueva línea telefónica con terminal en la biblioteca de la residencia familiar. A ella debían ser remitidas todas las llamadas.

15.14

La bella y elegante dama rubia vestida de negro y rojo se acercó hasta la residencia de los Díaz de Montenegro. En la puerta exterior habían colocado una bandeja y una urna, ambas de cristal brillante. Ya habían depositado numerosas mensajes de apoyo por el secuestro del hijo. Sacó de su bolso el papel blanco que traía metido en un sobre del mismo color. Lo volvió a leer. 'En estos momentos de dolor, estoy con vosotros'. No estaba firmado. Sólo había una rúbrica ininteligible. Depositó el sobre y se fue antes de que llegaran otras personas.

15.15

La primera comunicación directa de los secuestradores llegó, por carta, tres días más tarde. Estaba escrita de forma muy aséptica, exclusivamente con letras mayúsculas. En ella, se confirmaba que Juan Luis Díaz - Montenegro había sido secuestrado por el Ejército de Liberación. Se ordenaba que la familia debía tener preparada la cantidad de tres millones de euros en billetes usados. En el último párrafo, se indicaba que una próxima comunicación les indicaría cómo, cuándo y dónde debían entregar ese dinero. También se señalaba que si esas indicaciones no eran cumplidas con total exactitud o eran comunicadas a la policía, el joven sería ejecutado inmediatamente.

15.16

El sábado por la mañana, Teresa recibió una llamada telefónica de María Luisa. Recordaba que era el día de visitar a Toni, pero dada la circunstancia dolorosa que estaba pasando su familia por el

secuestro de su hermano, no podría acompañarla. La madre le dijo que no se preocupara, que lo entendía perfectamente. En realidad, se alegró al poder realizar con total libertad la gestión que deseaba llevar a cabo. Se había reunido con doña Mercedes para planificar con exactitud los pasos que debía dar en la nueva entrevista con Samuel de Casavieja. El objetivo era avanzar un nuevo paso en los contactos. Era preciso conseguir una respuesta por parte del Ejército de liberación para llevársela al gobierno. Cuando Teresa llegó al vestíbulo del embarcadero, le dio un vuelco al corazón. En la fila para sacar el billete, estaba ya la madre de Samuel de Casavieja. Tenía que haberlo supuesto. Estuvo tan obsesionada con la entrega del documento que no había previsto lo más lógico. Visitaba todas las semanas a su hijo, a no ser que sucediera alguna circunstancia grave. Como estaba de espaldas y no podía verla, salió de nuevo para pensar lo que debía hacer. Le pediría los cinco primeros minutos de la visita. Volvió a entrar en el vestíbulo y se dirigió con decisión hacia la cola. Habían abierto ya la ventanilla. La madre de Samuel la vio acercarse. Por señas, le dijo que iba a sacar billetes para las dos.

—No, por favor. No me lo pagues.

—Te debo una invitación.

Teresa no se atrevió a plantearle su petición en ese momento. Entraron juntas al barco y se sentaron en uno de los bancos del fondo. Hablaron de cosas intranscendentes hasta que comenzó el trayecto.

—Tengo que pedirte un favor.

—Si está en mi mano, lo tienes concedido.

—Desearía hablar con tu hijo cinco minutos.

—Por supuesto. No hay ningún inconveniente.

—Tengo que preguntarle por la adaptación de mi hijo a la vida de la cárcel.

—Puedes hablar con él sobre todo lo que quieras.

Teresa se quedó con ganas de darle más explicaciones, aunque fueran falsas, para justificar su petición. Pero no hubo necesidad. La madre de Samuel dio otra vez muestra de su bondad. Ella misma dijo a los vigilantes que cedía la primera parte de su turno.

15.17

Luis Callejuela, el secretario de la comisaría central, hizo gestiones a través de su nuevo contacto en Secúritas para poder examinar directamente la carta en la que los secuestradores indicaban las condiciones del rescate. Eugenia de los Ángeles se negó a entregar ningún documento hasta que no se lograra la

liberación de su hijo.

—Lo único que quiero es colaborar para que esa liberación se produzca cuanto antes.

—Lo siento. La señora ha dicho que ella quiere dirigir personalmente todas las gestiones.

15.18

Samuel de Casavieja saludó a su reincidente visitante con familiaridad. Se interesó por el desarrollo de su iniciativa. Escuchó con atención el relato de su visita a la Primera autoridad. Se sorprendió de su empeño en conseguir algo que no consideraba a su alcance. La felicitó por su constancia. Desconfió de los resultados hasta el momento en que tuvo el documento en sus manos. Comenzó a leerlo con detención.

—¡Le han tomado el pelo!

—¿A mí?

—Este papel no sirve para nada.

—Son las condiciones del gobierno para llegar a un acuerdo.

—Este documento tiene más años que yo. No aporta nada nuevo.

—Es un paso importante. Ahora vosotros podéis contestar. Ponéis los matices que deseéis. Yo llevo a la Primera autoridad vuestra contestación. El la matiza. Se va produciendo el acercamiento.
Cada vez se progresa un poquito hasta llegar al acuerdo final.

—¡Tenga su 'documento'! Sigo sin saber si Vd. es una ingenua o una infiltrada.

—Quédate con él, por favor. Piénsalo. Yo sólo deseo que mi hijo, tú y todos podáis salir.

—Le voy a dar un consejo muy serio. Abandone esta broma de una vez. Yo estoy dispuesto a negociar con el gobierno en contra de lo que opinan otros compañeros del Ejército. Pero esta iniciativa suya lo complica todo. Déjelo. Es lo mejor que puede hacer.

La despedida no fue nada amable. El líder de la organización se mostró enfadado por la actitud de Teresa. Le repitió, de nuevo, que dejara ese intento de mediación. Le ordenó que no volviera a verle. Después, le rogó que se fuera para poder hablar con su madre.

15.19

—Recuerda, querido José Luis, en estos momentos duros por el secuestro de tu hijo, la historia de Abraham, que, por deseo tuyo, hemos tomado como patrón para nuestra hermandad. – el padre Anselmo había adoptado un tono de sermón cuando fue a consolar a su amigo el viejo empresario Díaz de Montenegro. – También Yahvé le puso a prueba con la muerte de su hijo. Si eres fiel al pensamiento divino, también a ti te devolverá a tu hijo sano y

salvo.

—Anselmo, te agradezco tu buena intención. Pero creo más en lo que podamos hacer aquí que en lo que pueda hacer el Abraham ese en el cielo. Con estos cafres asesinos desgraciadamente poco se puede hacer.

15.20

Teresa, a pesar de su tensión nerviosa, se entrevistó con su hijo durante el tiempo que le quedó de la visita. Se disculpó por la tardanza. Pero no hizo ninguna alusión a su entrevista con Samuel de Casavieja ni sobre las gestiones que estaba llevando a cabo con doña Mercedes. Tampoco le comentó nada de las confusas apariciones y desapariciones de María Luisa. Le preguntó sobre su estado de ánimo, sobre lo que había hecho en las últimas fechas, sobre las comidas y sobre todo lo que le venía a la cabeza. Con ese aluvión de preguntas, trató de impedir que Toni sacara la cuestión de sus gestiones con el líder del grupo terrorista. Era muy posible que su compañero de cárcel se lo hubiera contado. Era también muy posible que opinara lo mismo que su jefe. Pero ella no estaba dispuesta a ceder. Permanecía decidida a vencer dificultad tras dificultad.

15.21

—¡Que se jodan también los ricos! -dijo Pedro mientras regresaba a casa conducido por su mujer – Ellos no estuvieron en las manifestaciones por la muerte de nuestro hijo. Se creen que por ser ricos no les va a tocar. Más orden es lo que hace falta aquí. Si colgaran a unos cuantos, no volvía a pasar esto.

15.22

A la salida de la cárcel, Sara esperó a su ya amiga Teresa. Ésta la recibió con cierto temor. Entraba dentro de lo posible que su hijo le hubiera contado lo que habían hablado. Incluso podía haberle encargado insistir en que dejara las gestiones para lograr el acuerdo. No fue así.

—Ya me ha dicho mi hijo que no tienes ningún motivo para estar preocupada por Toni.

Teresa tuvo, al principio, dudas sobre si hablaba con sinceridad o disimulaba lo que realmente sabía. Durante la conversación, se fue convenciendo de que no ocultaba nada. Se mostraron las dos satisfechas de las visitas a sus hijos y se despidieron con la intención de verse al sábado siguiente.

—El próximo sábado llegaré yo antes. Me toca mí sacar el billete para las dos.

Mientras se separaban, Teresa pensó que su amiga había

alcanzado una serenidad de ánimo muy conveniente en esas circunstancias. Ella, en cambio, estaba cada vez preocupada por las dificultades que aparecían en el camino. Abrió el bolso. Sacó dos pastillas y se las lanzó a la garganta. Le quedaban ya pocas. Aprovechó que en las farmacias cercanas al embarcadero no la conocían para comprar varias cajas.

15.23

Cuando entró en el edificio de su vivienda, Teresa se dirigió al buzón. Por la mañana, no lo había revisado, como era su costumbre. Entre la oscuridad que había en esa zona del portal, su preocupación por la negativa de Samuel de Casavieja y el estado de obnubilación que le producían las pastillas, no pudo ver que la portezuela del buzón había sido manipulada. Introdujo la llave en la pequeña cerradura. No pudo dar el giro completo como en otras ocasiones. Se abrió la portezuela forzada desde dentro. Cayó un paquete abultado al suelo y produjo una explosión con mucho ruido y humo. Teresa saltó hacia atrás. Quedó con la espalda y la cabeza apoyada en la pared. Permaneció asustada, con los ojos alucinados mirando el humo y el amasijo de papeles ennegrecidos en el suelo. Sintió picor en las piernas. Tenía las medias agujereadas. Estaba tan asustada que no oyó el ruido que hizo la vecina del primer piso al acercarse.

—¿Qué ha pasado?

La vecina se precipitó sobre Teresa. Estaba muy alarmada. La abrazó para sostenerla. Preguntó si podía andar. Después, la ayudó a caminar hasta su puerta y le ofreció una silla para que se sentara. Desde las escaleras, se oyó la voz de otro vecino.

—¿Ha pasado algo ahí abajo?

—¿Desea algo, don Andrés? - dijo la vecina para disimular lo sucedido por indicación de Teresa.

—Pregunto si ha pasado algo ahí abajo.

—No. No ha pasado nada.

—He oído un ruido extraño.

—Se me ha caído un...un bote.

Teresa, todavía temblando, se sintió muy agradecida por la actitud de la vecina. Esperaron con temor a ver si se asomaba algún otro. Contuvieron la respiración. No apareció nadie. Hubiera sido terrible tener que explicarles toda la historia. Se habrían asustado al conocer que había sido una explosión. Hartos problemas había causado ya la detención de su hijo para añadir ahora este nuevo motivo de preocupación.

—Son unos salvajes. -sentenció la vecina - No respetan nada ni a

nadie.

—Se lo agradezco mucho. De verdad. - dijo Teresa, levantándose de la silla- No olvidaré lo que ha hecho por mí.

—Mire a ver si tiene alguna herida.

—Estoy bien. No se preocupe.

—Suba a casa. Ya termino yo de recoger esto. No se preocupe. Nadie se enterará de nada. Es mejor que no transciendan estas cosas.

15.24

—María Luisa, - dijo su madre con gran seriedad - creo que no es necesario que te diga en qué circunstancias estamos y cómo te debes comportar.

—Nada de lo que yo haga va a influir en el secuestro de Juanlu. En todo caso, podría ser positivo. - contestó la hija.

—¡Espero no oírte esa estupidez nunca más! No estamos para bromas. Nos jugamos la vida de tu hermano.

15.25

No había acabado Teresa de cambiarse de ropa y adecentarse después del percance, cuando sonó el teléfono. Se sobresaltó. Se miró las piernas todavía con las medias agujereadas. Sintió como si la hubieran pillado todavía sin arreglar. Se acercó con temor.

—Dígame.

—Escúcheme bien. Se lo voy a decir únicamente una vez. Sólo ha sido un aviso. Como continúe metiendo las narices donde no le importa, lo pagará caro.

Teresa se quedó paralizada. No tuvo fuerza para contestar. Tampoco hubo tiempo para hacerlo. Nada más lanzar esas amenazas, cortaron la comunicación. Le volvieron los temblores en los brazos y en las piernas. Más que sentarse, se dejó caer, todavía con el auricular en la mano. Comenzó a sollozar fuertemente. Tuvo que colgar el teléfono para poder limpiarse los ojos y sostener la cabeza entre las manos.

Dieciséis: Encuentro

16.1

Cuando Teresa acababa de tomar dos pastillas para dominar su ansiedad, sonó el teléfono. Decidió no cogerlo. Se prolongó tanto el sonido que tuvo que levantarse. Pero cuando cogió el auricular, ya habían colgado. Inmediatamente después, sonó el teléfono en la librería exotérica. Doña Mercedes lo cogió inmediatamente. Era el jefe de la sección de noticias políticas del 'Diario de la isla'. Por el tono de sus reproches, estaba muy enfadado.

—He llamado a Teresa Aquende. Como no me ha cogido, la llamo a Vd. ¿Por qué no han cumplido su compromiso?

—No sé a qué se refiere.

—¿No se habían comprometido a comunicarnos todos sus pasos entre la Primera autoridad y la organización terrorista?

—En los últimos días, no hemos dado ningún paso.

—Habían prometido darnos las noticias en exclusiva a cambio de nuestro apoyo. Nosotros hemos cumplido escrupulosamente.

—Le juro que, en estos días, no hemos hecho nada ni hemos tenido noticia de nada.

—¿Qué pasa, entonces, con la tregua que publica hoy 'Patria'?

—De verdad, yo no sé nada de eso y Teresa tampoco. Además, ¿cómo puede haber una tregua si tienen secuestrado a ese chico desde hace tres semanas?

—¿Todavía no sabe que Isla Pequeña es una casa de locos?

—De todos modos, me alegro de que exista una tregua aunque no tenga ninguna información sobre ella.

—Pues entérese. Entérese y llámeme. Están pasando cosas importantes. ¡Llámeme cuanto antes!

La última frase, además de una orden, fue un grito. Pero la palabra que le quedó retumbando en los oídos era la de tregua. El tono del periodista no había sido precisamente informativo. No era hora de las noticias en la televisión. Tendría que ir a comprar el periódico.

16.2

—Soy Eugenia de los Ángeles.

—¿Hay alguna novedad, señora? - aprovechó para preguntar el nuevo coordinador de Secúritas.

—Lamentablemente no. Llame al secretario de la comisaría central y dígale que suspenda todas las acciones de venganza que

pueda estar preparando.

—Ya sabe que nosotros no participamos en nada.

—Pídale a él que tampoco tome iniciativas por su cuenta. Pídaselo por favor. ¡Que lo suspenda todo! No podemos poner en peligro la vida de mi hijo.

—Le llamo ahora mismo.

—Sea muy tajante. No quiero ningún fallo en este momento.

16.3

Teresa también bajó a comprar el periódico. Doña Mercedes le había avisado de que aparecía una información sobre la tregua. Cuando estuvo ante el kiosco, sintió vergüenza de comprar sólo el periódico relacionado con la organización terrorista. Pidió también el ‘Diario de la isla'. 'Patria' anunciaba en la primera página, con un gran despliegue, la propuesta de una tregua de un mes. Durante ese tiempo, no realizaría ningún atentado ni secuestro, como muestra de buena voluntad para favorecer que el gobierno concediera una amnistía total como comienzo de un cambio radical de su política. Reproducía un comunicado de siete párrafos en el que hacía una crítica muy dura contra el gobierno. Le acusaba de atender a los intereses económicos particulares e impedir la solución del auténtico problema para los habitantes de Isla Pequeña. El último párrafo era el más extenso. Estaba publicado en letra más grande. En él, se recogían las exigencias de la organización para considerar que se llevaba a cabo ese cambio. La primera de estas condiciones era 'la puesta en libertad de todos los presos políticos isleños, auténticos defensores de los derechos patrióticos'. Teresa se alegró mucho. Era lo que deseaba, por lo que estaba luchando. No le importaba saber cuáles eran las otras condiciones. Lo que a doña Mercedes le interesaba era únicamente que esa tregua se confirmara y se estableciera una situación de paz en Isla pequeña para que su hija se pudiera casar con Kike. Ambas sintieron gran satisfacción. Había merecido la pena su lucha.

—Que cedan un poco cada uno, pero que mantengan la salida de Toni.

Estaba Teresa tan entusiasmada, que se tomó otras dos pastillas para celebrarlo. Quiso obtener más información sobre esa tregua ofrecida y sobre el proceso que en ese momento se abría. Se arrepintió de no haber comprado las pilas para el transistor de la radio. Encendió la televisión para escuchar el programa de noticias. Esa fue su perdición. Su entusiasmo duró hasta oír el primero de los titulares. 'El gobierno rechaza las exigencias del Ejército de liberación. Además, denuncia que los terroristas más duros impiden

la negociación con el grupo más moderado'. No escuchó más. Tomó otras dos pastillas. Todas sus esperanzas se habían destruido.

16.4

—Lo siento. Dile a tu señora que si no ha querido participar, ahora tampoco tiene derecho a pedir que se paren las acciones en marcha. -contestó el secretario de la comisaría central ante la petición de que no realizara ninguna acción paralela hasta que no terminara el secuestro.

—Puede poner en peligro la vida del chico secuestrado. - insistió el agente privado.

—¡Eso es falso! Si la señora quiere salvar la vida de su hijo, hay que darles caña. Es lo único que puede pararlos. Ellos secuestran. Nosotros secuestramos. Ellos matan. Nosotros matamos. Somos más y tenemos más fuerza. Ganaremos de todas todas.

—Tú no estás en el pellejo de ella. Es su madre.

—Dile que ella ha quedado voluntariamente fuera de esta operación.

—Te lo pide por favor. - recalcó el nuevo jefe de Secúritas.

—Dile que ya es demasiado tarde. Tú échame la culpa a mí.

16.5

Estaba a punto Teresa de tomarse otras dos pastillas, cuando sonó otra vez el teléfono. Era el jefe de la sección de noticias políticas del ‘Diario de la isla'.

—¿Pueden venir un momento al periódico? Vengan las dos, por favor.

Teresa se lo propuso inmediatamente a doña Mercedes. Por supuesto que podían ir. Lo estaban deseando. Querían hacer todo lo que estuviera en su mano para recuperar la ilusión. No tardaron nada en llegar al periódico. El periodista también la recibió inmediatamente. Aceptaba las explicaciones que ellas le habían dado. Pero, a cambio, tenían que descubrir lo que estaba pasando. Había noticias sin confirmar de que miembros del gobierno y algunos líderes de la organización terrorista se estaban intercambiando mensajes.

—Es el método que nosotras les hemos propuesto.

Doña Mercedes quiso hacerse valer ante el periodista y ante su compañera. El jefe de sección restó importancia a la iniciativa asegurando que era un método habitual en esos casos. Según su explicación, la tregua no era la respuesta a la propuesta que ellas habían entregado en la cárcel a Samuel de Casavieja. Era el fruto de una lucha interna entre varios grupos existentes en el Ejército de liberación. La vanidad de doña Mercedes estaba quedando por los

suelos. El periodista no le dejaba atribuirse ningún mérito. De todas formas, estaban las dos dispuestas a colaborar. Aceptaron el compromiso para enterarse de lo que estaba pasando. Se entrevistarían con todos los que conocía. Nada más conocer cualquier detalle, le llamarían para comentárselo.

—Es muy urgente. Nos estamos jugando mucho.

—¿Qué nos estamos jugando?

—Necesitamos mantener el liderazgo informativo en este tema. Están pasando muchas cosas sin que nuestro periódico las controle.

—He oído en la televisión que el gobierno rechaza la tregua.

—No haga caso a esas declaraciones oficiales. Le aseguro que las cosas se están moviendo. Pero no sé en qué dirección.

—A nosotras, nos interesa que se consiga la paz cuando antes. Ya la necesito para que me hija se pueda casar.

—Lo que a mí me preocupa es la libertad de mi hijo.

—También, en eso, nos jugamos mucho todos.

16.6

—Se lo pido por lo que más quiera. ¡Suspenda las operaciones que están haciendo!

En realidad fue un grito lo que lanzó Eugenia de los Ángeles al secretario de la comisaría. Estaba totalmente exaltada desde que el nuevo responsable de Secúritas le había comunicado su negativa.

—Debe calmarse y pensarlo con calma. Debe pensar detenidamente si, para liberar a su hijo, es mejor negociar o atacar al secuestrador. Esa es la clave. Para mí, está muy claro.

—Si le pasa algo a mi hijo, le consideraré a Vd. el responsable.

Eugenia de los Ángeles colgó el teléfono con un golpe seco. Luis Callejuela se quedó cortado. No esperaba esa reacción. Más que el golpe le había impresionado la advertencia de que le iba considerar responsable de lo que le pasara a su hijo.

16.7

Faltaban tres días para la próxima visita a la cárcel. Demasiado tiempo. Doña Mercedes y Teresa no podrían obtener información directa del líder del Ejercito de liberación Tendrían que enterarse de otra manera. Llamarían a la madre de Samuel. En realidad, ella tampoco les iba a decir nada. En numerosas ocasiones, había insistido en que no se metía en los asuntos de su hijo. A doña Mercedes se le ocurrió una idea mejor. Quien tenía que estar enterada de todo era su hija la abogada. Se entrevistarían con ella. Nunca habían sido buenas sus relaciones. Pero, por sus hijos, seguían dispuestas a todo. No sabían dónde podían encontrarla antes del sábado. Frecuentaba la comisaría central. La tarde

tampoco era la mejor hora para encontrarla. Pero lo intentarían. Al acercarse al edificio policial, vieron que estaba en la puerta el habitual vigilante uniformado de vigilancia. Debían entrar sin darle ninguna explicación, para comprobar si en el vestíbulo había alguien. En caso de que las detuviera y las preguntara para qué deseaban entrar, no le podían dar ninguna razón. Era imposible explicarle que deseaban hablar con la abogada de la organización terrorista y que la buscaban en esa comisaría porque no tenían ninguna referencia sobre su residencia. Tendrían que buscar una excusa. No tenían tiempo para ponerse a pensar. Intentarían entrar cuando el vigilante uniformado estuviera de espaldas a la puerta. Se acercaron disimuladamente. En cuanto el policía se dio la vuelta, aceleraron el paso.

—¿Señoras, qué desean?

—Perdón, no...No deseamos nada.

—¿No venían a la comisaría?

—Deseábamos encontrar a una amiga que iba a presentar una denuncia. ¿Sabe Vd. si ha vendido una señora joven y delgada a presentar una denuncia por un robo en su casa?

—Desde que estoy yo de guardia, no ha venido ninguna señora a presentar ninguna denuncia.

—Quizá esté en el vestíbulo.

—Ya le he dicho que no hay ninguna señora en el vestíbulo.

Teresa cogió del brazo a doña Mercedes para iniciar la marcha. El tono del vigilante dejaba claro que no estaba para bromas. Además, ya habían descubierto que la abogada no estaba en la comisaría. Mientras hablaba con el policía, había prestado atención a los ruidos que procedían desde el vestíbulo. No se oía nada. Tendrían que volver por la mañana. Era más probable encontrarla.

16.8

—Callejuela, soy Díaz de Montenegro. ¡Suspéndelo todo!

—¿Está seguro de que eso es lo que hay que hacer? - contestó el secretario de la comisaría.

—De momento, suspéndelo. Después, ya veremos.

16.9

—¡Merceditas, escúchame bien!

Doña Mercedes se colocó delante de su hija y la miró a los ojos. La joven, que llevaba mucho tiempo enfadada con su madre responsabilizándola de que no se avanzaba nada en la resolución de su problema, se apartó. La echadora de cartas volvió a ponerse frente a su hija.

—¡Escúchame! Tengo una buena noticia para ti.

□No confío nada en ti.

□¡Estamos a punto de conseguirlo!

□Mentida. – afirmó Merceditas a la vez que se alejaba de nuevo – Quiedes engañadme ota vez. No lo conseguidemos nunca.

□¡Es la pura verdad! Está a punto de terminar el enfrentamiento entre el puerto y la ciudad. En cuanto se consiga, te podrás casar con Kike.

□¡Dime si es vedad!

□Te lo aseguro, cariño mío. – dijo doña Mercedes ya con lágrimas en los ojos – Estamos a punto de conseguirlo.

□¿Cuándo sedá?

□Dentro de muy poco.

Para ese momento, la madre y la hija estaban ya abrazadas. Las dos lloraban a la vez de emoción y de esperanza.

16.10

La primera salida que realizó Eugenia de los Ángeles desde el secuestro de su hijo fue a la redacción del 'Diario de la Isla'. Allí se reunió con el director. Podía haberle llamado a su residencia, pero prefirió salir para eliminar la sensación de claustrofobia que estaba comenzando a sentir. Quería que, en la edición del día siguiente, apareciera una nota en la que la familia exigía a los secuestradores una garantía de que Juan Luis estaba vivo. Las notas y llamadas que había recibido de los secuestradores se referían exclusivamente al cumplimiento de las exigencias. Deseaba insistir en que la familia estaba dispuesta a cumplir las condiciones de los secuestradores aunque las consideraban un chantaje terrorista. Pero, al menos, deseaban tener garantías sobre su estado de salud. En la conversación con el director, se llegó al acuerdo sobre la manera de destacar en la primera página esa petición de la familia. Eugenia de los Ángeles insistió en la conveniencia de no dar, de momento, informaciones que fueran especialmente irritantes para los miembros del Ejército de liberación. En concreto, pidió que no se insistiera en las noticias sobre la división interna entre los partidarios de mantener la tregua y los que habían realizado el secuestro. El director escuchó atentamente estas peticiones, pero trató de eludir el compromiso expreso de llevarlas a cabo de modo inmediato.

16.11

De repente, mientras caminaba junto a Teresa, doña Mercedes se fijó en una mujer menuda que se acercaba desde la acera de enfrente. Era la abogada de la organización. Se acercó a ella.

□Buenos días.

□Ah. Hola. ¿Qué hacen por aquí?

□Hemos venido a buscarte.

□¿Ha cambiado Vd. de idea sobre la defensa de su hijo? – dijo la joven abogada dirigiendo expresamente a Teresa.

□Deseamos comentar contigo si está mejorando la situación. – afirmó doña Mercedes manteniendo su protagonismo en la conversación.

□¿A qué situación se refiere?

Doña Mercedes tuvo dificultades para explicar lo que deseaba conocer sin descubrir sus auténticas intenciones. La abogada tampoco dio facilidades. Insistió en que no era el momento para realizar imprudencias.

□¿Está sucediendo algo importante en este momento?

□Un consejo. No hagan caso a los periódicos.

□Por eso, te lo pregunto.

□Digamos que el gobierno desea aprovecharse.

□¿De qué se quiere aprovechar?

□Ni lo sé ni se lo puedo decir.

□¿Afectará a mi hijo? – preguntó Teresa, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

□Si termina bien, afectará a su hijo y a todos los presos. Pero aceptando sus propuestas, no se puede llegar a buen término. No podemos tirar por la borda lo que hemos conseguido durante tantos años de lucha.

□¿Está próxima la libertad de los presos o no? – terció doña Mercedes en tono de apremio.

□Ya he dicho que no sé nada. Sólo puedo decir que no vuelva a entrevistarse con Samuel de Casavieja. Yo soy su abogada. Díganme a mí lo que quieran decirle a él.

□Sólo deseo el bien de mi hijo y de todos los presos.

□Es una nueva advertencia. No lo intente de nuevo.

La abogada, que dirigía sus palabras casi en exclusividad a Teresa, se alejó precipitadamente. A ambas mujeres les disgustó la prohibición. Ya habían tomado la decisión de entrevistarse con Samuel de Casavieja el sábado siguiente. Por lo menos, podían animarle para que siguiera intercambiando mensajes y acercando posturas hasta solucionar el conflicto.

□Les costará impedir que sigamos luchando para conseguir la libertad de Toni y para lograr que mi hija se pueda casar con quien quiera.

16.12

□Hemos confirmado que existen intercambios de propuestas

entre el gobierno y la organización terrorista.

Como Teresa se sentía todavía algo mareada y no le había desaparecido el dolor de cabeza, doña Mercedes tomó la iniciativa de llamar por teléfono al jefe de la sección de noticias políticas del ‘Diario de la isla'.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nos lo ha confirmado la abogada que defiende a los presos de la organización.

—Nosotros también hemos realizado descubrimientos interesantes. No deje de leer mañana nuestro periódico.

—¿No nos lo puedes adelantar?

—Es mejor que lo lean.

16.13

Antonio se mostró mucho menos optimista que su esposa. Reconoció que en el restaurante había oído comentarios sobre posibles negociaciones en secreto entre el gobierno y el Ejército de liberación. Él lo dudaba. Pensaba que, en el caso de que fuera cierto, no serviría para nada.

—Puedes preguntar a tu pariente del gobierno. -replicó Teresa.

—El también me lo ha dicho.

—¿Cuándo has hablado con él?

—Ha llamado esta mañana al restaurante. Me ha dicho que no son negociaciones propiamente dichas. Están intercambiando documentos con el fin de acercar las posturas. Pero, por ese camino, no se llegará a ningún sitio.

Teresa estuvo a punto de levantarse de la mesa para telefonear otra vez al jefe de sección del ‘Diario de la isla'. Deseaba decirle, con todo entusiasmo, que, en el gobierno, también confirmaban la existencia de negociaciones. Se reprimió. A su marido, le reprendió por su pesimismo.

—Parece que no quieres que tu hijo regrese a casa.

—Lo que deseo es que esto se arregle de una vez, pero de verdad y para siempre.

En ese momento, Teresa sintió otra vez la alteración de sus palpitaciones. Se llevó la mano al pecho e interrumpió la conversación. Antonio se dio cuenta y se quedó mirándola sorprendido.

—¿Te pasa algo?

—El agua se me ha ido por mal sitio.

Era la primera vez que le sucedía estando sentada y en una situación ajena a cualquier tensión. No lo dio importancia. Deseó con más fuerza que llegara pronto la solución. Se prometió a sí

misma de nuevo que, en cuanto Toni estuviera en casa, se pondría en manos de los médicos.

16.14

La carta iba dirigida a Eugenia de los Ángeles. No, a su marido, ni a la familia. Directamente a su nombre. La dirección estaba escrita en letras mayúsculas con una caligrafía recta y aséptica. Era un sobre algo más grande de lo habitual.

□Éste sí que es de los secuestradores.

En realidad, todas las cartas que no tenían una procedencia detallada y conocida en el remite, eran consideradas como susceptibles de aportar algún dato sobre el hijo secuestrado.

□¡No la toques! No añadamos más huellas dactilares. - advirtió a su marido que se había precipitado a coger el sobre.

En el interior del sobre había una fotografía y un folio doblado. En la fotografía, aparecía Juan Luis, bastante más delgado, recién afeitado y más peinado de lo que él solía. En las manos, mostraba un ejemplar del periódico ‘Patria’. El joven no leía el diario sino que miraba a la cámara, por lo que se podía deducir que ese ejemplar no tenía otra misión que establecer la fecha en que había sido tomada la fotografía.

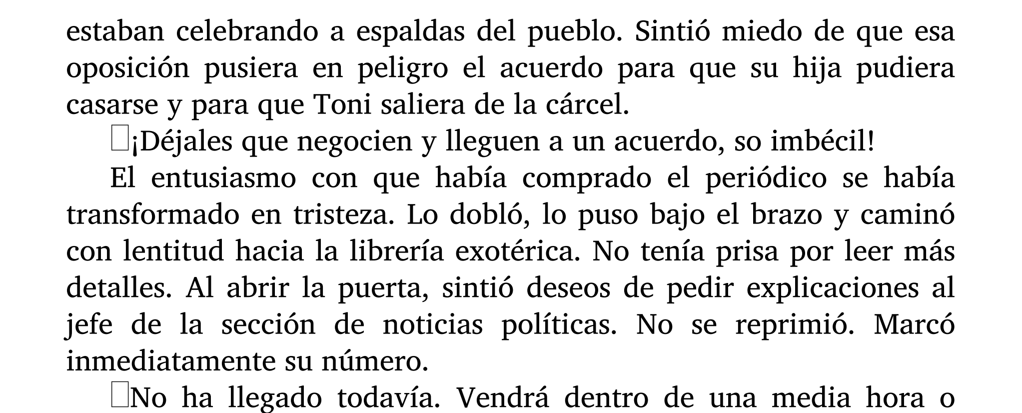
□El periódico es de anteayer.

Eugenia de los Ángeles no necesitó comprobarlo. Seguía con todo detalle cualquier aspecto relacionado con el secuestro de su hijo. Su marido preguntó si estaba segura. Ella se ratificó casi ofendida por la duda. Ambos coincidieron en que era la respuesta a la exigencia que habían hecho a través del periódico. En el folio, había escrito, a mano, un texto de unas pocas líneas y firmado por Juan Luis. ‘Estoy bien pero asustando. Seguid sus indicaciones y cumplid sus plazos. Si no, cumplirán las amenazas’.

□Es lo mismo que me hicieron firmar a mí. - ratificó el padre al que le temblaban las manos mientras recordaba su propio secuestro.

16.15

A la mañana siguiente, doña Mercedes se levantó pronto para ir a comprar el ‘Diario de la isla’. La primera página estaba encabezada por un gran titular. Pagó con rapidez. Se alejó un poco. Se detuvo y desplegó el periódico. 'Enfrentamientos en la banda terrorista por las negociaciones con el gobierno'. ‘La Primera autoridad negocia con el Ejército de liberación a espaldas del pueblo’. Quedó sorprendida por los titulares. Los leyó de nuevo. No se había equivocado. No entendía por qué ese periódico se oponía a un acuerdo. Habían estado pidiéndoles a ella y a Teresa informaciones. Ahora criticaban las negociaciones y decían que se



estaban celebrando a espaldas del pueblo. Sintió miedo de que esa oposición pusiera en peligro el acuerdo para que su hija pudiera casarse y para que Toni saliera de la cárcel.

—¡Déjales que negocien y lleguen a un acuerdo, so imbécil!

El entusiasmo con que había comprado el periódico se había transformado en tristeza. Lo dobló, lo puso bajo el brazo y caminó con lentitud hacia la librería exotérica. No tenía prisa por leer más detalles. Al abrir la puerta, sintió deseos de pedir explicaciones al jefe de la sección de noticias políticas. No se reprimió. Marcó inmediatamente su número.

—No ha llegado todavía. Vendrá dentro de una media hora o algo más.

—¿Puede decirle que le ha llamado Mercedes de Puentenuevo?

Mientras esperaba a los primeros clientes, terminó de leer el contenido de la información. Daba muy pocos datos nuevos. Aseguraba que habían confirmado por diversas fuentes la existencia de negociaciones entre el gobierno y la organización terrorista. En la segunda parte del texto, la más extensa, hacían una crítica severa sobre esa actitud negociadora. Al término de la página había una llamada en la que se indicaba que el editorial también trataba sobre ese tema. Buscó la página señalada. 'Paz, pero no a cualquier precio'. Ese era el título. La echadora de cartas tiró el periódico con rabia. Para ella, cualquier precio era barato con tal de conseguir la normalización que permitiera la boda de su hija.

16.16

El nuevo director de Secúritas llamó al secretario de la comisaría central para realizar conjuntamente el examen de las huellas del sobre, la fotografía y el folio que habían enviado los secuestradores. No encontraron nada utilizable. Sólo había señales dactilares en el folio, pero todas correspondían al joven secuestrado.

—Me parece un error retrasar la represalia hasta que le pongan en libertad. - insistió Luis Callejuela.

16.17

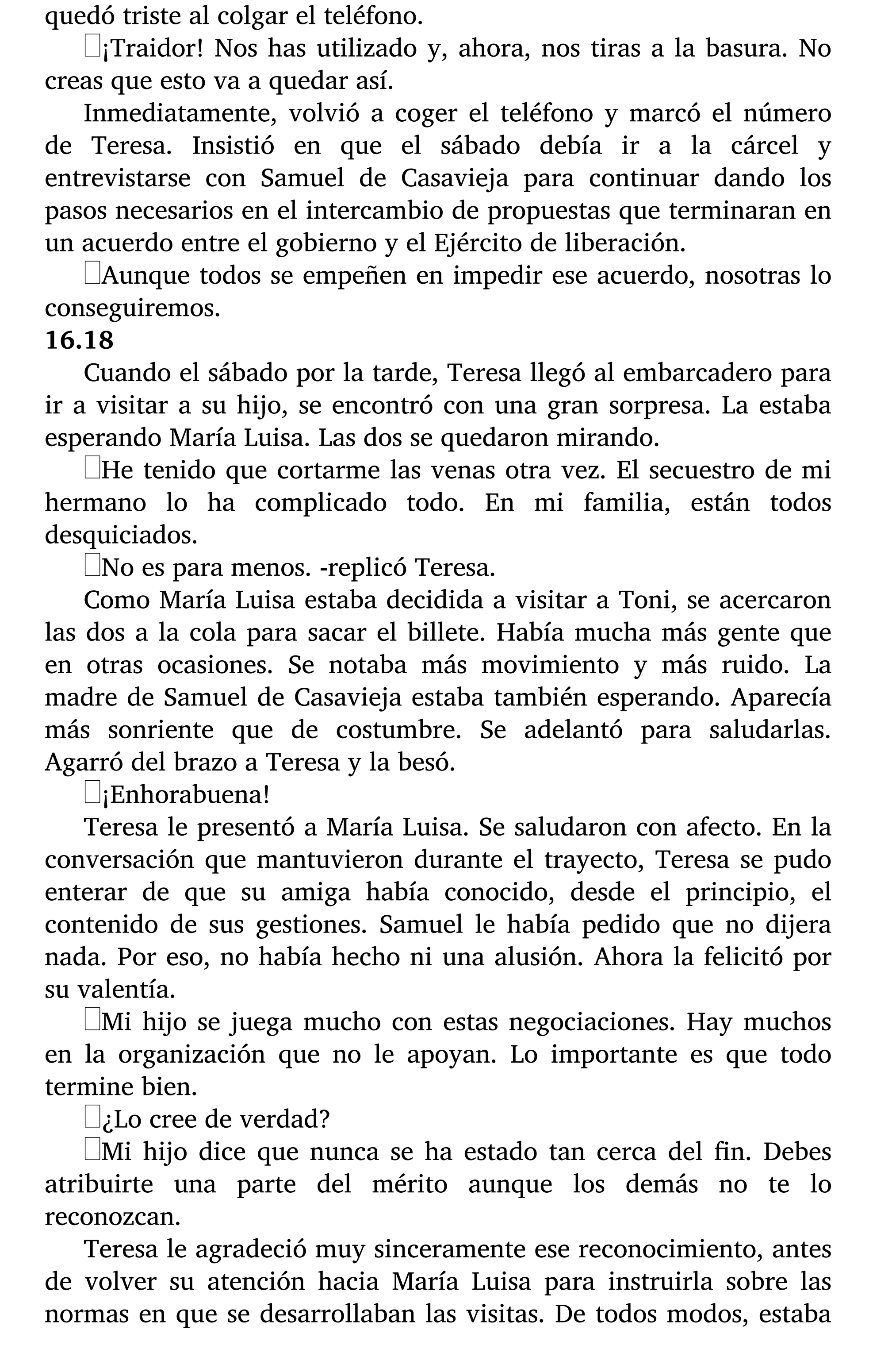
Acababa doña Mercedes de tirar el periódico, cuando sonó el teléfono. Era el jefe de la sección de noticias políticas.

—¿Hay alguna novedad?

—Estoy muy disgustada con vuestra información.

—¿Por qué? Nuestra obligación es velar por los intereses de las personas que vivimos en esta isla. Debemos criticar las actuaciones del poder contrarias a los derechos y a las leyes establecidas.

Más que una conversación fue un monólogo. El periodista repitió casi textualmente el editorial aparecido en su periódico. La


echadora de cartas intentó rebatirle, pero su voz fue acallada. Se quedó triste al colgar el teléfono.

—¡Traidor! Nos has utilizado y, ahora, nos tiras a la basura. No creas que esto va a quedar así.

Inmediatamente, volvió a coger el teléfono y marcó el número de Teresa. Insistió en que el sábado debía ir a la cárcel y entrevistarse con Samuel de Casavieja para continuar dando los pasos necesarios en el intercambio de propuestas que terminaran en un acuerdo entre el gobierno y el Ejército de liberación.

—Aunque todos se empeñen en impedir ese acuerdo, nosotras lo conseguiremos.

16.18

Cuando el sábado por la tarde, Teresa llegó al embarcadero para ir a visitar a su hijo, se encontró con una gran sorpresa. La estaba esperando María Luisa. Las dos se quedaron mirando.

—He tenido que cortarme las venas otra vez. El secuestro de mi hermano lo ha complicado todo. En mi familia, están todos desquiciados.

—No es para menos. -replicó Teresa.

Como María Luisa estaba decidida a visitar a Toni, se acercaron las dos a la cola para sacar el billete. Había mucha más gente que en otras ocasiones. Se notaba más movimiento y más ruido. La madre de Samuel de Casavieja estaba también esperando. Aparecía más sonriente que de costumbre. Se adelantó para saludarlas. Agarró del brazo a Teresa y la besó.

—¡Enhorabuena!

Teresa le presentó a María Luisa. Se saludaron con afecto. En la conversación que mantuvieron durante el trayecto, Teresa se pudo enterar de que su amiga había conocido, desde el principio, el contenido de sus gestiones. Samuel le había pedido que no dijera nada. Por eso, no había hecho ni una alusión. Ahora la felicitó por su valentía.

—Mi hijo se juega mucho con estas negociaciones. Hay muchos en la organización que no le apoyan. Lo importante es que todo termine bien.

—¿Lo cree de verdad?

—Mi hijo dice que nunca se ha estado tan cerca del fin. Debes atribuirte una parte del mérito aunque los demás no te lo reconozcan.

Teresa le agradeció muy sinceramente ese reconocimiento, antes de volver su atención hacia María Luisa para instruirla sobre las normas en que se desarrollaban las visitas. De todos modos, estaba

sorprendida del optimismo que se respiraba entre todos los que habían tomado el barco. Hablaban en voz muy alta. Se felicitaban en un ambiente de alegría, totalmente distinto al de otras ocasiones.

16.19

—A ver si, ahora, va la vencida. Como no salga la estrella, no te lo perdonaré nunca.

Doña Mercedes miró al cielo con más recelo que esperanza. Era la tercera vez que se concentraba en las cartas del tarot para descubrir el futuro del joven secuestrado y las posibilidades de una próxima solución. Las dos veces anteriores, las cartas habían anunciado una extensión de los enfrentamientos. Se alejaba todavía más la recuperación de los días idílicos de Isla Pequeña. Encendió tres velas que había colocado formando un triángulo en otros tantos puntos equidistantes de la mesa. Mantuvo los ojos cerrados y la concentración durante más tiempo. Puso las dos manos sobre las cartas. Las mezcló. Las colocó en tres montones. Volvió a concentrarse. Tomó la carta superior del montón de la izquierda. La separó sin descubrirla. A su lado, colocó la carta superior del montón del centro. Con más cuidado, tomó la carta del montón de la derecha. La colocó junto a las otras dos, pero descubierta. Era el número siete, conocido como El carro. Se iluminó la cara de Doña Mercedes.

—No empezamos mal. Siete días dura cada fase lunar hasta completar su ciclo. ¡Ojalá ése sea también nuestro ciclo!

Volvió a concentrarse con más fuerza. Esta vez comenzó a tomar las cartas por el montón del centro. Así tocó descubrir la carta superior del montón de la izquierda. Era el número 22, conocido como El loco. Doña Mercedes apretó los dientes.

—¡Todo está abierto! Final de un ciclo, comienzo de otro. Incertidumbre ante lo que debemos hacer y lo que nos puede sobrevenir. Todo se decide en la tercera carta.

Doña Mercedes volvió a mirar al cielo. Lo hizo de nuevo con exigencia, casi con rabia. -Tú puedes hacer que salga la solución. ¡No seas desalmado! Hazlo por mi hija. Necesito un futuro para ella. Le temblaban las manos. Sabía que, ni por maldecir ni por rezar, iba a cambiar el destino. La decisión estaba echada. Sólo había que descubrirla. Debía comenzar por el montón de la derecha. La carta a descubrir era la del centro. Doña Mercedes mantuvo la mano apoyada. Recorrió los bordes con las yemas de los dedos. No miró la carta descubierta hasta no apoyarla sobre la mesa. Era la número 17. La torre destruida por el rayo. La echadora apretó los puños y cerró los ojos.

¡Cabronazo! - gritó sin poder reprimirse tras mirar otra vez al cielo - ¿Por qué castigas también a mi hija? Este es el castigo a Isla Pequeña por el pecado de la violencia, la destrucción del paraíso por la ira divina. ¡Merceditas no tiene la culpa! Y ese chico, tampoco. ¡Pobre!

16.20

Toni quedó muy sorprendido al ver que María Luisa acompañaba a su madre en la visita. Se mostró correcto en el saludo y contuvo las intenciones efusivas de su novia. Teresa quedó desconcertada con esa actitud. Pensó que la presencia de otros muchos reclusos con sus familiares y la vigilancia de los policías uniformados no favorecían las expresiones afectuosas. El recluso de sentó junto a su madre y casi no dirigió la palabra a la joven. Las veces que ésta habló, contestó con frialdad. Teresa tuvo interés en saber si los presos también conocían los rumores sobre los contactos para llegar a un acuerdo. Aunque entre ellos había opiniones distintas, predominaba el optimismo porque su libertad estaba próxima. Al despedirse, Toni se dirigió directamente a María Luisa. Teresa se apartó.

Es mejor que no vuelvas. Ya no hay nada del pasado. ¡No quiero saber nada más contigo!

¿Qué quieres decir? Yo he defendido nuestro amor contra todo y contra todos.

He dicho que no queda nada del pasado.

¡No puedes decir eso! Te quiero. Te necesito.

¿Quieres que te lo diga más claro? No quiero saber nada con una pija histérica como tú y tu opresora familia.

Toni, manteniendo su expresión más dura, se dio la vuelta y desapareció. María Luisa, para ese momento, ya estaba deshecha en lágrimas. La consoló Teresa, mientras salían.

16.21

¿Me pepado ya? – dijo Merceditas en cuento llegó a la librería exotérica de su madre.

No te puedes preparar todavía. Debemos tener un poco más de paciencia. Ya falta muy poco.

Más paciencia no. He espedado mucho este momento.

16.22

Señora, su hija ha embarcado hacia la cárcel con el fin de visitar a su novio.

¡A buenas horas, me informas! Tenías que haberlo impedido. ¡Además, no es su novio!

16.23

A la vuelta de la cárcel, en el barco, Teresa fue incapaz de consolar a María Luisa. Tampoco la madre podía entender la reacción de Toni. Intencionadamente, se sentaron en un lugar reservado para evitar que el resto de los pasajeros fueran testigos de sus lágrimas. La madre de Samuel de Casavieja se acercó un momento a Teresa. Tenía el semblante serio. Su hijo le había dicho que aumentaban las divisiones internas en el Ejército de liberación y que los contactos con el gobierno no progresaban. En los últimos intercambios de mensajes, no se había producido ningún acercamiento. El gobierno se mostraba inflexible en sus posiciones. A Teresa también se le cambió el ánimo. La despedida de María Luisa fue triste. Apenas intercambiaron palabras. La joven no hacía más que llorar desconsoladamente. Al llegar al embarcadero, la estaba esperando un chofer de la empresa familiar. Casi no se puedo despedir de Teresa.

Diecisiete: El círculo

17.1

A la mañana siguiente, ya como de costumbre, doña Mercedes, compró los periódicos aunque ese día no tuviera que abrir la librería exotérica al público. Colocó en el mostrador, al lado, el ‘Diario de la isla' y 'Patria' para comparar las portadas. El periódico cercano a la organización terrorista mantenía lo mismo que les había contado la madre de Samuel de Casavieja pero con mucha más dureza. Acusaba al gobierno por su intransigencia. Le responsabilizaba de todas las muertes y todo el sufrimiento que todavía se iba a producir. También criticaba a los que, dentro del Ejército de liberación, intentaban ‘liquidar la lucha de tantos años con una negociación a la baja’. Lo decía textualmente. La echadora de cartas pensó que se referían a la actitud del hijo de su amiga Sara. El periódico mayoritario en ventas mantenía su postura contraria a lo que llamaba ‘ceder a la presión de la violencia’. En una cosa coincidían los dos. Convocaban sendas manifestaciones en apoyo de sus respectivas posturas. Esa era una gran novedad. Doña Mercedes se puso instintivamente de pie. Tendrían que decidir qué postura tomar en ambas. Eran dos acontecimientos importantes en su estrategia para conseguir la normalización que deseaba para su hija.

17.2

—Lo he pensado bien. Aunque Toni me rechace, voy a seguir luchando por conseguir su libertad.

María Luisa estaba de pie frente a Teresa en el salón de su casa. Manifestaba más decisión que nunca. Las dos mujeres se fundieron en un fuerte abrazo para ratificar su decisión. En ese momento, llegó doña Mercedes. Había llamado Teresa y le había propuesto reunirse para decidir cómo iba a ser su participación en las manifestaciones convocadas. Lo comentarían entre las tres. No era una cuestión fácil. La protesta propuesta por el ‘Diario de la isla' iba en contra de la negociación y pedía una condena de la violencia. Por lo tanto, se oponía al acuerdo, a la normalización y a la libertad de su hijo y novio. Las relaciones personales con el jefe de la sección de noticias políticas se habían deteriorado mucho después de las acusaciones mutuas. En consecuencia, la primera conclusión era que no debían asistir a su manifestación el sábado a primera hora de la tarde. La protesta convocada por 'Patria' se iba a

desarrollar, al día siguiente, el domingo por la tarde. Denunciaba la actitud del gobierno y exigía la salida de los presos. En ese aspecto, debían acudir. Pero todos los actos de apoyo a los presos terminaban con gritos en favor de la organización terrorista y canciones en defensa de la violencia. Ninguna de las tres quería participar en esos apoyos. Sólo deseaban la puesta en libertad de su ser querido y la normalización que permitiera la boda de Merceditas. En ese aspecto, no debían acudir. Tampoco podían quedarse con los brazos cruzados.

—Yo quiero hacer algo por Toni en las dos manifestaciones. - dijo la joven con decisión - No me voy a quedar en casa ninguno de los dos días. He decidido hacer todo lo posible por su libertad.

—Yo también creo que debemos asistir a las dos. - reforzó doña Mercedes.

—No seré yo quien me oponga. – corroboró Teresa.

—Propongo una cosa. –se adelantó la echadora de cartas - Prepararemos una pancarta pidiendo la libertad de Toni y la normalización de la vida política. Nos manifestaremos con ella y en silencio los dos días.

Ni Teresa ni María Luisa pusieron reparos. Les pareció la mejor entre las ideas posibles. Pasaron a concretar las palabras que debían poner en la pancarta. La madre de Toni propuso que, en la pancarta, debía haber alguna alusión a la petición de libertad para el hermano de María Luisa. La joven se quedó seria y pensativa. Tardó en contestar a la propuesta. Opinó que era mejor no mezclar las cosas. Decidieron que se reunirían el jueves por la tarde para pintar las letras en el papel que había sobrado de la ocasión anterior. Se despidieron con afecto y complicidad. Los proyectos en común y las dificultades las habían unido mucho.

17.3

Doña Mercedes estuvo mucho tiempo esperando delante de la casa de los padres adoptivos de Kike. Se sentó en el banco varias veces y se volvió a levantar otras tantas. Estaba inquieta y nerviosa. Se arrepintió de haberle llamado por teléfono. Pero consideraba que era algo demasiado importante para no tratarlo de modo personal. En cuanto le vio aparecer por la puerta, se encaminó hacia él lo más deprisa que pudo.

—Tendremos que preparar la boda de Kike y Merceditas.

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Cómo que a qué viene? Se ha cumplido la condición que habían puesto para celebrar la boda. Se ha declarado una tregua de la violencia.

—Eso no se lo puede creer nadie. - respondió el padre.

—¡No le acepto esa excusa! –gritó doña Mercedes manifestando abiertamente su enfado. – Quedamos en que podrían casarse, cuando se terminara la violencia.

—No se enfade conmigo.

—¿Con quién me voy enfadar? Ahora no quiere cumplir su palabra.

—Vd. sabe que yo debo consultarlo. - argumentó el padre de Kike.

—No ve venga otra vez con mentiras como la de la Primera autoridad. Si quedamos en casarlos cuando se terminara la violencia, ahora hay que casarlos.

—¡Se acabó! Esto es demasiado importante para tratarlo en la calle. Yo voy a hacer lo que tengo que hacer. En cuando haya una decisión, se lo comunico.

—¿Cuándo? -reclamó doña Mercedes.

—Ya se lo he dicho. En cuanto haya una decisión.

—¿Pero, cuándo se va a tomar esa decisión?

—Eso no depende de mí.

17.4

—Esta manifestación a favor del gobierno puede perjudicar el resultado del secuestro. – dijo el viejo empresario, que en los últimos días no había salido de casa por el estado de nervios en que se hallaba.

—No es a favor del gobierno. –puntualizó Eugenia de los Ángeles, que no se hallaba a una situación más serena. – Piden que el gobierno sea más duro con los terroristas.

—¡Peor todavía!

—A estas alturas, ya no se sabe lo que es bueno y lo que es malo. – sentenció la esposa – Los asesinos siempre son asesinos.

17.5

El jueves por la tarde, la reunión para pintar el texto de la pancarta resultó una fiesta. Teresa preparó una merienda ligera. Estuvieron conversando amigablemente e intercambiando sus esperanzas de una pronta liberación de Toni y una próxima boda de Merceditas y Kike. María Luisa había escuchado opiniones muy diversas sobre el posible acuerdo. En su familia, no se sabía si era bueno o no para el resultado del secuestro de su hermano. Entre sus amigos y compañeros, no se hablaba mucho sobre ese tema, pero eran favorables. En cambio, las amigas de su madre y otros adultos se manifestaban contrarios. Su padre era el más radical. Aseguraba que el gobierno había traicionado sus promesas electorales. La

buena armonía entre las tres mujeres fue interrumpida por la inesperada llegada de Antonio. Teresa pensó en la inoportunidad de su marido. Otros días que deseaba su llegada, no aparecía hasta muy avanzada la noche. En cambio, ese día hubiera preferido que se retrasara. Cuando apareció ya habían terminado de pintar la pancarta. No tuvo ninguna frase de desaprobación, pero su actitud fue muy negativa. María Luisa recogió sus cosas y se fue. Al despedirse, en la puerta, prometió a Teresa telefonearle por la mañana, el mismo sábado, con el fin de concretar cómo iban a acudir a la manifestación. También doña Mercedes se unió a esa misma convocatoria. Anunció que seguramente iría acompañada de su hija.

17.6

—Desde luego a mí no me van a ver en ninguna de las dos manifestaciones. - dijo Antonio a su esposa en tono de amenaza – Me parecen dos pantomimas. No creas que, con eso, se va a solucionar ni nuestro problema ni el de tu hijo.

—Haz lo que quieras. – respondió Teresa – Pero nuestro problema y el de tu hijo son el mismo.

17.7

El sábado por la mañana, María Luisa llamó por teléfono, como había prometido. Teresa se alegró. No hubo ninguna dificultad para ponerse de acuerdo. Doña Mercedes y Teresa ya lo habían planificado. No participarían en la manifestación. Irían con tiempo suficiente para colocarse en un cruce de calles por el que tenían que pasar los manifestantes. La echadora de cartas confirmó que acudiría acompañada de Merceditas. El ‘Diario de la isla' hizo ese día un gran despliegue informativo pidiendo que se realizara la demostración popular más numerosa celebrada en Isla Pequeña para demostrar al gobierno un sentimiento generalizado en contra de la negociación y en contra de la violencia. En el editorial, titulado 'Plebiscito popular', se aludía a que, tras esa demostración de fuerza, la Primera autoridad estaría obligado a convocar elecciones anticipadas.

17.8

—Quiedo id a la manifestación. – dijo Kike a sus padres adoptivos poco antes de terminar la comida.

—Tú irás donde te digamos tu madre y yo. – afirmó Santiago Grijalba. – Las cosas están demasiado complicadas para andar libremente por las calles.

17.9

La manifestación del sábado fue muy concurrida. Doña Mercedes

y Teresa creyeron que no eran tantos, cuando vieron acercarse a los manifestantes desde el lugar donde se habían colocado con la pancarta. María Luisa estaba muy nerviosa. Merceditas temblaba, a pesar del esfuerzo que hacía para mantenerse serena. Su madre la tenía agarrada del brazo y le decía palabras de ánimo al oído. A las cuatro mujeres, les pareció eterno el paso de los manifestantes por delante de ellas. Merceditas se puso a llorar. A María Luisa, le sonaban los dientes al apretarlos. Teresa cerró los ojos y se agarró a la que había sido novia de su hijo. Sólo doña Mercedes aguantaba con firmeza la pancarta. Fueron muchos los insultos que recibieron y las ofensas que debieron soportar. La mayoría de las expresiones estaban relacionadas con su rechazo a que los presos salieran de la cárcel. También hubo otras muchas de carácter obsceno y despectivo. Las cuatro mujeres unieron las manos que sostenían la pancarta para darse mutuamente ánimos. La echadora de cartas decía palabras de ánimo para sus tres acompañantes. Muy pocos les expresaron su apoyo. Nada más pasar los manifestantes, las dos jóvenes se derrumbaron. Doña Mercedes abrazó a su hija. La novia se echó a llorar entre sollozos. Teresa hubiera deseado hacer lo mismo, pero realizó un gran esfuerzo para reprimir las lágrimas y consolar a la joven. También hubiera deseado recurrir a las pastillas. No se atrevió a
hacerlo.

—No coincido con lo que piden. Pero me han parecido muy valientes. - oyeron decir a su espalda.

Dejaron de abrazarse. María Luisa se limpió los ojos. Rafaela estaba junto a ellas, tras participar en la manifestación, empujando la silla de ruedas de su marido. Pedro seguía mascullando palabras e insultos ininteligibles.

—Pedro, cállate. - dijo Rafaela con severidad mientras continuaba su camino.

La dama rubia también acudió a la manifestación. Fue sola. Como siempre acudió vestida de negro y rojo, ocultado su rostro con las habituales gafas oscuras. Al pasar por delante de la pancarta que portaban las cuatro mujeres, se detuvo un momento y las dirigió un saludo de apoyo. Doña Mercedes se lo agradeció con otro gesto. Kike asistió acompañado por su madre. Ésta le llevó todo el tiempo agarrado del brazo. Iban los dos con bastantes nervios. Al pasar por delante de la pancarta, Kike reconoció a Merceditas y quiso acercarse. Su madre se lo impidió y procuró que tampoco les vieran a ellos.

17.10

Eugenia de los Ángeles estuvo repasando los informes y recortes de periódicos que todavía conservaba sobre el secuestro de su marido. Deseaba compararlo con el que estaba sufriendo ahora su hijo. Buscaba cualquier detalle que pudiera llevar a un resultado también positivo. Llegó a la conclusión de las semejanzas eran muy reducidas. Sobre todo le intrigaba la aparente falta de ganas de los secuestradores para concretar la forma del pago del rescate, que la familia estaba dispuesta a entregar también esta vez.

17.11

La manifestación del domingo fue más ruidosa que la del sábado. Estuvo menos concurrida, pero los participantes eran más jóvenes. Había más banderas. Se gritaron más consignas patrióticas y se cantaron muchos himnos. Doña Mercedes y su hija llegaron las primeras llevando la pancarta. Merceditas estaba muy contenta por participar en la solución del problema que impedía su boda. Teresa, que en previsión había tomado varias pastillas con antelación, y María Luisa se colocaron también en el mismo sitio. En cuanto estuvieron las cuatro, desplegaron la pancarta. Las dos mujeres mayores se colocaron en las esquinas, como si quisieran proteger a las jóvenes. Cuando la manifestación llegó a su altura, María Luisa se vio desbordada por los nervios. La echadora de cartas era quien mostraba más serenidad. La madre de Toni miraba los rostros de aquellos jóvenes y veía en ellos la cara de su hijo. Cerró los ojos. Los volvió a abrir. Seguía viendo a su hijo. Un golpecito en el hombro la sacó de su ensimismamiento. Era Rafaela. Venía sola, sin empujar la silla de su marido. Se mostró dispuesta a acompañarlas sosteniendo la pancarta. Se lo agradecieron. Se colocó al lado de Teresa. Aunque se daban mutuamente ánimos, tenían miedo de que se volvieran a repetir las agresiones del día anterior. Sus temores se confirmaron en buena parte. Los manifestantes las calificaron de 'burguesas' y las invitaron a sumarse a la manifestación. Las dos jóvenes tuvieron que ser protegidas. Al terminar el paso de los manifestantes, todas se mostraban satisfechas. Habían realizado su propósito y estaban indemnes. Se hallaban recogiendo la pancarta, cuando se les acercó la madre de Samuel de Casavieja. Se dirigió primero a doña Mercedes y a Teresa. Las abrazó y las felicitó por su acto de valentía. También saludó a María Luisa, a quien había conocido en el barco hacia la cárcel. Se quedó mirando a Rafaela. Hubo un momento de desconcierto. Fue presentada como la madre de un policía asesinado. Ella también supo que tenía enfrente a la madre del líder de la organización terrorista. Las dos se quedaron paralizadas, frente a frente, contagiadas por la tensión. La echadora

de cartas tomó sus manos y las juntó. No dijeron nada, pero las manos de las cuatro madres permanecieron unidas durante un tiempo. Sin embargo, Pedro llegó conduciendo él mismo su silla de ruedas y obligó a su mujer a separarse del grupo.

—¡Rehostia! No me obligues a mezclarme con hijas de puta.

Doña Mercedes no pudo contener las lágrimas, mientras apretaba la mano de su hija. Caminaron todas juntas hasta la confluencia de las calles en que debían separarse para ir a sus respectivas casas.

—María Luisa, - dijo la echadora de cartas al despedirse - dile a tu madre que pienso mucho en tu hermano secuestrado. Deseo profundamente que le dejen libre.

—Yo lo pienso también. –añadió Merceditas.

17.12

Kike asistió también a esa manifestación. Pero lo tuvo que hacer en solitario y en contra de la decisión de su padre, quien se lo prohibió expresamente. Durante todo el recorrido, ajeno incluso a los gritos y eslóganes que se gritaban, iba temeroso de que su padre adoptivo hubiera salido a buscarle y le encontrara en medio de la manifestación. Pocos pasos detrás de Kike, caminó durante toda la manifestación la elegante y bella dama rubia. Iba muy pendiente de él. Como si le quisiera proteger en todo momento. Le siguió también, una vez terminada la manifestación, cuando el joven se dirigió hasta la casa de sus padres adoptivos. Caminó cerca de él, pero intentando que no la viera.

17.13

En los días siguientes, ni doña Mercedes ni Teresa tuvieron ninguna noticia destacable. Aumentó mucho su incertidumbre. A través de los medios de comunicación y también de las conversaciones escuchadas en sus esporádicas salidas, veían cada vez más difícil que cambiara la situación. Estaban muy nerviosas porque no podían romper el cerco de la tensión y la ignorancia sobre lo que estaba pasando. Doña Mercedes llamó por teléfono al jefe de sección del ‘Diario de la isla'. No se quiso poner. Como razón oficial, dijeron que estaba en una reunión. Tampoco pudo ver en esos días a la abogada de la organización. En alguna información, se la señalaba como opositora a las tesis negociadoras de su hermano. Durante estos días, Teresa pasó por muchos estados de ánimo. Tomó muchas pastillas. Comió poco y tuvo varios ataques en los que la arritmia se mezclaba con los mareos. En algunas ocasiones, se mostraba confiada en que la semilla puesta con el intercambio de comunicados diese sus frutos. Sin embargo, eran muchas más las

veces en que se encontraba pesimista.

17.14

Un día, miércoles precisamente, por la mañana, cuando Teresa estaba todavía en la cama, llamaron a la puerta. Su primera intención fue no contestar para que el inoportuno mendigo de turno se marchara sin molestar. La insistencia en la llamada la obligó a levantarse. Caminó hasta la puerta con la intención de reprender la actitud de molesto visitante. Allí estaba María Luisa, jadeante, con un periódico en la mano.

—¡Ya está! Viene en el periódico.

—¿Lo de tu hermano?

—No. Lo de Toni.

Teresa quedó sorprendida por el todavía incomprensible anuncio. La joven entró hasta el salón. Sobre la mesa, desplegó la primera página del periódico ‘Patria’. Un gran titular ocupaba casi toda su portada. Decía 'Amnistía para los presos'. Eran unas letras grandes, gruesas y muy negras. Las dos mujeres se miraron. Se abrazaron sin decir nada. A Teresa le hubiera gustado recibir esa noticia tan deseada de otra manera. Le había pillado en camisón sin lavarse ni peinarse. Pero estaba contenta. Inmediatamente comenzaron a leer el contenido de la información. No ofrecía muchos detalles. Era un adelanto de lo que el presidente del gobierno de Isla Pequeña iba a anunciar al mediodía en una reunión con los medios de comunicación. El periódico radical insistía en que el Ejército de liberación no había hecho ninguna cesión en sus objetivos y que era el gobierno quién se había visto obligado a atender a la presión del pueblo. Se hacían algunas alusiones confusas a un posible compromiso de abandonar la violencia. Pero no se dejaba claro si existía un calendario para su puesta en marcha. Los puntos más importantes de lo acordado, según el periódico, eran la salida inmediata de los presos y la celebración de un referéndum popular para decidir sobre el futuro político de Isla Pequeña. Determinaron ver, juntas, la retransmisión del discurso de la Primera autoridad en casa de Teresa. Hasta ese momento, las dos tenían recados que hacer. Teresa llamó por teléfono a doña Mercedes. Ya se había enterado de la noticia. También estaba ansiosa de conocer lo que iba a decir la primera autoridad.

—¿Por qué no vienes a ver la retransmisión aquí en la librería?

—He quedado en verla con María Luisa.

—Venid las dos.

17.15

Eugenia de los Ángeles, ante la falta de noticias por parte de los

secuestradores, tomó la iniciativa. Se preocupó personalmente de conocer la dirección de la oficina de abogados en la que trabajaba Ana de Casavieja. Se vistió de manera que no fácilmente reconocible y fue a entrevistarse con ella. Le planteó su problema como una petición angustiosa para salvar a su hijo. La abogada insistió en que ella no podía hacer nada ni tenía ningún contacto para ayudarla. La madre del secuestrado recurrió a los sentimientos maternos, pero no pudo lograr ningún dato que le permitiera desbloquear la falta de negociaciones para lograr la liberación de su hijo.

17.16

Mientras se arreglaba, Teresa pensó en el enfado que tendrían los del ‘Diario de la isla'. Les habría indignado la salida masiva de los presos. Pero, sobre todo, les habría ofendido la publicación de la noticia en exclusiva por parte de 'Patria'. Antes de que saliera, regresó a casa Antonio. Se había enterado por la radio en el Gran restaurante del arroz. Estaba nervioso. No sabía cómo interpretarlo. No podía manifestarse a favor de la amnistía porque estaba en contra de lo que siempre había pensado. Tampoco podía criticarla porque favorecía la puesta en libertad de su hijo. Llegó haciendo preguntas y recriminando a su esposa que no le hubiera informado. Tardó en creer que ella no supiera nada.

17.17

El ‘Diario de la isla’ publicaba ese día un extenso reportaje asegurando que las serias discrepancias existentes dentro del Ejército de Liberación se habían agudizado en las últimas horas como consecuencia de las negociaciones que se habían llevado a cabo para conseguir un acuerdo con el gobierno. Este periódico no recogía la noticia de que ese acuerdo iba a hacer efectivo de modo inminente. Aludía, en cambio, a que de ese enfrentamiento dependía el resultado

del secuestro de Juan Luis Díaz - Montenegro. Según los autores del reportaje, que no firmaban, estos enfrentamientos internos habían derivado en amenazas de muerte contra los partidarios del acuerdo por parte de los miembros radicales de la organización que consideraban una traición los términos de la negociación. En varios párrafos del escrito, aparecía el nombre de Samuel de Casavieja como principal objetivo de las amenazas, por defender el acuerdo.

17.18

La intervención de la Primera autoridad fue breve. No duró más de cinco minutos. Fue también prudente y poco explícita. Insistió en que la salida de los presos era una decisión propia del gobierno y no

fruto de una negociación con la banda terrorista. Pretendían ofrecer un gesto de buena voluntad. Sin embargo, aludió también a que todo el Ejército de liberación debía dejar inmediatamente las armas. Puso especial énfasis en la palabra ‘todo’, aunque no hizo ninguna alusión a la división entre los terroristas ni a los enfrentamientos internos de los que se hacía eco el periódico de mayor tirada. Insistió varias veces en que no se había transgredido la legalidad. También aludió a la discreción con que se habían realizado las gestiones. Doña Mercedes
y Teresa se fijaron en que utilizó la palabra 'gestiones' y se miraron con una sonrisa. No explicó más ni hubo ninguna alusión a la forma concreta de llevar a cabo el acuerdo. Las cuatro mujeres reunidas en la librería exotérica quedaron muy contentas. Se abrazaron. La más ruidosa en manifestar su alegría fue Merceditas. Se abrazaron. El objetivo principal estaba conseguido. No atendieron a la última parte de la intervención presidencial, que estuvo dedicada a asegurar que todavía se estaba en una fase inicial del proceso de pacificación y que ahora todo dependía de que los terroristas abandonaran la violencia. ‘Si eso no sucede, las cosas volverán a estar como antes’, dijo textualmente. Si continuaba la violencia. se suspendería el referéndum. Al finalizar, pidió la ayuda de todos los habitantes de Isla Pequeña para llevar a buen término la consecución definitiva de la paz.

—Lo único que nos importa es que Toni salga. -dijo Teresa a María Luisa - Todo lo demás es secundario.

—Estoy segura de que va a salir pronto, - aseguró María Luisa mientras se limpiaba una lágrima que había descendido hasta su mejilla.

17.19

—¿Callejuela, lo ha oído? – dijo el viejo empresario Díaz de Montenegro – Va a salir de la cárcel el que me secuestró.

—No se preocupe. ¡Ese no llega a pisar la calle en libertad! Lo tengo todo preparado.

—De todos modos, habrá que esperar. No podemos poner en peligro la vida de mi hijo. Lo haremos en cuanto le suelten. ¡Recuerda! Yo no sé nada de nada.

17.20

—Jesús, - dijo la abogada Ana Casavieja al director del periódico ‘Patria’ – estos maricones han negociado con el gobierno a espaldas de la dirección exterior.

—Todavía hay muchos datos confusos. Puede ser incluso un globo - sonda.

En el periódico de mañana, no eches las campanas al vuelo. No apuestes por la amnistía. Hay que ver cómo se para el golpe.

¿Tú conocías el compromiso a dejar las armas? - preguntó el periodista.

No tenía ni idea. No sé quien se ha podido comprometer a eso.

Convendría un poco de movimiento para impedirlo.

Tendremos que movernos con rapidez.

17.21

¡Ahoda, ya puedo casadme! – gritó Merceditas en cuanto se quedó a solas con su madre.

Ten otro poco de paciencia. Tenemos que esperar a que se confirme.

Paciencia, no. ¡Quiedo casadme ya! No quiedo espedad más.

¡Bueno!, - replicó doña Mercedes para a su hija.

No digas bueno. ¡Quiedo casadme inmediatamente! Ahoda voy a casa de Kike.

Cálmate. Yo estoy haciendo las gestiones. ¡Confía en mí!

¡Quiedo casadme ya!

17.22

El padre de Toni se quedó muy escéptico sobre la conclusión final y definitiva de la violencia. Se lo dijo a su esposa, en cuanto ésta llegó a casa. Teresa le echó en cara su pesimismo.

Tenemos que prepararnos para recibirle. No se nos tiene que escapar ningún detalle.

No seas ilusa. La Primera autoridad no ha hablado de fechas. Todavía tiene que pasar muchas cosas.

Parece que ni te alegras de que Toni vuelva a casa.

No digas tonterías.

17.23

La dama rubia, igual de bella y elegante que siempre, acudió a la librería exotérica casi nada más abrirla. Se mostró muy nerviosa. Pidió hablar a solas con doña Mercedes. Ella le dijo que podían hablar con toda libertad ya que no había nadie en el establecimiento. La dama misteriosa insistió en cerrar la puerta como medida de seguridad para que no entrara nadie. A la echadora de cartas, le pareció una medida excesiva pero accedió. Inmediatamente, preguntó qué era eso tan secreto que debía comentar.

¡Yo soy la madre biológica de Kike!

Doña Mercedes se apoyó en el mostrador para sobreponerse de la impresión. La dama rubia guardó una pausa, para reponerse también ella de la emoción. Después, con más calma, explicó que

había estado informada desde el primer momento de las relaciones entre Merceditas y Kike y de su deseo de casarse. Por esa razón, había acudido en tantas ocasiones a la librería y se había hecho la encontradiza con su hija.

—Siempre he sido partidaria de que se casen, como ellos desean. En este momento, no sólo soy partidaria, sino que estoy decidida a realizar todos los trámites con el fin de que esa boda se realice cuanto antes.

El problema estaba, según sus explicaciones, en el padre. Él nunca había querido saber nada de su hijo. Le pasaba a ella una elevada asignación para los dos, pero a cambio exigía que no se acercara a él, ni diera ninguna pista que pudiera descubrir la auténtica paternidad. Desde luego, el padre se oponía a la boda de Kike con una joven del puerto, pero ella se comprometía a realizar todas las gestiones posibles y en el menor tiempo para conseguirlo.

—Quizá me meta donde no me llaman. Pero no entiendo cómo has podido abandonar a tu hijo.

—¡No le he abandonado! – aseguró la dama elegante con vehemencia.

—¡Llámalo como quieras! – replicó doña Mercedes.

—Siempre he estado enterada de todo lo que ha pasado, aunque haya tenido que disimularlo.

—Una madre auténtica no se puede limitar…

—¡Era una amenaza firme! No sólo me hubiera quitado la asignación. Mi vida estaba en peligro. Me dijo que, si por mi culpa, se descubría su paternidad me mataba. - dijo la dama.

Para ese momento, la dama elegante había tenido que limpiarse las lágrimas varias veces. Aunque se defendía con fuerza, en un tono se notaba una pena contenida.

—Perdona mi curiosidad. – dijo doña Mercedes que había escuchado toda la historia con gran sorpresa. - ¿El padre no será la Primera autoridad?

—El padre no es la primera autoridad. – respondió la elegante dama con fuerza – No puedo descubrir la identidad del padre porque mantiene su amenaza de muerte. Pero le prometo intentar con todas mis fuerzas que, al menos, autorice la boda. Doña Mercedes se mostró cariñosa con la dama rubia y elegante antes de despedirse. Se
permitió hacer incluso alguna broma con el parentesco que ambas iban a adquirir. Antes de abrir la puerta para poner fin a la entrevista, ambas se prometieron estar en contacto y luchar juntas por conseguir que pudiera llevarse a cabo la boda que sus

respectivos hijos deseaban.

—¡Otra cosa! – gritó doña Mercedes, cuando la dama elegante estaba ya a punto de salir – ¡No sabrás tú nada de las amenazas de muerte que yo he recibido!

—Ya le he dicho que el padre de Kike es radical. - indicó la dama- ¿A quién amenazaba?

—Nos amenazaba Merceditas y a mí por ser del puerto.

—Si alguna vez llega a saber quién es, quizá entienda su radicalismo. Está en contra de todos los que pertenecen al puerto. Yo le garantizo que lo voy a intentar con todas mis fuerzas. – la dama elegante se colocó las gafas oscuras para no ser reconocida.

17.24

La visita a la cárcel del sábado siguiente fue la más numerosa, alegre y ruidosa que había conocido Teresa. Hasta su marido había sugerido la noche anterior la posibilidad de acudir. Ella le desanimó. No consideraba procedente que, al final, cambiara de actitud. Cuando llegó al embarcadero, tuvo un pensamiento para María Luisa. Las dos habían dado por supuesto que no debía ir, tras el rechazo de Toni. Entre los que esperaban, todo eran abrazos y felicitaciones. El barco tuvo que hacer dos viajes. Ella tuvo que ir en el segundo. En la sala de visitas, tampoco se cabía. Había muchos gritos y manifestaciones de alegría. Los policías uniformados se vieron desbordados desde el principio y optaron por abandonar la sala. Durante el encuentro con su madre, Toni se mostró inseguro sobre lo que podía pasar. Hasta la cárcel, también habían llegado las noticias sobre la salida inminente. Había opiniones para todos los gustos entre los presos. Él personalmente estaba confuso y tenía muchos temores. Tuvo que animarle su madre sobre las ventajas que tenía la libertad.

17.25

—¿Doña Mercedes?.... Soy la madre de Kike. La madre biológica. La llamo, por teléfono con urgencia para decirle que debemos ir preparando la boda de Kike y Merceditas…. Sí. He logrado
el consentimiento del padre para la boda... De todos modos, la alegría no puede ser completa… El padre ni va a asistir a la boda. Ni autoriza que se haga pública su identidad…. Efectivamente. Él se lo pierde. Pero a nosotros nos impide estar alegres… De acuerdo. Voy mañana por la mañana a la librería y comenzamos los preparativos.

17.26

—¡Que se ponga inmediatamente la señora!

La sirvienta de la residencia de la familia Díaz - Montenegro se

asustó por la brusquedad con le dieron esa orden por teléfono. Siguiendo las instrucciones recibidas, debía haber preguntado de qué se trataba y tomar nota. Pero el susto no le permitió reaccionar. Se lo explicó a Eugenia de los Ángeles, quien, aunque disgustada, tomó el auricular.

—Dígame.

—¡Su hijo ha sido ejecutado! Ya se lo advertimos. Nosotros no jugamos con estas cosas.

—¡Asesinos! ¡Cerdos asesinos!

La señora ni siquiera oyó el ruido seco con el que su interlocutor cortó la comunicación. La impresión fue tan fuerte que le fallaron las piernas. Tuvo que apoyarse en la pared mientras colgaba el teléfono.

17.27

Cuando doña Mercedes bajó a la librería exotérica, se llevó un fuerte sobresalto. En el suelo, junto a la puerta, había un nuevo sobre. Se le cortó la respiración. Casi se cae al agacharse para recogerlo. Se sentó junto a mostrador para abrirlo. Lo hizo con las manos temblorosas. Pronto cambió de expresión. El macho cabrío estaba muy difuminado. Los dos cincos eran de color verde. No necesitó ponerse las gafas para leer la inscripción. Estaba escrita en letra más grande. ‘Todo sea por el amor de dos jóvenes inocentes’.

Dieciocho: Conclusión

18.1

Merceditas era una novia desbordadamente feliz. Sonreía, saltaba, saludaba a todos. No podía disimular su alegría. Además estaba preciosa. Llevaba un vestido blanco con adornos rojos y verdes de flores. El peinado destacaba sus bucles rubios por encima de su frente. Se había empeñado en ponerse los guantes blancos que llevó su madre a la ceremonia de su boda. Se los ponía y quitaba continuamente para jugar con ellos. Kike estaba elegante. Iba vestido con traje oscuro, como un autentico señor. Se había cortado el pelo, lo que le daba un aire más deportivo. Estaba serio. Trataba de disimular sus nervios con una sonrisa forzada. Doña Mercedes se había vestido con esmero por primera vez desde hacía mucho tiempo. Llevaba un vestido rojo con adornos blancos. También se había puesto un sombrero con un pequeño velo del mismo color. Su indisimulable alegría se manifestaba saludando con gestos ostensibles a todos los presentes. El padre adoptivo de Kike había recuperado para la boda un antiguo traje oscuro de rayas con chaleco. Se había quedado ya fuera de la moda, pero le daba cierta solemnidad. La madre, de acuerdo con su carácter, se mostraba discreta. Se hallaba entre su marido y su hijo adoptivo, sonriendo lo justo y preocupada de ambos.

El sacerdote, el veterano padre Anselmo, se había puesto los ornamentos blancos que simbolizaban alegría en el ritual religioso. La iglesia parroquial había sido adornada con flores y la música del órgano acompañaba a los coros infantiles, que sólo actuaban en las solemnidades.

18.2

Teresa ordenó con mucho cuidado la habitación de su hijo. Revisó sus ropas. Volvió a plancharlas. Las colocó como le gustaba a él. Comenzaba una nueva etapa en su vida. En realidad, comenzaba una nueva etapa en la vida de todos, aunque eso de la consulta popular sobre el futuro de Isla Pequeña a ella le importaba muy poco. Recordó que, en otros tiempos, había defendido ardientemente la situación actual. Ahora estaba indiferente. No participaría en la consulta. Había conseguido lo que se había propuesto.

—Si Toni no sale, es como si no hubiéramos conseguido nada.

18.3

La elegante y bella dama rubia llegó justo en el momento en que comenzaba la ceremonia nupcial. Cruzó toda la iglesia pausadamente, provocando la atención de todas las miradas. Llegó hasta el banco de los contrayentes y se colocó al lado de Kike, su hijo, al que hizo una caricia en la mano a la vez que le dirigió una sonrisa maternal. Por primera vez desde hacía muchos años, casi tantos como los que tenía su hijo, no se había vestido de negro. Llevaba un vestido largo de color verde muy claro que destacaba su perfecta figura. Los zapatos rojos hacían juego con su pamela y un adorno colocado en la solapa derecha.

18.4

Las fuerzas de la policía tardaron mucho tiempo en encontrar el cadáver del joven asesinado tras su secuestro. Tuvo que producirse una nueva llamada a una agencia de noticias en la que señalaban dónde habían dejado el cuerpo. Tenía los impactos de dos tiros en la cabeza.

18.5

—Callejuela, soy Díaz de Montenegro. ¡Adelante con todo y de forma inmediata! Que sea un escarmiento memorable. No tengas piedad. Como siempre. yo no sé nada.

18.6.

Tras la ceremonia nupcial, la sesión de fotografías constituyó una fiesta divertida y emocionante. La reina de esa fiesta fue Merceditas. Estaba radiante de alegría. Jugaba con todos. Bailaba. Se divertía. Se hizo fotografías en todos los lugares y en todas las posiciones posibles. En medio de esa alegría, a doña Mercedes no se le pasó por alto la llegada de Eugenia de los Ángeles. Le sorprendió más, dadas sus trágicas circunstancias familiares por el terrible asesinato de su hijo. Vio cómo llegó totalmente vestida de negro, ocultando su rostro con unas gafas oscuras y un pañuelo también negro. Se acercó a la dama rubia. Ésta adoptó también una actitud seria. Ambas se retiraron un poco. La esposa de Díaz de Montenegro sacó un sobre de su bolso y se lo entregó a la madre Kike.

—Te traigo esto de parte de José Luis para que se lo entregues a vuestro hijo. Dáselo en nombre de su padre, pero no descubras su identidad. Quizá en otras circunstancias, cuando pase el tiempo, sea posible.

Ambas mujeres tuvieron que limpiarse las lágrimas. La dama rubia estaba muy nerviosa y emocionada. Nunca había hablado ni había estado al lado de la esposa del padre de su hijo, con el que mantuvo una relación extraconyugal. Siempre había pensado que o no lo sabía o era acreedora de su odio más profundo.

—Siento decírtelo, pero me ha insistido en que mantiene las amenazas y que, en cuanto termine esta boda, no debes volver a verle.

Eugenia de los Ángeles, tras limpiarse de nuevo los restos de sus lágrimas, se inclinó hacia la dama rubia y la dio un beso en la mejilla. Ambas comprendieron que era la señal de la reconciliación. Después, se fue. La dama rubia, con el sobre en la mano, tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la serenidad. Contempló a su hijo, que en ese momento recibía un dulce beso de su ya esposa, en una actitud cómplice ante una cámara de fotografías. Se acercó a él. Le apartó un poco del jolgorio. Le dio un beso maternal en la mejilla y le entregó el sobre.

—Kike, esto te lo envía tu padre verdadero.

Volvió a besar su hijo y se apartó discretamente entre la alegría de los asistentes, hasta desaparecer definitivamente.

18.7

La principal preocupación de Teresa era la manera de enterarse cuándo se iba a realizar la puesta en libertad de su hijo. En muchos momentos, le asaltó el temor de que el asesinato del hijo de Eugenia de los Ángeles impidiera la amnistía de los presos.

—Supongo que es egoísmo y sé que es muy doloroso que te maten a un hijo. Pero deseo que Toni vuelva a casa cuanto antes.

Se imaginó de muy diversas maneras el regreso de su hijo. A veces, pensaba que llegaría por la noche, más o menos a la misma hora en que se lo llevaron. Sería más lógico que tuviera que ir a recogerlo.

—Sería una tragedia no enterarme del momento en que va a salir. Después de haber luchado tanto, no se puede estropear en el último momento.

18.8

Kike, con el sobre en la mano, se quedó mirando a su madre biológica mientras se alejaba. Vio cómo, casi en la puerta, se volvió para mirarle por última vez. Ella le lanzó un beso con la mano. El la saludó con un gesto similar. En seguida, se le acercó Merceditas, sonriente y avasalladora. Entre los dos, abrieron el sobre y contemplaron el contenido con desbordante alegría.

—¡Son dos billetes para comenzar mañana nuestro viaje de bodas! ¡A las playas de Isla Grande del Norte!

—¡Y también mucho dinero!

18.9

La preocupación por la incógnita sobre el momento de salida de Toni y el resto de los presos terminó en la mañana del jueves 27 de

diciembre. Estaba Teresa preparando la comida. Acababa de llegar de la compra. Sonó el teléfono. Era la madre de Samuel de Casavieja.

—Los ponen en libertad dentro de una hora. Los traen hasta el embarcadero.

Había un acuerdo para no dar publicidad a esa puesta en libertad. El gobierno deseaba que se desarrollara dentro de un ambiente de normalidad, sin alborotos, para no exaltar los ánimos de nadie. A pesar de la recomendación, se había decidido a avisarla para que pudiera ir a abrazar a su hijo. Teresa se lo agradeció. Hablaron muy poco tiempo. Las dos debían prepararse para acudir a recibir a sus hijos.

—¡Por fin!

18.10

La noche de bodas fue una aventura memorable para ambos jóvenes. Kike puso los nervios y Merceditas la picardía. Hubo momento de diversión. También de dudas. Algún miedo. Mucha curiosidad y un extraordinario cariño en los dos. Ella fue la que llevó la iniciativa en los besos y caricias. Él respondió a sus estímulos con gran decisión y entrega. Comenzaron tratando de imitar lo que habían visto y oído. Terminaron atendiendo sólo a sus propios deseos con reiterada pasión.

—¡Estamos casados, pod fin!

—¡Somos nodmales! Lo hemos conseguido.

18.11

Los funerales, al día siguiente, por el joven Juan Luis Díaz - Montenegro tuvieron lugar en la catedral. Constituyeron una gran manifestación popular. Muchos de los asistentes tuvieron que quedarse fuera del templo. Teresa acudió con mucho tiempo de adelanto y sólo se pudo colocar en uno de los laterales. Desde allí, vio cómo Rafaela había entrado con anterioridad en unión de su marido en la silla de ruedas. Se hallaban en una de las primeras filas. La bella y elegante dama rubia, de nuevo vestida de negro y rojo, también asistió, aunque se colocó en un lugar discreto. En la homilía, el obispo utilizó palabras muy duras en la condena del asesinato. Pidió que las leyes y la justicia se aplicaran con mano dura contra los terroristas. No hizo una alusión directa a la amnistía que había negociado el gobierno, pero sí se refirió negativamente a lo que llamó ambigüedades en el trato tolerante con los terroristas.

—Que hagan lo que quieran. – pensó Teresa – ¡Pero que no pongan en peligro la salida de Toni! Ya sé que soy egoísta. Pero mi hijo está por encima de todo.

A la salida del acto religioso, diversas personas lanzaron gritos contra la Primera autoridad, reprochándole el acuerdo para que los presos del Ejército de Liberación salieran de la cárcel. Entre estos manifestantes, se pudo ver a Rafaela empujando la silla de ruedas de su marido.

18.12

Merceditas se empeñaba en meter en la maleta todas las prendas de ropa que le gustaban. Doña Mercedes intentaba convencerla de que no podían llevar tanto peso. Además, no las iba a usar en las dos semanas de viaje de novios que iban a disfrutar en las playas del Norte de Isla Grande. A pesar de estos consejos, tuvieron que preparar una maleta más de las que tenían previsto llevar. Kike se mostraba con gran serenidad y se comportaba con prudencia. Era como si el matrimonio le hubiera hecho madurar de repente. Preparó él solo su equipaje. Supo prescindir de lo que iba resultar accesorio. Su esposa le demostraba constantemente su afecto con besos y caricias. Él se mostraba un poco avergonzado de tanta manifestación afectiva en público.

18.13

□¡Jesús, está todo preparado! –comunicó la abogada Ana de Casavieja a su amigo el director de 'Patria' – Envía varios fotógrafos y varios redactores al embarcadero en el momento de la salida de los amnistiados. Se va a armar una gorda. No se van a salir con la suya estos fascistas del gobierno y la policía.

18.14

□¡Don José Luis, está todo listo! Vamos a recibir como se merecen a los asesinos que pone en libertad el títere de la Primera autoridad. – informó el secretario de la comisaría central. - Se van a encontrar con una buena sorpresa.

□¡Me gustaría que fueran cinco tiros!

□No se preocupe. Serán cinco.

□Si hay que reivindicarlo, poned de nuevo lo del doble 5 en rojo. Por mi hijo y por mí. Lo tienen que pagar bien pagado.

□Otra cosa, don José Luis. Queda pendiente lo de la infidelidad de su esposa con el de Secúritas.

□¡Eso olvídalo! Hay que saber perdonar. Ella también me ha perdonado lo de mi hijo con la rubia del norte.

□Como Vd. diga.

18.15

□¿Está María Luisa, por favor?

□¡No!

□Soy...

—No hace falta que digas quien eres. ¿Cómo se te ocurre llamar en estas circunstancias? Eres culpable de todo lo que nos está pasando. Eres tan terrorista como tu hijo. Fantoche, ridícula, traidora. ¡No os vais a salir con la vuestra!

Se había puesto Eugenia de los Ángeles. Su tono fue todavía más agresivo que en otras ocasiones. Sus palabras transmitían odio. Teresa se quedó un momento paralizada. Después, reaccionó.

—Siento de verdad el asesinato de tu hijo. Pero yo estoy contenta por la libertad del mío. Si quieres, dile a María Luisa que va a llegar, dentro de poco, al embarcadero. Debía terminar de vestirse. Volvió a su habitación. Se dio mucha prisa. Pero tuvo tiempo para llamar a su amiga.

—Mercedes, ponen ahora en libertad a mi hijo. No me puedo entretener.

—Ve corriendo. Yo también tengo que ir al embarcadero con Merceditas y Kike. Veré cómo abrazas a tu hijo.

18.16

—¡Hijos de puta! Todavía son más hijos de puta los que sacan de la cárcel a otros hijos de puta.

Pedro seguía refunfuñando y haciendo gestos obscenos, mientras su mujer empujaba su silla de ruedas por las dependencias cercanas al puerto.

18.17

—¡Teresa, no te empeñes! – gritó Antonio por teléfono desde el Gran Restaurante del arroz - ¡No voy a ir a recibir a Toni! Cuando vuelva a casa ya hablaremos y todo volverá a la normalidad, si es posible. Pero no voy a ir a recibirle.

18.18

Para Merceditas, la llegada al embarcadero, en el taxi con todas las maletas, fue otra fiesta. Estaba muy ilusionada con su viaje de luna de miel. No paraba de hacer bromas con Kike y con su madre. Ésta insistía en que debían darse prisa si no querían perder el barco que llevaría a los recién casados a su viaje de novios. También aprovechaba doña Mercedes para darles consejos con el fin de que se comportaran con prudencia y no se expusieran a ningún tipo de peligros.

—Escucha, made. – dijo Merceditas en un tono medio solemne – Ya somos madido y mujed. Somos adultos nodmales. No debes peocupadte.

18.19

Los presos del Ejército de Liberación fueron llevados hasta el embarcadero para ser puestos en libertad un poco antes de la hora

prevista. Cuando salieron a la sala de espera había todavía poca gente esperando. Uno de los primeros en salir de las dependencias portuarias fue Samuel de Casavieja. Traspasó la puerta, decidido a encontrar a su madre y al resto de sus familiares. Justo en el momento en que traspasaba esa puerta, un primer disparo certero, desde un lugar distante, le alcanzó el pecho. Un segundo disparo, inmediato, le impactó en el cuello. El tercero le hirió en el brazo. Mientras se desplomaba, otra bala se introdujo en su cabeza por la frente. Una quinta bala rebotó en una columna de hierro con destino desconocido. El cuerpo del líder del Ejército de Liberación se desplomó inmediatamente al lado de sus compañeros, a los que salpicó su sangre. Quedó tendido en el suelo. Muy pronto se formó un charco de sangre. Todos los presentes quedaron conmovidos por el suceso. Hubo gritos y lamentos. Algunos compañeros se abalanzaron sobre el cuerpo del herido. Confirmaron inmediatamente su muerte. Otros corrieron alarmados. La policía acudió con una celeridad inusual y formó un cordón para impedir la dispersión de los presos que intentaban salir.

18.20

Merceditas estaba abrazando festivamente a su recién estrenado esposo, cuando se conmocionó por los disparos en la misma puerta del embarcadero. Casi en mismo instante, notó cómo sus manos se humedecían de sangre y cómo Kike se desvanecía sobre sus brazos. Había sido alcanzado por la bala que rebotó en la columna de hierro.

—¡¡Kike!!

18.21

Teresa bajó corriendo de casa. Se acercó a la zona de más tráfico para coger un taxi. Esperó. No venía ninguno. Se desesperó. Comenzó a andar aceleradamente. Corrió. En varias ocasiones se colocó junto a los coches para intentar de nuevo conseguir el taxi. Tampoco lo consiguió. Cruzó precipitadamente una calle con mucho tráfico. Notó señales de fatiga. Miró al reloj. Deseaba estar en el embarcadero antes de que llegara Toni con los otros presos. Cuando enfiló la calle que terminaba en el embarcadero, vio, al fondo, un grupo numeroso de gente que se movía precipitada y desordenadamente. Oyó unas detonaciones pero no supo identificarlas. A esa distancia, no podía darse cuenta de lo que pasaba. Pensó que, a pesar del intento de desarrollar la operación sin publicidad, se habían enterado muchos. Estarían a punto de llegar los presos. Volvió a correr.

—No debo llorar al abrazarle. Es un momento de alegría.

De repente, entre el jadeo, notó un fuerte dolor en el pecho. Algo se rompió dentro. Se quedó sin respiración. Abrió la boca desproporcionadamente y cayó desplomada al suelo. Al caer, su cabeza chocó violentamente contra un bordillo de cemento. Su ropa comenzó a mancharse de sangre. Hizo un gran esfuerzo para incorporarse. No podía quedarse allí, a menos de cien metros del embarcadero, donde su hijo estaba siendo puesto en libertad. No pudo levantarse. Cayó definitivamente.

18.22

Para completar el caos de la puerta del embarcadero, a los pocos minutos hicieron explosión dos bombas colocadas en sendas mochilas junto a las taquillas. La caída de los cascotes produjo un intenso polvo que impedía la visión. Se oyeron algunos disparos. Los policías intentaron controlar al grupo de presos que habían sido detenidos de nuevo, llevándolos hacia el barco que los había traído con promesa de su libertad.

18.23

María Luisa fue testigo directo y privilegiado de todos los hechos. A pesar de las dificultades puestas por su madre, logró enterarse de la salida de Toni. Con la precipitación, tuvo tiempo sólo para ponerse el vestido rojo de manga corta. Ella no se acordaba, pero era el mismo que llevaba el día en que su madre y la de Toni presentaron, por primera vez, la propuesta de la Hermandad de Abraham. Fue también el último día que salió con Toni. Cogió unas gafas oscuras grandes para no ser reconocida. Cuando comenzaron a salir los presos de las dependencias del embarcadero, se las quitó para ver mejor. Distinguió perfectamente a Toni, detrás de Samuel de Casavieja. Vio cómo le salpicó la sangre de éste y cómo los policías volvieron a detenerle. Cuando aparecieron las primeras lágrimas, volvió a ponerse las gafas oscuras. Se volvió a quitar al oír las explosiones en el interior del embarcadero. Pero no pudo ver nada a causa del intento polvo que se levantó. Lágrimas más abundantes volvieron a sus ojos. Se puso de nuevo las gafas y caminó lentamente hacia su casa.

18.24

Doña Mercedes, a pesar de sus grandes dimensiones, se lanzó al suelo para reanimar a Kike. Tuvo que separar a su hija que gritaba con desesperación. Puso en práctica los escasos conocimientos de socorrismo que tenía. Fueron inútiles. El cuerpo del joven discapacitado estaba inerte. Merceditas seguía gritando y dando golpes con sus puños contra el suelo.

18.25

Muy poco tiempo después de esos hechos, el ‘Diario de la isla’ sacó a la calle una edición especial para narrar lo sucedido. En un breve comentario editorial, atribuía la muerte de Samuel de Casavieja a los miembros más radicales de la organización terrorista que se oponían a llegar a ningún acuerdo con el gobierno.

18.26

Casi al mismo tiempo, el periódico ‘Patria’ sacó otra edición extraordinaria para dar su versión de los acontecimientos del embarcadero. Afirmaba que la muerte de Samuel de Casavieja debía ser atribuida los grupos parapoliciales que se oponían a cualquier acuerdo para lograr la paz en Isla Pequeña y que estaban respaldado por el gobierno de la Primera autoridad.

18.27

Ante la gravedad de los acontecimientos, la Primera Autoridad de la isla compareció de nuevo en las pantallas de la televisión pública. En su alocución, insistió en que los hechos sucedidos en las últimas horas obligaban al gobierno a dar marcha atrás y a volver a la situación anterior. Afirmó que la policía había logrado detener a la práctica totalidad de los presos que iban a ser puestos en libertad en virtud de la amnistía. Los que habían logrado escapar serían detenidos y conducidos de nuevo a la cárcel.

18.28

□¡Malditos el puedto y la ciudad! – seguía gritando Merceditas - ¡Maldita la violencia! ¡Malditos todos!

18.29

□¡Mal nacido! – gritó doña Mercedes mirando al cielo, cuando ya en casa volvió a echar las cartas del Tarot para ver lo que el destino guardaba para Isla Pequeña después de tan trágicos acontecimientos - Vamos a ver si existe todavía alguna cochina posibilidad, por ligera que sea, de que esta puñetera isla vuelva a ser el paraíso terrestre que es para lo que fue creada. Doña Mercedes cerró los ojos y se concentró durante un breve periodo de tiempo. Cogió el mazo de los arcanos mayores. Los barajó siete veces de izquierda a derecha y otras siete de derecha a izquierda. Colocó de nuevo el mazo frente a ella y volvió a concentrarse.

□En el nombre del Padre.

Tomó las tres cartas superiores del mazo. Las colocó en la parte más lejana de la mesa. Sólo descubrió la tercera. Apareció invertida.

□Mal empezamos otra vez.

Era la número ocho. La justicia. Era un mal presagio toparse enfrente otra vez con la implacable justicia que, del revés, en nada ayuda a cambiar la situación sino a empeorarla.

—En el nombre del Hijo.

Acercó las tres cartas siguientes del mazo. Las colocó a su izquierda en la parte media de la mesa. También descubrió sólo la tercera. Era la número dos. La papisa. La echadora sonrió levemente. La dualidad y el misterio podían modificar la fuerza implacable de lo establecido.

—En el nombre del Espíritu.

Con el mismo ritual, recogió otras tres cartas y las situó a su izquierda frente a las anteriores. Descubrió la tercera. También salió invertida. Era la número veinte, El juicio. Doña Mercedes arrugó su ceño. Miró al cielo y refunfuñó. El binario cósmico aportaba un signo de incógnita al pronóstico.

—En el nombre de la Madre.

Esta vez, la voluminosa echadora de las cartas se concentró durante más tiempo. Apretó los puños con más fuerza. Tomó las tres cartas con más cuidado. Los colocó con más lentitud, junto a ella, completando los puntos de la cruz de modo simétrico. Era el número doce. El ahorcado. Doña Mercedes tiró todas las cartas al suelo de manotazo.

—¡Desgraciado vengativo egoísta! ¡Mi hija no se lo merece!